

Andrei Cristian Medeleanu

El populismo como fenómeno social y político: Propuesta de un modelo para su análisis.

Director/es
Garcia Ruiz, Pablo Emilio

<http://zaguan.unizar.es/collection/Tesis>



Universidad
Zaragoza

Tesis Doctoral

EL POPULISMO COMO FENÓMENO SOCIAL Y
POLÍTICO: PROPUESTA DE UN MODELO PARA SU
ANÁLISIS.

Autor

Andrei Cristian Medeleanu

Director/es

Garcia Ruiz, Pablo Emilio

UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA
Escuela de Doctorado

2021

TESIS DOCTORAL

**EL POPULISMO COMO FENÓMENO
SOCIAL Y POLÍTICO**
PROPUESTA DE UN MODELO PARA SU ANÁLISIS

DOCTORANDO:

Andrei Cristian Medeleanu

Director:

Pablo García Ruiz

Zaragoza, a 16 de Diciembre de 2020

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	5
1.1. EL POPULISMO: EL FÉNO MENO SOCIAL Y POLÍTICO DEL SIGLO XXI	6
1.2. PRINCIPALES ENFOQUES SOBRE EL POPULISMO	7
a) El populismo como hegemonía política/discurso	8
b) El populismo como periferia interna de la democracia	9
c) El populismo como ideología <<delgada>>	12
d) El populismo como estilo/estética/espectáculo político	14
e) La necesidad de entender el populismo: el vacío y la necesidad de comprender qué es el pueblo	16
2. MARCO TEÓRICO SOBRE LA PROBLEMÁTICA POPULISTA	19
2.1. SOBRE EL POPULISMO: IDEOLOGIA, ESTRATEGIA/DISCURSO Y ESTÉTICA	19
2.1.1. La hegemonía populista	19
2.1.2. El populismo como ideología <<delgada>>	25
2.1.3. La estética-espectáculo y el estilo populista	30
2.1.4. El populismo: cuestiones generales	33
2.2. POPULISMO Y DEMOCRACIA: SIMBIOSIS, PERIFERIA, ¿DESTRUCCIÓN?	34
2.2.1. El populismo y la democracia radical/agonista	34
2.2.2. La ideología populista versus la ideología democrática	37
2.2.3. El populismo como periferia interna de la democracia	42
2.2.4. Populismo, política democrática y partidos políticos: visiones sobre el populismo en el poder y sus efectos sobre la representación política	46
2.3. SOBRE EL SISTEMA CULTURAL: LA BATALLA DE LAS IDENTIDADES	59
2.3.1. La cultura como medio para la significación política	59
2.3.2. El espacio y el tiempo en los procesos políticos y culturales	66
2.3.3. Identidades culturales: la batalla por el dominio político	69
2.4. EL POPULISMO: NACIÓN, PUEBLO, ESPACIO, TIEMPO E IDENTIDAD	75
2.4.1. La nación populista: ¿la vuelta del nacionalismo?	75
2.4.2. El redescubrimiento del pueblo como actor político: la piedra angular del populismo	80
2.4.3. El espacio y tiempo como categorías políticas	83

2.4.4. La Identidad diluida: la atomización de las identidades	89
3. UN MODELO PARA EL ANÁLISIS DE LOS FENÓMENOS POPULISTAS (A.F.P.)	94
3.1. DIFERENTES METODOLOGÍAS PARA EXPLICAR LOS FENÓMENOS CULTURALES	95
3.1.1. Interpretación de los fenómenos culturales: minimalismo y maximalismo para entender los factores sociales, culturales y políticos.....	96
3.1.2. El modelo y teoría del “contragolpe” cultural.....	102
3.1.3. La espiral silenciosa: la sociología del silencio	112
3.2. ELEMENTOS DEL MODELO A.F.P.: DEL MITO A LAS INSTITUCIONES	118
3.2.1. El mito fundacional de nuestras democracias	119
3.2.2. Consenso, contrato social y hegemonía.....	124
3.2.3. Disputa, ruptura y revolución.....	128
3.2.4. Lo que se encontraba oculto, aparece	130
3.2.5. Demandas insatisfechas, enemigos y movimientos políticos	132
3.2.6. Metamorfosis electoral: de movimiento a partido político	135
3.2.7. De la metamorfosis electoral a las instituciones: oposición, institucionalización y gobierno	137
3.3. EL MODELO A.F.P.	139
3.3.1. La mitología y creencia en el sistema.....	140
3.3.2. Cuando el mito se agota o necesita renovarse	141
3.3.3. Orden, cambio y revolución: de movimiento social y político a partido revolucionario	144
3.3.4. El populismo dentro del sistema democrático liberal	147
3.3.5. Entonces, ¿cómo saber si un partido o movimiento político es populista?	149
3.3.6. Conclusiones.....	151
4. ESTUDIO DEL PARTIDO POLÍTICO UNIDAS PODEMOS: APLICACIÓN DEL MODELO A.F.P.	153
4.1. GENEALOGÍA DE UNIDAS PODEMOS.....	154
4.1.1. El 15M: ¿Germen de Podemos?	155
4.1.2. Discurso, comunicación y política: cómo Podemos llegó a la gente.....	159
4.1.3. ¿Quién votó a <i>Podemos</i> ?.....	164
4.2. ¿ES UNIDAS PODEMOS UNA ORGANIZACIÓN POPULISTA?	188
4.2.1. 1º Fase: antes de que la ventana de oportunidad se abriera	189
4.2.2. 2º Fase: el mito de la Transición, las puertas giratorias y las elites económicas	192
4.2.3. 3º Fase: como ser o parecer y hablar como el pueblo.....	196
4.2.4. 4º Fase: rozando la utopía populista.....	199
4.2.5. 5º Fase: el gran poder de las instituciones.....	202

4.2.6. Síntesis: una historia de un movimiento populista español	206
5. CONCLUSIONES	212
BIBLIOGRAFÍA.....	222
WEBGRAFÍA.....	227

ÍNDICE DE TABLAS, GRÁFICOS, MAPAS E IMÁGENES

1. Efectos positivos y negativos del populismo en una democracia liberal.....	38
2. El impacto del populismo en los procesos de (des)democratización.....	40
3. Tipos de partidos políticos.....	51
4. Representación de los puntos de anclaje entre cultura y política.....	65
5. El modelo del contragolpe cultural.....	105
6. Resultados Elecciones Generales en votos y escaños del 20 de Diciembre de 2015.....	167
7. Mapa porcentaje de voto a Podemos en las Elecciones Generales del 20 de Diciembre de 2015.....	169
8. Resultados Elecciones Generales del 26 de Junio de 2016.....	172
9. Mapa del voto a Unidas Podemos en las Elecciones Generales del 26 de Junio de 2016....	174
10. Resultado Elecciones Generales del 28 de Abril de 2019.....	176
11. Mapa del voto de Unidas Podemos para las Elecciones Generales del 28 de Abril de 2019.	180
12. Resultados Elecciones Generales del 10 de Noviembre de 2019.....	182
13. Mapa electoral de Unidas Podemos para las Elecciones Generales del 10 de Noviembre de 2019.....	186
14. El modelo A.F.P. para entender el populismo.....	211
15. Estructura del pueblo populista.....	220

1. INTRODUCCIÓN

Esta tesis se propone estudiar el populismo como fenómeno social y político. Se propone comprender qué es el populismo y como diferenciar una organización populista de otro tipo de organizaciones. Para ello proponemos un modelo que ayude al análisis e investigación del fenómeno populista.

El populismo occidental como fenómeno social y político adquirió relevancia en el transcurso de la crisis económica que empezó en el año 2008. Esto no significa que con anterioridad no existiese, sino que simplemente no tenía suficiente fuerza electoral y política en las sociedades europeas como para asustar a las fuerzas políticas tradicionales.

El populismo irrumpió en nuestros sistemas políticos liberales como un huracán. Los estragos que la crisis y las recetas para solucionar la misma hicieron a una parte de la población, provocó que está se sintiese abandonada por los partidos políticos y las instituciones tradicionales. Pero no solo esto, sino que se abrió una brecha cultural entre el pueblo llano y las elites de los sistemas políticos liberales europeos. La representación en muchas partes se rompió y en otras muchas distorsionó sus fines. La política tradicional y sus elites estaban perdiendo la confianza del pueblo. Este pueblo, antes que amilanarse y quedarse apático, prefirió participar en los asuntos políticos a su manera. Unas veces mediante la protesta pacífica y violenta, y otras mediante su incorporación al sistema como agente político y social legitimado. Las democracias liberales que basaban sus gobiernos en el *“todo por el pueblo pero sin el pueblo”* ahora tendrían que enfrentarse al populismo, al pueblo convertido en agente político y social.

Ante la aparición de nuevas formaciones políticas que buscaban desafiar el statu quo existente, las elites imperantes buscaban la manera de neutralizar a dichos movimientos. Por eso, la principal acepción hacia la palabra y la concepción sobre el populismo era generalmente negativa. Dando a entender que se trataba de una manera de engañar a los ciudadanos y de simplificar el discurso y el campo político.

Todo aquello que era nuevo y desafiaba al poder, al parecer, era populista. Todo aquello que se salía de los marcos discursivos y políticos establecidos por las elites de los diferentes sistemas, al parecer, era populista. Esta generalización del término provocaba confusión debido a que dentro de esta acepción populista se englobaban partidos de diferente índole que dificultaban el análisis real del fenómeno social y político del populismo. Se llamaba populista a partidos de izquierdas, comunistas, fascistas, de derechas e incluso liberales. Es decir, las elites (entre ellas muchos medios de comunicación) utilizaban el populismo como arma arrojadiza para intentar desacreditar a los nuevos movimientos sociales y políticos que ponían en duda el poder dominante hasta ese momento.

Investigar este concepto y analizar los partidos que se autodenominan o los denominan populistas nos proveerá de nueva información para ampliar y mejorar las futuras investigaciones sobre este tema y otros temas relacionados.

El populismo es un fenómeno que nos acompaña y acompañará durante un largo periodo de tiempo y debemos entender qué es y qué significa para poder analizar mejor la realidad social y política de nuestro entorno. Debemos defendernos de aquellos que utilizan el populismo como un arma arrojadiza para derribar posiciones contrarias a las suyas. Entender el concepto es el mejor escudo ante dichos ataques. Conocer sus características mejorará el análisis de los movimientos sospechosos de ser populistas. También servirá para comprender si lo son (populistas) y para comprender qué clase de pueblo representan y qué clase de relación tendrán con el sistema en el cual se encuentran.

1.1. EL POPULISMO: EL FENÓMENO SOCIAL Y POLÍTICO DEL SIGLO XXI

La palabra “populismo” fue elegida como palabra del año 2017 por el Diccionario de Cambridge. En el último lustro, y tras algunos cambios políticos (por ejemplo, la elección de Donald Trump como Presidente de los Estados Unidos o la elección de Jair Bolsonaro como Presidente de Brasil), la palabra populismo ha inundado los medios de comunicación, generalmente de manera despectiva. Siempre y cuando dichos medios de comunicación siguieran una línea oficialista con el sistema en el cual se encontraban insertos.

El populismo, los líderes y partidos populistas han llenado portadas y han abierto informativos y noticieros de muchos países europeos. Han llenado tertulias y debates televisivos. Y han aumentado el debate académico sobre este concepto y su utilización. Este fenómeno social y político, que antes se encontraba lastrado o sin ningún tipo de poder político y social (al menos en los países Occidentales), ha cobrado protagonismo ante las diferentes fallas de los diferentes sistemas políticos existentes. En Europa diferentes países se han visto sacudidos por nuevos partidos políticos y movimientos sociales que han puesto encima de la mesa los fallos y engaños que los sistemas supuestamente tenían. El *Frente Nacional* francés, *Alternativa por Alemania* o el *Movimiento 5 Estrellas* italiano, son algunos ejemplos de fuerzas o movimientos políticos que han conseguido cambiar la política y el sistema de su propio país. En España hemos tenido un movimiento y partido político que ha sido calificado por sus rivales políticos y por los medios de comunicación como populista: *Podemos*.

Desde el inicio de la crisis económica de 2008 observamos un nuevo fantasma que recorre Europa: el populismo. Entender qué es y cómo puede afectar a los distintos sistemas políticos europeos es algo fundamental y de gran interés académico. Comprender el fenómeno ayudará a comprender que está ocurriendo en las distintas democracias liberales europeas. Y en nuestra democracia también.

Analizar el populismo mediante el estudio del caso y la historia de Podemos permitirá conocer una parte de la historia política y social del periodo 2014-2019 en nuestro país. Permitirá poner en contexto e investigar los diferentes cambios que este partido ha traído a nuestro sistema social y político. También mediante nuestra investigación

descubriremos si este partido es realmente populista o simplemente sus adversarios utilizaban esta palabra como arma arrojadiza para perjudicar su acceso al poder.

El populismo tiene una importancia capital para entender la política de, al menos, el primer cuarto del siglo XXI. Saber qué es el populismo y qué significa nos permitirá dilucidar qué cambios son producto suyo y qué cambios han ocurrido por otras razones y/o por otros sujetos políticos y sociales. Conocer todo esto permitirá acertar y ser más precisos en nuestros futuros diagnósticos sobre los fenómenos sociales y políticos.

En definitiva, el populismo es el fenómeno político y social de principios del Siglo XXI. Es el fantasma que ha atravesado los países más ricos y más importantes del mundo. Ya no es un fenómeno que se encontraba alejado de las democracias liberales occidentales. Ahora parece formar parte de ellas. Parece como si el populismo fuese necesario para cambiar las anquilosadas instituciones democráticas sin violencia. Comprender su funcionamiento nos ayudará a comprender nuestras propias democracias y nuestros propios sistemas políticos.

En el caso español entender el populismo supone entender la discusión política y social que llevamos teniendo desde el 2014 hasta nuestros días. Supone comprender los cambios que ha tenido nuestro país y los cambios que necesita para conservar un régimen estable y democrático. Supone comprender que los nuevos partidos que han aparecido y que, posiblemente, aparecerán no necesariamente buscarán la destrucción de todo el sistema político. Quizá solo estén representando los intereses de aquellos que se han visto excluidos, ya sea por la dejación de funciones de las elites políticas y mediáticas, ya sea por la falta de eficiencia de las instituciones.

Considero que los debates académicos no deben estar alejados de los debates que se fomentan y ocurren en nuestras sociedades. Debemos ser capaces de responder y de dar herramientas a los ciudadanos para que estos puedan dilucidar qué es lo correcto y poder tener un pensamiento crítico. Ante el uso del populismo en el debate público y televisado de una manera poco esclarecedora, la importancia de definir qué es y qué significa se torna crucial para obtener las herramientas necesarias para estar menos engañados y, en consecuencia, ser más libres.

1.2. PRINCIPALES ENFOQUES SOBRE EL POPULISMO

Los enfoques más importantes sobre la problemática populista y su relación con la democracia o las democracias liberales: hemos tratado la cuestión desde diferentes puntos de vista tales como (1) el populismo como hegemonía política/discurso; (2) el populismo como una ideología <<delgada>>; (3) el populismo como estética/espectáculo político; hasta (4) el populismo como periferia interna de la democracia.

a) El populismo como hegemonía política/discurso

El populismo como hegemonía política y discurso se basa en las tesis de Ernesto Laclau (2016), en particular en tres categorías principales de su teoría: el discurso, los significantes vacíos y la retórica.

Por discurso se entiende “un complejo de elementos en el cual las *relaciones* juegan un rol constitutivo. Esto significa que esos elementos no son preexistentes al complejo relacional, sino que se constituyen a través de él.” (Laclau, 2016, pág. 92). Por lo tanto, los discursos son sistemas concretos de prácticas y relaciones sociales que son intrínsecamente políticas, ya que su formación es un acto de institución radical, que involucra la construcción de antagonismos y el dibujo de fronteras políticas entre los de dentro y los de fuera. (Howarth & Stavrakakis, 2000)

Observamos que el discurso es relacional y que sus relaciones y prácticas en la realidad son intrínsecamente políticas. Es decir, el discurso busca crear mediante su abstracción una realidad que lo represente. Para ello, se basa en su relación con la realidad para modificar dicha relación a su antojo. Para ello crea antagonismos y diferencias entre diferentes realidades para así conseguir hegemonizar su abstracción y convertirla en realidad.

Los significantes vacíos son particularidades que tienen como objetivo construir hegemonía. Laclau (2016) explica que la hegemonía existe cuando una particularidad asume una significación universal que puede englobarse a sí misma y a todas las demás realidades. Por lo tanto, los significantes vacíos son una particularidad que trata de construir una identidad popular una vez que existe una frontera estable que dirige el discurso y da por sentado todas sus significaciones (Laclau, 2016).

La última categoría es la retórica. La variante retórica aparece cuando un término literal es sustituido por otro figurativo. (Laclau, 2016) Es decir, se trata de un cambio de significaciones y un desplazamiento dentro del discurso de un término mediante el uso de las herramientas retóricas.

Estos tres pilares nos permiten explicar cómo funciona la lógica política y cómo se construye el populismo según esta aproximación teórica. La unidad mínima de análisis para entender el populismo es la demanda social. Esta demanda social, al principio, solo puede ser una petición que si es satisfecha terminaría su recorrido. Pero, si dicha petición no obtiene ninguna respuesta favorable entraría dentro de un conjunto amplió de diferentes peticiones no satisfechas que crearían una frontera interna en el espectro político a través del surgimiento de una cadena de demandas que no han obtenido una respuesta satisfactoria. (Laclau, 2016)

Toda demanda que no se satisface no permanece aislada sino que entra dentro de una totalidad institucional/ diferencial. Aparecen dos tipos de construcción social: la lógica de la diferencia y la lógica de la equivalencia. (Laclau, 2016). La lógica de la equivalencia implica la creación de una frontera que provoca una dicotomía en la realidad política y social. Es decir, implica la creación de un antagonismo que antes no existía como sujeto político activo. Mientras, que en la lógica de la diferencia esta frontera no existe. Todo se enmarca dentro de un espacio ya predeterminado que no crea antagonismos. Las demandas se resuelven dentro de un *todo* político.

Dentro del populismo existen las dos lógicas. La diferencia con otros tipos de movimientos es que el populismo crea una división mediante el discurso en la sociedad. Cada una de las partes de esta división busca totalizar los significados de su discurso para así convertir ese discurso en hegemónico.

Por lo tanto, observamos que en esta aproximación teórica sobre el populismo tiene una importancia relevante la creación y estructuración del “pueblo” como sujeto político. Mediante la unificación de las demandas y su inserción en la cadena equivalencial se empieza a crear el “pueblo” que intenta mediante el discurso convertir su posición y sus demandas en hegemónicas. Esto divide el campo político y contrapone al “pueblo” con lo institucional o el poder.

En resumen, observamos que esta visión no explica el populismo desde la utilización de estrategias políticas diferenciadoras de las utilizadas por otros movimientos políticos. Sino que entiende el populismo desde la lógica política y el discurso. Propone como pilar fundamental del populismo la creación del “pueblo” como sujeto político y social. Y como dentro de ese proceso de creación de una identidad popular el discurso y las diferentes lógicas (diferencial y equivalencial) juegan un papel importante. El populismo divide el espacio político buscando totalizar su opción mediante los significantes y la hegemonía de su discurso. Se crea, por lo tanto, un espacio político y social dividido por un dentro y un afuera que necesitan excluirse para tener un significado. (Canovan, 2004)

Huelga decir que ese discurso necesariamente tiene que ser amplío pues va dirigido a un espacio político heterogéneo. Por lo tanto, busca convertir esa heterogeneidad en una subjetividad homogénea que pueda plantearse como un todo para así poder luchar contra sus oponentes políticos. En este sentido, el populismo busca crear una identidad popular que se convierta en sujeto político: el “pueblo”. El populismo busca mediante el discurso hegemonizar su postura política para dar respuestas a unas demandas populares insatisfechas por el poder o por las estructuras políticas institucionalizadas. Se trata, por tanto, de una articulación de demandas de diversa naturaleza (Errejón & Mouffe, 2016)

En definitiva, observamos que esta aproximación teórica nos ayuda a entender mejor algunas partes de lo que significa el discurso populista, pero sigue dejándonos mal equipados a la hora de definir qué movimiento es populista y qué movimiento no. Debido a que las características que expone no son exclusivamente parte de los movimientos populistas sino que pueden ser utilizadas por otros movimientos políticos de carácter “tradicional” para conseguir poder o favorecer el mantenimiento del mismo. Por lo tanto, no nos ayuda a diferenciar lo que desea instituirse de lo que ya está instituido. Además, se olvida de la figura del líder (o líderes) como parte importante en la creación y difusión del discurso, y en la formación y el mantenimiento del movimiento populista.

b) El populismo como periferia interna de la democracia

Otra aproximación teórica trata de explicar el populismo mediante su relación con la democracia. El populismo no es, según este enfoque, un fenómeno independiente, dado que se halla imbricado con la política contemporánea, es un compañero de ruta, una especie de subproducto desagradable o un peligro para la democracia. (Arditi, 2017). El

populismo se define, más bien, como un rasgo de la política moderna, que puede tener variantes democráticas o no democráticas.

Existen tres posibilidades o modalidades en las cuales se puede articular el populismo: (1) el populismo como subsistema político que se convierte en compañero de ruta de la democracia debido al uso de los modos de representación ya existentes para consolidarse. Este tipo de populismo puede funcionar perfectamente en las democracias liberales contemporáneas; (2) el populismo puede convertirse en algo más turbulento, menos claro, es decir, en un elemento capaz de turbar o renovar la democracia: un espejo de la democracia, que puede funcionar dentro del propio sistema democrático; (3) la tercera posibilidad sería una alternativa que no puede funcionar en una democracia, pues a pesar de que surge de ella, este tipo de populismo es el que se impregna de tintes autoritarios. (Arditi, 2017)

Estas tres variantes de populismo, como modo de representación, como política en los bordes más turbulentos de la democracia y como un reverso amenazador, nos ayudarán a comprender la experiencia populista como una *periferia interna* de la política liberal democrática. (Arditi, 2017, pág. 127). El populismo como modo de representación mantiene un estilo y una retórica familiar y permite establecer una relación con la política habitual. Podemos decir, que esta modalidad nos ofrece el populismo como característica de la democracia representativa (Taggart, 2004). Este nexo se plantea expresando que el populismo surge en una crisis de representación: es una respuesta a la incapacidad o a la negativa de las élites para responder a las demandas del pueblo. (Arditi, 2017) Es decir, en esta modalidad el populismo participa en la democracia en la transformación de los procesos de representación política. (Canovan, 2002) El populismo también disuelve o modifica la brecha entre los representados y sus representantes, alegando que el líder es un vehículo para la expresión de la voluntad popular. (Arditi, 2017) Aquí aparece la figura del líder como motor del movimiento populista y el concepto de voluntad general como expresión y simplificación de las demandas populares del pueblo. Por lo tanto, lo que busca el populismo como modo de representación es representar a los no representados. Es ampliar la representación en las democracias liberales contemporáneas. Este modo de populismo supone una redemocratización del sistema democrático, pues desencadena un proceso en el que la política cotidiana de las democracias contemporáneas se acompaña con un modo de representación populista que se encuentra en el cruce entre el actuar por otros, la autorización y la imaginaria simbólica. (Arditi, 2017)

La segunda modalidad en que puede surgir el populismo es la de un elemento turbulento, síntoma que “funciona como un elemento paradójico que pertenece a la democracia (comparten rasgos tales como el debate público de asuntos políticos, la participación electoral o la expresión informal de la voluntad popular) y, a la vez, impide que ésta se cierre como un orden político domesticado o normalizado dentro de procedimientos establecidos, relaciones institucionales, rituales reconfortantes.” (Arditi, 2017, pág. 147) Es decir, el populismo aparece como una herida abierta de la democracia que no deja cicatrizar sus tensiones debido a que las necesita permanentemente para existir. Aquí el populismo no pretende crear una nueva “normalidad” democrática, sino estar en un proceso permanente de disputa democrática que impida que esta pueda normalizarse de nuevo. Además, el populismo lo sensible mediante su movilización del demos para tratar un daño resultante de la presencia de una élite y la subordinación, exclusión o marginación del pueblo. (Arditi, 2017) Aquí aparece la división expuesta en el apartado

anterior. El populismo trata de crear un “ellos” y un “nosotros” y que estas nuevas categorías políticas estén perfectamente diferenciadas para así facilitar las pretensiones del movimiento populista. El populismo como síntoma de la democracia funciona en dos sentidos: (1) como salvador de la democracia de masas en contraposición a la democracia formal; (2) como invitado incomodo que no desea ser “normalizado”, más bien se posiciona en los bordes de la democracia convirtiéndose en un fenómeno inestable y potencialmente desestabilizador. (Arditi, 2017) Por lo tanto, el populismo forma parte de lo que podemos describir como una *periferia interna* del orden democrático. (Arditi, 2017)

La tercera de las modalidades en que puede surgir el populismo es aquella en que este se presenta como reverso de la democracia. Podemos ver al populismo como una práctica política en los bordes de la democracia (Arditi, 2017) donde el populismo se parece a un espejo en el que la democracia puede verse desagradable y, a la vez, como una experiencia para convertirse en un posible reverso de la democracia. (Arditi, 2017) Es decir, el populismo aparece como un espectro de la democracia que la puede acompañar pero también destruir. (Arditi, 2017) Podemos decir que contribuye a su subsistencia y a su erosión a través del tiempo. (Panizza, 2005) Podríamos afirmar que el espejo refleja los defectos de la democracia. Señala las deficiencias de sus estructuras de poder (Canovan, 1999), se muestra como su “otro”, como un antagonista del cual la democracia no se puede fiar en ningún momento.

En resumen, el populismo como periferia interna de la democracia puede aparecer en tres modalidades distintas: como representación, lo que conllevaría seguir el juego al marco democrático establecido; como síntoma de la democracia, lo que conllevaría convertirse en una herida abierta que no busca su curación sino el mantenimiento de las tensiones para así tener una razón para existir; y como reverso de la democracia, dónde el populismo sería un antagonista que muestra a la democracia todos sus defectos y que amenaza permanentemente con subvertir sus preceptos democráticos.

Pero, concebir el populismo como periferia interna de la democracia denota un posicionamiento hacia un *tipo* de sistema democrático. ¿Quién nos dice que la forma democrática contemporánea es el centro interno del sistema democrático? ¿Por qué no puede existir un juego entre periferias que se disputan el centro? Si el populismo es una periferia interna de la democracia y la democracia engloba el *todo* sistémico. ¿Cuál es el centro de dicho sistema? En esta conceptualización, se da por hecho que el centro del sistema democrático es la democracia representativa contemporánea. Cuando este *tipo* de democracia podría ser perfectamente una periferia más del sistema, que lucha por convertirse en el centro del *todo*.

Si el populismo puede tener tres modalidades claramente definidas se observa un proceso de cambios y reestructuraciones de un modelo a otro que denota una amplia significación de lo que podría ser populismo. Por lo tanto, se amplía el abanico de posibilidades conceptuales y se dificulta la noción de lo que es populismo y lo que no.

Cuando se relaciona el populismo con la democracia y se sujeta a la misma como periferia interna, se da a entender que el populismo solo existe si existe la democracia. Pero parece obvio que el populismo puede ser practicado también por sistemas autoritarios, por ejemplo, para movilizar a su pueblo hacia una guerra o contra una minoría que se define como enemigo.

c) El populismo como ideología <<delgada>>

Las dificultades para definir lo que es el populismo tienen que ver también con el papel que la teoría concede a la ideología (Stanley, 2008) (Abts & Rummens, 2007). En este contexto, se apela a la ideología como cuerpo normativo de ideas sobre la naturaleza del hombre y la sociedad, así como la organización y los fines de la sociedad. Desde la perspectiva ideológica se define el populismo como un núcleo conceptual que considera, en última instancia, que la sociedad está dividida en dos campos homogéneos y antagonistas, “la gente pura” contra “la élite corrupta”, en el cual se argumenta que las políticas deberían ser una expresión de la *volonté générale* (voluntad general). (Mudde & Kaltwasser, 2017)

En la medida en que se entiende el populismo como una ideología dependiente de esa distinción nuclear específica (gente/elite), este queda obligado a aparecer unido a características de diferentes ideologías para así poder llevar sus proyectos políticos adelante. Por eso el populismo no existe como forma pura sino que se imbrica en una compleja estructura ideológica. (Mudde & Kaltwasser, 2017)

Para entender esta variante del populismo debemos compararlo con su opuesto, con lo que no es populismo, es decir, con el elitismo y el pluralismo político (Delsol, 2015) (Müller, 2016). El elitismo separa el espectro político entre “buenos” y “malos” y tiene una concepción peyorativa de lo que significa el “pueblo”. Se basa en la creencia de la superioridad de una élite frente a una masa indeterminada. El pluralismo, en cambio, propone una sociedad en la que existan diferentes grupos que puedan actuar políticamente para cumplir diferentes intereses. El pluralismo observa la diversidad como una ventaja y no como un inconveniente. Se basa en la distribución del poder y en la creación de consensos para llegar a acuerdos y así estabilizar el sistema político y conseguir una mayor representatividad del sistema. (Mudde & Kaltwasser, 2017)

El populismo en tanto que ideología maneja tres conceptos clave: el pueblo, la élite y la voluntad general. Entendiendo que “el pueblo” es una construcción social que nos ofrece mucha flexibilidad a la hora de definirla, este concepto puede aparecer combinado en estos tres significados: el pueblo como soberano, la gente común, o el pueblo como nación. (Mudde & Kaltwasser, 2017)

La noción del pueblo como soberano es un tema común dentro de las diferentes tradiciones populistas (Canovan, 2002) (Papadopoulos, 2002) (Taggart, 2002), cuyas funciones son un recuerdo del hecho que la última fuente del poder político en una democracia deriva del cuerpo colectivo, el cual, si no se tiene en cuenta, puede dirigirse hacia una movilización o una revuelta (Mudde & Kaltwasser, 2017). La idea de la gente común se refiere explícita o implícitamente a un concepto de clase más amplio que combina el estatus socioeconómico con tradiciones culturales específicas y valores populares. (Mudde & Kaltwasser, 2017). Por último, tenemos la concepción del pueblo como nación que se usa para referirse a una comunidad nacional, definida en términos cívicos o étnicos. (Mudde & Kaltwasser, 2017)

El segundo núcleo conceptual del populismo como ideología es la élite. Donde “el aspecto crucial es la moralidad, la distinción entre el pueblo *puro* y la élite *corrupta*. La élite se puede definir en base al poder que tiene la misma, mediante términos económicos (de clase) o mediante términos nacionales. (Mudde & Kaltwasser, 2017). La concepción de

una élite como núcleo principal del populismo confirma la división y la creación de antagonismos en el sistema. Se trata de contraponer el interés de la gente frente al interés de la élite y deducir que dichos intereses son totalmente opuestos.

El antagonismo de los intereses introduce el tercero de los conceptos nucleares del populismo como ideología: la voluntad general. Se trata de hacer evidente la división y convertir los intereses del “nosotros” en una voluntad general totalizadora que busca hegemonizarse mientras que el “ellos” sigue una voluntad particular que va en contra del *todo*. Se busca destruir la heterogeneidad de las partes para crear conjuntos homogéneos capaces de ser representados dentro de un marco discursivo amplio.

El populismo como ideología puede movilizarse de tres maneras diferentes: mediante el liderazgo personalista, mediante un movimiento social, y mediante un partido político. Por movilización se entiende la participación de una amplia gama de personas para crear conciencia sobre un problema en particular, lo que les lleva a actuar colectivamente para apoyar su causa. (Mudde & Kaltwasser, 2017). La movilización mediante un líder personalista basa la estructuración del populismo en torno a una persona que puede no ser el núcleo del mismo pero sí que puede convertirse en su identidad visible. (Mudde & Kaltwasser, 2017).

El segundo tipo de movilización se realiza mediante los movimientos sociales. Por movimiento social se entiende a las redes informales (o “redes de redes”) caracterizadas por una continua participación de individuos y grupos políticos que tienen un adversario claro y que buscan promover la acción colectiva en la persecución de un objetivo común. (Mudde & Kaltwasser, 2017)

La movilización del populismo mediante los partidos políticos se basa en el proceso de la representación como forma de alcanzar el poder. Los partidos políticos populistas tratan de representar a los no representados dentro del sistema democrático. (Mudde & Kaltwasser, 2017). Se trata de institucionalizar las demandas y organizar el populismo con estructuras que se inserten de manera eficiente en el sistema de representación democrático.

La visión del populismo como ideología también explica los tipos de líderes que pueden existir dentro de este concepto. Aparecen los hombres fuertes con carisma; el líder como “voz del pueblo”; y el líder insider-outsider.

En resumen, la aproximación ideológica nos explica que el populismo tiene un núcleo ideológico estrecho que necesita alimentarse de otro tipo de ideologías para dar forma a su campo discursivo. Tiene tres conceptos nucleares claros: la definición del pueblo; la creación de una élite que se enfrente a dicho pueblo; y, la construcción de una voluntad general que se diferencie de la voluntad particular de las elites gobernantes. Nos presenta tres tipos de movilizaciones que pueden ser populistas: mediante un liderazgo personalista donde el líder representa los intereses del pueblo; la construcción de un movimiento social que aprovecha los fallos del sistema para conseguir hacer ver y cumplir sus demandas; y, la movilización mediante partidos políticos que pretenden institucionalizarse mediante la representación en el sistema de los no representados. Por último, nos expone una caracterización de los líderes populistas: como hombres fuertes con carisma que buscan ser la imagen principal del movimiento populista; la construcción del líder como voz del pueblo; y, la construcción del líder como “outsider” del sistema

para así representar su pureza y originalidad o como “insider” del sistema para representar una variante reformista frente al inmovilismo institucional.

Esta visión del populismo desde un marco ideológico concreto, se enfrenta a un obvio reto teórico, en la misma problematicidad de la noción de ideología. Ciertamente, utiliza el concepto de ideología como marco normativo en el cual se estructuran las sociedades. Pero, lo problemático aparece debido a que existen múltiples definiciones sobre qué es la ideología. (Ricoeur, 2006) Por ejemplo, por qué la ideología debe ser un sistema normativo y no un trabajo crítico e imaginativo que “ nombra la estructura de las situaciones de manera tal que la actitud asumida frente a ellas es una actitud de participación.” (Geertz, 2005, pág. 200) Sí relacionamos el populismo con un concepto que puede tener múltiples interpretaciones podemos encontrarnos el caso de que dependiendo del concepto de ideología que utilicemos el populismo tendrá diferentes connotaciones.

La segunda limitación de esta perspectiva se basa en que si el populismo es una ideología, a pesar de ser una ideología estrecha, debería tener una estructuración que permitiera unificar la ideología populista. Es decir, el núcleo ideológico populista debería tener unos claros preceptos en los cuales basarnos para definir el populismo. Pero la sensación es que esta ideología bascula en un terreno lo suficientemente amplio como para no poder definir mediante ella lo que es con exactitud el populismo. Además, considerar que el populismo es una ideología significa que tiene un sistema de creencias cerradas y estructuradas que se utilizan para cambiar la sociedad. Pero, existen múltiples movimientos populistas con sistemas de creencias y valores bien diferenciados, por ejemplo, la diferencia existente entre los valores y creencias de Unidos Podemos y de Alternativa por Alemania.

Una tercera limitación es la creencia de que el populismo tiene como núcleos centrales el pueblo, las elites y la construcción de una voluntad general. A pesar de que estas características también se dan dentro de otros movimientos no populistas, por ejemplo, en los movimientos fascistas. Podemos decir que el populismo basa sus ideas en el contexto socio-ideológico en el que se encuentra, pero que no es una ideología per se. No presenta unas características que lo conviertan en universalista, no representa unos valores que podamos encontrar en todos los movimientos que tengan un carácter populista. Es decir, un movimiento populista puede tener una ideología determinada (socialista, socialdemócrata, etc...) pero el populismo como concepto teórico no consideramos que sea una ideología determinada.

d) El populismo como estilo/estética/espectáculo político

Mediante este enfoque se define el populismo como una serie de performances que se usan para crear relaciones políticas. (Moffitt & Tormey, 2014)

En este enfoque sobre el populismo no interesa el contenido del mismo, sino las relaciones que dicho estilo establece entre los líderes y el pueblo al que dicen representar. (Moffitt & Tormey, 2014)

Las características de este populismo se basan en apelar al “pueblo” con un estilo único que se diferencie de otros estilos políticos; en aumentar la percepción de las crisis para conseguir rédito político; y, en tener malas maneras de hacer política y de relacionarse políticamente con sus adversarios. (Moffitt & Tormey, 2014)

Se trata de relacionar el populismo con las formas de comunicación política. (Tarchi, 2002) (Jagers & Walgrave, 2007) (Bimber, 1998) Donde, el emisor (los líderes populistas), el mensaje (el discurso populista), el canal (los medios de comunicación) y los receptores (los seguidores potenciales) son los ingredientes clásicos que exploran los estudios de comunicación mediante la investigación dentro de la comunicación política. (Mazzoleni, 2014)

Así el populismo como estilo político depende de su relación con lo mediático, esto nos ofrece dos concepciones diferentes sobre el populismo mediático: el primero tiene que ver con los medios de comunicación de masas contemporáneos, mientras que la otra concepción tiene que ver con el carácter ideológico de algunos medios de comunicación que pueden considerarse como medios populistas. (Mazzoleni, 2014)

Esta relación con los medios de comunicación provoca una mediatización del populismo. Al relacionarse el populismo con los diferentes medios de comunicación, este pasa por diferentes fases.

En la fase inicial, que es crucial, los medios de comunicación de masas estimulan las diferentes crisis que puede tener el sistema, mientras dejan a los líderes populistas en paz. En la siguiente fase, la insurgente, cuando los populistas se ven con capacidades para alcanzar una cuota de poder considerable, los medios tratan de reflejar la diferencia entre el partido populista y los demás participantes del juego democrático. Esta es la fase en la que los movimientos populistas tratan de aparecer masivamente en los medios de comunicación para así conseguir muchos más seguidores. La tercera fase es la de la estabilización, donde el movimiento populista alcanza puestos de responsabilidad y cambia su comportamiento por uno más moderado, pierde su aura de novedad y los medios de comunicación pasan a tratar al movimiento populista como un partido político tradicional. La última fase es la del declive del fenómeno populista, donde el movimiento decae por diferentes motivos (como disputas políticas, rupturas, etc...) y donde la actuación de los medios de comunicación es igual de crucial que en la primera fase. (Mazzoleni, 2014)

En resumen, podemos ver que el populismo como estilo político busca la forma de hacer política y no se preocupa por el fondo de la misma. Distinguiendo que el estilo puede cambiar a la hora de apelar al pueblo, que busca aumentar la percepción de las crisis que se puedan producir en el sistema y que tiene unas maneras particulares de hacer y relacionarse políticamente. Si el estilo político es lo importante esto provoca una estrecha relación con la comunicación política. El emisor del mensaje debe tener claro su estilo para así llegar a mucha más gente y conseguir diferenciarse de sus oponentes políticos. Aparece la relación entre el populismo como estilo político y los medios de comunicación, por lo que el populismo se mediatiza. El populismo mediático pasa por cuatro fases que dependen de su crecimiento y de la relación que tiene el movimiento populista con los medios de comunicación. Se observa una dependencia de la actuación de los medios de comunicación para hacer funcionar y crecer al populismo como estilo político.

Pero, fijarse solamente en lo estético tiene algunas limitaciones.

La primera, es suponer que el populismo tiene un estilo político diferente a los demás movimientos políticos. Cuando, por ejemplo podemos tener líderes con una estética populista (como Obama) o líderes sin ninguna estética populista que son considerados líderes populistas (como lo hacen algunos partidos tradicionales que asumen algún planteamiento político populista sin necesidad de copiar su estética, por ejemplo, el Partido Socialista Obrero Español)

Otra limitación aparece cuando se relaciona el populismo con los medios de comunicación, ya que se presupone que existen medios populistas que actúan en favor de estos sin darse cuenta de que también existen medios que actúan a favor de los partidos tradicionales. Por lo tanto, no es adecuado destacar que el populismo utiliza medios afines para llegar al poder cuando otros partidos que se consideran no populistas también lo hacen.

e) La necesidad de entender el populismo: el vacío y la necesidad de comprender qué es el pueblo

¿Qué es el populismo? Esta sería la eterna pregunta, el santo grial que solucionaría el debate que llevamos décadas teniendo. Parecería lógico empezar por responder la gran pregunta, pero considero que podremos llegar a esa respuesta mágica partiendo de preguntas menos grandiosas pero igualmente interesantes.

Una de estas preguntas sería: ¿Cuándo aparece el populismo? Podríamos estar en parte de acuerdo con la tesis de Ernesto Laclau (2016) sobre el momento populista. Sobre la ventana de oportunidad que es aprovechada por el movimiento populista. Sobre que el populismo aparece en medio de una crisis, cuando las grietas del sistema se hacen más evidentes. Pero para Laclau parece que esto solo es un punto de partido, no incluye en sus análisis las categorías de tiempo y espacio para explicar un fenómeno social y político. Estas categorías nos ayudarían a enfocar nuestros análisis hacia elementos concretos que nos darían una información más detallada sobre el tiempo y el espacio en el cual se encuentra un fenómeno político y social. Entendemos que el cómo no es un momento de partida para empezar nuestra investigación y nuestro análisis, sino que se trata de una parte importante para entender el populismo. El tiempo como categoría política y social es relevante porque nos explica el horizonte temporal del fenómeno social y político ¿Por qué, en momento de crisis, aparece el populismo y no otro tipo de fenómeno político y social? ¿Qué debe pasar para que aparezca el populismo? No solo se trata del cómo sino de entender también las condiciones que deben darse para que el populismo aparezca en un sistema determinado. Sobre todo debemos comprender que para que el populismo aparezca se necesita de un pueblo que no se encuentra representando en el sistema. Esto nos lleva a otra pregunta: ¿A quién representa el populismo? Es importante comprender que el populismo y las organizaciones populistas buscan representar a los que no se encuentran representados por las elites y los partidos del sistema que tienen en la actualidad. Por lo tanto, uno de los fallos de los que se aprovechan es de los fallos de representación que puedan existir en dichos sistemas. Pero, el populismo busca

representar los intereses de los ciudadanos mediante el liderazgo del pueblo como agente político y social. El pueblo como categoría política es una característica fundamental para entender qué es el populismo.

La siguiente gran pregunta sería: ¿Qué busca el populismo? ¿Cuál es su función política y social? ¿Cómo se relaciona con el sistema imperante, y en específico con las democracias liberales? Además de preguntarnos sobre la esencia de un fenómeno, sobre sus características, también debemos tener en cuenta sus objetivos. Que función o funciones pretende tener en un sistema determinado. La respuesta a estas preguntas nos ayudará a comprender si el populismo es un fenómeno político y social antidemocráticos, si el iliberal o antiliberal, incluso si es autoritario o antipluralista.

¿Qué diferencia al populismo de otros movimientos y fenómenos políticos y sociales? ¿Son sus organizaciones diferentes a las demás? El populismo tiene como uno de sus conceptos políticos la diferencia. La diferencia expresa la necesidad que tiene el populismo por no parecerse a las elites y a las organizaciones del sistema debido a que no busca representar a los que ya se encuentra establecidos e incluidos en dicho sistemas sino a los perdedores y excluidos del mismo. El análisis de cómo se organiza un movimiento o partido populista refleja el tipo de organización que tienen los partidos y las organizaciones del sistema al cual se enfrenta dicho populismo.

Las limitaciones que encontramos en los demás enfoques son las siguientes: la no utilización del tiempo y el espacio como categorías políticas propias; la falta de una explicación sobre si existe o no una organización que sea característica del populismo; la mayoría de los enfoques dan mucha importancia a la figura del líder sin comprender que primero aparece el pueblo como sujeto social y político y después el líder que lo representa.

Mediante esta investigación no solo ponemos fin a dichas limitaciones sino que también creamos un nuevo enfoque desde el cual analizar el fenómeno político y social populista. Un enfoque que se basa en el pueblo como pilar fundamental para entender el populismo, que añade las categorías de tiempo y espacio al análisis político y social y que basa sus pilares en el capital simbólico (Bourdieu, 2016) y el capital cultural.

Por lo tanto, las grandes preguntas que deseamos responder y que consideramos que los otros enfoques y teorías no responden son: ¿Qué condiciones deben darse para que el populismo aparezca? ¿Qué función o funciones tiene el populismo dentro de una democracia liberal? ¿Son estas funciones las mismas en una democracia con una institucionalidad fuerte y en una democracia o sistema con una institucionalidad más débil? ¿Se organiza el movimiento o partido populista de manera diferente a los demás movimientos o partidos políticos? ¿Cuándo un movimiento o partido es populista? Y ¿Cuándo no lo es? ¿Se tiene en cuenta el tiempo y el espacio para explicar qué es el populismo? ¿Aparece antes el pueblo o el líder populista? ¿Qué es el pueblo populista? Y la gran pregunta que define esta investigación y algunas de las investigaciones más importantes sobre este tema: ¿Qué es el populismo?

Con toda humildad, y mediante esta investigación, intentaremos responder a todas estas preguntas con el fin de aportar un enfoque que amplíe el conocimiento sobre este tema y ayude en futuras investigaciones.

En las siguientes páginas se desarrolla una investigación que busca explicar qué es el populismo y cuáles son sus características principales. Tratará de abordar las limitaciones que los otros enfoques tienen o llenar aquellos huecos que los demás enfoques han dejado sin explicación o ni siquiera han pensado en ellos.

Para este fin, el siguiente trabajo se articula en 4 partes:

- En la 1ª parte se expondrá el marco teórico dónde se analizan las teorías y enfoques más completos e interesantes sobre el populismo. Con el fin de que podamos tener un estado sobre la cuestión con la información más importante sobre el populismo y su relación con la democracia.

- La 2ª parte comprende un análisis sobre el estudio y modelaje de los fenómenos sociales y políticos desde una perspectiva cultural. Se trata de una introducción para comprender nuestra principal propuesta: la creación de un modelo que explique el fenómeno social y político populista. El modelo de análisis del fenómeno populista (A.F.P.)

- En la 3ª parte se realiza un estudio de caso basado en el partido político *Unidas Podemos*. En un primer apartado se realizará una genealogía sobre este partido: desde su aparición hasta las Elecciones Generales de España del 10 de Noviembre de 2019. En un segundo apartado se aplicará el modelo A.F.P. a este partido político en cuestión. Y mediante el uso del modelo analizaremos si este partido es populista o no.

- La 4ª parte expone las conclusiones de nuestra investigación

Mediante este trabajo pretendemos elaborar un análisis fundando que permita una adecuada comprensión de un fenómeno que se ha revelado como uno de los más importantes del Siglo XXI. Esto reafirma la necesidad de investigar desde distintos campos del conocimiento las características y capacidades que puede tener el populismo como fenómeno social y político.

2. MARCO TEÓRICO SOBRE LA PROBLEMÁTICA POPULISTA

2.1. SOBRE EL POPULISMO: IDEOLOGÍA, ESTRATEGIA/DISCURSO Y ESTÉTICA

Nunca hubiéramos pensado que cambiaríamos tanto. Nunca hubiésemos esperado que todo nuestro panorama económico, político y social en Europa se viese sacudido por un nuevo fantasma que atemorizaría nuestras democracias liberales. Desde el estallido de la crisis económica de 2008 la política tradicional se ha visto envuelta en una vorágine de cambios que han sacudido los valores básicos que sustentaban los sistemas políticos en Europa. La aparición del populismo como una suerte de flautista de Hamelin que atraía a todos con su música aparentemente simplona y descuidada ha puesto en jaque a los sistemas democráticos representativos de toda Europa. Pero, ¿qué es el populismo? ¿Toda opción política que desafíe al sistema dominante y ponga en duda sus valores y creencias es populista? ¿Engloba el populismo a todo aquel movimiento político que critique a las elites que ostentan el poder? ¿Es la panacea social y política que aliviará los males de los desposeídos y los más afectados por las diferentes crisis y la globalización?

El objetivo de este capítulo no es definir con claridad que significa o qué es el populismo, más bien, trataré de poner sobre la mesa algunas de las teorías sobre el populismo que más han arraigado y que más notoriedad han conseguido a la hora de buscar una explicación para este fenómeno.

Existe tres grandes campos teóricos que tratan de explicar el populismo: el populismo como estrategia para conseguir la hegemonía, el populismo como una ideología delgada y el populismo como una estética diferenciada y diferenciadora. A continuación expondré las raíces de cada una de estas visiones sobre el populismo.

2.1.1. La hegemonía populista

La forma más sencilla de explicar esta aproximación teórica sería: *que todo está en juego*. Nada perdura políticamente y todo puede ser disputado, por lo tanto, se trataría de una disputa continua para conseguir la hegemonía política y el populismo sería una herramienta de las muchas existentes para conseguirla. Porque “las identidades políticas no están dadas, no responden a esencias rígidas, sino que se están construyendo constantemente.” (Errejón & Mouffe, 2016, pág. 8)

Podríamos decir que el populismo es, simplemente, “un modo de construir lo político.” (Laclau, 2016, pág. 11) Lo que en esencia, conllevaría “construir pueblo.” (Errejón & Mouffe, 2016, pág. 8)

La estrategia populista, en este caso, trata de construir sujetos políticos para conseguir la hegemonía y hacer que todas sus realidades se conviertan en verdad. ¿Cuál es la herramienta principal para conseguirlo? ¿Cuál es el campo de batalla donde se juega la partida por la hegemonía política, económica y social? Se trataría, principalmente, de utilizar el discurso y todas sus cualidades para ganar la batalla y así conseguir la hegemonía.

Podemos decir que el discurso “constituye el terreno primario de constitución de la objetividad como tal.” (Laclau, 2016, pág. 92) Se trata de un “complejo de elementos en el cual las *relaciones* juegan un rol constitutivo. Esto significa que esos elementos no son preexistentes al complejo relacional, sino que se constituyen a través de él. Por lo tanto, “relación” y “objetividad” son sinónimos.” (Laclau, 2016, pág. 92)

El discurso es relacional. Conlleva una serie de relaciones que dan significado al todo y crean sus propios elementos significativos. Dónde la diferencia entre los distintos elementos se hace notoria y palpable y es condición necesaria para llenar el vacío discursivo con significantes que produzcan objetividades. Podríamos decir que se trata de la “idea de que todos los objetos y acciones tienen un significado, y que su significado es proporcionado por un sistema particular de diferencias significativas.” (Howarth, 2000, pág. 101) Por lo tanto, el discurso populista necesita de otro, de un afuera, para tener significado y llenar el vacío para representar el todo.

Primero debemos entender que la “totalidad es la significación como tal.” (Laclau, 2016, pág. 94) Es decir, que el significado de una cosa es su totalidad, no puede existir una cosa llena de dos significados, porque si fuera así dicha cosa estaría en disputa. Pero para poder distinguir una totalidad de otra debemos tener algo que sea “*diferente* de sí misma.” (Laclau, 2016, pág. 94) Al existir algo diferente a una totalidad también constituiría otra totalidad que se encontraría en el mismo sistema de significados, por lo tanto, necesitamos de “una *exclusión*, de algo que la totalidad expelle de sí misma a fin de constituirse.” (Laclau, 2016, pág. 94) Esto crea un nuevo problema: todas las totalidades que eran diferentes entre sí ahora son equivalentes frente a la exclusión. (Laclau, 2016) Observamos que en el núcleo de la totalidad existe siempre una tensión que provoca su desestabilización, por lo tanto “constituye un objeto que es a la vez imposible y necesario.” (Laclau, 2016, pág. 94) Llegamos a la conclusión de que “existe la posibilidad de que una diferencia, sin dejar de ser *particular*, asuma la representación de una totalidad inconmensurable.” (Laclau, 2016, pág. 95) Y esta operación es la que se denomina hegemonía. (Laclau, 2016)

Es decir, dentro del complejo marco de significación existen ciertas totalidades que son diferentes entre sí pero equivalentes en cuanto a otro marco que es excluido. Esto provoca una tensión entre las totalidades que pese a ser diferentes son equivalentes frente a otro. Esta tensión es a la vez necesaria e imposible. Imposible porque no existe una totalidad que complete el marco discursivo y necesaria debido a que su importancia reside en que estructura el marco conceptual con el cual nos identificamos. Esto provoca un sistema discursivo no cerrado donde sus totalidades están en permanente disputa, es decir, poniendo sobre la mesa sus diferencias y sacando a relucir las equivalencias que hacen que se encuentren insertas en un campo discursivo determinado. Este campo discursivo

ha de tener unos significantes que prevalecen sobre los demás, por lo tanto, la totalidad o totalidades de las cuales está formado, pese a ser “falsas” totalidades representan una verdad objetiva que es hegemónica.

Aparecen dos conceptos claves a la hora de explicar las categorías políticas del populismo: el antagonismo y la práctica hegemónica. Se explica que el concepto de “antagonismo es absolutamente central porque afirma que la negatividad es constitutiva y nunca puede superada. La idea de antagonismo también revela la existencia de conflictos para los cuales no existe una solución racional.” (Errejón & Mouffe, 2016, pág. 13) Observamos que “la construcción de antagonismos y la institución de barreras políticas entre los agentes son en parte constitutivas de las identidades y de la objetividad social en sí misma.” (Howarth & Stavrakakis, 2009, pág. 10) Es decir, para dar significado a mi propia identidad necesito otro exterior a mí que represente y signifique algo contrario y antagónico. Las identidades se definen en base a otro exterior y excluido, lo político se crea frente a un exterior contrario. De este modo, pensar lo político “como posibilidad siempre presente del antagonismo requiere admitir la falta de un fundamento último y reconocer la dimensión de indecibilidad y contingencia que impregna todo orden.” (Errejón & Mouffe, 2016, pág. 13) Se requiere admitir la naturaleza hegemónica de todo orden político y social que busca impregnar todo el marco discursivo y establecerse como un todo que sea inconmensurable. (Errejón & Mouffe, 2016) Las prácticas hegemónicas buscan reordenar el marco conceptual y cultural para establecer sus postulados como únicos. Para la teoría del discurso, las prácticas hegemónicas son una forma de actividad política formada por diferentes identidades y subjetividades que se encuentran en un proyecto común. (Howarth & Stavrakakis, 2009) Múltiples prácticas hegemónicas crean proyectos hegemónicos que buscan establecerse como orden en una sociedad. Por lo tanto, observamos que no existe “ningún orden natural, ya que todo orden es construido a través de una articulación de relaciones de poder.” (Errejón & Mouffe, 2016, pág. 38) Por eso todo orden es un orden hegemónico, es decir, excluye otras posibilidades de poder que se encuentran siempre latentes y pueden reactivarse a través de una lucha hegemónica. (Errejón & Mouffe, 2016)

De acuerdo con esta visión, nuestro campo político y social es una batalla permanente por conseguir el poder, por tener la hegemonía. Se trata de una eterna disputa por las significaciones e identidades políticas. Una lucha entre antagonismos, poderes hegemónicos y contrahegemónicos. Nada está dado, nada es natural, todo puede ser construido, todo puede ser destruido.

La siguiente cuestión, que suscita todo este camino teórico, es cómo se crean todas estas prácticas y proyectos hegemónicos y contrahegemónicos. ¿Cómo y por qué aparece el populismo? ¿Cómo se desarrolla política y socialmente? ¿Cómo se crea el pueblo populista? La constitución del pueblo como actor político populista se basa en la satisfacción e insatisfacción de sus demandas populares. Todo empieza con una demanda social que realizan un grupo de personas, estas peticiones conforme alcanzan cierta notoriedad se convierten en reclamos que satisfechos o no se convierten en demandas democráticas legítimas. (Laclau, 2016) Aparecen aquí tres precondiciones claras para la aparición del populismo: “la formación de una frontera interna antagónica separando el

“pueblo” del poder” (Laclau, 2016, pág. 99) Es decir, aparece una ruptura debido a que las demandas no se ven satisfechas por el poder establecido, por lo tanto dentro de un mismo sistema se crea un afuera (el pueblo) y un adentro (el poder y sus articulaciones); como segunda precondition aparece “ una articulación equivalencial de demandas que hace posible el surgimiento del “pueblo”. ” (Laclau, 2016, pág. 99) En esta segunda precondition aparece la unión de demandas diferentes con un enemigo común, es decir, se crea una cadena de equivalencias entre demandas que tienen su propia particularidad pero con un afuera claro contra el que ir; la última precondition “no surge realmente hasta que la movilización política ha alcanzado un nivel más alto: la unificación de estas diversas demandas [...] en un sistema estable de significación.” (Laclau, 2016, pág. 99) Todas estas demandas que ya son equivalente y que ya tienen un enemigo común contra el que actuar para convertirse en un ser plenamente político deben encontrar su propio marco de significación. Es decir, deben crear su propio campo político con sus propias reglas y conexiones que se diferencien de las reglas y conexiones de sus antagonistas.

Estas preconditiones nos muestran dos características esenciales del movimiento populista: la primera es que cuanto más grande es la cadena equivalencial, cuantas más demandas se incluyan dentro del nuevo marco contrahegemónicos, más mixtas serán sus naturalezas y más claras se verán sus diferencias. En segundo término, si estas demandas no son solo episódicas sino que buscan subvertir el campo semántico y político deben atribuir unos anclajes estables que los diferencien del resto a sus componentes equivalenciales. (Laclau, 2016)

Todo este juego de demandas y equivalencias es necesario para construir lo social. Se trata de observar cómo actúa el poder hegemónico ante la unión de unas demandas populares que si se constituyen como sujetos políticos pueden convertirse en un poder contrahegemónico. Existen dos posibilidades de construir lo social: desde la diferencia o desde la equivalencia. La diferencia proyecta las distintas naturalezas dentro de un todo compartido que trata de representarlas a todas ellas, por lo tanto, se establecen diferencias que están incluidas, no excluidas del conjunto político y social. Desde la equivalencia la construcción de lo social se realiza mediante la ruptura y la exclusión de una parte del todo, esto se debe a que una parte busca totalizar todo el conjunto y diseminar las diferencias existentes. Aquí aparece lo antagónico como concepto esencial a la hora de crear lo social. La construcción institucional trata de concebir dentro de ella todas las diferencias, pero se encuentra con un claro problema, a cual de esa diferencia privilegia más que a las otras. Qué diferencia es la que realiza el papel de totalizadora, la que representa a todo el conjunto. La construcción populista parte el campo político en dos, en un ellos y en un nosotros. (Laclau, 2016) Por lo tanto observamos que las demandas puede seguir dos caminos: el institucional o el populista. Si se insertan dentro de una institucionalidad significa que dichas demandas se encuentra en un todo institucionalizado que es capaz de articular soluciones para ellas. Si se insertan dentro de un movimiento populista se debe simplemente a que lo institucional se convierte en antagónico debido a que no dispone de las herramientas necesarias para solucionar dichas demandas, por eso el campo político se parte en dos: en un nosotros y en un ellos antagónico. Aparecen dos totalidades que se disputan el marco político y social. Empieza la batalla entre lo hegemónico y lo contrahegemónico.

Cuando la hegemonía hace su función y convierte sus significaciones en totalizadoras aparecen los mitos como explicadores de la realidad. Los mitos construyen nuevos espacios de representación que corrigen las diferencias y dislocaciones que se encuentran en dicho espacio. Cuando un mito es efectivo y puede unir las diferencias y las diferentes demandas populares se crea un imaginario desde el cual se facilita la construcción de lo social. (Howarth & Stavrakakis, 2009) Este imaginario es lo suficientemente amplio y “vacío” como para incluir dentro de sí mismo muchas perspectivas y significaciones. Un ejemplo de imaginarios serían los valores que representan la ilustración, la religión cristiana o la religión musulmana.

Observamos que así el populismo crea elementos nuevos o ya existentes pero enterrados que ayudan a la identificación y la creación de nuevas identidades. Y que, desde esta perspectiva, la política “consiste en la creación de un <<nosotros>> y que eso implica necesariamente la distinción de un <<ellos>>.” (Errejón & Mouffe, 2016, pág. 50) Para que la política tenga un consenso debe tener un exterior, porque “un consenso que no tenga un exterior está vacío.” (Errejón & Mouffe, 2016, pág. 52)

Este acercamiento teórico entiende el populismo como una lógica política, y que esta lógica política se relaciona con la construcción de lo social. (Laclau, 2016) Debido al juego de significaciones y resignificaciones “el lenguaje de un discurso populista [...] siempre va a ser impreciso y fluctuante: no por alguna falla cognitiva, sino porque intenta operar performativamente dentro de una realidad social que es en gran medida heterogénea y fluctuante.” (Laclau, 2016, pág. 151) Esta imprecisión es esencial para la operación populista. El discurso populista debe intentar aumentar sus barreras para incluir las máximas significaciones posibles, para así, convertirse en totalizador y hegemónico. Pero, ¿cuándo aparece el populismo? La aparición de los movimientos populista se realiza, en su gran mayoría, en los momentos populistas. Los momentos de quiebra hegemónica que dejan entrever una ventana de oportunidades para hacerse con el poder político y social. Este momento populista aparece debido a que lo institucionalizado no es capaz de enfrentarse y solucionar las demandas populares de manera adecuada, por lo que estas demandas insatisfechas al no verse institucionalizadas se ven obligadas a crear su propia construcción social, un “nosotros” que tenga como antagonista a lo institucionalizado. Se trataría de una batalla de lo instituido frente a lo instituyente. Recordemos que lo político significa disputa y que el consenso necesito otro para ser revelado. Por lo tanto el enfrentamiento entre lo instituido y lo instituyente es continuo y florece en los momentos populistas. Pero, debemos tener en cuenta, que existe en toda sociedad un caldero de cultivo de sentimientos “anti *status quo* puros que cristalizan en algunos símbolos *de manera relativamente independiente de las formas de su articulación política*, y es su presencia la que percibimos intuitivamente cuando denominamos “populista” a un discurso o a una movilización.” (Laclau, 2016, págs. 156-157)

El populismo como lógica política más que buscar la representación de un pueblo ya constituido trata de reconstruirlo por medio del discurso y de la búsqueda de nuevas identificaciones que puedan disputar lo instituido, para así convertirse en hegemónicas.

El discurso populista

es el que unifica posiciones y sectores sociales muy diversos en una dicotomización del campo político que opone a las elites tradicionales al <<pueblo>> [...] como construcción por la cual los sectores subalternos reclaman con éxito la representación de un interés general olvidado o traicionado. (Errejón & Mouffe, 2016, pág. 87)

La aparición del momento populista “opaca las diferencias internas dentro de la articulación del pueblo, que sin embargo emergen cuando, tras la ruptura, viene siempre el momento de institucionalización de los nuevos equilibrios y acuerdo.” (Errejón & Mouffe, 2016, pág. 88) Esta ruptura populista no se trata de una crisis de Estado sino más bien una crisis de régimen donde los consensos, el imaginario y los equilibrios entre fuerzas se han roto, estamos hablando de un cierre de ciclo político que necesita de una nueva apertura que vuelva a incluir a los excluidos o que reordene el mapa social y político. (Errejón & Mouffe, 2016)

Por lo tanto, en las situaciones “de estrechamiento <<post-político>> de la democracia, el grueso de las decisiones se está tomando en ámbitos que quedan fuera de la soberanía popular.” (Errejón & Mouffe, 2016, pág. 57) El populismo como lógica política puede ayudar a conseguir una democracia radical reintroduciendo el conflicto en lo político y animando a los sectores subalternos a la movilización para así poder cambiar el statu quo. (Mudde & Kaltwasser, 2017)

En resumen, el populismo visto como una lógica política busca cambiar el statu quo hegemónico mediante un discurso aglutinador que sea capaz de reconstruir los consensos y “hacer pueblo”. Para ello necesita otro externo y antagónico que represente la contrariedad y ayude a unificar el nosotros. Esto parte el campo político en dos identificaciones totalizadoras que tratan de aglutinar las mayores demandas populares posibles. La política se convierte en una batalla entre los instituidos y los que desean instituirse. El momento populista es la explosión de todo el proceso de significaciones y reidentificaciones que aprovechan la ventana de oportunidades que les ofrece una ruptura o crisis de régimen para intentar derrocar el poder establecido. Este momento aparece debido a que lo instituido deja fuera las demandas populares suficientes como para que estén puedan, pese a sus diferencias, aglutinarse en un frente común. Según esta visión, esta batalla política constante provoca una apertura democrática hacia sectores que antes no estaban representados, por lo tanto podemos decir que los institucionaliza. Se trataría de la búsqueda de una nueva hegemonía, unos nuevos mitos y un nuevo imaginario que sea capaz de explicar la nueva construcción social que traería el populismo.

2.1.2. El populismo como ideología <<delgada>>

La gran segunda familia teórica sobre el populismo lo considera una ideología. Pero no una ideología cualquiera, sino una delgada, una ideología con un núcleo muy fino que se alimenta de las demás para formar su campo político.

El populismo visto como una ideología delgada considera que la sociedad está separada en dos campos homogéneos y antagónicos y que la política debería ser una expresión de la voluntad general del pueblo. (Mudde & Kaltwasser, 2017) Podemos añadir, que la relativa crudeza y dogmatismo del pensamiento ideológico es un precio a pagar por su efectividad política. La ideología une el vacío entre los políticos y la gente convirtiendo complejidades en algo que los votantes pueden entender. (Canovan, 2002) El punto clave es que las ideologías ponen sobre la mesa una serie de tópicos y conceptos claves que priorizan frente a otros. En el centro de la ideología populista se encuentran los conceptos de “pueblo”, “democracia”, “soberanía” y “mayorías”. (Canovan, 2002)

Definir el populismo de esta manera “ayuda para entender la a menudo supuesta maleabilidad del concepto en cuestión.” (Mudde & Kaltwasser, 2017, pág. 6) Debemos explicar que una ideología es “un cuerpo normativo de ideas sobre la naturaleza del hombre y de la sociedad como organización y de los propósitos de la sociedad.” (Mudde & Kaltwasser, 2017, pág. 6) Por eso, el populismo siempre aparece ligado a otros elementos ideológicos que son cruciales para promocionar los proyectos políticos y llegar a mucha más gente. Por lo tanto, el populismo por sí solo no es lo suficientemente complejo como para solucionar los problemas de la sociedad moderna. (Mudde & Kaltwasser, 2017) El populismo rara vez aparece en su forma más pura, más bien se combina con otras ideologías para sobrevivir. Por lo que, esta definición sobre el populismo necesita que exista un no populismo, que en este caso se trataría de dos diferentes visiones sobre la sociedad: el elitismo y el pluralismo. (Mudde & Kaltwasser, 2017)

El elitismo es contrario al populismo debido a su esencial visión del pueblo. Es, por decirlo de alguna manera, anti-pueblo. A pesar de que el pueblo existe no debe participar políticamente debido a que es un sujeto homogéneo que debe estar fuera de las decisiones políticas y sociales por su falta de conocimiento y comprensión de la realidad social y política de la sociedad. Tiene una característica que se asemeja al populismo en la separación del campo político en dos campos homogéneos que se ven enfrentados. (Mudde & Kaltwasser, 2017)

El pluralismo, en cambio, observa la sociedad como un cumulo de grupos que deben participar políticamente y ser representados de manera adecuada. La división para el pluralismo es un síntoma de fuerza y efectividad democrática. Se basa en la idea del consenso entre diferentes grupos y visiones políticas y entiende que la mejor manera de escapar de la concentración del poder en manos de unos pocos es repartirlo entre muchos. (Mudde & Kaltwasser, 2017)

El populismo tiene tres núcleos principales: el pueblo, la elite y la voluntad general.

- El pueblo: se considera que el pueblo es una construcción que ayuda a dar mucha flexibilidad a dicho termino, pero que siempre “se suele combinar en los siguientes tres significados: el pueblo como soberano, como gente común, y como nación.” (Mudde & Kaltwasser, 2017, pág. 9) La noción del pueblo como soberano

es un tema común en diferentes tradiciones populistas, cuyas funciones nos hacen recordar el hecho de que la última fuente del poder político en una democracia deriva de un cuerpo colectivo, el cual, si no se tiene en cuenta, puede ir hacia una movilización o una revuelta. (Mudde & Kaltwasser, 2017, pág. 10)

Lo que provoca esta conceptualización es dar un brillante contorno al “pueblo” que, en vez de referirse al “pueblo” como una masa de individuos sin ningún tipo de relación lo que hace es darle unidad y fondo al concepto en sí. (Canovan, 2002)

La segunda variante es entender el pueblo como la gente común refiriéndose “explícita o implícitamente a un concepto de clase amplio que combina status socioeconómicos con tradiciones culturales específicas y valores populares.” (Mudde & Kaltwasser, 2017, pág. 10)

La tercera vertiente es entender el pueblo como nación. En este caso, “el término “el pueblo” es utilizado para referirse a una comunidad nacional, definida en términos cívicos o étnicos” (Mudde & Kaltwasser, 2017, pág. 11)

- La élite: el principal concepto es la moralidad y la separación entre el pueblo puro y la élite corrupta. La élite se define en base al poder que ostenta e incluye a las personas que detentan cargos de poder significativos en la política, la economía y la cultura. Esta distinción entre elite versus pueblo no es una distinción situacional sino moral. (Mudde & Kaltwasser, 2017) Es decir, la elite es corrupta y por eso debe ser derrocada, no por el hecho de que exista sino por el hecho de que moralmente ha traicionado al pueblo al que se supone que representa.

El populismo suele definir a la elite en términos económicos y al pueblo en términos nacionales. Y esta elite no es que solo este ignorando los problemas del pueblo sino que van en contra del mismo pueblo. Por lo tanto, el populismo puede combinarse perfectamente con el nacionalismo y ver a las elites como agentes externos en sí mismos. Como esta distinción es moral, le da al populismo la suficiente flexibilidad para definir a la elite como más le apetezca. (Mudde & Kaltwasser, 2017)

La idea separadora entre un “nosotros” y un “ellos” ayuda a legitimar la soberanía popular frente a la élite corrupta. Además, si esta elite corrupta es externa no solo ayuda a unificar el “pueblo” como concepto político sino que lleva a una territorialización del conflicto. Provoca que el “pueblo” no solo sea puro sino

también la expresión de la voluntad nacional y la representación de la misma. (Canovan, 2002)

- La voluntad general: la distinción “monista y moral entre la elite corrupta y el pueblo puro refuerza la idea de que una voluntad general puede existir.” (Mudde & Kaltwasser, 2017, pág. 16) Una de las consecuencias prácticas del populismo es la promoción estratégica de las instituciones que promueven la voluntad general del pueblo y la crítica a aquellas instituciones que no tienen en cuenta dicha voluntad. (Mudde & Kaltwasser, 2017)

Más que un proceso de construcción racional del espacio público, la noción que tiene el populismo de la voluntad general se basa en la noción del sentido común. Desde este ángulo, el populismo puede verse como una fuerza democratizadora que intenta representar la voluntad general de los grupos que están excluidos políticamente. (Mudde & Kaltwasser, 2017)

En resumen, “el populismo implica que la voluntad general es no solo transparente sino absoluta, esto legitima el autoritarismo y los ataques iliberales hacia cualquiera que (supuestamente) traiciona la homogeneidad del pueblo.” (Mudde & Kaltwasser, 2017, pág. 18)

Entender el populismo como una ideología delgada facilita la comprensión de su maleabilidad. La indefinición del discurso populista se explica mediante un centro ideológico poco estructurado que necesita y recoge de otras ideologías los factores que más le conviene. Lo que provoca que el discurso populista cambie en función de lo que más efectivo sea en ese momento para alcanzar sus objetivos políticos. La aproximación ideológica “es capaz de acomodar un amplio rango de actores políticos que se asocian normalmente con este fenómeno.” (Mudde & Kaltwasser, 2017, pág. 20) Es decir, al no especificarse una manera que podríamos denominar populista, este fenómeno no se restringe a unos casos concretos sino que ayuda a ampliarlo hacia actores y movimientos políticos que a priori no entrarían dentro de esta categorización. Esta aproximación ayuda a entender la compleja relación entre el populismo y la democracia. El populismo puede “ser un amigo o un enemigo de la democracia (liberal), dependiendo de la fase del proceso de democratización.” (Mudde & Kaltwasser, 2017, pág. 20) La ideología populista trata de poner algunos conceptos fuera del plano de discusión política. (Canovan, 2002) Por último, definir el populismo desde una aproximación ideológica nos ayuda a tener en cuenta tanto las demandas políticas como las soluciones suministradas a las mismas. (Mudde & Kaltwasser, 2017)

Pero, ¿qué formas puede tomar el populismo desde una aproximación ideológica para alcanzar el poder? ¿Se trata solo de una explosión de demandas insatisfechas o requiere de cierto tipo de organización y estructura para conseguir sus metas? Desde esta aproximación teórica la movilización se entiende como un compromiso de un “amplio rango de individuos por aumentar el conocimiento sobre un problema particular, llevándolos a actuar colectivamente para apoyar su causa. Por encima de todo, se puede identificar tres tipos de movilización populista: líder personalista, movimiento social, y

partido político.” (Mudde & Kaltwasser, 2017, pág. 42) Por lo tanto, podemos apreciar que la movilización populista puede ser “de arriba- abajo (líder personalista), de abajo-arriba (movimiento social), o ambas (partido político).” (Mudde & Kaltwasser, 2017, págs. 42-43)

La movilización mediante un líder personalista es, quizá, la faceta más conocida de los movimientos populistas. El líder encarna el centro político y discursivo del movimiento, no hace falta que todo el movimiento sea él, sino que muchas veces el movimiento populista puede tener muchas más facetas pero se identifica claramente con la de su líder de manera que lo hace imprescindible para cualquier tipo de acción política. Los movimientos sociales se basan en las conexiones entre individuos que tienen un claro objetivo y adversario político. Son movimientos informales que se encuentran fuera de la institucionalización debido a que están fuera del marco donde se toman las decisiones. Estos movimientos sociales necesitan de un campo discursivo en el cual basarse a la hora de buscar el cumplimiento de sus objetivos. Dicho campo se arma con conceptos salidos de otras ideologías. Lo más interesante, es que son movimientos políticos de abajo-arriba que no necesitan un líder personalista con el cual identificarse, aunque sí que necesitan individuos que tengan unos roles fijados para representar a dicho movimiento. Su punto fuerte es saber diagnosticar y poner sobre la mesa los problemas de un gran número de personas y que la solución a esos problemas pasa por la soberanía popular. En cuanto a los partidos políticos podemos decir que son imprescindibles en nuestras democracias y que cumplen tres funciones principales. Primera, son organizaciones que unifican diferentes grupos con diferentes objetivos; segunda, los partidos políticos elaboran programas políticos que pueden ser evaluados y votados por las personas; y tercera, los partidos políticos invierten tiempo y dinero en entrenar y enseñar a su personal como funciona el campo político para que así la implementación de las reformas votadas se haga de la manera más eficiente posible. Estas tres funciones de los partidos políticos están íntimamente relacionadas con la política representativa. Lo que busca el movimiento populista es tener su propia representación en el marco político. Se utiliza el populismo para enfrentarse a lo establecido y poner en agenda la voz de los que no están representados. (Mudde & Kaltwasser, 2017)

Como colofón podemos decir que “los actores populistas no actúan en un vacío político. Varios contextos políticos ponen las condiciones y aportan los incentivos que hacen que los tres tipos de movilizaciones tengan opciones más o menos favorables.” (Mudde & Kaltwasser, 2017, pág. 58)

Observamos que la ideología populista se mueve por los mismos cauces que las ideologías, por denominarlas de alguna manera, tradicionales. Es decir, es capaz de utilizar los mismos instrumentos para conseguir sus objetivos políticos. Lo que la hace diferente es su “hambre”. La necesidad que tiene el populismo de legitimarse mediante la absorción de elementos provenientes de otras ideologías. Lo más importante es que el pueblo no parece ser el núcleo central de esta aproximación teórica. El populismo puede venir de cualquier lado. Puede aparecer por un líder avisado que entiende que se ha abierto una ventana de oportunidad y la desea aprovechar. Puede aparecer desde abajo, lo que sería lo que tendría más parecido con la visión laclauiana del populismo. O puede

combinar ambas, un líder fuerte que ha sabido ver la oportunidad y una masa deseosa de ser representada que pone sus esperanzas en ese líder. El que estas movilizaciones sean efectivas o no depende del sistema político en el cual están insertadas. Un sistema cerrado que no deja entrar a nuevos partidos políticos tendrá muchas más movilizaciones sociales debido a que es la única manera que tendrán los ciudadanos que no se encuentran representados de ser escuchados. Si por el contrario, tenemos un sistema mucho más abierto el populismo tenderá a entrar en el juego político mediante las vías que propone el propio sistema ya que de esa manera puede aprovechar los cauces políticos que se le ofrecen para alcanzar el poder.

Una vez visto cómo se puede mover el populismo debemos echar un vistazo a sus líderes. ¿Qué características debe tener un líder para ser populista? ¿Deben ser esas características especiales? ¿De dónde proviene el líder populista? ¿Es parte del pueblo, parte del sistema o se encuentra lejos de todo tipo de acción política?

El líder es importante en toda manifestación política y el populismo no es una excepción. La complejidad de las estructuras políticas conlleva la necesidad de buscar líderes que representen dichas estructuras. (Michels, 2008) Lo interesante es observar la caracterización de dichos líderes en los movimientos populistas.

Una característica interesante sobre los líderes populistas es que son “hombres fuertes” con un gran carisma y con tendencia hacia el autoritarismo. Huelga decir, que el autoritarismo en los líderes no es específico de los líderes populistas sino que se puede dar en otros fenómenos políticos. (Mudde & Kaltwasser, 2017) Un líder con estas características tiene un carisma fuera de lo común, entendiendo el carisma como “la cualidad de una persona individual considerada como una cualidad extraordinaria.” (Weber, 2012, pág. 121) Es decir, los líderes políticos tienen una cualidad extraordinaria frente a los demás. Son, por decirlo de alguna manera, especiales. Tienen la capacidad de aglutinar diferentes sensibilidades en su propia persona y convertirse, de esta manera, en faros que guían política y socialmente a un grupo determinado.

Los líderes populistas, además de ser carismáticos, también se erigen como la voz del pueblo. Como el populismo separa en dos campos el mapa político, como engendra dos grupos perfectamente homogéneos (el pueblo versus la élite) y antagónicos (el pueblo puro versus la élite corrupta) en base a una visión eminentemente moral de la sociedad, los líderes populistas basan su legitimidad y autenticidad en este proceso que sigue dos pasos: la separación de la élite corrupta y la conexión con el pueblo puro. El primer paso refuerza el alejamiento del líder de los poderes establecidos y el segundo paso le da una diferenciación y autenticidad política. (Mudde & Kaltwasser, 2017)

Estos procesos hacen que podamos distinguir tres tipos de populistas: “los outsiders, los insiders-outsiders, y los insiders.” (Mudde & Kaltwasser, 2017, pág. 74) Los outsiders puros son muy raros de ver, debido a que es muy difícil que alguien realmente externo al marco político y social se convierta en líder de un movimiento populista. Estos verdaderos outsiders probablemente tendrán mucho más éxito en espacios políticos fluidos y personalistas. Los líderes populistas más comunes pertenecen a la segunda categoría: los insiders-outsiders. (Mudde & Kaltwasser, 2017) Estos líderes pueden llegar de los

partidos tradicionales o de otros campos políticos en busca de su propia formación política. Esto puede deberse a que no encuentran su sitio o no tienen el poder que creen merecen en las formaciones tradicionales o que ven una oportunidad que en sus formaciones políticas no han querido o sabido ver. Por último, tenemos un pequeño grupo de insiders que provienen de la élite política anterior y que deciden crear sus propias carreras políticas. (Mudde & Kaltwasser, 2017)

En resumidas cuentas, el populismo visto como una ideología <<delgada>> nos presenta una visión no creadora, es decir, no se trata de crear o construir lo social sino de aprovecharse de otras ideologías para conseguir representar a los que están excluidos. Se trataría de una ideología hambrienta que aprovecha las oportunidades escogiendo los elementos ideológicos que más le convengan. Esto provoca que el populismo sea ambiguo y maleable, que pueda adaptarse debido a su indefinición a diferentes marcos políticos. Esta ideología para llevar a cabo sus fines necesita de una estructuración que dependiendo del sistema político en el cual esta insertada será diferente. Puede aparecer un líder personalista que eleve las demandas populares y las represente en el campo político, lo que provocaría que el movimiento populista se identifique de manera total con su líder. Puede surgir desde abajo por un movimiento social que aglutine las diferentes demandas que no son representadas en el marco político, en este caso se buscaría la representación política de los que se encuentran o se sienten excluidos. O puede surgir de ambas fuentes, estructurándose de esta manera en un partido político que sea capaz de disputar y competir por el poder. Los líderes populistas no tienen la exclusividad del autoritarismo y el carisma. Es decir, no son especiales por conectar especialmente con la gente. Lo que los hace especiales es su creencia de que son la voz autorizada del pueblo, por lo tanto esto les da una legitimidad y autenticidad frente a las elites corruptas que han traicionado a la gente. Estos líderes pueden llegar de sitios diferentes. Pueden ser outsiders (lo que se da en casos muy raros), es decir, puede aparecer desde fuera del campo político y de acción. Pueden ser insiders-outsidars (lo más común) que han salido del campo político o del mismo movimiento populista. O pueden ser insiders (una *rara avis*) que hayan salido de las entrañas de la élite a la que pretenden criticar.

La visión ideológica presenta al populismo como algo inherente al sistema político. No aparece de repente, sino que es consecuencia de las fallas del sistema político. No existe el momento populista sino más bien se trata de un proceso populista. Un proceso, que frente a lo tradicional político, se desarrolla en paralelo a él alimentándose de lo existente para alcanzar el poder.

2.1.3. La estética-espectáculo y el estilo populista

Puede que, en definitiva, el populismo solo sea una manera de hacer política. Quizá, solo sea una ruptura estética de la política. Un alejamiento de los tradicionalismos y de los encorsetados procesos políticos habituales. Quizá, la única forma de representar a los excluidos políticamente sea de una manera que se diferencie con claridad de los aspectos tradicionales de la política. Puede que sea solo forma y no fondo. O quizá, su forma nos

explique el fondo. Puede que en los tiempos modernos donde la comunicación es imprescindible, la única manera de destacar es atraer los focos, actuar de manera que los espectadores del teatro solo se fijen en ti, estén de acuerdo o no con tus preceptos. Ya saben lo que espeta el famoso dicho, que hablen de mí aunque sea mal. Que hablen del movimiento populista aunque sea mal.

La estética populista va ligada al espectáculo. Un espectáculo que “no es un conjunto de imágenes, sino una relación social entre personas mediatizada por imágenes.” (Debord, 1995, pág. 9) Y el espectáculo tiene como mayores predicadores a los diferentes medios de comunicación.

Mediante esta visión se define el populismo como los repertorios de performance que se usan para crear relaciones políticas. (Moffitt & Tormey, 2014) Se trata de una espectacularización de la política, que aparentemente estaba dormida por los procesos políticos tradicionales. El populismo con su estilo y estética diferenciadora trata de remover la política, de cambiar las reglas, de traer los procesos políticos a su terreno para, así, tener más oportunidades de ganar la batalla política.

En el populismo como estilo y estética política no interesa el contenido del mismo, sino las relaciones que dicho estilo establece entre los líderes y el pueblo al que dicen representar. (Moffitt & Tormey, 2014) Es decir, el populismo utiliza un estilo y una estética particulares para acercarse más a su objetivo, trata de desmarcarse de sus enemigos mediante formas diferentes de acción política.

Las características de este populismo se basan en apelar al “pueblo” con un estilo diferenciado de otros estilos políticos; en aumentar la percepción de las crisis para conseguir rédito político; y, en tener unas maneras poco apropiadas de hacer política y de relacionarse políticamente con sus adversarios. (Moffitt & Tormey, 2014)

Se trata de relacionar el populismo con las formas de comunicación política. (Tarchi, 2002) (Jagers & Walgrave, 2007) (Bimber, 1998) Donde, el emisor (los líderes populistas), el mensaje (el discurso populista), el canal (los medios de comunicación) y los receptores (los seguidores potenciales) son los ingredientes clásicos que exploran los estudios de comunicación mediante la investigación dentro de la comunicación política. (Mazzoleni, 2014)

Así el populismo como estilo político pasa a depender de su relación con lo mediático, esto nos ofrece dos concepciones diferentes sobre el populismo mediático: el primero tiene que ver con el carácter intrínseco de los medios de comunicación de masas contemporáneos, mientras que la otra concepción se relaciona con el carácter ideológico que pueden tener algunos medios de comunicación que pueden considerarse como medios populistas. (Mazzoleni, 2014)

Mediante la relación del populismo con los medios de comunicación se produce una mediatización del populismo. Dicha mediatización pasa por diferentes fases dependiendo del momento en el que se encuentre el movimiento populista.

En la fase inicial, que es crucial, los medios de comunicación de masas pueden estimular el ánimo del público insistiendo en los temas delicados que les pueden afectar, como corrupción y males sociales, mientras tratan con cautela a los líderes que aprovechan dicho descontento. En la siguiente fase, la insurgente, donde los populistas pueden

conseguir una representación parlamentaria significativa, los medios de comunicación tratan de mostrar una respuesta diferenciada en el juego político. Esta es la fase en la que los movimientos populistas tratan de aparecer masivamente en los medios de comunicación para así conseguir muchos más seguidores. La tercera fase es la de la estabilización, donde el movimiento populista alcanza puestos de responsabilidad y cambia su comportamiento por uno más moderado, por lo que pierde el aura transgresora que antes había atraído a los medios de comunicación. La última fase es la del declive del fenómeno populista, donde el movimiento decae por diferentes motivos (como disputas políticas, rupturas, etc...) y donde la actuación de los medios de comunicación es igual de crucial que en la primera fase. (Mazzoleni, 2014)

Se trata de realizar un discurso espectacular que “se calla obviamente, además de lo propiamente secreto, todo lo que no le conviene.” (Debord, 2018, pág. 40) Este discurso espectacular necesita de los medios de comunicación para conseguir su mayor efectividad. No solo eso sino que necesita crear un antagonismo entre diferentes medios de comunicación para separar a su público objetivo de otro tipo de medios que pueden informar de manera diferente sobre ellos. Esto parte el campo informativo en dos: los que dicen la verdad y los que mienten para acallar el movimiento que más representa al pueblo porque tienen miedo de que se les acabe el chollo, por decirlo de alguna manera. Las élites ya no son solo económicas o eminentemente políticas sino también informativas. No importa cómo está formado el movimiento populista, no importa su estructura, sino su forma de comunicar los objetivos políticos. Es un populismo inclinado hacia las técnicas mercantiles de venta, se convierte en un producto el cual la gente debe comprar.

En resumen, podemos ver que el populismo como estilo-estética-espectáculo político busca la forma de hacer política y no se preocupa por el fondo de la misma. Distinguiendo que el estilo puede cambiar a la hora de apelar al pueblo, que busca aumentar la percepción de las crisis que se puedan producir en el sistema y que tiene unas maneras particulares de hacer y relacionarse políticamente. Si el estilo político es lo importante esto provoca una estrecha relación con la comunicación política. El emisor del mensaje debe tener claro su estilo para así llegar a mucha más gente y conseguir diferenciarse de sus oponentes políticos. Aparece la relación entre el populismo como estilo político y los medios de comunicación, por lo que el populismo se mediatiza. El populismo mediático pasa por cuatro fases que dependen de su crecimiento y de la relación que tiene el movimiento populista con los medios de comunicación. Se observa una dependencia de la actuación de los medios de comunicación para hacer funcionar y crecer al populismo como estilo político. Pero la forma espectacular de este tipo de populismo puede enfrentarse al aburrimiento y tendrá la necesidad de una innovación estética y estilística constante para mantener viva la llama que lo hizo crecer. La constante mediatización obliga al movimiento a estar permanentemente pendiente de los focos y debido a esto sus maneras y sus performance deben ser cada vez más espectaculares para atraer a los medios de comunicación. El mensaje siempre tiene que llegar, sea como sea. Porque si no están ellos en el foco estarán los otros. Se trata de una visión que ve al populismo como un acaparador de las conexiones comunicativas, un movimiento hambriento por escupir un mensaje efectista y diferenciador que remueva las entrañas del pueblo.

2.1.4. El populismo: cuestiones generales

A modo de conclusión, con este capítulo pretendemos resumir algunas cuestiones que nos parecen interesantes para proseguir nuestro estudio sobre el populismo y su conceptualización. Huelga decir que esto no significa que estemos de acuerdo con todas ellas, pero que si nos parecen adecuadas para proseguir nuestro trabajo.

Para empezar, podemos decir que “no cualquiera que critica a una élite es populista. Además de ser antielitistas, los populistas son antipluralistas.” (Müller, 2016, pág. 101) Observamos que esta afirmación, en parte, concuerda con la visión ideológica del populismo. Dónde se expone que las dos diferencias fundamentales con otros movimientos políticos son su lucha contra una elite corrupta y su afán por definir a la sociedad en dos polos opuestos y homogéneos. Pero, observamos como aquí se especifica que lo que da sentido al populismo es su antipluralismo.

Los populistas suelen buscar la representación de un bien común que es deseado por el pueblo. (Müller, 2016) Esto nos indica que el populismo trata de simplificar las demandas políticas para así poder representarlas de manera más sencilla y adecuada. Como los populistas buscan ser la voz del pueblo, también buscan representar lo mejor para el mismo.

Pero, como hemos observado, la noción sobre el populismo no es homogénea, más bien todo lo contrario. Por otro lado, también se afirma que “el populismo no es en realidad una ideología política: se trata más bien de una <<lógica de acción política>>.” (Vallespín & Bascuñán, 2017, pág. 55) Esta afirmación se acerca más a la visión hegemónica y discursiva sobre el populismo. Dónde se trataría de construir “pueblo” más que de representarlo. También se afirma que los movimientos populistas “responden a procesos de brusco cambio social” (Vallespín & Bascuñán, 2017, pág. 55) Lo que nos acerca más a las tesis laclauianas sobre la existencia de un momento populista que trae consigo una excepcionalidad política dentro de un régimen determinado. Y dicho momento populista “se expresa mediante una *descripción con tintes dramáticos* del momento en el que nos encontramos.” (Vallespín & Bascuñán, 2017, pág. 55) Aparece aquí la espectacularización de la política y la mediatización del movimiento populista. Se explica la realidad en términos catastróficos para dar una sensación permanente de crisis sistémica. Esta apelación a una crisis sistema se hace mediante una apelación al “pueblo” como elemento totalizador. Para que este elemento totalizador funcione necesita de un antagonista que sea visto, desde una óptica moral y ética, como alguien denostado y corrupto. (Vallespín & Bascuñán, 2017)

En liderar esta polarización “es donde todo populismo pone sus mayores esfuerzos. Entre otras razones, porque *reniega de la visión pluralista de la sociedad* propia del liberalismo.” (Vallespín & Bascuñán, 2017, pág. 56) Aparece, otra vez, una de las características principales asociadas al populismo: el antipluralismo como forma de entender la democracia.

La apelación al pueblo y a su antagonista se llena de emocionalidad, lo que provoca que el discurso busque la simplificación de la realidad política. El populismo busca una política de eslóganes y no referenciada en base a políticas concretas. Mediante estos procesos se busca una guerra de posiciones por quien consigue aunar las mayorías emocionales y así conseguir ganar la hegemonía. Todo esto provoca que la relación del

populismo con el sistema política en el cual se inserta no tenga unos claros contornos de sustitución política. (Vallespín & Bascuñán, 2017)

Con este pequeño apartado simplemente pretendemos que se entienda que el concepto de lo que es el populismo está en disputa. No está claro cuál es su conceptualización y cada autor lo define de una forma diferente. Pero si podemos decir que existen dos grandes escuelas: el populismo visto como lógica política y el populismo visto como una ideología delgada. Y que dentro de esas escuelas van basculando las demás teorías que intentan ampliar la noción del concepto populista. Esto deja abiertas muchas posibilidades a la hora de intentar buscar una definición del concepto populista. Pero no deberíamos adelantarnos, lo que ahora toca es una explicación de cómo afecta el populismo a la democracia, en particular a las democracias liberales. Una vez tenemos claras las escuelas de pensamiento más prominentes sobre lo que es o debe ser el populismo, debemos adentrarnos en cómo afecta o se relaciona el populismo con la democracia. ¿Es malo? ¿Es bueno? ¿O, es simplemente una forma como otras de hacer política? Las cuestiones fundamentales sobre la relación entre populismo y democracia se discutirán en el siguiente capítulo, con el fin de ampliar nuestro conocimiento sobre este término.

2.2. POPULISMO Y DEMOCRACIA: SIMBIOSIS, PERIFERIA, ¿DESTRUCCIÓN?

La relación entre populismo y democracia es, quizá, una de las mayores preocupaciones no solo académicas sino también medianticas. Cómo afectará el populismo a nuestras democracias liberales genera debates de gran magnitud. Cómo han conseguido tanto “poder” los partidos populistas y como pararlos son cuestiones que se tratan de resolver.

Quizá una de las relaciones más estudiadas, y que veremos en los siguientes apartados, es la conexión entre populismo y representatividad. ¿En qué hemos fallado? ¿Está la democracia representativa en crisis? ¿Es el populismo una solución? ¿El populismo ha llegado para destruir nuestras democracias liberales? ¿O ha llegado para salvarlas?

En este capítulo analizaremos las diferentes teorías que tratan de explicar la relación entre populismo y democracia. Desde el populismo como resurgir de una democracia radical, pasando por el populismo como espectro de la democracia, el populismo como espejo de la democracia, hasta el populismo como periferia de la democracia.

2.2.1. El populismo y la democracia radical/agonista

Uno de los conceptos principales y que debemos tener en cuenta es el de representación. Podemos decir que la “representación constituye un proceso en dos sentidos: un movimiento desde el representado hacia el representante, y un movimiento correlativo del representante hacia el representado.” (Laclau, 2016, pág. 200) Se trata de una relación bidireccional que trata de poner los deseos de un individuo en otro que ha de representarlos de la manera más fiel posible. El representado “depende del representante para la constitución de su propia identidad.” (Laclau, 2016, pág. 200) Esta relación identificativa es un proceso que se retroalimenta hasta el punto de crear una identidad que

sea estructuralmente sólida. Por lo tanto, observamos que la representación “es al mismo tiempo constitución de identidades.” (Errejón & Mouffe, 2016, págs. 101-102) No se trata de un proceso que represente identidades ya creadas sino que las constituye y crea por sí mismo. Por lo tanto toda identificación política es representativa. Toda identidad “popular tiene una estructura interna que es esencialmente representativa.” (Laclau, 2016, pág. 205)

Si nuestras democracias son representativas, nuestras democracias son creadoras de procesos de identificación. Son democracias repletas de identidades que se relacionan, retroalimentan, destruyen constantemente.

Lo importante no es como se representan dichas identidades, sino cuales son hegemónicas. Cuales tienen el campo semántico, político y social en su mano y cuales están excluidas de dichos campos. Se trata de producir una vacuidad, un vacío en el cual muchas identidades puedan insertarse para así jugar al juego democrático. Se trata de crear un marco identificativo hegemónico que pueda incluir y asumir muchos tipos de representaciones. (Laclau, 2016)

La relación entre el populismo y la democracia liberal es una relación hegemónica. Se trata de una guerra de posiciones en la cual definir la identidad hegemónica es crucial para identificar la democracia. Esto evoca a dos conclusiones: la democracia liberal no es la única posibilidad de democracia; y, la articulación de una nueva identidad popular que sea hegemónica se convierte en parte indispensable de la democracia. Por lo tanto sin la construcción de un vacío que pueda atrapar identidades, sin la construcción de un pueblo no existe la democracia. (Laclau, 2016)

Es decir, una vez llegado el momento populista se abren las puertas de la vacuidad y se pone en disputa el modelo democrático. No se trata de un cambio sino de una reidentificación del significado democrático. Se trata de una lucha. Y es esta misma lucha la que define a la democracia. Una democracia sin luchas significativas no es una democracia. Para que exista la democracia está debe alejarse de los consensos. La “democracia existe en la medida en la que haya esa confrontación entre adversarios.” (Errejón & Mouffe, 2016, pág. 105) Se trata de una relación hegemónica “que hace que una particularidad concreta asuma la representación de una universalidad totalmente inconmensurable con su ayuda, así que resulta que su universalidad está *contaminada*” (Laclau & Mouffe, 2018, pág. 17) Es decir, nada es permanente. La democracia esta tensionada, no es realmente totalizadora. Por lo tanto, siempre puede existir otra cosa en su lugar, no adquiere esa “función de universalidad hegemónica para siempre, al contrario, se trata de una función reversible en cualquier momento.” (Laclau & Mouffe, 2018, pág. 18)

Esta tensión permanente puede aparecer debido a que la democracia no llega a representar (identificar) diferentes demandas que se convierten en un clamor popular. También puede ser una tensión permanente si el populismo se institucionaliza y convierte sus procesos en estructurales. (Laclau, 2005)

El populismo aparece cuando la identificación con el sistema se ve resquebrajada. Propone una nueva identidad popular que asume las demandas no representadas y crea una tensión entre lo viejo y lo nuevo. Esto provoca una lucha permanente por la hegemonía. Por tener el control del sistema democrático. Por lo tanto, el populismo no trata de renovar el sistema sino de sustituirlo por algo más abierto que incluya todas las

demandas antes excluidas. El populismo trae una apertura ante un sistema cerrado, una ampliación en la representación de las demandas populares. Es un proceso de radicalización de la democracia. La aparición del populismo no significa socavar los valores de la ilustración de igualdad y libertad, más bien significa hacerlos efectivos y romper las estructuras anquilosadas del poder. Al ampliar la representación, por lo tanto la identificación, del sistema lo legitima de manera mucho más conveniente y hace realmente al “pueblo” un actor político fundamental. (Laclau & Mouffe, 2018) El populismo trata de solventar el proceso que se observa en un sistema donde

el declive de una forma política para la que la división de lo social en dos campos antagónicos es *un dato originario e inmutable, previo a toda construcción hegemónica* y la transición hacia una situación nueva, caracterizada por una inestabilidad esencial de los espacios políticos, en los que la identidad misma de las fuerzas en lid está sometida a constantes desplazamientos y requiere un incesante proceso de redefinición. (Laclau & Mouffe, 2018, pág. 193)

No se trata de subvertir un sistema político desde arriba sino de construir una nueva identidad social que sea capaz de crear un sistema nuevo. La política “en tanto que práctica de creación, reproducción y transformación de las relaciones sociales, no puede ubicarse a un nivel determinado de lo social, ya que el problema de lo político es el problema de la institución de lo social” (Laclau & Mouffe, 2018, pág. 195) , es decir, el populismo crea una nueva identidad que lucha con la identidad instituida. No se trata de una lucha contra la democracia en sí, más bien contra una identidad democrática cerrada o poco totalizadora. Se trataría de reconocer que “las posiciones políticas no están dadas, que las identidades políticas no son estables” (Errejón & Mouffe, 2016, pág. 107), que la hegemonía siempre está en disputa, por lo tanto la democracia también.

La hegemonía es la pieza fundamental de esta radicalización. El sistema se abre debido a que existen nuevas representaciones dentro de él. La aparición de nuevas identificaciones provoca una mayor universalidad. Esto significa “que una política con aspiraciones hegemónicas nunca es una repetición que acontece en un espacio que delimita una interioridad pura, porque siempre ha de moverse en una pluralidad de planos.” (Laclau & Mouffe, 2018, pág. 215) Aunque esta universalidad no sea totalizadora y siempre este tensionada por su particularidad, si consigue erigirse como la “única” alternativa posible puede convertirse en una identidad plena. Una identidad que estructure a todo el sistema y no ofrezca, en apariencia, alternativa posible. Pero esto solo en apariencia, porque si “las entidades se construyen y se construyen siempre por fronteras, una frontera diferente dibuja una mayoría popular alternativa nueva que no estaba escrita.” (Errejón & Mouffe, 2016, pág. 110) El populismo es un revulsivo democrático, es necesariamente democrático debido a que abre, no cierra las puertas de la representación. El populismo puede llevar a una democracia radical y pluralista que “no es más que una lucha por una autonomización máxima de esferas a partir de la generalización de la lógica equivalencial e igualitaria.” (Laclau & Mouffe, 2018, pág. 211) Es decir, el populismo puede abrir y dar poder a diferentes esferas de la sociedad que antes no lo tenían. Se trataría de una generalización de los marcos y canales del poder político.

El populismo busca la construcción de lo social. Su manera democrática es eminentemente tensionadora. No entiende de otra manera el sistema político. Se trata de una disputa entre la nueva construcción social y su antagonista. Esta lucha es permanente.

La hegemonía siempre está en entredicho. En las democracias liberales la búsqueda de una alternativa parece inviable, el populismo viene a demostrar que la alternativa es posible. Su radicalidad consiste en eso. Hacer pueblo y representarlo (hacer que se identifique) con un nuevo sistema de creencias y valores que amplíen las instituciones a una mayoría, que incluyan las demandas populares dentro de ellas. Visto desde esta óptica, el populismo siempre abrirá nuevos campos políticos, siempre buscará ampliar los elementos democráticos. En este caso, el populismo es un germen democratizador.

2.2.2. La ideología populista versus la ideología democrática

Quizá el populismo no trate de construir un nuevo sujeto político que cree un nuevo sistema democrático más radical. Quizá no solo se trate de eso, sino que dependiendo del contexto sistémico el populismo podrá ser más democratizante o más autoritario. (Mudde & Kaltwasser, 2017)

Definiremos la democracia como “una combinación de una soberanía popular y una mayoría social” (Mudde & Kaltwasser, 2017, pág. 80), es decir, simplemente se trata de un cuerpo o agente político común (soberanía popular) que se ponen de acuerdo para seguir unas reglas que se consideran mayoritarias.

La cuestión es cómo identificar una ideología que sea democrática y como la ideología populista puede actuar en ella. La ideología es indispensable para tender puentes entre la gente y la política, y sobre todas las formas políticas, la democracia es quien más necesita poner de relieve ese vínculo. (Canovan, 2002)

La democracia trata de que sus política y leyes se vean influenciadas por el mayor número de canales posibles, para así darle mucha más legitimidad, y facilitar el acceso de los ciudadanos a estos canales. El problema aparece cuando muchos ciudadanos observan cómo estos canales no solo no son accesibles sino que son poco transparentes. (Canovan, 2002)

La diferencia entre democracia y democracia liberal reside en que la segunda es un régimen que no solo tiene que respetar la combinación expuesta con anterioridad. Sino que también crea instituciones que protejan otros derechos, como la libertad de expresión o la protección a ciertas minorías. Todas las democracias liberales se caracterizan por tener instituciones que protejan al régimen democrático del poder autoritario de las “mayorías”. (Mudde & Kaltwasser, 2017) Es decir, desde este enfoque las democracias liberales tratan, mediante la creación de instituciones, de repartir el poder.

Efectos positivos y negativos del populismo en una democracia liberal

EFFECTOS POSITIVOS	EFFECTOS NEGATIVOS
El populismo puede dar voz a grupos que se no se sienten representados por la élite política	El populismo puede usar la noción y praxis de la mayoría para reducir los derechos de las minorías
El populismo puede movilizar a sectores excluidos de la sociedad, aumentando su integración en el sistema político	El populismo puede usar la noción y praxis de la soberanía popular para erosionar las instituciones especializadas en la protección de los derechos humanos
El populismo puede mejorar la respuesta del sistema político, mediante la implementación de políticas preferidas por los sectores excluidos de la sociedad	El populismo puede promover el establecimiento de una nueva escisión política, que impediría la formación de coaliciones políticas estables
El populismo puede aumentar la rendición de cuentas democrática, al hacer que los problemas y las políticas formen parte del campo político	El populismo puede conducir a una moralización de la política por medio de la cual alcanzar los acuerdos sería extremadamente difícil e incluso imposible

Fuente: "Populism: a very short introduction", de Mudde C. y Rovira Kaltwasser C., 2017, pag.83

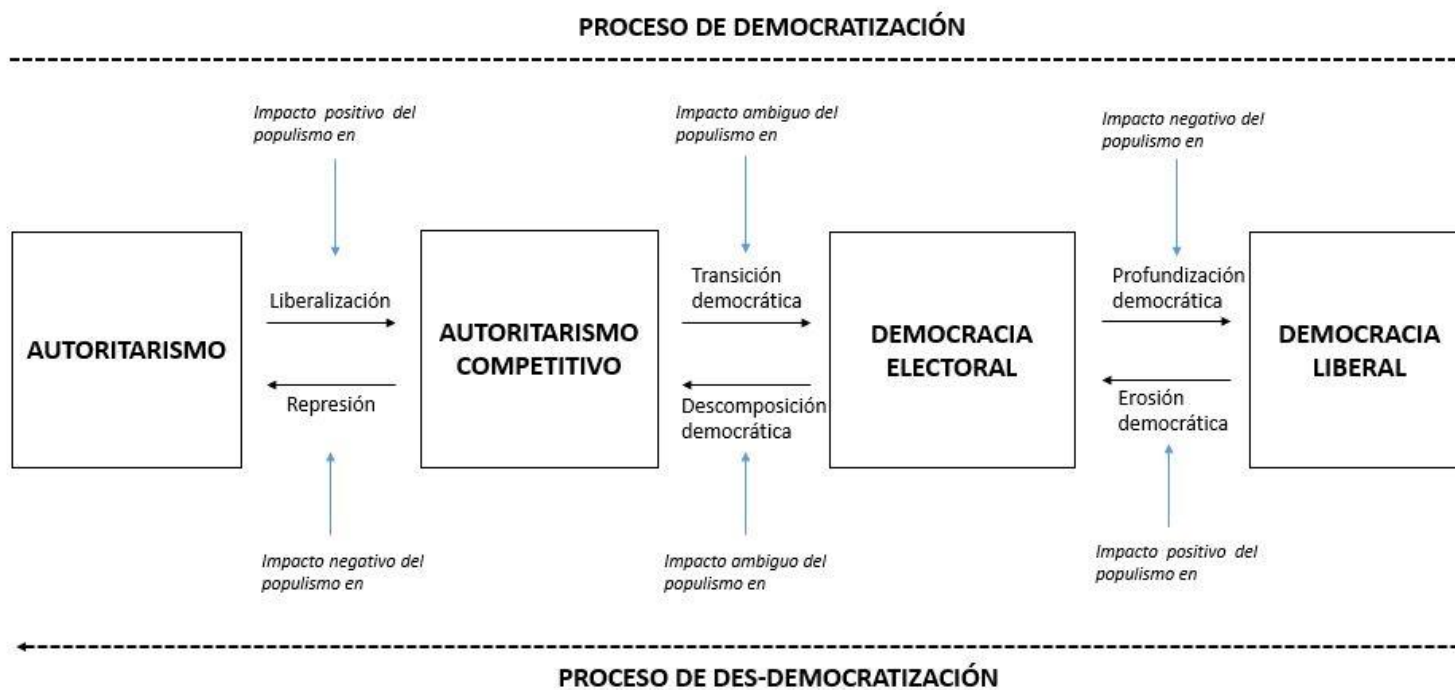
El populismo “explota las tensiones que son inherentes a una democracia liberal, que trata de encontrar un equilibrio virtuoso entre la mayoría social y los derechos de las minorías.” (Mudde & Kaltwasser, 2017, pág. 82) Trata de desestabilizar esa combinación porque entiende que es uno de los núcleos centrales de la democracia liberal. El populismo pone sobre la mesa la cuestión de quién “controla a los que controlan.” (Mudde & Kaltwasser, 2017, pág. 82)

En teoría el populismo es mucho más negativo en términos de contestación democrática y mucho más positivo en términos de participación democrática. (Mudde & Kaltwasser, 2017)

La tabla sobre los efectos negativos y positivos del populismo en una democracia liberal nos muestra algunos posibles efectos que puede tener el populismo en las democracias liberales. Los efectos positivos serían: el populismo puede dar voz a grupos que no se encuentran representados por la élite política; el populismo puede movilizar sectores excluidos de la sociedad haciéndolos entrar de nuevo en el sistema; el populismo puede aumentar la capacidad de respuesta del sistema mediante el fomento de las políticas preferidas por los sectores excluidos de esa sociedad; y, el populismo puede incrementar el ajuste democrático de cuentas debido a que pone sobre la mesa los problemas y las políticas que forman parte de la realidad política del momento. Los efectos negativos serían: el populismo puede utilizar el concepto de mayoría social para perjudicar los derechos de las minorías; el populismo puede utilizar el concepto de soberanía popular para socavar las instituciones que protegen los derechos fundamentales; el populismo puede fomentar una nueva escisión que ponga en peligro los consensos políticos; y, el populismo puede llevar a una moralización de la política que dificultaría cualquier tipo de acuerdo o discusión política.

Observamos que la ambigüedad inherente al populismo también se encuentra en los efectos que puede producir en una democracia liberal. Al parecer, puede producir tanto efectos positivos como negativos. Quizá, la cuestión que se nos plantea a continuación sea la de cuándo o cómo se produce dichos efectos. ¿Se producirán los mismos efectos en una democracia liberal consolidada que en una que se encuentre aún por consolidar? ¿Tendrán los mismos efectos unas instituciones fuertes que unas débiles? ¿Cómo saber cuándo el populismo es “bueno” y cuando es “malo” para una democracia liberal? Podemos afirmar que los efectos del populismo dependerán del contexto y del proceso en el cual se encuentre una democracia liberal. (Mudde & Kaltwasser, 2017)

El impacto del populismo en los procesos de (des)democratización



Fuente: "Populism: a very short introduction", de Mudde C. Y Rovira Kaltwasser C., 2017, pag.87

El impacto del populismo depende del proceso de (des)democratización en el cual se encuentre el sistema (*ilustración anterior*). El impacto en el proceso de democratización se puede dividir en tres fases: liberalización, transición democrática y profundización democrática. (Mudde & Kaltwasser, 2017)

En el proceso de liberalización democrática el populismo afecta de manera positiva al proceso democrático. Cuando se expanden derechos y libertades el populismo ayuda a incluir a mucha más gente en dicha expansión. En el proceso de transición democrática el populismo se torna ambiguo, pero sigue siendo constructivo y puede aportar una visión democrática mucho más participativa. Durante el proceso de profundización democrática, donde se crean las instituciones que velan por los derechos y libertades, el populismo puede ir en contra de ellas ya que las consideraría ilegítimas y que solo representarían a una elite y no al pueblo en su conjunto. (Mudde & Kaltwasser, 2017)

En el proceso contrario, el de des-democratización también existen tres fases diferentes: un proceso de erosión democrática, una crisis democrática y un régimen de represión. (Mudde & Kaltwasser, 2017)

El proceso de erosión democrática incluye cambios que pueden minar las instituciones liberales y su autonomía. En esta fase al populismo le interesa desencadenar este tipo de cambios debido a que le facilita el discurso y su mensaje contra las élites. En la etapa de crisis democrática las instituciones y el régimen liberal se ven socavados constantemente y dan paso a un autoritarismo competitivo. El populismo aprovecha esta situación para seguir atacando a las élites y sus instituciones por no querer representar la voluntad general del pueblo. La última fase es un proceso de represión que llevaría al sistema desde un autoritarismo competitivo a un autoritarismo completo. Al populismo no le interesa este tipo de situaciones debido a que tienen en su núcleo la búsqueda de la representación de una soberanía popular y una mayoría social. (Mudde & Kaltwasser, 2017)

Los efectos del populismo dependen de estos dos procesos que dan paso a diferentes regímenes según el proceso sea de apertura o de regresión. Si el régimen liberal se abre hacia la ampliación de sus marcos democráticos el populismo puede servir como un ente que ejerce una presión constante para que ese régimen se amplíe mucho más. El populismo en estas etapas iniciales es un revulsivo democrático, una apuesta por una democracia radical. Cuando en el proceso de democratización las instituciones y el régimen liberal se encuentran ya contruidos, el populismo observa sus fallos e intenta socavarlos para conseguir el poder. Ya no ayuda desde el sistema sino que desde el sistema intenta destruir lo ya contruido porque entiende que las estructuras existentes se han corrompido y ya no sirven para representar a una mayoría social. Solo en la última fase del proceso el populismo puede acarrear consecuencias negativas para la democracia liberal, ya que pone en duda todo lo erigido con anterioridad.

Cuando la democracia se erosiona, cuando el proceso ya no es de democratización sino de des-democratización el populismo no es actor principal de este proceso. Es decir, el populismo no es el culpable principal de que las instituciones liberales se vean deslegitimadas. Muchas veces el sistema liberal adolece de una rigidez y, debido a esta, ralentiza los cambios necesarios para su propia existencia. Más bien, el populismo en

estas etapas actúa como un aprovechado. Observa las crisis, observa la deslegitimación de las instituciones, y lo utiliza para armar su discurso y su estrategia política. Cuando la democracia plena se ve socavada, el populismo insiste en el resquebrajamiento del sistema liberal. Plantea, en esta etapa, la lucha del pueblo frente a las élites corruptas. Del pueblo frente a las instituciones que ya no les representan sino que les perjudican. Cuando el régimen pasa a un autoritarismo competitivo, el populismo sigue acelerando su discurso contra el sistema. Debido a que sigue pensando que el sistema no representa la soberanía popular sino más bien busca su destrucción plena. El autoritarismo pleno no le conviene al populismo debido a que necesita una cierta competencia política para actuar. Necesita tener una disputa en el campo político, si esta disputa no existe, el populismo no tiene los mecanismos necesarios para actuar.

Podemos observar una contradicción fundamental en el seno de nuestras democracias. Se trata de una contradicción entre meter a la gente en política y quitarle a la gente la política. La democracia trata de incluir al mayor número de personas e intereses en su seno, pero cuanto más intereses se aúnen, más congestionada se encontrará, y más difícil resultará ver que es la democracia en realidad. La ideología ayuda a poner un marco de ideas y reducir las complejidades de los procesos democráticos. Pero, cuantas más mayorías incluya la democracia más presión se ejercerá en el campo ideológico para poder satisfacer a todos. (Canovan, 2002)

La ideología delgada del populismo tenderá a modificarse dependiendo del proceso de (des)democratización en el cual se encuentre insertada. Esto hace aumentar su ambigüedad y su maleabilidad. Podemos decir que el populismo no es el protagonista de todos los males de los regímenes democráticos liberales. Muchas veces es una respuesta a las rigideces de los mismos. Pero si el régimen democrático liberal no es lo suficientemente fuerte el populismo puede socavar sus instituciones y cambiar el sistema. En definitiva, los efectos del populismo dependen de la salud que tenga la democracia liberal.

2.2.3. El populismo como periferia interna de la democracia

¿Y si el populismo fuese un compañero necesario de la democracia? ¿Y si formase parte de ella? ¿Y si fuese un recordatorio permanente de qué pasaría si las democracias liberales no cumpliesen con su cometido?

El populismo

no puede ser reducido a un funcionamiento defectuoso y que, si bien éste no es equivalente a la democracia, es una sombra que persiste y, como tal, debemos concebirlo como una posibilidad que se asienta en la práctica misma de la democracia. (Arditi, 2017, pág. 115)

Por lo tanto, el populismo aparece como una sombra, un espectro de la democracia. Dicha espectralidad tiene tres modos de darse: el primero de ellos se ajusta a una relación de interioridad con la democracia; el segundo modo trata de una ruptura de las formalidades estéticas de la democracia; y, el tercer modo observa al populismo como una amenaza para la democracia. (Arditi, 2017)

En el primer modo el populismo “puede ser un modo particular de representación compatible con, pero no idéntico a, la concepción liberal democrática del gobierno representativo en el contexto mediático de la política contemporánea.” (Arditi, 2017, pág. 116) Es decir, en este contexto el populismo es compatible con algunos de los valores democrático, pero no acepta la forma en la que se ponen en práctica. Por lo tanto, si alcanzase el poder transformaría la democracia liberal en otra cosa, pero esa cosa seguiría siendo democrática o teniendo las concepciones y valores democráticos.

En el segundo modo el populismo sacaría a relucir una especie de performance utilizando la brusquedad y las “bad manners” para diferenciarse y de las élites políticas. Esta estética particular se realiza debido a que considera que los “objetivos son más importantes que la observancia estricta de los procedimientos institucionales.” (Arditi, 2017, pág. 117) Se trataría de un populismo que justificaría el fin por encima de los medios.

En el tercer modo el populismo ataca y amenaza a la democracia. Pero este ataque no parece afectarle en absoluto y sigue teniendo una legitimidad y un gran apoyo popular. El discurso populista ayuda a la desestabilización del sistema democrático y al mantenimiento de su poder aglutinador. (Arditi, 2017)

Observamos que el populismo está inserto en nuestras democracias liberales. No es un afuera, sino un acompañante que aparece en el momento menos esperado para agitar las hojas del bosque democrático. El populismo puede “salirse con la suya, al menos a corto plazo, siempre y cuando sus acciones sean percibidas como una expresión de la voluntad popular.” (Arditi, 2017, pág. 118) Mientras consiga convencer seguirá con nosotros, haciéndonos compañía.

El populismo aparece como una periferia interna de la democracia, y como tal “puede ser una dimensión de la representación y un modo de participación que se inscribe en sus bordes más ásperos, pero también algo más inquietante, su némesis, que no surge extramuros sino en el propio seno de las democracias.” (Arditi, 2017, pág. 119)

Esto es debido a que “la reivindicación democrática es parte del imaginario populista” (Arditi, 2017, pág. 126), es decir, no es un movimiento autoritario per se. Sus clamores son populares y busca la representación de los excluidos. Podemos presentar al populismo como “un rasgo recurrente de la política moderna, uno que puede aparecer en variantes democráticas y no democráticas” (Arditi, 2017, pág. 127), lo que ligaría al populismo con los procesos políticos modernos. Serían una parte más de la política de la modernidad.

Volviendo a los modos en los cuales se puede presentar el populismo, desde el punto de vista de un subsistema político el populismo “parece ser un compañero de ruta de las formas mediáticas de la representación contemporáneas, ya sea en democracias emergentes o en consolidadas.” (Arditi, 2017, pág. 127) El populismo sería un

participante más en el juego de representación democrático y sería “plenamente compatible con la institucionalidad de un régimen político liberal democrático.” (Arditi, 2017, pág. 127)

Otra mirada observaría al populismo como una articulación de demandas, de insatisfacciones, de grandes colectivos exigiendo su representación política. Una movilización popular sin precedentes que no sería “una anomalía de la política democrática” (Arditi, 2017, pág. 127)

Estos dos puntos de vista tratarían al populismo como un espejo de la democracia que estaría allí para recordarle sus fronteras menos elegantes. Pero, la tercera visión o punto de vista también surge desde el corazón democrático. En esta modalidad el populismo enseña las fallas del sistema y puede convertirse con rapidez en una forma autoritaria de realizar la política. (Arditi, 2017)

Tomadas todas estas visiones en conjunto, “como modo de representación, como política en los bordes más turbulentos de la democracia y como un reverso amenazador, nos permitirán repensar la experiencia populista como una *periferia interna* de la política liberal democrática.” (Arditi, 2017, pág. 127)

Por lo tanto, existen tres modalidades que convierten al populismo en una periferia, en un afuero interno del sistema. El populismo puede representar, puede ser un revulsivo y un corrector de los defectos democráticos o un destructor de la democracia liberal. Pero siempre desde dentro, no es un ente externo a los sistemas democráticos modernos. El populismo no es un alienígena político.

Desde un punto de vista político, el populismo se ha vuelto algo muy común en nuestras democracias contemporáneas. Al ser democracias eminentemente representativas, deberíamos prestar atención a este término. (Arditi, 2017) El nexo entre el populismo y la representación es una “respuesta a la incapacidad o a la negativa de las élites para responder a las demandas del pueblo.” (Arditi, 2017, pág. 130) El populismo aparece allí donde existe un fallo en el sistema de representación política.

Existen tres presupuestos sobre la distinción entre representantes y representados. No se puede hablar de representación si no se admite que existen dos planos, el de los representados y el de los representantes. Segundo, existe una brecha entre estos dos planos. Lo que nos permite diferenciar una democracia representativa de una democracia directa o un autogobierno. Tercero, se trata de una relación bidireccional y de un proceso constante de identificación. (Arditi, 2017) La representación articula las identidades y las hace manejables políticamente. Pero, estas identidades no están prefijadas y, al ser la representación una relación bidireccional, responden continuamente al proceso representativo. Huelga decir, que “cualquiera puede hablar en nombre del pueblo pero eso no quiere decir que los destinatarios se identifiquen automáticamente con esas interpelaciones o que siquiera les presten atención.” (Arditi, 2017, pág. 132)

Esta brecha que aparece entre los planos del representado y el representante, en el populismo, “es salvada por una “presentación” que pasa por alto la iterabilidad que introduce el “re-“de la representación.” (Arditi, 2017, pág. 132) El populismo se presenta

como el único capaz de romper esos dos planos de la representación. Como el único que puede plantear una política directa sin intermediarios, sin canales que puedan corromperse. Si la representación es una relación bidireccional, el populismo presenta una relación direccional. Además el populismo “disuelve, o pretende disolver, la brecha entre los representados y sus representantes, alegando que el líder es un vehículo para la expresión de la voluntad popular.” (Arditi, 2017, pág. 133)

Este proceso de representación populista “se ha extendido a tal punto que se ha convertido en un rasgo distintivo de las propias democracias liberales.” (Arditi, 2017, pág. 135) Estas soluciones a la brecha entre los planos del proceso de representación ya no son exclusivas del populismo, son necesaria para revertir el cerramiento de los canales representativos habituales de las democracias liberales. Por lo tanto, “la política cotidiana de las democracias contemporáneas se entrelaza con un modo de representación populista que se ubica en el cruce entre el actuar por otros, la autorización y el fuerte papel que juega la imagería simbólica.” (Arditi, 2017, pág. 138) En este modo el populismo acepta los procesos de representación democráticos, pero los subvierte, cambia y configura para socavar dichos procesos y crear el suyo propio.

Cuando el populismo es un síntoma de la democracia, es decir, se encuentra en sus bordes más ásperos, agita y reclama nuevos métodos de representación, “funciona como un elemento paradójico que pertenece a la democracia [...] y, a la vez, impide que ésta se cierre como un orden político domesticado o normalizado dentro de procedimientos establecidos, relaciones institucionales, rituales reconfortantes.” (Arditi, 2017, pág. 147) Es como si el populismo no dejase cerrar las heridas democráticas, como si estuviese permanente recordando que están allí.

El populismo “desafía la partición de lo sensible mediante su movilización del demos para tratar o encarar un daño resultante de la presencia de una élite con privilegios inaceptables y la simultánea subordinación, exclusión o marginación del pueblo.” (Arditi, 2017, págs. 149-150) El populismo, como buen agitador, busca un enemigo, un antagonista con el cual pelearse. Y este antagonista es una élite corrupta que no deja participar al pueblo en las instituciones democráticas.

Cuando el populismo funciona como un síntoma de la democracia, lo puede hacer en dos sentidos. El primero de ellos es una promesa de redención y una reacción a la política tradicional. El populismo rompe la baraja y extiende, o pretende hacerlo, el juego a más jugadores. Nos encontraríamos, en este caso, que el populismo lucha contra las formalidades democráticas y el anquilosamiento de las instituciones liberales. El populismo rescata la idea de una política de masas romántica y aglutinadora que resolverá todos los problemas. El segundo sentido que puede tener el populismo como síntoma de la democracia es el de un invitado incomodo o un elemento que no entra en los cánones democráticos. Se posiciona en los bordes, y desde allí puede actuar como elemento destabilizador de las instituciones democráticas. (Arditi, 2017)

Si el populismo se convierte en una amenaza para la democracia, será un espejo en el cual la democracia se mirará y observará sus aspectos más desagradables. Esta modalidad

convierte al populismo en un fantasma que siempre amenaza con volver e incordiar y molestar a las instituciones liberales. (Arditi, 2017)

Podemos observar que el populismo como periferia de la democracia funciona de tres modos distintos y sus efectos dependen de ese funcionamiento. El populismo puede acompañar los procesos liberales de representación, pero siempre a su manera. Entendiendo que es el populismo es que mejor (re)presentar debido a su visión de una política mucho más directa y menos tutelada por las instituciones. Se trata de una manera de institucionalizar al pueblo como agente político y cambiar los canales de representación por unos mucho más directos. Cuando el populismo se encuentra en los bordes más oscuros de la democracia, sigue estando dentro del sistema e incluso puede aceptar las instituciones que este tiene. Pero, su posición política es inconformista con el formalismo de dichas instituciones. Por lo tanto, busca quitar de las manos de las élites que ya no representan al pueblo las estructuras políticas. El populismo realiza todo este proceso debido a que piensa que es el mejor representante de la voluntad general y que solo él podrá limpiar las instituciones y hacerla de verdad efectivas. Cuando el populismo es un espejo de la democracia liberal es cuando puede ser una amenaza para la misma. El populismo se convierte así en el reflejo de los fallos de las instituciones liberales y como reflejo es un reverso de las representaciones democráticas. Lo que debe quedar claro, es que la relación entre el populismo y la democracia liberal no es plenamente antagónica. Se trata más bien de un acompañante poco fiable, que nos puede sorprender con sus actuaciones, pero que no se encuentra fuera de nosotros. El populismo forma parte de la democracia moderna y debe ser entendido como un proceso más de la misma.

2.2.4. Populismo, política democrática y partidos políticos: visiones sobre el populismo en el poder y sus efectos sobre la representación política

La cuestión que nos atañe es no solo como afecta el populismo a la democracia sino como actúa dentro de ella. ¿Cómo gestiona el poder el populismo? ¿Cómo afecta a las instituciones liberales estando dentro de ellas? ¿Cómo afecta el populismo a otros partidos políticos, que podríamos denominar tradicionales?

Jan-Werner Müller (2016) nos explica que el populismo en el poder continúa con su objetivo de polarización y preparación del pueblo para una confrontación apocalíptica. Nos explica que los populistas en el poder utilizan el argumento de que solo ellos tienen la legitimidad moral para representar al pueblo. Que solo una parte de ese pueblo es real y que solo esa parte merece ser representada para conseguir un gobierno mucho mejor. Esta lógica manifiesta tres caminos diferentes que puede escoger el populismo: una especie de colonización del estado; la creación de un clientelismo masificado; o, la sistemática represión de la sociedad civil.

Lo primero que desean los populistas es ocupar el poder. Esta estrategia no es exclusiva del populista, lo que diferencia al populismo de las otras tendencias políticas es que estos no esconden este objetivo. Lo segundo que hacen los populistas es crear una masa

clientelar para favorecer su soporte político. Lo que distingue al populismo de otros partidos clientelares, es que no se esconden y que utiliza la molar para justificar todas estas prácticas. Por último, los populistas en el poder tienden a criticar a todos aquellos que les cuestionan. Debido a que creen que el pueblo es homogéneo y que ellos hablan por él. (Müller, 2016)

Podemos decir “que el populismo distorsiona el proceso democrático.” (Müller, 2016, pág. 57) Pero, ¿puede el populismo ser constitucional? Es decir, crear su propia constitución desde el poder, o ¿se trataría de una contradicción debido a que su relación con la democracia liberal es ambigua?

Esta discusión tiene como elementos centrales la controversia que existe sobre los méritos de una política basada en las mayorías, la poca distinción entre un constitucionalismo popular y uno populista, y la insistencia del populismo por la participación cívica y la movilización social frente al poder judicial y de las élites. (Müller, 2016) Es decir, si existiese un constitucionalismo populista este se basaría en el concepto de mayorías políticas ya que representaría, o pretendería representar, a un conjunto muy amplio de la población que se vería desplazado de los canales de representación. Si un partido populista hiciese una constitución basándose en la soberanía popular tendríamos que ver con claridad que es lo que diferenciaría esa constitución de una popular. Y, en la práctica el constitucionalismo populista al basarse en la división práctica de la sociedad siempre que fuese criticado enfrentaría a una parte contra otra para demostrar poder y seguir manteniendo su legitimidad. Podríamos decir que los “populistas en el poder se encuentran bien con las instituciones- lo que es decir, *sus* instituciones.” (Müller, 2016, pág. 62)

Jan-Werner Müller (2016) nos presenta al populismo y su relación con la democracia como una distorsión de los procesos que existen en ella. No solo eso sino que nos explica que el populismo en el poder no cambia su ambigüedad y no trata de unir a la sociedad en una mayoría que incluya a todo tipo de identidad. Más bien sigue dividiendo a la sociedad en dos campos, el pueblo moralmente puro y las élites y sus instituciones corruptas. Esto le sirve como elemento legitimador ante las críticas que se le puedan hacer, ya que si estas existen serán vapuleadas mediante el uso de la soberanía popular. También se pregunta si una constitución populista sería plenamente iliberal, pero encuentra difícil diferenciarla de una constitución plenamente popular debido a que ambas se basarían en el concepto de mayorías políticas y buscarían la creación de sus propias instituciones para sustentar su régimen. Concluye que el constitucionalismo populista necesariamente excluye a todo aquel que no sea populista.

Podríamos decir que los efectos del populismo en el poder dependerían de cómo se organiza el gobierno de la gente, de cómo funciona dicho gobierno y de cuáles son los fines de ese gobierno. (Pasquino, 2008)

Si hablamos de los procesos representativos de las democracias liberales podemos decir que estas son vulnerables al populismo cuando los partidos en el gobierno y en la oposición unidos a los grupos de interés que existan en la sociedad no son capaces de transmitir los intereses y las demandas de los segmentos más significativos de la población en el debate político y la realización de políticas concretas. (Berger S. , 2017)

Para entender cómo el populismo afecta a las políticas y los procesos de representación debemos fijarnos en algunas especificidades del mismo. Paul Taggart (2002) explica que el populismo está insatisfecho con las garantías constitucionales horizontales, con la seguridad ofrecida a los derechos de minorías y la compleja red legal existente a la hora de resolver las injusticias. La complejidad de los procesos de la política representativa frustra a los populistas. También explica que las inusuales elecciones de líderes y estructuras políticas que utiliza el populismo no apelan a una mayor representatividad política sino a una mejor gobernanza. Otra característica importante reside en que los populistas suelen identificarse con una localización geográfica determinada que idealizan. La llamada al pueblo es una consecuencia de la llamada a un territorio determinado, debido a que el pueblo representa dicho territorio. La idealización de este territorio se construye en base al pasado y suele ser bastante ambigua. A los populistas les gusta verse como garantes de la noción idealizada de un territorio determinado. Los populistas tienen una debilidad en sus valores nucleares. El populismo reacciona contra las instituciones y las élites, sus valores varían según la naturaleza de sus antagonistas. El populismo emerge con facilidad en tiempos de crisis, no es un movimiento político de la estabilidad, utilizan esa crisis para conseguir legitimidad y competir con los partidos establecidos institucionalmente. Otra característica es que los populistas prefieren mantenerse como movimientos políticos que convertirse en otra estructura política, pero esto dificulta la institucionalización de su propio movimiento. Los populistas prefieren un líder carismático y fuerte debido a que no se fían de la burocratización y regulación de otras formas de liderazgo. La última característica es que los populistas suele ser muy camaleónicos, lo que dificulta su estudio debido a que puede ser diferente dependiendo del contexto en el cual se encuentre.

Taggart (2002) concluye que todas estas características demuestran que el populismo difiere de otras ideologías. Su escaso núcleo de valores, sus propias limitaciones y su carácter camaleónico, explican parcialmente porque el populismo es tan episódico y difícil de analizar. En cualquier caso, las características expuestas ilustran porque el populismo es un barómetro de la salud de las políticas representativas.

Hemos expuesto diferentes características que hacen al populismo (visto como una ideología) especial. Entendemos que es necesaria toda esta exposición para llegar a la siguiente fase: estudiar su relación con las políticas representativas.

Las políticas representativas se construyen alrededor de las conexiones que unifican el demos con la élite política, concentradas en las instituciones de representación, como las elecciones, y también alrededor de los bloques de asociación política, como los partidos políticos. El populismo tiene una cierta ambivalencia con los procesos de representación política, y busca una construcción de procesos alternativos, como una democracia más directa. (Taggart, 2002)

En la relación entre el populismo y las políticas representativas, estas tratan de abrazar al populismo dentro de ellas y convertirlo en algo más difuso y primario. El populismo se ve forzado a sostener la competición representativa, pero en sus raíces se refleja siempre una objeción a las mismas. Esto provoca dos implicaciones: el populismo es amorfo y

difuso; la segunda implicación es que el populismo no debe ser visto como una reacción a la modernidad. (Taggart, 2002)

La relación entre liderazgo y políticas representativas es compleja debido a la tensión existente entre el líder y la masa. Los líderes carismáticos buscan romper los procesos de representación mediante lo que son y no lo que representan. (Taggart, 2002)

El populismo parece tener en sus raíces una actitud anti-política basada en la dicotomía gobernados versus gobernantes. Podemos decir que el “populismo emerge cuando “el” se convierte en “ellos.” (Taggart, 2002, pág. 74)

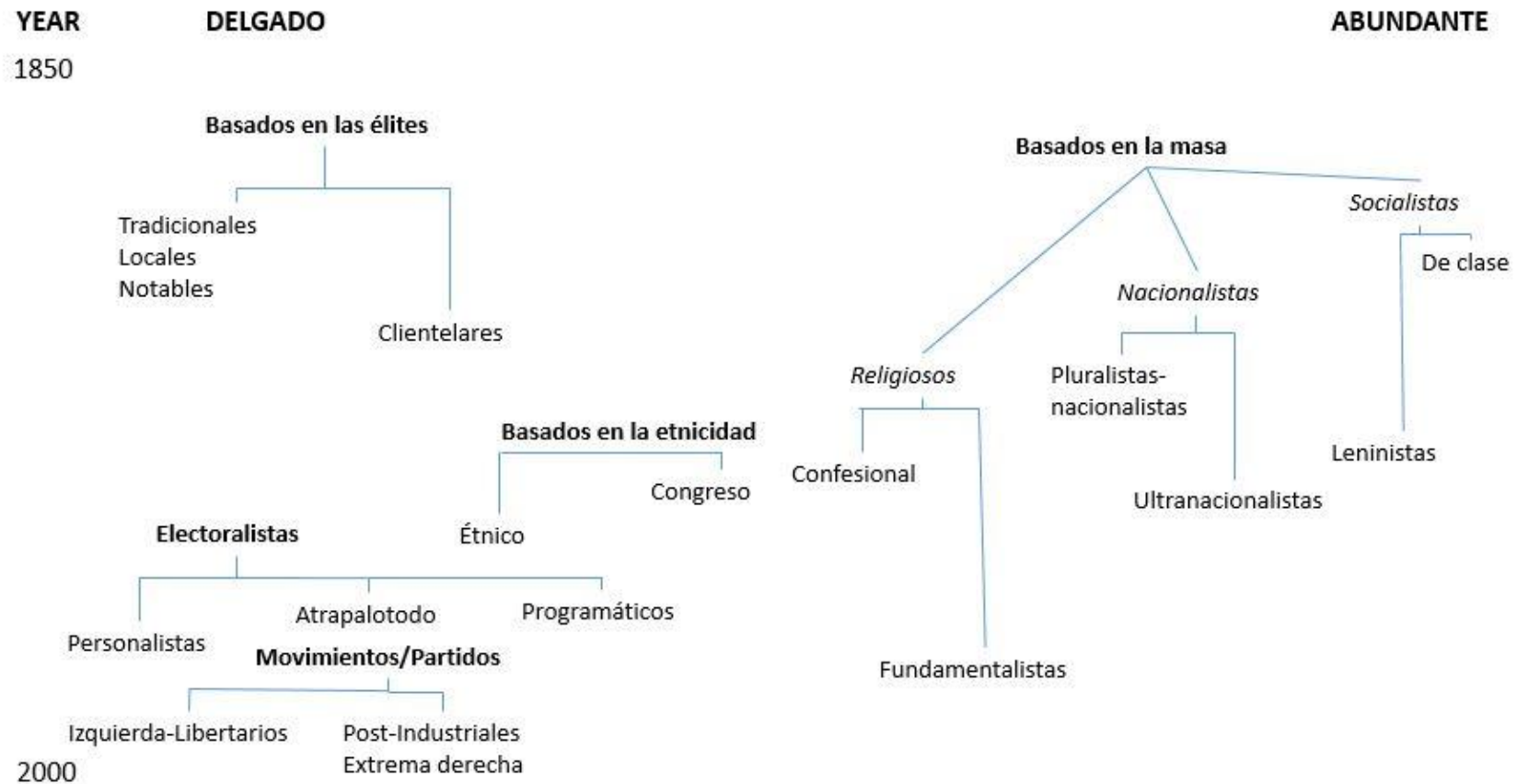
El aumento de las políticas de representación, para dar derechos a muchas más minorías puede haber tenido diferentes efectos en el aumento del populismo. Primero, estos procesos crean una gran complejidad y dificultan la comprensión de sistema político, lo que facilita la aparición del populismo que aboga por simplificar la política y hacerla más directa. Segundo, las nuevas formas políticas generadas por la integración Europea han enfatizado la separación entre gobernantes y gobernados. (Taggart, 2002)

El populismo aparece por la complejidad de los sistemas de representación de las democracias liberales. El énfasis reside en la oscuridad que se ha creado en los canales representativos que no permiten ver el funcionamiento de los mecanismos de representación política. Los partidos políticos no han sabido explicar cómo funcionan realmente todos estos procesos y, por lo tanto, han dejado a sus electores huérfanos de información para entender la política. La aparición del populismo que facilita y simplifica todos estos procesos, provoca que los ciudadanos se adscriban a su mantra: si algo no se ve es que esta corrupto. Además, el populismo resucita la idea romántica del pueblo contra el poder establecido, lo que facilita el proceso de homogeneización del enemigo. Pero esta relación no es unidireccional, sino que “los movimientos populistas tienen algunos efectos particulares en los sistemas de representación política.” (Taggart, 2002, pág. 75)

El populismo es un indicador de los fallos del sistema de representación. La obsesiva preocupación del populismo por el “pueblo” toca una de las piedras angulares de las democracias representativas. El populismo estructura el debate político de tres maneras: crea una política de la simplicidad; resalta la soberanía popular como un valor principal para la democracia; e, impone una dicotomía en el seno del debate político. Además, es capaz de deslegitimar todo tipo de política o iniciativa que requiere cierta complejidad. Tiende a definir el vocabulario del debate político y se beneficia de su ambigüedad en la invocación del “pueblo” para ganar dichos debates ya que los enmarcan en un campo discursivo que obliga a posicionarse a favor o en contra sin ningún tipo de matización. Los movimientos populistas tienen una fuerte tendencia a excluir, de hecho, suelen comprender mejor lo que no son que lo que son. En estos movimientos se suele superponer una fuerte imaginaria religiosa y un fundamentalismo moral. Además, dependiendo de su fuerza movilizadora puede afectar enormemente las políticas representativas. (Taggart, 2002)

La relación entre populismo y representación es bidireccional. Los sistemas representativos obligan al populismo a actuar en ellos, aunque lo haga de mala gana, y este intenta afectar y cambiar lo máximo posible dichos sistemas. La naturaleza del populismo es anti-política y basa sus fundamentos en el pueblo y la soberanía popular. Su manera de entender la política trata de no establecer ningún tipo de intermediación entre el líder y el pueblo y, por eso, odia todo tipo de complejidad o procesos de representación política. Su ambigüedad ayuda a ganar el discurso y debate político. Al partir la sociedad en dos, los buenos (nosotros) y los malos (ellos), los alineamientos discursivos solo pueden darse en un *a favor* o en *un contra*, sin posibilidad de introducir matices en el debate político. Esto facilita su posicionamiento y lo ayuda a simplificar y homogeneizar el campo político.

Tipos de partidos políticos



Fuente: "Species of Political Parties: A New Typology", de Gunther R. y Diamond L., 2003, pag.173

Si el populismo tiene una relación ambigua con los procesos representativos de la democracia, ¿cómo será su relación con los partidos políticos que compiten en esos procesos? ¿Cómo afecta el populismo a los partidos políticos? ¿Cómo actúan los partidos políticos ante la llegada del populismo?

Antes de ir al meollo de la cuestión conviene analizar un poco como se estructuran y que tipos de partidos pueden llegar a existir. Para ello, utilizaremos la tipología propuesta por Richard Gunther y Larry Diamond (2003) donde se exponen 15 posibles estructuraciones de los partidos políticos.

En el *diagrama sobre los tipos de los partidos políticos* observamos que existen organizaciones que podríamos denominar generados. Estas organizaciones son; los partidos basados en las élites; los partidos de masas; los partidos basados en la etnicidad; los partidos electoralistas y los partidos basados en movilizaciones políticas. Además, estas organizaciones se dividen en dos dimensiones: con una organización escasa (en la izquierda del *diagrama sobre los tipos de los partidos políticos*) y con una organización abundante (en la derecha del *diagrama sobre los tipos de los partidos políticos*). (Gunther & Diamond, 2003)

Podemos añadir, que los partidos “son canales de intermediación entre las élites políticas y los votantes, y un tipo de organización particular cuya habilidad de movilizar a los votantes con efectividad es altamente contingente sobre ese contexto.” (Gunther & Diamond, 2003, pág. 173)

Se afirma que un tipo de partido siga una trayectoria predecible y que no evolucione en otro tipo de partido. Esto se debe a dos razones: cuando un partido se institucionaliza con un tipo de organización particular, su naturaleza se congela y le resulta muy difícil cambiar; mientras el contexto socio/tecnológico pueda evolucionar sistemáticamente conforme avanza el tiempo, la relación entre el cambio social o tecnológico y las motivaciones estratégicas o programáticas de los líderes del partido será más tenue o no existente. (Gunther & Diamond, 2003)

Después de todas estas especificaciones pasamos a explicar las características de los diferentes tipos de partidos, basándonos en el análisis de Gunther y Diamond (2003):

- Los partidos basados en las élites: su principal estructura organizacional es mínimas y se basan sobre las élites establecidas y las redes de relaciones personales de un territorio determinado. En términos programáticos no tienen ideología y no tienen pretensiones hegemónicas, suelen colaborar y consensuar con otros partidos del parlamento. Derivan en partidos clientelares que, debido a los nuevos cambios producidos por la industrialización, necesitan dejar su ámbito local y su tradicionalismo a un lado para hacer frente a dichos cambios. Huelga decir, que la creación de este tipo de partidos también puede deberse a una reacción de las élites frente al crecimiento de las movilizaciones o formaciones que representan otros sujetos políticos enfrentados a ellos. Los partidos clientelares son una confederación de notables que mediante su soporte local y

geográfico se organizan internamente en facciones particularistas. Su principal función es coordinar los esfuerzos de las campañas que llevan a cabo sus notables para asegurar el poder a nivel nacional.

- Los partidos de masas: estos partidos emergieron como una consecuencia de las grandes movilizaciones de la clase obrera en muchos países europeos. En cuanto a su organización, se caracteriza por tener una gran base de afiliados que pagan unas cuotas y que se mantienen fieles incluso fuera de las competiciones electorales. Estos partidos buscan penetrar en muchas esferas de la sociedad, para así ampliar su base electoral y aumentar su cuota de afiliados. Podemos dividir los partidos de masas en seis tipologías distintas basados en dos dimensiones distintas: la primera incluiría los partidos que creen enormemente en la verdad de sus propuestas democráticas, que se basan en una ideología y/o que tienen un sistema unificado de creencias. Los partidos con una ideología socialista pueden adoptar una forma democrática, una de clase o una forma más proto-hegemónica. En los partidos de clase el poder se concentra en un comité ejecutivo o en un secretariado general y la última fuente de legitimación es el comité general del partido. Estos partidos pueden tener conflictos internos debido a diferencias ideológicas y su organización se basa tanto en estructuras locales como nacionales. Los partidos socialistas proto-hegemónicos buscan un cambio revolucionario en la sociedad. Exigen una obediencia plena y su membresía es selectiva. La toma de decisión es centralizada y autoritaria. Los partidos nacionalistas pueden ser pluralistas o ultranacionalistas. Los partidos nacionalistas pluralistas pueden tener muchas formas. Los electores de este tipo de partidos tienen la particular de creer que provienen de un grupo nacional distinto. La función de este tipo de partidos no es llegar a conseguir el poder a nivel nacional, sino de resaltar y reformar la unidad del grupo al que creen pertenecer. Los partidos ultranacionalistas son proto-hegemónicos en sus intenciones. Detestan las minorías y promueven una ideología que enfatiza las diferencias entre razas. El líder es la autoridad verdadera del partido y sus miembros pueden ser parte de una organización paramilitar afín al partido. Por último, los partidos basados en la religión se dividen en pluralistas y proto-hegemónicos. Los partidos religiosos pluralistas tienen unas características similares a los partidos de masas tradicionales. Difieren en su programa, que es de orden religioso. Por lo tanto, el control del partido no está completamente en su seno sino también en otras organizaciones de orden religioso. Los partidos religiosos proto-hegemónicos son partidos fundamentalistas. Buscan reorganizar la sociedad en torno a su programa ideológico-religioso. No entienden el estado sin religión y buscan imbuir de su religión a todos los ciudadanos y obligarles a seguir sus doctrinas crean o no en dicha religión; la segunda dimensión, se basan en cuanto de tolerantes o pluralistas pueden ser esos partidos por un lado, y por otro lado cuanto hegemónicos quieren llegar a ser. Los partidos que se incluyen en la primera dimensión son aquellos que tienen un corte socialista, nacionalista o religioso. Los partidos de la segunda dimensión pueden ser pluralistas, que son partidos que asumen el juego democrático; o partidos proto-hegemónicos, que buscan conseguir la hegemonía en el sistema e imponer su visión radical de la

sociedad. Los partidos pluralistas buscan ganar las elecciones para conseguir poner su programa en práctica y su estrategia de movilización se basa en la activación de sus afiliados. Puede apoyarse en otro tipo de organizaciones sociales y siempre están abiertos a nuevas afiliaciones, por lo tanto existe un cierto proceso de renovación de sus miembros. Los partidos proto-hegemónicos se basan en una disciplina férrea y lealtad al partido. Los miembros son seleccionados selectivamente, su adoctrinación es intensiva y la aceptación de la ideología por parte de todos los miembros es indiscutible.

- Los partidos basados en la etnicidad: tienen una escasez en la organización, en comparación con los partidos de masas. Lo que más les distingue, son sus lógicas políticas y electorales. No tiene un programa para toda la sociedad, buscan contentar y cumplir los intereses de un grupo determinado. Suelen estar de acuerdo con las estructuras específicas del régimen democrático, simplemente desean representar a su grupo dentro de ellas. Cuando se alían varias etnias para formar un partido se le denomina un partido de congreso, es decir, un partido que mediante una alianza concurre a unas elecciones para representar a unas etnias determinadas.
- Partidos electoralistas: suelen tener una pequeña organización que les ayuda a realizar su función: ganar unas elecciones. Podemos distinguir tres tipos de partidos electoralistas: los partidos “atrapalotodo” son tolerantes y pluralistas, tienen una organización superficial, una ideología vaga y una abrumadora orientación electoralista. Su propósito es maximizar los votos, ganar elecciones y gobernar; los partidos programáticos son partidos con una pequeña organización, pluralistas y tolerantes que buscan capitalizar el atractivo de sus candidatos. Tienen en común con los partidos tradicionales de masas ideológicos un programa ideológico que desean llevar poner en práctica, buscan controlar el gobierno y tienen una organización mucho más definida que los partidos “atrapalotodo” y una base social mucho más amplia; el tipo de partido más electoralista es el partido personalista. No se basan en un programa o una ideología, sino en el carisma del líder para ganar las elecciones. A este líder lo consideran indispensable para ganar cualquier tipo de elección y resolver los problemas del país.
- Los partidos basados en movilizaciones sociales: este tipo de partidos partisanos basculan entre el partido y el movimiento político. No existen barreras a la afiliación. Abogan por una participación directa de los electores. Por lo tanto, suelen tener una organización poco centralizada y a veces caótica. Su organización suele basarse en unas conexiones débiles entre diferentes movimientos políticos que se aúnan para ganar unas elecciones o ser representados en el sistema democrático.

Esta tipologización nos sirve como anclaje para entender como el populismo afecta a los partidos políticos. No solo eso, sino también que tipología puede ser adecuada para un movimiento populista y sabiendo la “especie” podremos aventurar sus fines y maneras de actuar.

Es lógico que en un sistema representativo liberal se dan elecciones para saber qué partido político va a gobernar el país. El populismo tiene que competir en estas elecciones, tiene que jugar con las reglas del tablero político si quiere conseguir el poder. Toda elección política tiene una alta volatilidad, nunca se sabe con certeza quién va a ganar. Dentro de esta volatilidad electoral conviene destacar dos tipos diferentes: por un lado, “está la que se produce entre partidos que ya tienen representación en el Parlamento. Por el otro, la que se da entre partidos que antes no la tenían.” (Simón, 2018, pág. 64)

La primera propone un cambio en el gobierno, mientras que la segunda un cambio en el sistema de partidos. (Simón, 2018) Es decir, cuando los partidos ya representados en el Parlamento compiten en unas elecciones solo existen dos posibilidades: gobernar o estar en la oposición. Cuando un partido de fuera del campo político habitual consigue representación, entra en los canales y procesos del poder y desajusta el campo político de alianza, pesos y contrapesos.

Un partido populista puede aparecer en la escena política por varios motivos: una percepción de convergencia programática entre los partidos que ya tienen representación en el Parlamento; una escasa incorporación de los ciudadanos al sistema político; y, el colapso de las redes clientelares que hayan podido tener los partidos con representación parlamentaria. (Simón, 2018)

Todos estos factores pueden desestabilizar la institucionalización del sistema político, lo que provocaría la pérdida de algunas de sus ventajas. Que un sistema este institucionalizado da pautas de elección a los votantes y aleja a los partidos outsiders del sistema dificultado su entrada. (Simón, 2018) Es decir, un régimen democrático robusto obliga a todos los partidos a seguir las reglas y pautas de comportamiento político y ayuda a los votantes a decidir su voto, debido a que todo el campo político está demarcado y tiene unas fronteras visibles.

Si un partido populista desea estabilizarse, es decir, institucionalizarse debe ser capaz de generar identidad entre los votantes y construir una organización estable y robusta que pueda competir y hacer frente a los desajustes políticos. (Simón, 2018)

En la competición electoral un partido populista debe ser capaz de romper el sistema de representación tradicional y conseguir llegar al poder. Pero no solo eso, sino que debe dar continuidad a su proyecto político para así poder alargar su existencia en el tiempo. Las competiciones electorales suelen ser muy duras y para ganarlas un partido populista debe estar muy bien organizado y tener pequeñas organizaciones en todo el territorio que le ayuden a aumentar la base del partido. Todos estos condicionantes son los preparativos que debe hacer todo partido que decida competir en un régimen electoralista. Seguir las reglas es imprescindible, al menos que seas un partido revolucionario que desean romper el sistema desde el minuto uno. Por lo tanto, podemos afirmar que todo partido político populista acepta, aunque sea a regañadientes, el sistema político en el cual está inserto y juega con las reglas ya impuestas. Lo que no quiere decir, que cuando consigan el poder no deseen cambiarlas.

Los partidos políticos cambian por dos razones principales: sufren el cambio social; y, por su relación con los medios de comunicación. No solo eso, sino también el papel de los líderes no es capaz de organizar con efectividad la sociedad. (Mastropaolo, 2008) Lo que puede hacer que un partido de orden populista pueda aprovechar esas fallas. Con un líder fuerte y carismático, una nueva forma de utilizar los medios de comunicación y utilizando las demandas sociales en su beneficio, el populismo tiene las herramientas necesarias para competir con los otros partidos políticos tradicionales.

La democracia de partidos presupone algunas características que son esenciales para su funcionamiento: la conexión entre votantes y gobierno está mediada por los partidos políticos; el electorado se caracteriza por tener unos intereses diversos y razonables que compiten con otros por la distribución de los recursos públicos; esos intereses se reflejan más o menos en los programas de los partidos políticos; y, por último, los ganadores ponen en práctica su programa con más o menos acierto y los perdedores aceptan ser ignorados o excluidos del campo políticos, es decir, este proceso produce ganadores y perdedores. (Mair, 2002)

Debemos tener en cuenta dos elementos importantes: los cambios en la identidad de los partidos; y, cambios en las funciones con las cuales los partidos pretenden actuar. En cuanto a la identidad, es evidente que los partidos políticos *mainstream* han visto su ideología y su programa emborronado y poco diferenciado frente a sus competidores. Además, los gobiernos y los partidos políticos que los ocupan han visto restringidas sus políticas por la disminución del papel del Estado-Nación, lo que causa que sus programas se vean muy parecidos. Los gobiernos funcionan más como reguladores, que como realizadores de políticas para el pueblo. Esto provoca que los votantes no sepan distinguir muy bien las diferencias ideológicas entre un partido político y otro. En cuanto a los cambios en las funciones de los partidos, podemos decir que siempre han mantenido varias funciones claves: un grupo de funciones representativas; un grupo de funciones institucionales o procedimentales; la formulación y creación de políticas públicas; la función reclutadora; y, una función muy importante es el rol de los partidos en la organización del parlamento y el gobierno. (Mair, 2002) La globalización, tanto económica como política han provoca que los partidos políticos tradicionales tengan que cambiar. Por un lado, su identidad política y social. Los votantes ven a los partidos políticos establecidos como iguales debido a que sus programas políticos ya no tratan de reflejar los diferentes intereses de los diferentes grupos sociales sino que al gobernar solo tratan de gestionar política y económicamente la sociedad. Los diferentes partidos políticos realizan las mismas políticas estructurales, diferenciándose solo en las políticas que tratan de ampliar o restringir los derechos sociales y civiles. La consecuencia de todo este proceso es que se sientan y vean como iguales. No existe competición democrática, porque no existen alternativas reales de cambios políticos. Un partido populista aprovecha esta falla para representar un cambio real, fuera de los acuerdos establecidos por las élites políticas. Lo que lo hace realmente atractivo a los votantes debido a que les da una alternativa, real o ficticia, de cambio. Las funciones institucionales y procedurales de los partidos políticos también han sufrido cambios. La pérdida de poder de los Estado-Nación provoca una pérdida de poder y representatividad de las instituciones nacionales. Lo que hace que los partidos políticos que están envueltos en esa institucionalidad sean vistos

como inútiles políticos. Si las instituciones se ven arrastradas por decisiones que no están en manos de los elegidos por los votantes, las elecciones no atraen y se produce una desafección con los partidos políticos tradicionales. Si votar no sirve para cambiar y todo ya está decidido, para que votar. El populismo critica las instituciones y responsabiliza a los partidos políticos de su corrupción política. Si estos partidos no son capaces de imponer el interés nacional sobre todo lo demás, ya lo harán los populistas.

Estos cambios hacen ver mejor la separación entre el pilar constitucional y el pilar popular de la democracia de partidos. La erosión de la democracia de partidos anima a que las llamadas a contener el pilar popular sean mucho más frecuentes. (Mair, 2002)

Si un partido populista consigue ganar, la erosión de la democracia de partidos se hace más acusada. La democracia populista tendera hacia una democracia menos partidista, dónde los sectores o grupos sociales se vean como ciudadanos y no como trabajadores, empresarios...La apelación al pueblo y la representación del mismo es fundamental. Un pueblo homogéneo, un solo cuerpo social. El gobierno serviría al interés nacional y popular, frente a un interés particularista. La democracia populista tiene más capacidad de afianzarse cuando los ciudadanos ven indiferente el panorama político. La democracia populista puede servir a los intereses de los líderes que ofrecen una nueva legitimidad gubernamental en un contexto de desafección política. (Mair, 2002) La democracia populista se caracterizaría por un realineamiento de los procesos representativos. Una unificación de los canales democráticos y un entendimiento de los paradigmas democráticos como directos. Se trata de una simplificación de la democracia de partidos. Un recorte de los cauces democráticos.

La “democracia populista se puede entender como una *democracia popular sin partidos*.” (Mair, 2002, pág. 91) La democracia populista puede complementar el pilar constitucional de la democracia de partidos, pero modifica el pilar popular de la misma. El pueblo como único constructo social, unifica los paradigmas políticos en un solo agente social, que además, también se identifica con los intereses nacional. La democracia populista es totalizadora. Pretende llenarlo todo sin fisuras y unificar los intereses. Establece que intereses están por encima y los liga a un interés general que representa a todos. Los que no se encuentran dentro de esa representación son los excluidos o enemigos del régimen populista. Huelga decir, que la democracia populista sigue siendo democracia. Aunque una democracia más simple, donde los competidores electorales se restringen en número y las posiciones políticas se tornan homogéneas y se enfrentan. Las políticas de consenso se ven desplazadas.

En definitiva, las democracias liberales y el populismo tienen una relación que podríamos denominar “*de tira y afloja*”. El populismo aprovecha la complejidad política, social y económica de nuestro tiempo para atacar las instituciones democráticas liberales y así conseguir mermar su legitimidad. Aprovecha las fallas en los procesos y canales representativos para inutilizar las instituciones y partidos democráticos. Ante la complejidad de actores y procesos políticos, el populismo propone una democracia directa basada en una mayoría. Esta concepción de la democracia ofrece ciertas limitaciones “cuando tiene que lidiar con la fragmentación social, la cual requiere de unos mecanismos deliberativos ordenados que no son compatibles con un mayoritarismo

directo.” (Papadopoulos, 2002, pág. 57) El populismo polariza el campo político en dos actores principales: el pueblo y las élites. La soberanía nacional reside en el pueblo y su único representante legítimo es el partido populista. El populismo busca mermar la competición democrática, reducirla a un binomio. La democracia populista no es pluralista.

El populismo critica el funcionamiento de unas instituciones que se han alejado del pueblo y tan solo gestionan sin hacer partícipes de esa gestión a la ciudadanía. La institucionalidad populista asume que la gente ordinaria es depositaria del sentido común y posee las virtudes cívicas necesarias para actuar por el bien común. (Papadopoulos, 2002)

Los partidos políticos tradicionales se ven atacados por el movimiento populista debido a que, estos, se ven como iguales. Si no existen realidades políticas bien diferenciadas el ciudadano no sabrá, ante la complejidad política, como distinguir un partido de otro. Ante tal situación el populismo reclama su diferencia. Expone los fallos de los demás partidos y los encorseta en un antagonista que es quién se enfrenta al pueblo. Quién decide a pesar del pueblo. La democracia de partidos, se ve así, ultrajada. Su representatividad se erosiona. Cada vez más ciudadanos se sienten excluidos de los asuntos políticos. Esto no solo provoca apatía, sino también rabia. Y el populismo explota esa rabia y la convierte en votos para su movimiento. Ante una competición electoral pueden ocurrir varias situaciones: que los partidos políticos tradicionales unifiquen sus discursos y campañas para atacar al partido populista. Lo que facilitaría la diferenciación del partido populista y ayudaría a dicotomizar aún más el campo político; crear coaliciones para que los populistas no toquen cuotas de poder. Lo que ayudaría al discurso anti-élite populista y marcaría las fronteras políticas en las cuales el populismo se mueve como pez en el agua; o, pueden pactar con los partidos populistas y hacerlos parte del gobierno. Lo que en principio conllevaría su institucionalización, pero también la puesta en práctica de algunas de sus políticas. Lo que daría sentido y legitimidad a las mismas. Al parecer, en el juego democrático, los partidos políticos tradicionales lo tienen difícil ante un movimiento populista que no sigue con exactitud las reglas del juego. El populismo puede distorsionar la democracia, pero forma parte del sistema democrático. Aparece por los fallos sistémicos de las democracias liberales, unos fallos que unidos a la globalización tiene una solución que no será satisfactoria para todos. Vivimos en democracias de ganadores y perdedores, y los perdedores cada vez se sienten más excluidos.

El populismo en el poder tenderá a cambiar las instituciones a su favor. Y, para dar legitimidad a ese cambio, apelará a la soberanía popular como agente colectivo y legitimador. Sus instituciones, en apariencia, serán más directas y no tendrán los canales de representación tan complejos de las democracias liberales modernas.

El populismo denota una generalización de la desconfianza en las instituciones liberales y en el proceso de toma de decisiones políticas. Aboga por una relación mucho más directa, sin intermediación de otros agentes políticos que no sean los propios ciudadanos. (Kitschelt, 2002) La democracia populista será más directa, menos pluralista, no necesariamente más participativa y ante ataques y críticas utilizará las calles como elemento que de legitimidad a sus políticas. Los pilares principales de la democracia

populista son: el pueblo como soberano; la nación como representación simbólica de ese pueblo; la existencia de unas élites que han utilizado las instituciones para sus propios intereses o que han claudicado frente a instituciones internacionales; la simplificación del campo político y de los procesos de decisión política; y, la utilización de unos canales de representación directos, ciudadano-líder, sin ningún tipo de intermediación.

2.3. SOBRE EL SISTEMA CULTURAL: LA BATALLA DE LAS IDENTIDADES

En los capítulos anteriores hemos observado algunas visiones teóricas sobre lo que significa el populismo y qué efectos tiene éste sobre las democracias y los partidos políticos. La pregunta que sigue rondando es por qué aparece el populismo. Y, ¿quiénes son los populistas? ¿Qué provoca que alguien vote a un partido populista? ¿Solo es un fallo en el sistema democrático o existe algo más?

Nuestra visión sobre lo qué es el populismo, cómo actúa y por qué aparece y existen ciudadanos que lo votan, será cultural. Pero antes de explicar nuestro modelo conviene analizar algunos conceptos sobre los cambios culturales que nos ayudarán a entender mucho mejor la magnitud de una apreciación cultural sobre el populismo.

La cuestión no es echar la culpa a x o a y, sino ofrecer un mapa con el cual jugaremos más adelante y armaremos nuestras estructuras teóricas. Obviamente, la aparición del populismo no es solo cultural, pero tan poco se debe totalmente a factores económicos. Ambos campos están relacionados y se retroalimentan mutuamente. La cuestión cultural se torna interesante porque nos ayuda a observar los cambios antes de que ocurran. El populismo visto desde una aproximación cultural no es la *consecuencia de* sino la *causa de*. En este apartado estudiaremos algunas teorías sobre los cambios culturales más importantes y sobre cómo han cambiado los procesos de identificación y creación de identidades en nuestras democracias liberales. Observaremos como un sistema macro cultural puede ayudarnos a explicar con gran acierto el fenómeno populista.

Analizaremos la cultura como medio para la significación política, es decir, la cultura como herramienta para la creación de identidades políticas. También, estudiaremos el tiempo y el espacio como categorías políticas para conocer la importancia de estos dos conceptos para entender las transformaciones y los procesos políticos. Y, por último, explicaremos cómo diferentes identidades se relacionan dentro del campo político e individual.

2.3.1. La cultura como medio para la significación política

La visión política desde un sistema cultural nos ayuda a entender mucho mejor cuales son las causas de la aparición del populismo en el escenario político moderno. No se trata solo de especificar y analizar cómo funciona un partido populista u otro, sino de entender también quién los vota o simpatiza con ellos y por qué lo hacen.

Se trata de “desentrañar las estructuras de significación [...] y en determinar su campo social y su alcance.” (Geertz, 2005, pág. 24) Se trata de entender que la economía no es el único camino para explicar la aparición de los movimientos populistas. Tenemos que comprender como han cambiado los paradigmas políticos y de identificación política. Como las estructuras sociales y culturales van de la mano y se retroalimentan constantemente. Y de como el sistema cultural cambia las percepciones sobre la sociedad y el mundo en el que vivimos. La “cultura es pública porque la significación lo es.” (Geertz, 2005, pág. 26)

Podríamos decir

con toda propiedad que la cultura comienza cuando termina la naturaleza. La naturaleza no impone reglas, actúa espontáneamente; la cultura, por el contrario, impone reglas sobre lo que es necesario, sobre lo que puede ser de otra manera: la cultura es la irrupción de lo arbitrario en la naturaleza. (Varela, 2005, pág. 76)

La importancia de explicar el populismo desde el punto de vista cultural reside en la amplia cantidad de información que ello nos puede arrojar. La cultura persigue al hombre, y al vivir en sociedad lo cuestiona, transforma, libera o limita, según las circunstancias y el contexto. La cultura profundiza en los esquemas de significación política y nos ayuda a observar los cambios que se producen en el campo político. Por lo tanto, debemos comprender la cultura “no como complejos de esquemas concretos de conducta [...] sino como una serie de mecanismos de control [...] que gobiernan la conducta.” (Geertz, 2005, pág. 51) Es decir, se trata de analizar qué conductas políticas provocan la aparición y asimilación del populismo y como éste cambia las reglas de conducta del campo político.

Los cambios en la materialidad de los ciudadanos provocan cambios sustanciosos en su vida material, pero no debemos olvidar que “entre lo que nuestro cuerpo nos dice y lo que tenemos que saber para funcionar hay un vacío que debemos llenar nosotros mismos, y lo llenamos con información (desinformación) suministrada por nuestra cultura.” (Geertz, 2005, pág. 55) Los procesos políticos no conllevan solamente una realidad material de las cosas, sino también una realidad cultural que modifica y regula la conducta de los ciudadanos. Si el voto de un ciudadano dependiera solo de lo material la ambigüedad política no existiría. No sería posible una competición cultura sobre una realidad que solo tiene una *verdad*. Sí la *totalización* fuese real en el ámbito político la democracia no existiría. Por eso, “no sólo las ideas sino también las emociones son artefactos culturales en el hombre.” (Geertz, 2005, pág. 81)

La “cultura produce los cambios en los estilos de vida, en las prácticas cotidianas, en los comportamientos.” (Hall & Melino, 2011, págs. 39-40) El populismo crea un complejo marco cultural en el cual se mueve, su búsqueda es la imposición en la sociedad de nuevos valores, ritos y mitos. Las fallas en el sistema cultural liberal, que busca la unificación de marcos culturales que mantienen su diversidad, provocan una disolución de unas estructuras culturales fijadas y poco cambiantes por unas estructuras culturales móviles y dinámicas. La política se convierte en un mercado de aceptación de identidades ya caducas y sin ningún tipo de referencia real y simbólica. Los sistemas políticos liberales

ven como sus estructuras simbólicas se van disolviendo poco a poco. Lo que antes era cierto, ahora ya no lo es. El discurso no resulta ya creíble. Si la identificación política resulta cada vez más difícil, los ciudadanos buscan su identidad en otro lado. El rearme de las significaciones políticas pasa por una causalidad, en apariencia, desapercibida: el sistema cultural ha cambiado en otros ámbitos de la realidad como la economía, el arte o las relaciones sociales. El ámbito político se encuentra *atrasado* respecto a esos cambios.

La complejidad del sistema cultural moderno provoca que las significaciones políticas se vean alteradas y aceleradas por los medios de comunicación (que son transmisores de reglas y normas culturales) e internet (que homogeneiza las pautas culturales y aflora las diferencias entre marcos culturales). Pero la política sigue siendo la misma. Los cambios se han producido mayormente en lo estético. La performance política ha cambiado. Pero los canales y procesos democráticos no han sufrido cambios sustantivos. Se sigue votando igual, el poder sigue estando en las mismas manos, sigue existiendo una élite política que manda, sigue habiendo partidos políticos, lobbies y asociaciones que, al ser activas, deciden políticamente sobre una mayoría muchas veces alejada y desencantada con la política. La performance sin fondo no tiene legitimidad alguna, no puede crear símbolos ni mitos que ayuden a superar la realidad. En una sociedad acelerada, los ritos políticos siguen siendo los mismos.

La legitimidad de un sistema político no es solo material, sino también cultural. Los mitos, ritos, discursos y valores que desprende un régimen político son el armazón necesario que da forma a las instituciones que regulan la sociedad. La caída, y no sustituciones, de estos artefactos culturales provocan un cisma entre lo que dice el sistema y lo que perciben los que viven en él. El populismo aparece como sanador y promete curar las heridas del sistema. El sistema cultural liberal que buscaba la universalidad de mitos y simbologías se enfrenta a un populismo que busca o una reinterpretación de dicha universalidad o una ruptura con los valores de la misma.

El mito “constituye un sistema de comunicación, un mensaje. Esto indica que el mito no podría ser un objeto, un concepto o una idea; se trata de un modo de significación, de una forma.” (Barthes, 2012, pág. 199) El mito sería como un fluido que sirve para engrasar los resortes que hacen funcionar a la sociedad. Si estos resortes se oxidan, si el mito falla, la sociedad cambia. Si el mito “es un habla, todo lo que justifique un discurso puede ser un mito. El mito no se define por el objeto de su mensaje sino por la forma en que se lo profiere: sus límites son formales, no sustanciales.” (Barthes, 2012, págs. 199-200) Por lo tanto, todo puede convertirse en un mito. Cada “objeto del mundo puede pasar de una existencia cerrada, muda, a un estado oral, abierto a la apropiación de la sociedad, pues ninguna ley, natural o no, impide hablar de las cosas.” (Barthes, 2012, pág. 200) Es decir, no existe en nuestras sociedades un solo mito unificador, sino que la manera en la que entendemos el mundo está llena de mitologías que nos ayudan a creer en el sistema y a seguir dándole legitimidad. La “palabra mítica está constituida por una materia ya trabajada pensando en una comunicación apropiada.” (Barthes, 2012, pág. 201) Un mito será eficaz siempre que se base en algo que ya acontece en la realidad. El mito no crea nada, mistifica lo ya creado y lo convierte en valor esencial.

En el mito encontramos un esquema tridimensional formado por el significante, el significado y el signo. Existen en el mito dos tipos de sistemas: el lenguaje que el mito toma para construir su propio sistema y el mito mismo que se encargaría de hablar de sí mismo. (Barthes, 2012) Es decir, dentro del mito se encuentran tres pilares que lo forman y lo constituyen, esto tres pilares (el significante, el significado y el signo) crean sistemas en los cuales el mito se estructura: el primero de ellos es el lenguaje que utiliza el mito para transmitir y el segundo es la autorreferencialidad que tiene el mito. No solo habla a los demás, sino que cuando lo hace también está hablando de sí mismo.

El significante “del mito se presenta de forma ambigua: es, a la vez, sentido y forma, lleno de un lado, vacío del otro.” (Barthes, 2012, pág. 208) En el sentido ya se encuentra construida una significación que se bastaría por sí misma. El sentido ya está completo, al devenir forma se vacía. (Barthes, 2012) Si solo tenemos la forma del mito, tendremos una estructuración particular, un discurso que se realiza de una *manera*. Pero este discurso no tendría ningún efecto, sería plano, su contenido se quedaría en su esqueleto, en cómo está hecho y no en lo que está transmitiendo. El sentido envuelve la forma y hace eficaz al mito. El discurso mítico se envuelve en un aura de significados plenos que además tienen una forma determinada de anunciarse.

Un “significado puede tener varios significantes” (Barthes, 2012, pág. 211), es decir, el significado no es exclusivo ni excluyente. Puede participar en muchas estructuraciones mitológicas. Podemos decir que “*el mito no oculta nada*: su función es la de deformar, no la de hacer desaparecer.” (Barthes, 2012, pág. 213) El mito no crea ni destruye, solo modifica. No se reemplaza una mitología por otra, sino que se modifica la ya existente y se transforma en otra diferente. Es un proceso de continua modificación y transformación. Podríamos decir que el mito es “una palabra *robada y devuelta*.” (Barthes, 2012, pág. 218) El mito roba la palabra, la deforma, distorsiona su sentido, cambia su significante y la devuelve como si fuese algo distinto. El mito ayuda a estructurar el sistema de creencia y valores de una sociedad. Da sentido a un sistema cultural. El mito no sirve para crear los procesos culturales, pero sí que ayuda a mantenerlos vivos. No existe “mito sin forma motivada.” (Barthes, 2012, pág. 219) El mito no da legitimidad a un sistema por sí solo, más bien ayuda a mantener la legitimidad en ese sistema. Proporciona un sentido a las estructuras e instituciones que van más allá de su funcionamiento. Da sentido a la forma. Reviste el esqueleto metálico del sistema para así hacerlo más atractivo. El mito “es un sistema ideográfico puro en el que las formas están todavía motivadas por el concepto que representan, aunque no recubren, ni mucho menos, la totalidad representativa.” (Barthes, 2012, pág. 220)

El mito “no oculta nada y no pregonar nada: deforma; el mito no es ni una mentira ni una confesión: es una inflexión.” (Barthes, 2012, pág. 222) El mito no puede establecerse sobre una mentira, no puede descubrir nada. No es una revelación, no perdona, ni castiga, habla constantemente sobre sí mismo y sobre lo que representa. Es un reflejo de nosotros mismos. Un reflejo deformado, creíble pero frágil. Por eso “el mito es vivido como una palabra inocente; no porque sus intenciones sean ocultas (si fueran ocultas, no podrían ser eficaces), sino porque están naturalizadas.” (Barthes, 2012, pág. 224) El mito funciona cuando se observa como verdadero, y esa *verdad* no se observa como producto del

conocimiento humano sino, como un producto ya existente en nuestro entorno. El mito es *real a pesar* del ser humano.

Como defensa frente a una crisis o a una catástrofe “la colectividad afirmará la posibilidad de su autoperpetuación, mediante la elaboración de mitos y representaciones simbólicas interesados en un <<sentido perenne>> y una <<inmortalidad imaginaria>> de la cultura.” (Robins, 2011, págs. 107-108) Podríamos decir, que en la cultura existe una “especie de mortandad [*deadness*] viviente que no admite la posibilidad de su propia mortalidad.” (Robins, 2011, pág. 108) El mito y los ritos simbólicos ayudan a una cultura a sobrevivir, aunque sea en modo *zombi*. La muerte de un sistema cultural es la muerte de sus mitos y procesos de creación y reproducción de los mismos.

El populismo no solo viene a representar a los excluidos, a distorsionar los procesos democráticos, también busca cambiar el significado de lo político. No busca destruir nuestras democracias liberales, sino cambiar su significado. Busca crear sus propios mitos. La cultura nos ayudará a entender cómo se producen todos estos procesos y qué efectos puede tener el populismo en nuestras sociedades. Porque “algo que todo el mundo sabe pero que nadie siquiera piensa cómo demostrar es el hecho de que la política de un país refleja el sentido de su cultura.” (Geertz, 2005, pág. 262) La cuestión sería cuál es el sentido de la cultura de un país que tiene en su seno un partido o movimiento populista.

La cultura y la política se encuentran relacionadas. La forma en que se estructura una sociedad depende del bagaje cultural de la misma. Por eso ninguna democracia liberal es igual a otra. Una de las características principales que comparten nuestras democracias liberales son unos valores universalistas. La creación de un mito que sirve de pegamento y anclaje para las instituciones democráticas liberales. Los valores legados por la modernidad han servido para que las sociedades occidentales y occidentalizadas tuviesen un camino el cual recorrer. Un futuro utópico el cual perseguir. Porque las “ideas tienen que ser institucionalizadas para cobrar en la sociedad no sólo una existencia intelectual sino, por así decirlo, también una existencia material.” (Geertz, 2005, pág. 264) Los sistemas culturales crean instituciones de transmisión cultural. Las ideas contenidas en una sociedad se materializan en dichas instituciones y en su forma de funcionar. Pero “para que tenga influencia la cultura en los dispositivos habituales deben darse condiciones materiales determinadas en los recipientes de la cultura.” (Varela, 2005, pág. 89) Es decir, esas instituciones deben tener una base material para transmitir con eficacia los valores del sistema cultural. Todos, o la mayoría, de los integrantes de esa sociedad deben aceptar o tolerar dichas instituciones. Esas creencias serán utópicas sí y solo si: están suficientemente justificadas; y, cumplen la función social de favorecer el acceso al poder de un grupo social determinado. (Varela, 2005) Para que un estado sobreviva debe hacer “algo más que administrar privilegios y defenderse de su propia población, sus actos deben estar de conformidad con los de aquellos que según él pretende son sus ciudadanos y, en un sentido amplificado, deben ser actos de sus ciudadanos.” (Geertz, 2005, pág. 266) Los sistemas democráticos deben ser parte de los valores que comparten los ciudadanos insertos en dichos sistemas. Es decir, un régimen democrático sobrevive porque los ciudadanos se identifican con sus ritos, mitos y reglas establecidas. Es una “cuestión de

experiencia inmediata, de experimentar lo que el estado “hace” como actos que proceden naturalmente de un “nosotros” familiar e inteligible.” (Geertz, 2005, pág. 266)

La cultura nos ayuda a entender la política. Mejor dicho, la cultura está relacionada con la política. Esta relación tiene varios puntos de anclaje: un punto sistémico; un punto instrumental; y, un punto de cambio o punto flotante.

El punto de anclaje sistémico representa cómo el sistema Macro cultural afecta a la forma en la que una sociedad decide erigirse políticamente. Los artefactos culturales influyen a la hora de crear regímenes políticos. Influyen en la creación de las instituciones políticas, en las relaciones entre la sociedad y dichas instituciones. En la forma que se estructuran los procesos de elección y representación política. En definitiva, en la forma y el fondo que tendrá el sistema política (democrático, autoritario, representativo, popular...)

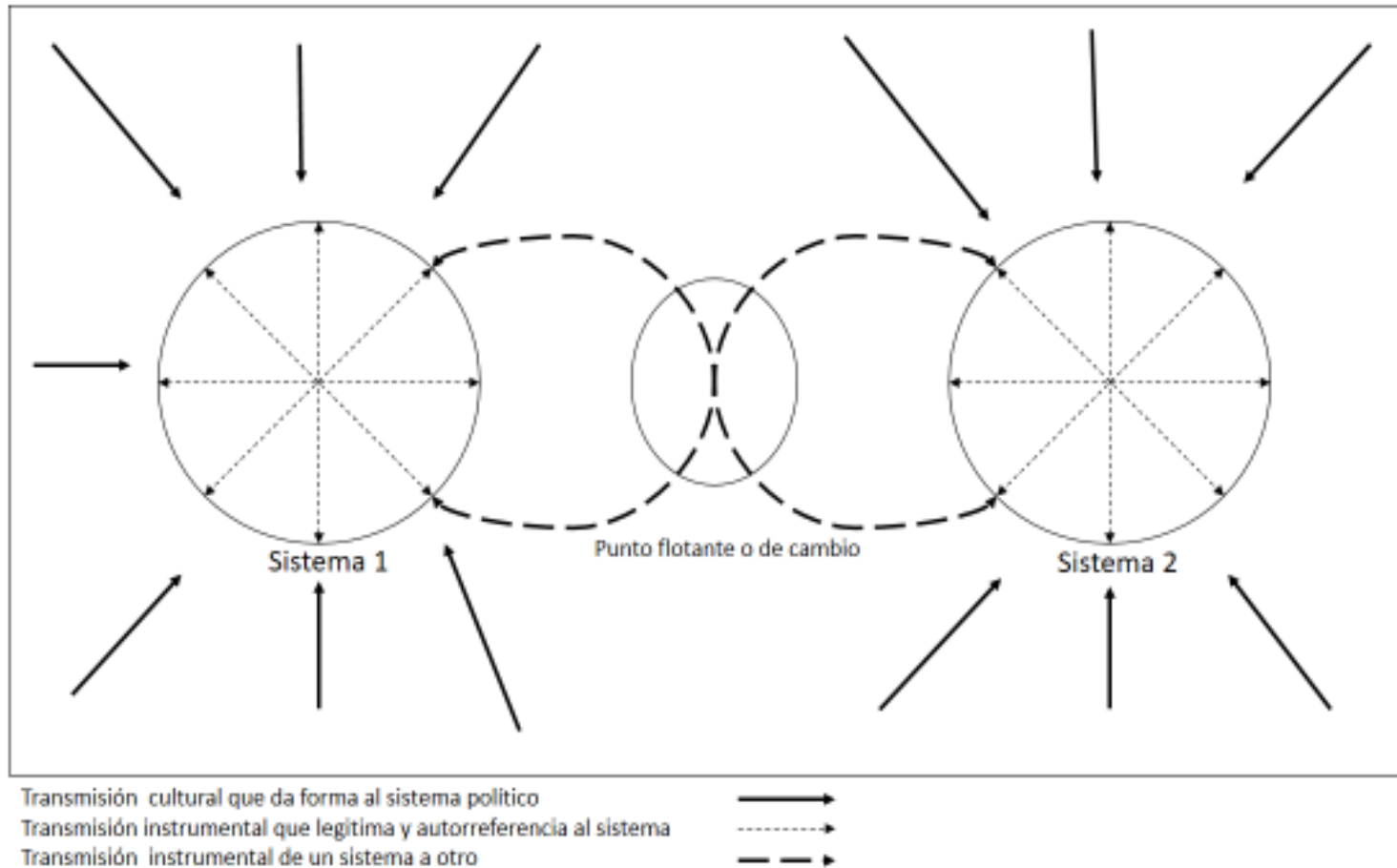
El punto de anclaje instrumental utiliza la cultura como herramienta legitimadora del sistema. Mediante el discurso, los mitos y los rituales políticos el sistema se va engrasando para seguir funcionando a plena capacidad. La cultura sirve, en este caso, para transmitirse a sí misma. Para hablar consigo misma, para hacer que el sistema pueda seguir autorreferenciándose. Se trataría de una conversación continua con uno mismo para convencerse de que se es real.

El punto de cambio o flotante es el cisma, la falla, lo que puede romper el sistema político y cultural. El sistema cultural y político de un régimen no es una realidad total, el punto de cambio aparece cuando existe una alternativa creíble que puede derribar todo lo construido. Cuando existe otro sistema que busca ser también una *verdad*. Para que un sistema político y cultural sufra transformaciones estructurales debe: existir otro sistema que prometa nuevas metas que sean creíbles; y, como consecuencia de esto, el sistema que se ve amenazado deja de ser creíble (dos cosas a la vez no pueden ser *verdad*). O se transforma y modifica sus estructuras o se derrumba. Huelga decir, que dos sistemas que se enfrente no tienen por qué estar en distintos sistema Macro culturales. Su punto de anclaje sistémico puede ser el mismo, lo que los diferencia es su punto de anclaje instrumental que se sitúa en diferente posición, tal como podemos observar en la *ilustración expuesta en la siguiente página*.

En definitiva, podemos definir la cultura política “como el conjunto de signos y símbolos compartidos (transmiten conocimientos e información, portan valoraciones, suscitan sentimientos y emociones, expresan ilusiones y utopías) que afectan y dan significado a las estructuras de poder.” (Varela, 2005, pág. 166)

Representación de los puntos de anclaje entre cultura y política

Punto de anclaje sistémico: sistema Macro Cultural



Fuente: elaboración propia

2.3.2. El espacio y el tiempo en los procesos políticos y culturales

Quizá, las categorías de espacio y tiempo expuesta en el título de este capítulo puedan resultar, a priori, algo extrañas. ¿Qué tiene que ver el populismo con el espacio y el tiempo? ¿Qué tiene que ver la cultura y sus procesos con el espacio y el tiempo? Considero que mucho. Debido a que “el espacio y el tiempo son categorías básicas de la existencia humana.” (Harvey, 2017, pág. 225)

En la sociedad moderna existen muchos sentidos del tiempo. Los ciclos continuos y repetitivos proporcionan un sentido de seguridad en un impulso general de progreso que parece ir siempre hacia delante y hacia arriba. Cuando esto se trastoca, entra en crisis, podemos afirmar que es algo que siempre se da y buscar una adaptación, o encontrar otro tipo de imagen y cambiar la tendencia. (Harvey, 2017)

El tiempo marca el campo de decisiones que podemos tomar en una sociedad. El “horizonte de tiempo implicado en una decisión afecta materialmente el tipo de decisión que tomemos.” (Harvey, 2017, pág. 226) Es decir, depende del marco temporal en el cual nos insertemos la materialización de nuestras ideas, los procesos políticos, serán distintos.

El espacio es tratado “como un hecho de la naturaleza, <<naturalizado>> a través de la atribución de significados cotidianos de sentido común.” (Harvey, 2017, pág. 227) El espacio se observa como natural, pero no lo es. La creación del espacio es artificial debido a que es el ser humano el que lo delimita. El que le da significado. El espacio es donde se construye, esta construcción es “el medio a través del cual el egotismo del individuo se expresa de la manera más descarada” (Sudjic, 2010, pág. 13) Es decir, el espacio tiene uso y con el representamos los procesos simbólicos que rigen en nuestra sociedad. Por lo tanto, la importancia del espacio es también política y cultural. Su creación, modificación y transformación depende y afecta a la cultura y a la política de un sistema determinado.

La objetividad del tiempo y el espacio está dada por las prácticas materiales de la reproducción social. Cada modo de producción o formación social tiene un tiempo y un espacio determinados y sus propias prácticas y conceptos sobre los mismos. (Harvey, 2017) El tiempo y el espacio miran y son mirados. Por lo que “nuestra representación del espacio y el tiempo en la teoría importa porque afecta a la forma en que interpretamos el mundo y actuamos en él, y por la forma en que los otros lo interpretan y actúan en él.” (Harvey, 2017, pág. 229) La impresión que tenemos del espacio y el tiempo se ve afectada por los artefactos culturales. No es lo mismo el tiempo y el espacio occidental que el tiempo y el espacio oriental. Por lo tanto, la importancia de incorporar el espacio y el tiempo como categorías válidas para nuestros análisis se torna crucial. No podemos entender ningún fenómeno político sin incluir estas categorías dentro de su análisis. Con el fenómeno populista ocurre lo mismo, el espacio y el tiempo son importantes para entenderlo.

Los ordenamientos “simbólicos del espacio y el tiempo conforman un marco para la experiencia por el cual aprendemos quiénes y qué somos en la sociedad.” (Harvey, 2017, pág. 239) Es decir, el espacio y el tiempo también nos identifican. Forman parte de

nosotros, nos explican y forman y transforman. Nos ayudan a entender el mundo de una manera y no de otra, nos dan una visión sobre el presente y sobre el futuro. Pueden mitificar nuestro entorno. De hecho algunas “prácticas sociales pueden invocar ciertos mitos y dar lugar a ciertas representaciones espaciales y temporales como parte del impulso destinado a implantar y reforzar su predominio sobre la sociedad.” (Harvey, 2017, pág. 242) Los sistemas políticos y sociales también basan su legitimidad en el uso del espacio y el tiempo.

Las prácticas temporales y espaciales, en cualquier sociedad, “abundan en sutilezas y complejidades. En la medida en que están tan íntimamente implicadas en procesos de reproducción y transformación de las relaciones sociales, es necesario encontrar alguna manera de describirlas y de establecer nociones generales sobre su uso.” (Harvey, 2017, pág. 243) El uso del tiempo y el espacio no se encuentra en una exterioridad ajena a todo lo que nos suceda, forma parte de los procesos de entendimiento y transformación humana. La relación de estas prácticas con las *cosas* se basa en unas conexiones que si uno no está atento no podrá percibir las. El tiempo y el espacio se encuentran en cada proceso de regresión o aceleración del campo político, económico y social.

Estas prácticas tienen ciertas especificaciones que enumeraremos a continuación: las prácticas espaciales materiales designan la comunicación y transferencias físicas y materiales necesarias para la producción y la reproducción social; las representaciones del espacio comprenden todos los signos y significaciones que hacen comprender las prácticas materiales; los espacios de representación son espacios mentales que imaginan nuevos sentidos para las prácticas espaciales; las prácticas espaciales tienen una capacidad de acceso cuyo actor principal es la distancia; el espacio puede apropiarse por objetos, individuos, instituciones...; el espacio se puede dominar para imponer reglas de conducta y controlar dicho espacio; el espacio también se puede producir, lo que conlleva la creación de nuevos territorios, sistemas de comunicación o nuevas modalidades de representación. (Harvey, 2017) Observamos que estas prácticas se dan en muchos aspectos de nuestra sociedad y que influyen sobremanera a su desarrollo. Por lo tanto, no son inamovibles, cambian, se transforman. Mejor dicho, pueden ser cambiadas, pueden ser transformadas. No son absolutas, a pesar de que tienen un carácter totalizador, no representan el *todo* del cuerpo social. Debemos “considerar cómo las prácticas y los <<discursos>> espaciales y temporales establecidos <<se agotan>> y <<alteran>> en la acción social.” (Harvey, 2017, pág. 252) Como estas prácticas pueden ser modificadas por el cuerpo social, como “las reglas del sentido común que definen el <<tiempo y el lugar para todo>> son utilizadas por cierto para alcanzar y reproducir distribuciones específicas del poder social.” (Harvey, 2017, pág. 252) Por lo tanto, las prácticas del tiempo y el espacio son dinámicas, son flotantes, están en permanente disputa y los desplazamientos “en las cualidades objetivas de espacio y tiempo pueden realizarse, y a menudo lo hacen, a través de la lucha social.” (Harvey, 2017, pág. 252) Las prácticas políticas pueden, por un lado, dominar y reglar el espacio y el tiempo, y por otro lado, pueden subvertir dichas categorías, cambiarlas y objetivizarlas desde otra visión diferente.

Debemos entender que las prácticas espaciales y temporales “nunca son neutrales en las cuestiones sociales. Siempre expresan algún tipo de contenido de clase o social y, en la mayor parte de los casos, constituyen el núcleo de intensas luchas sociales.” (Harvey, 2017, pág. 265) Es lógico pensar que dentro del fenómeno populista estas dos categorías también se encuentran en el centro político. El populismo no solo demanda el control del poder, sino también el control del tiempo y el espacio social, económico y político. Un sistema determinado controla el espacio y el tiempo dándole una visión y una representación propia, una representación que es “una construcción espacial fija, automáticamente convierte en un esquema fijo a los espacios y al tiempo de trabajo y de reproducción social fluidos, confusos, y a pesar de todo, objetivos.” (Harvey, 2017, pág. 280) El espacio y el tiempo también se mitifican, también se encuentra en los marcos discursivos y culturales existentes en nuestro marco político. El espacio y el tiempo también se encuentran inmerso en la batalla por la hegemonía. El populismo no solo acentúa las diferencias materiales y culturales, sino también espaciales y temporales. El espacio y el tiempo se han fragmentado, han acelerado sus procesos internos, se han desmaterializado. El progreso continuo que se preconizaba anteriormente se ha convertido en un progreso fragmentado, que divide, y mediante esa división dificulta los procesos de identificación individual y colectiva. La universalización de una visión continúa sobre el espacio y el tiempo se ha roto, ha perdido fuelle, y ha dejado huérfanos a los ciudadanos, sin otra alternativa, sin otro espacio en el cual estar, sin otro tiempo en el cual vivir.

En “la medida que la identidad depende cada vez más de las imágenes, las réplicas seriales y reiteradas de las identidades (individuales, empresarias, institucionales y políticas) se convierten en una posibilidad y un problema real.” (Harvey, 2017, pág. 320) La representación de las identidades ya no se basaría en cosas reales, sino en simples simulacros de la realidad. Por simulacro “se entiende un grado de imitación tan perfecto que se vuelve casi imposible detectar la diferencia entre el original y la copia.” (Harvey, 2017, pág. 320) La desmaterialización de la realidad impide la identificación con lo real, el mismo sistema procura ofrecer simulacros que hagan la función de representar lo real diluido. Por eso, “el renovado interés por las instituciones fundamentales (como la familia y la comunidad), y la búsqueda de raíces históricas, son signos de la búsqueda de vínculos más seguros y de valores más duraderos en un mundo cambiante.” (Harvey, 2017, pág. 323) El planteamiento de una universalización de valores que deteriora las identidades y culturas locales en pos de una gran identidad y cultura global provoca que los ciudadanos busquen nuevas formas de materializar sus identidades. El populismo también es consecuencia de esta desmaterialización. Es un fenómeno que busca echar raíces de nuevo en lo local, frente a lo global diluido, lleno de simulacros. Se da una “búsqueda de identidad personal o colectiva, la búsqueda de ejes seguros en medio de un mundo cambiante.” (Harvey, 2017, pág. 334)

Esta búsqueda presenta dos elementos a tener en cuenta: la capacidad que tienen la mayoría de los movimientos sociales de controlar el espacio pone de manifiesto la conexión existente entre el lugar y la identidad social. La afirmación de este tipo de identidad debe basarse en el poder motivacional de la tradición. A través de la presentación de un pasado mitificado y parcialmente ilusorio se puede dar cierto

significado a la identidad local; el segundo elemento, trata sobre la intención de construir los significados del lugar de un modo cualitativo. (Harvey, 2017) Ante la universalidad y sus simulacros se busca la creación de nuevas identidades desde lo local basándose en las tradiciones, rituales y mitos arraigados en la cultura de los ciudadanos.

El populismo al ofrecer una manera de ver el mundo mucho más localista, al basar sus preceptos en la soberanía popular y nacional puede provocar la aparición de localismos y nacionalismos que se ven fortalecidos. El espacio y el tiempo al encontrarse diluidos ofrecen una sensación de inseguridad a los ciudadanos. Las prácticas espaciales y temporales que ordenan el sistema se ven desdibujadas, el ordenamiento se torna cada vez más difícil de identificar. Es mucho más complicado que sea representativo. El populismo tratará de fijar al pueblo en un espacio y tiempo determinado mediante el uso de los artefactos culturales, como los mitos, para conseguir una nueva identificación mucho más homogénea que de seguridad a sus ciudadanos. La lucha cultural y política se da por conseguir resignificar las identidades culturales y sociales del sistema. Saber cómo se forman y funcionan los procesos de identificación cultural y social resulta de suma importancia para nuestro análisis. Entender como lo cultural incide sobre lo político, pasa por comprender como se forman y gestionan las identidades políticas, culturales y sociales.

2.3.3. Identidades culturales: la batalla por el dominio político

Consideramos que los procesos de identificación son nucleares para el entendimiento de lo político. Toda política que busque representar a los ciudadanos debe realizar procesos de identificación con los mismos. Los procesos de identificación, por lo tanto, también afectan al populismo como fenómeno político.

La identificación es “un proceso de articulación, una sutura, una sobredeterminación y no una subsunción.” (Hall S. , 2011, pág. 15) La identificación es relacional. Depende de un otro para formar su propia significación. Las identidades “se construyen a través de la diferencia, no al margen de ella.” (Hall S. , 2011, pág. 18) El proceso de identificación necesita de otras identidades para llevarse a cabo. Esas identidades deben ser diferentes, pero no extrañas. No pueden estar en un *afuera*, sino que deben enmarcarse en el mismo espacio político. Stuart Hall (2011) entiende por identidad

el punto de encuentro, el punto de *sutura* entre, por un lado, los discursos y prácticas que intentan <<interpelarnos>>, hablarnos o ponernos en nuestro lugar como sujetos sociales de discursos particulares, y por otro, los procesos que producen subjetividades, que nos construyen como sujetos susceptibles de <<decirse>>. (pág. 20)

Se trataría del resultado de una “articulación o <<encadenamiento>> exitoso del sujeto en el flujo del discurso.” (Hall S. , 2011, pág. 20) Una conexión entre el sujeto y los elementos representativos de un discurso. Las identidades, por lo tanto, serían “las

posiciones que el sujeto está obligado a tomar, a la vez que siempre <<sabe>> [...] que son representaciones, que la representación siempre se construye a través de una <<falta>>, una división, desde el lugar del Otro,” (Hall S. , 2011, págs. 20-21) La construcción de una identidad necesita una alteridad. Dicha alteridad no debe representar al sujeto, debe echarlo del proceso, para que así acabe en otro proceso paralelo de identificación alterno al primero.

Por lo tanto, la identidad sería “una proyección crítica de lo que se demanda o se busca con respecto a lo que es; o, aún más exactamente, una afirmación indirecta de la inadecuación o el carácter inconcluso de lo que es.” (Bauman, 2011, pág. 42) La identidad rellena los huecos de nuestro propio yo. La búsqueda de una nueva identidad es un proceso por el cual el sujeto demanda llenar sus huecos vacíos con nuevas significaciones que le puedan representar. La identidad es una respuesta a una orfandad existencial. Sitúa al sujeto en el mundo, lo obliga a ser representado. Le da un camino, un espacio, un tiempo. El sujeto siempre tendrá una identidad, o varias identidades, dependiendo de los significados que tengan dichas identidades y de lo que representen para el sujeto. Pueden ser identidades universales que rellenen un hueco mayor, o identidades particulares que rellenen huecos más pequeños. El problema, quizá, no es “cómo construir la identidad, sino cómo preservarla.” (Bauman, 2011, pág. 49)

Existen dos modelos para entender la identidad: el primero supone que cualquier identidad tiene un contenido intrínseco y esencial definido por un origen común y/o una estructura de experiencia común; el segundo modelo entiende que la identidad no se encuentra plenamente constituida, no existen identidades auténticas basadas en un origen universal y común para todos. Las identidades son siempre relacionales e incompletas y siempre se encuentran en proceso de cambio y transformación. (Grossberg, 2011) El primer modelo entiende las identidades como algo que va ligado al individuo y que con el tiempo va modificándose, pero sigue teniendo un núcleo que es común a todos los miembros de la comunidad. El segundo modelo observa a las identidades como procesos relacionales que se encuentran en constante búsqueda de significación. Nunca estarán completas, porque siempre puede existir algo nuevo que llegue a identificarnos o con el cual podamos identificarnos y sentirnos representados.

Existen múltiples figuras que pueden darse en el proceso relacional de identidades: la figura de la diferencia; la figura de la fragmentación; la figura de la hibridez, y, la figura de la diáspora. (Grossberg, 2011)

La figura de la diferencia “describe una particular relación constitutiva de negatividad en la cual el término subordinado (el otro o subalterno marginado) es una fuerza necesaria e interna de desestabilización presente dentro de la identidad del término dominante.” (Grossberg, 2011, pág. 154) Dentro de esta figura existen otras dos posibilidades: “las nociones de <<complemento>> sitúan al otro fuera del campo de la subjetividad, por decirlo así, como puro exceso; las nociones de <<negatividad>> lo sitúan dentro de ese campo, como otro exótico constitutivo.” (Grossberg, 2011, pág. 154) Esta figura describe la relación que necesita tener una identidad para darse un significado. Necesita tener un subalterno que refuerce, mediante la diferenciación por complemento o mediante su negatividad, su propia existencia.

La figura de la fragmentación “enfatisa la multiplicidad de identidades y posiciones dentro de cualquier identidad aparente.” (Grossberg, 2011, pág. 155) Esta figura propone que las identidades siempre se encuentran rotas, siempre se componen de pequeños trozos, que se encuentran en constante contradicción. Son identidades parciales que no explican del todo al individuo, sino que lo hace en parte y que pueden estar en contradicción con otras identidades parciales que tenga el individuo.

La figura de la hibridez tiene tres imágenes fronterizas: las imágenes de un tercer espacio; las imágenes de la liminalidad; y, la imagen del cruce de fronteras. (Grossberg, 2011)

Las imágenes de un tercer espacio “ven las identidades subalternas como terceros términos únicos que definen literalmente un lugar <<entre-medio>> habitado por los subalternos.” (Grossberg, 2011, pág. 155) Se trataría de una relación entre identidades rivales, en la cual, la identidad subalterna tendría su propio espacio, tendría un lugar donde acomodarse. Por lo tanto, la identidad dominante tendría dentro de sí misma un espacio relegado a las identidades subalternas.

Las imágenes de la liminalidad “disuelven la geografía del tercer espacio en la frontera misma; el subalterno vive, por decirlo así, en la frontera.” (Grossberg, 2011, págs. 155-156) En esta imagen el subalterno no tiene ningún tipo de espacio. Se concentra en las líneas que separan una identidad de otra. No es ni sujeto de la identidad, ni “invitado” de la misma.

El cruce de fronteras trata sobre una “imagen de <<intermediariedad>> [*betweenness*] que no construye un lugar o condición propios al margen de la movilidad, la incertidumbre y la multiplicidad del hecho mismo de cruzar constantemente las fronteras.” (Grossberg, 2011, pág. 156) En la relación entre identidades, una de ellas se encontraría constantemente en movimiento, cruzando las fronteras de las demás. Esta identidad es fluida, líquida, no tiene ningún tipo de materialización, su dinamismo la obliga a estar conversando constantemente consigo misma.

Por último, la figura de la diáspora “hace hincapié en la fluidez y la intencionalidad históricamente espaciales de la identidad, su articulación con las estructuras de movimientos históricos [...] La diáspora vincula la identidad a la ubicación y las identificaciones espaciales.” (Grossberg, 2011, pág. 156) Esta imagen ancla la identidad al espacio. La identidad recibe su significación del espacio en el cual se encuentra. El entorno es nuclear para entender este tipo de identidades.

Todo se trata de un viaje. Un viaje que requiere su tiempo. Cuyo resultado global es la “fragmentación del tiempo en *episodios*, cada uno de ellos amputado de su pasado y de su futuro, cerrado en sí mismo y autónomo.” (Bauman, 2011, pág. 52) De observar como las identidades se mueven por el espacio social y político de nuestras sociedades. Como se transforman, como cambian, como se relacionan entre ellas. Que identidades dominan y cuales se encuentran subalternas, como se conectan entre ellas. Se trata de analizar como las identidades se materializan en nuestra sociedad. Porque “la identidad es una cuestión de poder social, y su articulación, su anclaje en el cuerpo de la población misma.” (Grossberg, 2011, pág. 167)

Si las identidades tienen en sus propios procesos otras identidades que les sirven de modelo de un otro distinto. Y, que gracias a eso pueden significarse. Existen otro tipo de identidades que se encuentra fuera de los procesos y que sirven para que todas las demás identidades se reconozcan en un marco social y político unificado. Existe un tipo de identidad que sirve para “normalizar” el resto de identidades. Que, muchas veces, hace la función de pegamento identitario. Hablamos de las identidades *estigmatizadas* o *estigmas*.

Nuestra visión sobre el estigma identitario será política y cultural. Pero antes de definirla, deberíamos analizar que es un estigma y qué características tiene. El término estigma hace “referencia a un atributo profundamente desacreditador.” (Goffman, 2015, pág. 15) Podemos observar tres tipos de estigma: las abominaciones del cuerpo; los defectos del carácter que se perciben como antinaturales; y, los estigmas de raza, religión o nación. (Goffman, 2015)

Nuestro interés reside en como las identidades estigmatizadas, que se encuentran fuera de la “normalidad”, se relacionan con las identidades no estigmatizadas. Y que efectos políticos produce dicha relación. Estas categorías (estigma, normal) pueden funcionar “para favorecer entre sus miembros el establecimiento de relaciones y formaciones grupales, lo cual no significa, sin embargo, que la totalidad de sus integrantes constituya un grupo.” (Goffman, 2015, pág. 39) Es decir, no se trata de una visión permanente, sino de una totalidad abstracta que pretende homogeneizar el campo social y dividirlo en dos: los *estigmatizados* y los *normalizados*. Estas dos categorías se alimentan mutuamente y su relación produce significaciones diferentes para cada una de ellas.

Por lo tanto, observamos que se divide el campo político en dos grupos. Uno es dominante y el otro subalterno. Uno es hegemónico y el otro no. Unos simbolizan el prestigio y otros el estigma. Los símbolos de prestigio pueden contraponerse a los símbolos de estigma, es decir, “a aquellos signos especialmente efectivos para llamar la atención sobre una degradante incongruencia de la identidad, y capaces de quebrar lo que de otro modo sería una imagen totalmente coherente, disminuyendo de tal suerte nuestra valorización del individuo.” (Goffman, 2015, pág. 63) Por lo tanto, quien se ve imbuido por signos que representan un estigma se encuentra marcado y su valor en la sociedad disminuye o se ve trastocado de alguna manera.

Como las identidades se relacionan consigo mismas y entre sí, debemos pensar “en una variedad de estructuras en las cuales los contactos se producen y se estabilizan [...] y ver que en cada caso suelen aparecer discrepancias características entre la identidad virtual y la identidad social real.” (Goffman, 2015, pág. 77) Es decir, suelen existir diferencias entre lo que se es y lo que se pretende ser. La unicidad de estas dos identidades es lo que crea la identidad personal. Esta unicidad puede darse positivamente como una marca de soporte vital para la identidad. Otra noción sería la “originalidad”. Esta originalidad uniría las identidades del individuo y lo haría reconocible frente a los demás. Si el individuo tiene unas características particulares que se distinguen de las características de los demás, esta diferencia puede reforzar su propia identidad personal. La tercera idea es que lo que de verdad distingue al individuo no son unas características particulares sino su propio ser, que lo diferencian de los demás. (Goffman, 2015) La unicidad que conforma la

identidad personal, lo hace mediante una reafirmación mediante la diferencia con los demás estando en un grupo identificativo determinado. La identidad personal se relaciona “con el supuesto de que el individuo puede diferenciarse de todos los demás, y que alrededor de este medio de diferenciación se adhieren y entrelazan [...] los hechos sociales de una única historia continua.” (Goffman, 2015, pág. 79) Por lo tanto, la identidad personal se combina de dos elementos claros: la diferenciación mediante la búsqueda de una unicidad interna de la identidad; y, el reconocimiento de los demás. Este reconocimiento es cognoscitivo y trata “de <<ubicar>> a un individuo, en tanto poseedor de una identidad social o personal particular.” (Goffman, 2015, pág. 91) Sin embargo, “las normas relativas a la identidad *personal* no pertenecen [...] a la esfera de combinaciones lícitas de los atributos sociales, sino más bien al tipo de control de información que el individuo puede ejercer apropiadamente.” (Goffman, 2015, pág. 87) La fuerza de la identidad personal no solo necesita de diferenciación y reconocimiento sino también de un control de la información que transmite el individuo hacia los demás.

Si una identidad se encuentra estigmatizada, si una manera de ser se encuentra estigmatizada puede intentar enmascararse para “normalizarse”. Este enmascaramiento puede darse por un proceso de encubrimiento de los estereotipos que se asocian al individuo estigmatizado. O por una restricción de los defectos asociados al estigma. (Goffman, 2015) Por lo tanto, si una identidad política se encuentra estigmatizada tratara de encubrir sus defectos, limar sus bordes más ásperos y adecuarse a una normalidad hegemónica. O restringirá los defectos que dicha identidad política pueda tener a ojos de la identidad política dominante.

La identidad personal y social forma parte “de las expectativas y definiciones que tienen otras personas respecto del individuo cuya identidad se cuestiona.” (Goffman, 2015, pág. 135) La identidad social nos permite entender el proceso de estigmatización, la identidad personal nos permite entender el control de la información que realiza el individuo para controlar su estigma. El yo, por lo tanto, se articula en el sentir del individuo ante el manejo de su estigma y el manejo de la información de su estigmatización. (Goffman, 2015) Pero, estos procesos no solo son internos. No solo discute el individuo consigo mismo sino también con los demás. La relación entre el manejo del estigma y los grupos de identidad existentes en la sociedad también requiere de nuestra atención. El individuo estigmatizado políticamente no solo tiene que “luchar” consigo mismo sino también con las identidades políticas dominantes. Su actuación ante el grupo puede ser la búsqueda de una inclusión en la normalidad política. O la aceptación de su propio grupo como grupo de referencia, lo que provocaría una aceptación y glorificación del estigma como identidad plena del individuo estigmatizado. Por lo tanto, podemos observar que existe un grupo que le es propio al individuo estigmatizado y un grupo que es ajeno, que sería el grupo normalizado. El grupo es importante porque “la naturaleza de un individuo, tal como él mismo y nosotros se la imputamos, es generada por la naturaleza de sus afiliaciones grupales.” (Goffman, 2015, pág. 144)

El verdadero grupo de individuo es “el agregado de personas susceptibles de sufrir las mismas carencias que él por tener un mismo estigma; su <<grupo>> verdadero es, en realidad, la categoría que puede servir para su descrédito.” (Goffman, 2015, pág. 143) Por

consiguiente, la identidad estigmatizada tiene su propio endogrupo al que pertenece. Esto no quiere decir que dicha identidad se sienta representada por el endogrupo, sino que existe un lugar, una zona a la cual puede volver y encontrarse como en casa. También existe un exogrupo, un afuera con el cual debe relacionarse y que no se parece a ella. Por lo tanto los procesos de relación pueden variar dependiendo de la aceptación que se tenga del estigma. Pero, al parecer, siempre que el estigma es aceptado por la normalidad esta es “una *aceptación fantasma*, que proporciona el fundamento de una *normalidad fantasma*.” (Goffman, 2015, pág. 154) Esto quiere decir, que el individuo estigmatizado solo será aceptado aparentemente, pero siempre tendrá esa diferencia, ese estigma como elemento separador y diferenciador. Nunca su normalidad será algo total, nunca ser *normal* de pleno derecho. Por consiguiente, “tanto el endogrupo como el exogrupo presentan al individuo estigmatizado una identidad del yo, el primero con una fraseología principalmente política, el segundo, psiquiátrica.” (Goffman, 2015, pág. 155) La identidad política estigmatizada se ve reforzada por su propio grupo y desde fuera se observa como una enfermedad política. Como una desviación política y politizada. Los que no siguen la normalidad política son vistos como extremistas, radicales, se encuentran fuera del espectro político. Al encontrarse expulsados de la normalidad política ellos mismos se reafirman en su lugar de origen-posicionamiento.

Huelga decir, que “para comprender nuestra diferencia no debemos mirar lo diferente, sino lo corriente.” (Goffman, 2015, pág. 160) Para comprender el afuera político, debemos analizar la normalidad política. El estigma no implica “tanto un conjunto de individuos concretos que separables en dos grupos, los estigmatizados y los normales, como un penetrante proceso social de dos roles en el cual cada individuo participa en ambos roles” (Goffman, 2015, pág. 171) sino que son perspectivas que se generan en situaciones sociales.

El estudio de la identidad política y social es importante para entender el populismo. La relación entre identidad y cultura es un proceso por el cual el individuo se reconoce y reconoce su lugar en el mundo. El proceso de identificación política se lleva a cabo mediante el juego relacional de diferentes identidades que tienen su propio espacio en el constructo social. Existe una identidad dominante y una o unas identidades subalternas que deben buscar su espacio relacionándose con la dominante. Las identidades subalternas pueden tener su propio espacio dentro de la identidad dominante. Pueden tener un espacio fuera de la identidad dominante o encontrarse en la frontera, lo que provoca que las identidades subalternas sean fluidas y dinámicas. Si una identidad política se encuentra estigmatizada, la relación con la identidad dominante se intensifica. Esta identidad puede contener y controlar su estigmatización para así intentar ser aceptada. O puede reafirmarse en su diferencia, en su originalidad y disputar la hegemonía a la identidad dominante, siempre que esta identidad estigmatizada sea lo suficientemente fuerte (o la identidad dominante lo suficientemente débil).

No queremos que se entienda que el populismo utiliza identidades estigmatizadas para conseguir crear su constructo social y político. Sino que muchas veces el populismo, al conseguir cierta mediatización o poder, se estigmatiza y, por lo tanto, ese fenómeno político que representa a una parte de los ciudadanos convierte sus aspiraciones políticas

en un estigma. En vez de tratar de entender el fenómeno, muchas veces se aparta, se intenta crear un afuera estigmatizado, que no es normal y no puede estar en un espacio político normalizado. Esto provoca una reafirmación de los elementos populistas, y una aceleración en los procesos de identificación del fenómeno.

Ya no es que el populismo busque una especie de localismo político, ya no es solo que el populismo sea hijo de su tiempo, sino también que muchas veces la identificación populista se ve estigmatizada, echada del campo político normalizado.

El estudio del funcionamiento de las identidades, del tiempo y el espacio como categorías políticas, nos proporciona el conocimiento necesario para comprender la noción de pueblo y su relación con el populismo. Ayuda a rescatar las categorías principales, que veremos a continuación, para el análisis del populismo como fenómeno político y social.

2.4. EL POPULISMO: NACIÓN, PUEBLO, ESPACIO, TIEMPO E IDENTIDAD

Después de todo nuestro análisis teórico ¿con qué nos quedamos? ¿Qué elementos teóricos pueden ayudarnos a explicar desde una perspectiva cultural el fenómeno populista? ¿Por qué consideramos algunos de ellos nucleares y otros los desecharnos? ¿En qué nos ayudan para la creación de nuestro modelo explicativo?

Lo que explicaremos en el siguiente capítulo son los factores nucleares que encontraremos en nuestro modelo cultural. El concepto de nación nos ayudará a explicar el localismo cultural que utiliza el populismo frente a un universalismo en decadencia. El pueblo nos ayudará a entender como el populismo divide el campo político y que procesos de representación se utilizan para conseguir el poder. El espacio y el tiempo son dos categorías poco utilizadas en el análisis político y social del populismo, que nosotros insertaremos para explicar por qué el populismo es como es. Y el estudio de la identidad o las identidades nos ayudarán a entender no solo el populismo sino también a los populistas y por qué dicho movimiento les es atractivo. Huelga decir, que estos conceptos solo son el cemento que sujetará la estructura y el cuerpo de nuestro modelo teórico. Este capítulo solo es un colofón a la primera parte, una unión entre los conceptos que hemos analizado anteriormente. La discusión existente sobre qué es el fenómeno populista y cómo se comporta nos obliga a explorar desde diferentes puntos de vista para conseguir aportar una explicación a dicho fenómeno. Creo que los conceptos de nación, pueblo, espacio, tiempo e identidad nos ayudarán a acercarnos al populismo desde un lugar diferente. Una visión que intenta, desde la cultura, explicar este fenómeno.

2.4.1. La nación populista: ¿la vuelta del nacionalismo?

El populismo tiene como una de sus características una vuelta al localismo frente a un universalismo que ha perdido su legitimidad material y cultural. Este localismo se

materializa en una vuelta de la nación como garante y protectora del pueblo. Según Michael Mann (1993)

una nación es una comunidad extensiva e interclasista que afirma la singularidad de su identidad étnica y de su historia y reclama un Estado propio. Las naciones tienden a concebirse a sí mismas como entidades poseedoras de virtudes específicas y características, que, en muchos casos, manifiestan mediante un conflicto persistente y agresivo con otras, a las que consideran <<inferiores>>. (pág. 291)

Es decir, una nación es una comunidad que se caracteriza por tener un poder extensivo, que es la “capacidad para organizar a grandes cantidades de personas en territorios muy distantes a fin de actuar en cooperación con un mínimo de estabilidad” (Mann, 1991, pág. 22) E interclasista, es decir, no se basa en una separación por grupos según el interés y las aspiraciones de la clase social a la que pertenezcan sino que ven al conjunto de la población como un todo con un destino común. Las naciones se basan en valores compartidos y la búsqueda de un proyecto común. En un mundo globalizado, donde las naciones han perdido poder frente a estructuras supranacionales, la batalla ya no se da entre naciones “diferentes” sino entre las naciones y los organismos que las debilitan. Ya no se busca una lucha contra otra nación sino contra las estructuras que buscan la desaparición de dicha nación. Por lo tanto, la nación se basa en una comunidad homogénea que tiene unas características específicas, unos valores compartidos y una voluntad general hacia la búsqueda de un proyecto nacional común.

Por consiguiente, “puesto que existe un ser colectivo infinitamente más importante que los individuos, es claro que a él le pertenece el trascendente derecho de la soberanía.” (Jouvenel, 2016, pág. 102) Es la comunidad no el individuo quien representa a la nación. La totalidad se convierte en un ser político, la particular deja de importar, su existencia no es necesaria para el desenvolvimiento político de la nación. En la soberanía nacional los participantes “se reconocen como sus miembros y la aceptan como su fin. De lo que sigue que *sólo* aquellos que han adquirido esta conciencia conducen a la sociedad hacia su realización.” (Jouvenel, 2016, pág. 102) Es decir, no solo la comunidad o el grupo representan la nación sino que también se siente representado por la nación y sus valores. Se trata de un proceso de representación bidireccional. Donde la comunidad identifica y se identifica con la nación y toda su simbología. El conjunto de individuos son los que representan la soberanía de la nación. Ellos “son sus conductores, sus guías, y *sólo* su voluntad se identifica con la voluntad general: ella *es* la voluntad general.” (Jouvenel, 2016, pág. 102) La nación necesita de un grupo homogéneo que represente y se sienta representado por ella y que sea consciente y fiel seguidor de la voluntad general de la misma. Esta voluntad general “motor de la sociedad, es la que realiza lo que se debe realizar, con o sin el consentimiento de los individuos que no tienen conciencia del fin.” (Jouvenel, 2016, pág. 103) Es decir, la nación no solo es extensiva e interclasista sino también excluyente. Su deseo no es representar a todos sino a aquellos que cumplan con las características y valores que promueve la nación. Se trata “de hacer que el cuerpo social alcance un desarrollo cuya visión poseen únicamente los miembros conscientes.”

(Jouvenel, 2016, pág. 103) Solo aquellos realmente preparados, solo aquellos que son la representación pura de la construcción nacional puede participar en su desarrollo y marcar su destino.

Observamos cierto paralelismo con el populismo. La visión populista parte en dos el campo político: pueblo versus élite. El pueblo se convierte así en una comunidad o un grupo homogéneo que representa y es representado por, moral y políticamente, las características y valores de la nación. Una característica que debemos apuntar, es que la nación no solo tiene un enemigo exterior sino también necesita de un enemigo interior, un antagonista para ir en su contra. Esta maniobra fortifica y cohesiona a la comunidad frente al otro extraño. Casi siempre se relaciona al enemigo interior con el enemigo exterior, tratando de traidores a la nación a los enemigos que se encuentran dentro de la misma. Y si son traidores de la nación también son traidores del pueblo que la representa y se siente representado por ella. En el populismo se une la soberanía nacional con la soberanía popular. El pueblo es quien debe decidir el futuro de la nación. El pueblo es quien tiene la última palabra. El pueblo es la voluntad general y sabe exactamente qué es lo mejor para conseguir los fines nacionales.

La experiencia de un sentimiento nacional lleva a considerar a la sociedad como un todo. No un todo unificado ya que existen miembros que aún se comportan como individuos y no se sienten parte de la consciencia nacional. (Jouvenel, 2016) La creación de una nación es un proceso de homogeneidad política y social. El populismo busca ese mismo tipo de homogeneidad al partir el campo político en dos. Podemos decir que el populismo es un fenómeno interclasista, debido a que busca construir la sociedad como un todo unificado y representar a ese todo sin fisuras. Y que es necesariamente excluyente, debido a que necesita de un antagonista que debe ser excluido del todo, ya que representa la perversión de los valores y fines nacionales. El populismo pone sobre el tablero político a la nación. Su debilitamiento, no solo material sino también de los procesos representativos, ofrece al populismo una carta con la que jugar. La nación vuelve como un anclaje cultural que utiliza el populismo para arraigarse en el territorio, para rescatar o crear nuevos símbolos, ritos y mitos y para definir al enemigo político y social del pueblo. La nación es un continente que el populismo aprovecha para llenar de contenidos. La política tradicional, al dejar a la nación de lado, al no utilizarla políticamente para insertarle los valores democráticos liberales, ha dejado en manos del fenómeno populista su utilización.

Pero, ¿la vuelta de la nación trae consigo la vuelta del nacionalismo? ¿Es el populismo nacionalista? Debemos tener en cuenta que la vuelta de la nación es la vuelta del estado como acto político principal. El populismo pretende recobrar el papel del estado como gestor principal de la vida de las personas, sobre todo en el plano político y social. No necesariamente el populismo plantea en el plano económico una intervención del estado. Pero sí que desea reforzarlo en materia civil, territorial, política y social.

Podemos decir, que el nacionalismo es la ideología de la nación. Que la nación es la duración, el cambio y la novedad (Campi, 2019) Que para entender la nación y el nacionalismo debemos tener siempre como referencia la permanencia de las ideas, el cambio de las mismas y la novedad como síntoma de posibles transformaciones. El nacionalismo es la transformación de la nación en una estructura de ideas que crean un

marco de entendimiento común y que se basa en las tradiciones, los mitos y una forma concreta de ver el mundo. La base del nacionalismo es “la voluntad de la gente de identificarse emocionalmente con <<su>> nación y de movilizarse políticamente.” (Hobsbawn, 2012, pág. 815) El nacionalismo es la expresión política de la nación. Es la puesta en marcha de las ideas ligadas al concepto de la nación.

El nacionalismo usa la tradición como fuente principal de su discurso. Pero es “oportunistamente selectivo en su respeto hacia la tradición.” (Gellner, 2001, pág. 170) Es decir, coge lo que le interesa. Retuerce a su favor la tradición de la nación que dice representar políticamente. Por eso, “el nacionalismo en sí mismo es hostil a las verdaderas costumbres del pasado o se alza sobre sus ruinas.” (Hobsbawn, 2013, pág. 186) El nacionalismo busca representar a una comunidad, real o imaginaria, mediante la utilización de la tradición como elemento unificador. Pero no se trata de una tradición verdadera, sino de una tradición reconvertida en política, es decir, triturada, masticada y después devuelta a esa comunidad convertida en otra cosa. Por eso, el nacionalismo en su búsqueda de la unidad política y social de la nación se basa en una vaguedad y una falta de contenido programático que consigue aglutinar y tener un apoyo potencialmente universal dentro de su comunidad. (Hobsbawn, 2013) La tradición, la cultura, la lengua son elemento de estructuración material del nacionalismo. El nacionalismo se basa en la diferencia cultural frente al otro. Los mitos y las tradiciones de los “nuestros” son diferentes que los mitos y tradiciones de los “otros”. Por lo tanto, el nacionalismo es la materialización política y social de las ideas que tiene una comunidad sobre su nación. Estas ideas se basan en las tradiciones, mitos, ritos y la cultura de una comunidad determinada que desea convertirse en un actor político válido y fructificar su actividad política en una representación clara de los elementos y símbolos nacionales.

Pero, ¿cómo relacionamos populismo con la nación y el nacionalismo? Una cuestión importante es que el populismo no es quién pone sobre el tablero político a la nación. Si la nación ha vuelto no es por culpa del populismo. Más bien se trata de una dejadez de los partidos políticos tradicionales de los aspectos más nacionales frente a una visión mundialista que se basa en la creación de estructuras supranacionales que dejen atrás la nación como ente político. La nación no aparece de nuevo porque el populismo la reclama, sino que los propios ciudadanos ante el caos globalizador necesitan de una fuente material con la cual sentirse representados y sentir que forma parte de un algo que se ha diluido. La nación ha vuelto porque no existe otra entidad que pueda representar las características específicas de una comunidad concreta. La nación ha vuelto porque el territorio, es decir, el espacio vuelve a tener una importancia crucial, sobre todo en materia de política migratoria. La nación ha vuelto porque han vuelto las fronteras. La necesidad de un lugar seguro convierte a la nación en un refugio contra las inclemencias económicas y políticas que ocurren en el mundo. Si ha vuelto la nación, también ha vuelto el estado como garante y cristizador político. Ambas estructuras políticas se retroalimentan. Por lo tanto, podemos afirmar que el populismo no ha traído bajo el brazo a la nación sino que está ya se encontraba en un proceso que podríamos llamar de renacimiento. Lo único que hace el populismo es aprovechar la falla de los otros partidos (que han dejado la nación de lado) y erigirse como único representante de la nación. Lo que sí que hace el populismo es traer de vuelta el nacionalismo. Crea una idea propia de nación, crea una

idea propia de lo que debe ser la comunidad que representa esa nación y le inserta un conjunto de mitos, tradiciones, en definitiva, unos artefactos culturales, que modificados dan forma para poder ser eficaces políticamente dan forma a un nacionalismo que tiene unas características distintitas dependiendo del contexto en el cual se encuentre dicha nación. El nacionalismo se ve imbuido en un proceso de simbiosis con otras fuentes de poder político. Un populismo nacionalista “prioriza la cultura y los intereses de la nación, y promete dar voz a la gente que siente que han sido abandonados” (Eatwell & Goodwin, 2018, pág. 9) El populismo puede representar un nacionalismo excluyente, con una comunidad cerrada, bien fortificada y la única que realmente puede representar a la nación. Esto ocurrirá siempre que el enemigo no solo sea una élite corrupta que ha traicionado los elementos y las instituciones principales de la nación, sino que también tenemos un enemigo interno que es diferente y representa ritos, mitos y tradiciones culturales distintas al “nosotros” comunitario real. El nacionalismo expulsará gente de sus aparatos de significación siempre y cuando los enemigos de la nación tengan unas características diferentes de la comunidad real o imaginaria nacional. El nacionalismo será incluyente siempre y cuando el enemigo forme parte de la comunidad y se encuentre separado de ésta, no por características culturales sino por características morales. El enemigo es una élite corrompida, que no es patriota, que busca su propio beneficio y que, por lo tanto, perjudica con la búsqueda de sus fines a la comunidad. Esta comunidad se basa en valores universalistas, es decir, incluye a personas de diferentes culturas. El espacio político con este tipo de nacionalismo se amplía. La nación ya no se representa por una comunidad con características especiales y bien definidas, sino que se representa por una condición eminentemente cívica, el ciudadano. El populismo es quien utiliza el nacionalismo para dar fondo y forma al pueblo. Es la manera que tiene de cristalizar las aspiraciones nacionales. La necesidad de un estado que pueda equilibrar la balanza y ayudar a paliar los miedos de la globalización y la nueva revolución tecnológica provoca en los ciudadanos un anhelo de una nación que pueda acogerles y representarles. El populismo se hace eco de este anhelo y mediante su transmutación política, lo utiliza en forma de nacionalismo para aglutinar a la comunidad que pretende representar. En definitiva, la nación es interesante para estudiar el populismo no como una forma saliente de él. Sino como una causa de que este sea nacionalista. El populismo reclama más poder para la nación, por lo tanto más poder para el estado, no porque crea fervientemente en el ente nacional, sino porque observa que una de las fallas más evidentes del sistema liberal es su nula propuesta de una visión nacional que aglutine las aspiraciones políticas de la comunidad. El nacionalismo es un aglutinador discursivo que ayuda al populismo a crear pueblo, a crear una comunidad que represente los valores nacionales. Por lo que, si existe una nación populista es porque no existe nadie que se enfrente al populismo en ese campo. Si el populismo hace resurgir el nacionalismo, es porque nadie ha sido capaz de incluirlo en el discurso globalizador. La difuminación de las naciones, ha provocado que una opción política que viene a poner en duda el funcionamiento de las instituciones pueda utilizarla como carta para conseguir sus fines políticos. Y la ferviente defensa de la nación, conlleva una defensa del estado, que lleva como consecuencia una defensa mitificación del pueblo.

2.4.2. El redescubrimiento del pueblo como actor político: la piedra angular del populismo

El populismo es un fenómeno político que trata de construir social y políticamente un pueblo al cual representar. Consideramos que para entender el populismo es preciso analizar la noción que tiene del pueblo. Para nuestro posterior análisis el pueblo será fundamental para entender qué es el populismo.

Pero, ¿por qué el populismo necesita crear un actor político como el pueblo para funcionar? En nuestras democracias representativas los partidos y movimientos políticos necesitan representar para poder ser representantes. En la sociedad de clases todo parecía mucho más fácil. Los partidos y movimientos políticos tenían muy claro lo que representaban. Cuando la sociedad se dividía en compartimentos más o menos homogéneos la política tenía mucho más fácil representarlos debido a que se simplificaban las aspiraciones políticas haciendo que un discurso ambiguo funcionase para una comunidad de personas mucho más grandes. Este proceso nos debería sonar. Un campo político dividido en partes homogéneas es mucho más fácil de representar. Si recordamos, el populismo busca dividir en dos partes o más el campo político. Estas partes deben ser lo más homogéneas posibles para así simplificar su representación. La creación de un constructo social y político como el pueblo se debe a la disolución de las partes que antes sí que existían en la sociedad. El campo político se ha ido diluyendo poco a poco hasta convertirse en un mar de identidades que es muy complicado aunar en una parte que sea homogénea y que pueda ayudar a simplificar el discurso político. Los partidos y movimientos políticos cada vez más deben tener en cuenta múltiples intereses a la hora de realizar sus políticas, lo que muchas veces suele conllevar pocos aciertos y muchas decepciones. El populismo no acepta este marco de juego, por lo que, busca crear su propio grupo homogéneo. En este mar político el populismo lo que desea es crear su propia isla en la cual todos podemos naufragar.

No se trata de que el populismo sea mucho más inteligente que otros fenómenos políticos. Más bien la necesidad de crear un pueblo aparece en el populismo debido a que el tiempo en el cual este fenómeno fructifica, es un tiempo donde los grandes grupos políticos no existen o no de la misma forma y con la misma potencia de antaño. Por consiguiente, el populismo con la creación del pueblo, con su significación, pretende construir su propio sujeto político. Aunar en un grupo político a una gran comunidad de personas. Así los grandes discursos pueden ser simplificados, hacer política resulta más sencillo y sobre todo con esto se cambia las reglas de juego. El populismo aparece como una salvación en medio de la nada, un faro que guía al pueblo, el pueblo que él mismo ha creado. La dificultad de un nuevo fenómeno político que entra en la escena política y busca competir con otros partidos y movimientos políticos reside en que representar. ¿Qué intereses pueden ser representados con el fin de aglutinar al mayor número de personas para conseguir el mayor número de votos? Si este grupo es inexistente y el campo político está atomizado lo que hace el populismo es crear un nuevo grupo que aglutine al mayor número de personas, busca destruir la atomización política. Esta búsqueda, esta creación de un pueblo no es consecuencia de un capricho, sino que es condición necesaria para

competir políticamente de manera efectiva. La cuestión que debemos tener en cuenta es que tipo de visión del pueblo tiene el populismo. Porque no es la primera vez que el pueblo resalta como actor político, no es la primera vez que el pueblo aparece en escena. Lo que nos importa de la noción del pueblo desde el populismo es su significación política y las características que la acompañan. Debemos entender como un actor que es principal para este fenómeno puede transformar la política de un país. Porque no se trata de hablar del pueblo desde una palestra y ya está todo hecho, el proceso de creación del pueblo es mucho más tortuoso, más complicado.

Podemos distinguir dos visiones o clases de pueblo: el pueblo estratificado y el pueblo orgánico. Si el pueblo se concibe “como un ente diverso y estratificado, la principal función del estado será hacer de intermediario y conciliar los intereses enfrentados de los grupos. Eso tenderá a comprometer las diferencias, no a intentar eliminarlas o limpiarlas.” (Mann, 2009, pág. 71) Se trata de una visión del pueblo que entiende la diferencia y que esté está compuesto por grupos con diferentes intereses que no deben ser eliminados sino que se busca el acuerdo, el consenso como herramienta para llevar a cabo las políticas. Sería un pueblo aperturista, que busca incluir no eliminar. Por lo tanto, la nación y el nacionalismo que tendríamos en esta ocasión sería un nacionalismo abierto, inclusivo, que entiende que la nación es una nación ciudadana y que se deben proteger los derechos de los ciudadanos que residen dentro de los límites territoriales. No se trataría de una nación basada en unas características especiales sino en valores universalistas, cívicos y morales. Este tipo de visión del pueblo encaja con los procesos democráticos de los regímenes liberales y representativos. Pero, la cosa cambia si se concibe al pueblo “como un ente orgánico, único e indivisible y étnico, entonces se podrá mantener su pureza mediante la supresión de las minorías pervertidas.” (Mann, 2009, pág. 71) Es decir, si la visión del pueblo se basa en defender unas características y especificidades especiales como las únicas válidas para representar políticamente y socialmente a la nación, el nacionalismo tenderá a ser excluyente, Buscará echar antes que incluir, buscará imponer los intereses del grupo mayoritario frente a todas las minorías. Se trata de una visión que no busca los consensos, sino el enfrentamiento entre la “verdad” del pueblo y las “mentiras” del resto. Esta visión sobre el pueblo puede tener dos vicios: el primero, que puede “conducir de la democracia al estatismo autoritaria.” (Mann, 2009, pág. 80) Es decir, que puede convertir una democracia liberal en cualquier tipo de autoritarismo, incluso democrático; y, esta visión puede fomentar que las identidades minoritarias pueden ser excluidas de la pertenencia política de la nación. (Mann, 2009) El pueblo orgánico no desea tener unas diferencias dentro del grupo que puedan llevar a debatir el alma del mismo. Quizá por el temor a romperse o a complicar las cosas, prefieren apartar cualquier tipo de diferencia. Además, una vez el grupo sea totalmente homogéneo, los “diferentes” pueden ser utilizados políticamente: se pueden convertir en los enemigos del pueblo y de la nación.

No estoy de acuerdo con la visión de que la creación del pueblo por parte del populismo conlleve necesariamente una disminución de los elementos democráticos de una nación. El populismo puede mantener la visión estratificada y más liberal en términos políticos del pueblo, e incluso ampliarla. También puede replegarse y tener una visión mucho más orgánica. Pero, crear un nuevo constructo social y político como el pueblo no significa

destruir nuestras democracias. Lo importante es descubrir que representa ese pueblo y como entiende la nación. En el proceso de creación del pueblo puede ocurrir tres cosas: el populismo redirige las demandas e intereses del pueblo contra los que son diferentes étnicamente, sexualmente o tienen una religión distinta, por ejemplo. Por lo que, el pueblo sería un ente homogéneo y orgánico que tiene como enemigos a los diferentes. Esto excluiría de la participación política a todo aquel que no tuviese las características precisadas en el significante del pueblo; también el populismo podría realizar el proceso anterior e incluir en la ecuación a unas elites políticas y económicas que según ellos beneficiarían los intereses de los diferentes frente a los de la mayoría “normal”. Nos encontramos con una doble separación: por un lado, los diferentes frente al pueblo y, por otro lado, el pueblo frente a las elites corruptas política y económicamente. Ya no se trata de separar la nación por etnias, por sexo o religión sino también por gestión. Ir contra las elites no es una nueva lucha de clases, no se trata de trastocar el sistema económico imperante. Se ataca la gestión, no el funcionamiento interno del sistema económico. En este caso el populismo no solo separa y excluye a parte de la población sino que también busca desacreditar cualquier alternativa económica que no sea la suya. Solo ellos pueden ostentar el poder porque solo ellos son los que de verdad representan a la mayoría. El pueblo necesita tener sus propias elites y allí está el populismo para ofrecérselas; la última opción es concebir el pueblo como uno solo, sin diferencias pero inclusivo. Esta inclusión es consecuencia del enemigo que se utiliza: la élite. Esta élite representa el mal absoluto que engaña y hace daño al pueblo. Un pueblo que no se caracteriza por diferencias étnicas, sexuales o religiosas sino por los males que le ha producida la élite.

Tenemos dos procesos que buscan crear al pueblo desde sí mismo, intentado darle un significado y después señalar a los enemigos (serían las dos primera opciones) y tenemos un pueblo que se crea desde la significación del enemigo (la tercera). Estos procesos no son puros, es decir, pueden ocurrir a la vez, o que ocurra uno y luego otro. Lo importante es observar quién es, por decirlo así, el enemigo número uno. Ya que ese enemigo es quien dará un significado mayor al pueblo. Por lo tanto, el populismo con la creación del pueblo no busca necesariamente destruir nuestras democracias. A pesar de que el pueblo populista no es ciudadano. No es una antítesis del concepto de ciudadanía que representa la idea de democracia y soberanía popular (Aubet, 2000) La definición y creación del pueblo depende del espacio y el tiempo en el que se encuentra el populismo. La creación del pueblo como actor político fundamental no es sinónimo de menos democracia o de una democracia peor. Tampoco supone necesariamente una mejoría de la misma. Lo importante es descubrir ese espacio y tiempo para así entender como es el pueblo populista. Una vez analizado el pueblo podemos descubrir qué pasará con la nación y con la democracia.

El pueblo aparece como piedra angular del populismo porque se trata de su sujeto o actor político principal. El populismo realiza su política y estrategia en torno a su propia concepción del pueblo. La sociedad deja de tener un sentido mayoritario y político, deja de ser relevante como actriz política y el pueblo pasa a un primer plano como agente revitalizador de los procesos políticos. Se trata de un movimiento de creación política: el pueblo es utilizado por el populismo como agente revitalizador. Se busca cambiar el sistema y para ello se necesita de un nuevo actor político que pueda representar todos

esos cambios. Pero debemos tener cuidado, no es que el populismo cree de repente al pueblo como actor político, más bien, ya existe un caldo de cultivo para su aparición. Es decir, el populismo aprovecha diferentes situaciones donde sujetos políticos individuales insatisfechos por varios motivos se juntan en un sujeto político mayor que es, en este caso, el pueblo. Una noción muy parecida a la que nos ofrece Ernesto Laclau en *La razón populista* (2016). Para poder batallar políticamente toda opción política necesita de su propia piedra angular. En un tiempo dónde las antiguas identidades políticas se han visto diluidas, el populismo, que pretende ser mayoritario, busca tener su propia identidad representativa. Por eso, el pueblo es de gran importancia para entender cómo funciona el populismo. Si para el socialismo la piedra angular era la clase obrera, para el populismo es el pueblo.

El pueblo es una creación política necesaria para que el funcionamiento del populismo sea eficaz. No es un constructo con una significación fija, sino que depende de los elementos, del cultivo social y político que el populismo se encuentre en el momento de su aparición. Puede ser un pueblo con una mirada estrecha, étnica, una visión cerrada de sí mismo. O puede ser un pueblo amplio, basado en los valores liberales de inclusión y lo cívico como motor de una nación. Huelga decir, que la noción de pueblo va ligada a la noción de nación. Ambas son necesarias y se retroalimentan entre sí. La materialización del pueblo es la nación en la cual se inserta. La noción de pueblo del populismo no es universalista, no existe un pueblo global o mundial al cual representar. No existe, como en el socialismo, un actor político que pueda ser internacional. Porque no existe un pueblo igual a otro, no existe una nación igual a otra. El pueblo como actor político repliega el campo político, lo devuelve a los espacios nacionales. Esto no quiere decir que necesariamente sea particularista sino que el pueblo pone fronteras al espacio político. Ya no se trata de mirar el mundo y hacer política sino de volver a mirar el país como un ente individual con capacidad de maniobrar en un escenario mundializado.

2.4.3. El espacio y tiempo como categorías políticas

David Harvey (2017) utiliza el tiempo y el espacio como categorías políticas que nos ayudan a entender el flujo y la tendencia de los procesos políticos en una sociedad determinada. Creo que son unas categorías de suma importancia para el tema a tratar. Entender el tiempo en el que nos encontramos y el espacio donde actúa el populismo es darle un cuerpo mucho más firme al concepto y su explicación.

El espacio determina la materialidad del movimiento populista. Determina su materialización política. Su funcionamiento y su manera de ordenarse en el espacio geográfico. Esta materialidad del espacio contrasta con la “espiritualidad” del espacio político y social. El espacio político y social no solo tendría la característica material de reordenar y ordenar el espacio, por decirlo de alguna manera, geográfico, sino que también nos indica un marco de entendimiento político y social en el cual un grupo determinado funciona en base a unos procesos que no necesariamente provienen del poder legítimo. Estos espacios son modificables y pueden ser destruidos. El espacio no solo

cambia la manera territorial, geográfica sino también la manera de vivir, de ver el mundo y de relacionarse. En un espacio centralizado el movimiento populista tenderá a la conversión en un partido político de masas, una organización tradicional que permite el control político de todo el territorio y ayuda a aunar las diferentes características y especificidades de cada espacio interior en una sola identidad nacional. La centralización espacial facilita y dificulta al populismo en su batalla política: le facilita las estrategias debido a que no debe preocuparse por incluir otros espacios con identidades diferentes o marcos políticos propios, ya que toda la batalla política se da en el centro del espacio político. La dificultad para el populismo es que la batalla se da en espacios muy reducidos y poco numerosos, por lo que, los otros partidos políticos saben perfectamente dónde atacar y cuando defenderse.

Un espacio más descentralizado hace que el populismo tienda a ser primero un movimiento para después convertirse en un partido o intentar estructurarse como tal. Ante la multitud de espacios políticos existentes el populismo debe tener en cuenta las especificidades de cada uno para construir el pueblo que los represente a todos. Existen muchos más puntos de batalla política, por lo que, existen muchas más probabilidades de ganar o cambiar las estrategias conforme el contexto lo requiera. La dificultad aparece cuando el movimiento no encuentra símbolos y significantes que los unan con la suficiente fuerza y pueda romperse, por decirlo de alguna manera, por los lados o por los extremos. Por un lado, facilita la batalla política o da más oportunidades para ganar, y por otro lado, dificulta la cohesión del movimiento, sobre todo si se trata de un nuevo movimiento político que busca rendir en las elecciones y necesita una rápida materialización y estructuración organizacional y política.

El espacio, también, puede afectar al sistema organizacional del movimiento populista. Un espacio más centralizado tenderá a la creación de un liderazgo fuerte en el seno del movimiento, un liderazgo que tendrá muchas más facilidades de simbolizar y representar las sensibilidades de todo el espacio político. Un espacio más descentralizado políticamente provocará que el movimiento tenga más de un liderazgo y que puedan existir tensiones en el movimiento por luchas de poder o por cualquier tipo de desgaste político. Esto no quiere decir que el movimiento no tenga un líder que represente todo el espacio político sino que también existirán líderes que son más fuertes o tienen unos lazos de representación más sólidos en los espacios políticos más pequeños. La forma de organizarse, la forma de materializarse políticamente, son características importantes para observar la eficacia del movimiento populista. Para entender cómo se moverá en el espacio político y que tipos de ventajas e inconvenientes tendrá a la hora de competir con los otros agentes políticos.

El espacio también se puede modificar, transformar, destruir o crear. El espacio también puede modificar el comportamiento de los individuos. (Foucault, 2012) Los nuevos y los viejos movimientos políticos pueden modificar el espacio, y de hecho lo hacen con asiduidad, para transformar cultural, social y políticamente el territorio. El espacio se transforma en estructuras políticas y sociales que sirven de transmisión de los artefactos ideológicos y culturales del poder. Es decir, el espacio sirve para transmitir una visión particular del mundo y hacer imposible ver otros tipos de visiones. El espacio sirve para

ubicar y controlar todo aquello que pueda ser diferente, que pueda escapar a la “normalidad”. (Foucault, 2014) Para ello, el poder trata de modificar el espacio siempre que sea necesario para seguir haciendo viable el proyecto que desean llevar a cabo. La transformación del espacio se produce por una ruptura de legitimidades de los espacios ya existentes. Urge transformar el espacio cuando lo “viejo” se torna inamovible o sus procesos de modificación son extremadamente lentos. La transformación del espacio busca una renovación que tiene como característica una continuum o una relación con el espacio anterior. No es una ruptura radical, más bien se trata de un cambio, de una operación que busca curar los males de los espacios deslegitimados. La destrucción y la creación del espacio están, obviamente, relacionadas. La destrucción del espacio aparece cuando los espacios anteriores son realmente inviables política y socialmente. Se produce una ruptura radical y se busca la creación de nuevos espacios que representen mejor el momento en el que se insertan.

La modificación y transformación del espacio no necesariamente tiene que ser instigados desde arriba, también pueden ser instigados desde abajo. El poder fáctico no lo controla todo, por lo tanto, no puede modificar y transformarlo todo. Sí que puede mitigar o intentar controlar esos cambios y transformaciones. La destrucción y creación de espacios sí que necesita de una fuerza motriz y espiritual mucho mayor, sí que se necesita una cantidad de poder mucho mayor para llevarlas a cabo.

Sería muy fácil decir que el populismo destruye y crea espacios políticos y sociales nuevos. Pero sería darle el poder de una revolución a un movimiento, que al menos en Europa, no pretende ser revolucionario. Más bien, el populismo busca la transformación de los espacios políticos y sociales. O se aprovecha de dicha transformación, ya existente en la sociedad, y la lidera políticamente. Un fenómeno político como el populismo no necesita modificar los espacios políticos y sociales sino transformarlos para que sean los “suyos”. El populismo no desea ser un invitado político, no viene para simplemente gestionar los espacios sino para transformarlos, hacerlos suyos. Esta transformación, una vez que el populismo se encuentra en el poder, dificulta la vuelta atrás ya que se trata de transformar los espacios estructuralmente, desde su esencia, desde sus cimientos.

El espacio como categoría política y social nos sirve para entender hasta donde pueden llegar las dimensiones políticas y sociales del populismo. El populismo casi siempre aprovecha los efectos de transformación existentes en la sociedad para hacerlos suyos. Estos espacios son importantes para poder crear un relato, un discurso, un imaginario que se sostengan en bases materiales y reales. Es decir, los espacios también ayudan a hacer factible y creíble el discurso populista. El pueblo necesita su propio espacio donde funcionar y articular sus propios procesos políticos y sociales. También existe un espacio virtual que se torna político, sobre todo en las redes sociales y el uso de internet por parte de los movimientos populistas. Este espacio virtual simboliza el marco discursivo del populismo y su manera de utilizar las herramientas de las redes sociales aparenta un mayor acercamiento entre el movimiento y el ciudadano. Este espacio virtual aúna los artefactos de transmisión de información que el populismo utiliza para mandar sus mensajes y conseguir legitimidad con sus acciones. Las nuevas formas de comunicación

también influyen en el individuo, forman una visión y manera específica de entender el mundo.

Por lo tanto, el espacio se divide en una parte material, una parte abstracta y una virtual. La parte material moldea la forma que tomará el movimiento y su organización, y determinará cómo funcionará dicha organización a lo largo del territorio. La parte abstracta del espacio determinará las relaciones políticas y sociales de los individuos insertados en un espacio determinado. Como debe articularse el movimiento, que clase de discurso dar y que prácticas políticas debe hacer para poder ser más eficaz y atraer a más gente son algunas de las características de esta parte. La parte virtual transmite a las personas la información y la visión que tiene del mundo el fenómeno populista. Esta parte da herramientas a los seguidores o simpatizantes del movimiento para poder hacer frente a los ataques políticos que pudieran ocurrir. El espacio donde se inserta un movimiento político le da forma y fondo a dicho movimiento. La importancia del espacio como categoría política reside en esas características: la forma y el fondo. El populismo es un fenómeno político que se inserta en un espacio político y social determinado que le da forma y fondo a la organización y al planteamiento político populista. Entender el espacio nos sirve para ampliar nuestro análisis y mostrar nuevas formas de ver el populismo, desde otros prismas menos comunes pero igualmente reveladores. El espacio como categoría política es uno de esos prismas que junto con el tiempo dan forma a los procesos sociales y políticos de nuestro tiempo.

El tiempo como categoría política nos ayuda a entender a naturaleza del movimiento político y parte de las causas que han provocado su aparición. El tiempo es una categoría abstracta cuyas consecuencias se ven en la materialización de nuestras acciones sociales y políticas. El tiempo en el que vivimos marca y define como somos y como es nuestra política. La rapidez, la fugacidad de las cosas, la difuminación de las fronteras y los espacios señalan una nueva época, una nueva manera de entender el mundo. El tiempo delimita y marca el origen de los nuevos pensamientos, como por ejemplo el paso del Modernismo al Postmodernismo (Anderson, 2016) Por lo tanto, una nueva manera de ver la política.

Podemos entender el tiempo como un río de lava que fluye por debajo de las placas políticas y sociales y provoca choques, cambios y movimientos en las mismas. En la época moderna donde el tiempo se reordena, se convirtió en algo mecánico, (esto se refleja con mayor claridad en los procesos económicos) los procesos políticos buscaban gestionar y ordenar los procesos políticos y sociales. Después se una época de lucha donde el tiempo se convulsiona y acelero de manera frenética se buscaba una época donde la estabilidad fuese predominante. Esa estabilidad del tiempo se ha terminado. Ahora nuestro tiempo fluye de una manera no ordenada, mucho más rápida y sus procesos parecen no ser posibles de controlar políticamente. Esto provoca grandes cambios en nuestras sociedades. La existencia de estructuras que podían anclarnos en el campo político y social de manera segura se ha visto trastocada por una nueva realidad donde no existen estructuras que sean fiables a largo plazo. No sabemos con certeza si una estructura política u social puede albergar nuestras esperanzas y miedos durante mucho tiempo. Si antes el tiempo parecía ordenado y tenía una cierta unicidad, es decir, parecía

que todo el tiempo iba hacia el mismo lugar. Ahora, parece que el tiempo se ha disuelto, dividido y camina al mismo tiempo hacia lugares diferentes, a veces incluso contradictorios. Esto dificulta políticamente la representación debido a que los individuos necesitan de muchas más estructuras para sentirse plenos y satisfechos. Si el tiempo se ha atomizado, la política también. El tiempo nos sirve para entender la génesis de un movimiento y los aciertos y las dificultades que pueda tener. Por ejemplo, los partidos tradicionales tienen ahora muchas más dificultades a la hora de representar a sus ciudadanos debido a que han dejado de existir grandes estructuras de representación. El tiempo estable, estabilizaba también la sociedad, o mejor dicho, ayudaba a compartimentarla en grandes bloques, lo que facilitaba su representación. El nuevo tiempo más diluido, más dinámico, menos ordenado, atomiza la sociedad en pequeños bloques, cada uno de ellos diferentes, lo que dificulta su representación política. El populismo aparece en un tiempo desestabilizado, no para representar esa desestabilización sino para volver a ordenar de alguna manera el tiempo y volver a crear grupos y estructuras que se mantengan fijas y den seguridad al individuo. El tiempo no estabilizado es más inseguro debido a su dinamismo y mutabilidad. La rapidez con que fluye provoca que nosotros también seamos más dinámicos y tengamos espacios políticos mucho más pequeños y cambiantes. Si todo fluye nada permanece, ni siquiera nosotros.

El tiempo es el motor de lo social y lo político y nos influye a la hora de entender nuestra época. El tiempo ordenado, estable, tenía una característica principal que lo hacía atractiva: avanza firme hacia el futuro, nos ofrecía una idea de progreso continuo, una mejora constante de nuestras condiciones materiales y existenciales. Esto se ha roto, el tiempo no estable, dinámico, no constante no ofrece una idea de futuro, mejor dicho, no ofrece una idea de futuro estable. No nos promete el progreso constante. No nos promete que siempre iremos a mejor. Para el tiempo ordenado el presente es solo un escalón hacia un futuro mejor, para el tiempo no ordenado (nuestro tiempo) el futuro es un vacío que a priori no promete nada. Lo único que tenemos es el presente, y este es cambiante y maleable. La política se ve afectada por estos procesos. ¿Cómo prometer un futuro mejor cuando la lava que subyace a nuestro campo político no nos promete nada? ¿Cómo prometer que iremos a mejor si el futuro es oscuro y nos da miedo? ¿Cómo prometer algo si nuestro presente parece inestable, frustrante y poco fiable? La política se ve afectada por todo esto y adolece de la misma inestabilidad que ofrece nuestro tiempo. No solo eso, sino que también parece que se ha diluido, que su materialización ha dejado de estar estructurada y poco a poco se ha convertido en una especie de líquido que va moviéndose de un lado a otro y que no es capaz de parar dicho movimiento. Esto provoca que toda política se vea igual, que se perciba que de nada sirve votar a distintos partidos políticos porque ninguno de ellos promete ya un futuro mejor, solo tratan de gestionar mejor el presente, de hacer que sus cambios no sean tan dañinos para nosotros. Por lo tanto, podemos decir que el campo político se ha disuelto, se ha atomizado. Esta atomización dificulta la representación o mejor dicho, aumenta el desencanto de los votantes al no verse cumplidas sus expectativas debido a que ya no existen aglutinadores que puedan facilitar los procesos de representación. Todo el mundo tiene más de una identidad y ninguna de ellas parece prevalecer más que otra. No existe una identidad madre que podamos utilizar para identificarnos políticamente. Todas nuestras identidades son igual

de importantes para nosotros. El tiempo por lo tanto también diluye nuestra identidad. También nos dificulta tener identidades estables o basadas en artefactos que sean estables. El populismo aparece como único salvador, desea ser nuestro aglutinador, nuestra gran identidad madre. Desea reordenar el tiempo de nuevo, volver estable, ofrecernos un futuro mejor, un progreso que sea constante y nos ayude a aumentar la fe en nosotros mismos. Para conseguir esto, el populismo debe crear estructuras que sean fijas, que representen un oasis en el desierto del tiempo.

El tiempo condiciona nuestra percepción de la realidad. El tiempo tiene que ser “verdad”, es decir, sus procesos tienen que parecer objetivos, no artificiales. El tiempo busca su naturalización debido a que está le da legitimidad. El tiempo como ente natural tiene la virtud de parecer algo fijo e inmutable. Huye de cualquier otra alternativa, procura ser el único que existe. El tiempo busca ser uno y el todo del cuerpo social y político. El tiempo puede estar sujeto al hombre o fuera de él. Por ejemplo, el tiempo divino enmarca una existencia que se legitima por la gracia de un ser superior que controla todo lo que tiene que ver con el individuo. Esto provoca que el sujeto no se sienta responsable de su tiempo, es decir, no es una categoría política y social debido a que el tiempo le afecta pero no puede cambiarse (por lo menos humanamente). El tiempo en una democracia liberal y con una economía capitalista se torna mucho más influyente. Tras la caída de lo divino, al menos en apariencia, el hombre decidió controlar todo lo referente a la naturaleza y no solo materialmente sino también política y socialmente. Esto provocó que el tiempo también fuese una de esas partes naturales sujetas al control humano. El hombre se hace cargo de su tiempo. Es dueño y señor del mismo. El control del tiempo por el hombre provoca que su ordenamiento sea semejante a las dinámicas económicas, políticas y sociales. Al ordenar el tiempo se ordena la vida y se reparte en diferentes espacios que deben cumplir una función determinada en el campo social y político del individuo y de la sociedad en sí misma. El tiempo aparece de forma cíclica y repetitiva semejante a los ciclos políticos y económicos. La estabilidad aparece porque el tiempo es controlado, o los individuos tienen la ilusión de controlar el tiempo. Los procesos son estables y tienen un fin que puede ser divisado. El tiempo al ser repetitivo y cíclico promueve la seguridad en el futuro debido a que siempre volverá a ocurrir lo mismo o algo muy parecido. La ruptura del orden significa la ruptura del control del hombre sobre el tiempo. Sobre los espacios temporales, sobre su propia vida. Las fronteras de los espacios temporales se han diluido, lo que provoca que un espacio temporal determinado ya no se diferencie de otro. La vida del individuo se ha desestabilizado. Ya nada tiene su ciclo ni un sitio determinado, lo que provoca una confusión entre los espacios. No se trata de un caos sino de un proceso de homogeneización del espacio vital. Por ejemplo, una consecuencia de todo esto es la separación entre espacio de ocio y espacio de trabajo que se ha visto fragmentada y diluida. La diferenciación entre el ocio y el trabajo, que antes se encontraban separadas, se ha acotado. No solo eso, sino también la separación entre vida pública y vida privada se han visto trastocadas por la digitalización del tiempo y por el uso de las redes sociales. El tiempo virtual se caracteriza por ser casi instantáneo, por una rapidez inusitada. El tiempo virtual es un solo cuerpo, ni siquiera tiene fronteras, vive constantemente en el aquí y ahora. Es un tiempo sin futuro ni pasado. El tiempo virtual no tiene espacios, o mejor dicho, solo está formado por un espacio temporal. Al no existir fronteras se diluye

lo verdadero y lo falso, el presente con el pasado y el futuro, la realidad con la virtualidad. El tiempo virtual afecta al tiempo acelerando todos sus procesos, difuminando más su futuro y haciendo que el presente parezca la única alternativa existencial posible para el individuo.

Lo político se ve afectado por las características del tiempo y del tiempo virtual. Las formas políticas también se han acelerado, parecen menos estables y la virtualidad del tiempo ha transformado los procesos de comunicación de la política con los ciudadanos. El debilitamiento de las fronteras de los espacios temporales provoca que la política tenga que representar más espacios vitales de los individuos. Ya no se trata de representar las cuestiones laborales, sociales o cívicas, sino también las cuestiones privadas y personales. El tiempo desordenado complica los procesos políticos. Dificulta la representación política debido a que los individuos ya no tienen unos espacios temporales diferenciados lo que provoca que las identidades sean cada vez más brumosas y se encuentren atomizadas. El tiempo virtual constriñe los procesos políticos, lo estético toma gran importancia e importa mucho más la forma que el fondo. La política con la era digital no se ha quitado máscaras, ahora lleva muchas más. La transparencia que se suponía que iba a traer la virtualidad ha provocado que nuestra política esté llena de performances que hacen que parezca más una obra de ficción que algo real. Ahora la política separa lo que *es* de lo que debe *ser*. El populismo se nutre de las nuevas dificultades políticas y ante un tiempo desordenado ofrece una materialidad ordenada. Ofrece un espacio temporal de orden político donde el individuo se encuentre seguro ante la cambiante realidad en la que vive. El populismo aprovecha el tiempo virtual y su inmediatez para destruir lo que *es* y centrarse en lo que debe *ser*. La comunicación más directa del populismo no significa más transparencia sino un cambio de escenario, pero la performance sigue siendo la misma.

El tiempo como categoría política nos ayuda a entender que procesos hacen que el populismo sea como es y que imbricaciones culturales se encuentran en este fenómeno político. También nos enseñan, desde una mirada mucho más global, los cambios existentes en nuestro campo político y social. Y nos enseña que las grandes identidades han muerto. La atomización de las identidades provoca la fragmentación de los espacios de representación política. Si el curso del tiempo es cambiante, frágil, fugaz, nuestras identidades también tendrán las mismas características. Y esto afecta sobremanera de hacer política. Si no tenemos claro quiénes somos, ¿cómo vamos a tener claro a quién votamos?

2.4.4. La Identidad diluida: la atomización de las identidades

La identidad es uno de los conceptos clave a la hora de explicar el fenómeno político y social populista. Defino identidad como la construcción global estable estructurada por otras identidades desestabilizantes y temporales que sujeta al individuo a un espacio determinado y lo define social, cultural y políticamente dentro de un mismo grupo. Por lo tanto, existe una identidad A y unas identidades B, C, D... Esta identidad A la

denominaremos desde ahora como Identidad, mientras que al hablar de las identidades B, C, D... las denominaremos simplemente como identidad. La Identidad no solo viene desde fuera, no solo se alimenta de los artefactos culturales, políticos y sociales que nos ofrece el sistema, también se forma mediante las relaciones que el individuo tiene a lo largo de su vida como: relaciones personales, laborales, consumo...

Esta Identidad es global debido a que su formación y su significación se realizan mediante la relación que tienen dentro del individuo las identidades. Es estable porque no sufre grandes modificaciones y transformaciones a corto plazo. Y es estructurada porque su significación tiene sentido y ofrece al individuo un lugar en el mundo y un modo de vida acorde con dicha Identidad. Además esta estructuración ofrece una serie de valores que facilitan los procesos de representación política.

La identidad es desestabilizante no porque desestabilice la Identidad de la que es parte sino que ella misma se encuentra en una dinámica fluida y acelerada. La identidad es cambiante y sus diferentes transformaciones ocurren en un corto plazo de tiempo. Lo que provoca que no pueda estructurarse, ni materializarse, sino más bien sus significaciones son pequeños esbozos y bocetos de lo que debería ser, parecer o sentir el individuo. La identidad se relaciona con otras identidades para dar forma a una estructura y una Identidad global que pueda dar un espacio material y poco cambiante al individuo. La identidad puede dejar de existir o desaparecer con facilidad, de allí su desestabilización. Puede ser momentánea o puede tener un aumento a medio plazo. Por lo que, la relación que se da entre las identidades es de suma importancia para entender la Identidad que al final define al individuo como lo que es, lo que parece o lo que siente.

Por lo tanto, tenemos unas identidades que ayudan a formar la Identidad. Unas identidades que se relacionan entre sí, que son cambiantes, dinámicas, modificables que crean un conjunto más estable con el cual nos identificamos a un nivel más global. Si las identidades afectan a la Identidad, la Identidad también puede afectar a las identidades. Existe una relación bidireccional entre la Identidad y la identidad. La Identidad puede redirigir las identidades, para que éstas puedan tener cierta sincronía con ella. Es decir, las identidades no pueden ser una alteridad de la Identidad porque pondrían en tela de juicio la estructuración y, por lo tanto, la significación de la misma. Existe una cierta sincronización entre la Identidad y las identidades. Mejor dicho, debe existir una cierta sincronización entre la Identidad y las identidades para que la Identidad pueda ser estable y no se diluya.

Pero, la Identidad no necesariamente se diluye por las contradicciones existentes entre las identidades que la forman. También puede diluirse por falta de suelo material al que anclarse. Es decir, la Identidad puede diluirse porque sus valores, mitos, discursos no tienen un anclaje en la realidad. Solo existe en el imaginario colectivo lo que produce su degradación y su desaparición.

El gran problema que divisamos reside sobre todo en la difuminación de la Identidad. En como las Identidades han ido poco a poco diluyéndose y han dejado de realizar su papel de grandes identificadores y, por lo tanto, han dejado de ser símbolos de representatividad en nuestra sociedad. Ha ocurrido un proceso de transmutación. Las identidades que antes

formaban parte de una Identidad ahora se han visto convertidas en Identidades globales. Al dejar de existir una identificación mediante una Identidad global, firme y estructurada las identidades han suplantado ese papel sin suplantar también sus características. Por lo tanto, tenemos unas identidades convertidas en Identidad que siguen siendo desestabilizantes, aceleradas, dinámicas y modificables a corto o medio plazo. Lo que ahora participa de los procesos de representación, lo que ahora es parte de esos procesos, no es estable y cambia continuamente. Lo que dificulta la representación política de esas identidades.

Estas identidades no solo representan el papel de Identidades globales, también están atomizadas. Es decir, su espacio de influencia es mucho menor que el de una Identidad global que abarca un conjunto mucho mayor de individuos. Estas identidades se basan en la especificidad y no en la indeterminación de sus significaciones, que es lo que ayudaría a congregarse a un mayor número de individuos alrededor suyo. Por lo tanto, no solo tenemos una transmutación sino también una atomización. Vivimos en una sociedad llena de identidades convertidas en Identidades atomizadas, no estables y poco estructuradas. Por ejemplo, la Identidad referida al trabajo debido a los procesos económicos, sociales y políticos, ha dejado de tener la misma fuerza ya que el trabajo, en muchas ocasiones, ya no representa un almacén vital en el cual el individuo se pueda proteger de por vida. La precariedad provoca que el trabajo deje de ser un identificador global que pueda aglutinar a una multitud. Esta Identidad se ha visto sustituida por un cúmulo de identidades que daban forma al individuo, pero que no representaban un papel político principal. Por ejemplo, ahora la identidad de cómo amamos o queremos, de cómo practicamos nuestras relaciones personales, se ha convertido en una Identidad que representa al individuo de manera plena e incluso se ha atomizado en otras identidades que la complementan. Esta Identidad nueva es cambiante y, no solo eso, sino que está formada por otras identidades también cambiantes. Esto provoca que su estabilidad se vea cuestionada y que su representación política se vea dificultada por los posibles cambios y transformaciones que pudiera sufrir.

Las Identidades anteriores al encontrarse diluidas, al perder su forma y su contenido no han sido sustituidas, aún, por unas Identidades con las mismas características. Han dejado huérfanos a los individuos. Ahora nos encontramos en medio de un mar de identidades que, mediante una performance, pretenden convertirse en Identidades. El populismo busca la creación de su propia Identidad. Basándose en el análisis de las identidades existentes en la sociedad intenta crear una nueva Identidad que pueda representar a un gran número de personas. Pero no solo eso, sino que también intenta crear una Identidad antagónica, una otredad con la cual pueda diferenciarse y posicionarse en el campo político y social. Por lo tanto, su trabajo es doble: crear su propia Identidad y crear una Identidad que su relación con la primera sea de alteridad.

Para crear una Identidad lo suficientemente estable y que pueda ser viable a largo plazo, el populismo se basa en el análisis de la realidad y las relaciones que se dan entre las identidades que han reemplazado las Identidades dominantes. El populismo elige para crear sus propias Identidades a todas aquellas identidades que puedan representar mejor sus fines políticos y sociales. A todas aquellas identidades que, mediante su performance,

sean más creíbles. Y, realizan los mismos procesos para crear las Identidades alternas y antagónicas a la suya.

Por lo tanto, observamos que las Identidades políticas que ya existían se han diluido, han perdido su fortaleza, lo que ha provocado que las identidades hayan sustituido el papel de la Identidad dominante sin tener sus características. Esto ha producido cambios en la forma en la que los individuos se relacionan política y socialmente. La fugacidad, la constante transformación de nuestras identidades dificultan enormemente la representación política de las mismas. Los partidos políticos tradicionales han visto disminuida su influencia y el poder de la Identidad que dicen representar. Al diluirse las Identidades y atomizarse las identidades los partidos necesitan tener mil ojos para entender el panorama social y político y realizar cada vez más políticas específicas para cada grupo de identidad. Esto provoca que una vez realizada una política para un grupo puede perjudicar y enfadar a otros grupos. La estabilidad política se torna, muchas veces, imposible. Los gobiernos tradicionales parecen más frágiles, más expuestos, se entiende mucho menos lo que hacen y, sobre todo, parece que la realidad les supera.

Como hemos repetido tantas veces, el populismo aparece como un movimiento salvador. Como una vuelta al pasado, como una vuelta a una sociedad donde las Identidades tenían una gran fortaleza y el presente y el futuro estaba bien compartimentado y claro. Esos son algunos de los mitos y símbolos de la Identidad que pretende representar el populismo. Siempre se trata de volver al pasado. Pero, este proceso no solo trata de buscar en el pasado algún tipo de artefacto cultural aglutinador, sino que el pasado es el futuro del movimiento populista. El pasado es el fin del mismo. La Identidad populista no ofrece una visión de futuro política y social, no ofrece un proyecto vital que mire al futuro.

La transformación de nuestras identidades conlleva una búsqueda constante de formas de anclaje en el tejido político y social. El individuo necesita de una estabilidad para poder crear su propio proyecto vital. Esta estabilidad debe darse en la forma de *ser* y en la forma de *ser representado* por las estructuras y artefactos culturales. Las identidades cuentan parte de nuestra historia y nos ayudan a estructurar nuestro propio yo. Si estas identidades se encuentran atomizadas, nosotros también lo estaremos. Si vivimos en una sociedad mucho más atomizada, nosotros como individuos necesitaremos de más anclajes para constituirnos como *seres* sociales y políticos. Nos encontraremos atomizados, en constante contradicción con nosotros mismos. Ya no existen guerras entre Identidades antagónicas, estamos en una fase de guerra de guerrillas entre identidades cambiantes y difusas. Eso provoca en nosotros una tensión constante entre *lo que somos*, *lo que deseamos ser* y *lo que debemos ser*. Si no existe una Identidad global que nos ayude a encontrar nuestro sitio en el mundo lo que somos se encontrará en permanente disputa, lo que deseamos ser será inalcanzable y lo que debemos ser no será viable. La atomización de las identidades provoca una soledad, un *estar* vacío en el mundo. Los mitos, los valores, nuestras creencias se diluyen. Ya no sirven, su efecto aglutinador se disipa. El problema aparece cuando no existen nuevos mitos, valores o creencias que sustituyan a las anteriores. El populismo es un intento de renovación de los artefactos culturales desde el pasado para sujetar el presentar y presentar un futuro ambiguo y sin una misión final clara.

La propuesta de observar el populismo desde una óptica cultural conlleva analizar cómo funcionan los marcos culturales y como se han ido modificando, transformando y desapareciendo en nuestras sociedades. Si la política tradicional y los partidos tradicionales han perdido apoyo no es solo por la falta de tácticas y estrategias políticas. No es solo por una crisis económica que ha disminuido las esperanzas materiales de muchos ciudadanos. Estamos en un tiempo de cambio que exige nuevas maneras de entender lo político. El populismo es un fenómeno que aprovecha la ventana de oportunidades que deja el *vacío* de nuestro *ser* en las sociedades occidentales. Cuando nuestros sueños no tienen un suelo material que los sustenten nuestro futuro se oscurece y nuestro presente peligra. El populismo aparece como una salvación cultural. Como una herramienta para solidificar de nuevo los artefactos culturales que antes tanta seguridad nos habían dado. Entender las claves que los artefactos culturales nos ofrecen para entender los fenómenos políticos nos ayudará a explicar qué es el populismo. Cómo se comporta y cómo diferenciarlo de otros fenómenos políticos que puedan tener características similares. Quizá, así podamos entender que esto no es solo una respuesta a una crisis económica y/o política sino un último suspiro de un mundo que se acaba. Analizar culturalmente los cambios políticos y sociales podrá ayudarnos a entender qué posibles caminos tomará el nuevo mundo que está por nacer. Y crear un modelo basado en el análisis de los artefactos culturales para entender si una organización política es populista y comprender los elementos más importantes, desde su aparición hasta su consolidación dentro o fuera de las instituciones.

3. UN MODELO PARA EL ANÁLISIS DE LOS FENÓMENOS POPULISTAS (A.F.P.)

En capítulos anteriores hemos disgregado e intentado explicar algunas nociones teóricas existentes sobre el fenómeno populista, especificando las características más importantes de cada una de ellas. En el *subapartado 2.4* de este trabajo se especifica lo que consideramos más importante de todo el trabajo teórico y práctico realizado hasta este momento sobre el populismo: el concepto de nación, pueblo, espacio, tiempo e identidad. Esto nos ayuda a crear unos mimbres para entender cómo funciona y qué es el populismo como fenómeno político y social. Para ello, en este apartado explicaremos la aparición del populismo como un fenómeno cultural que tiene que ver con los conceptos más importantes que hemos seleccionado con anterioridad, y consideramos que estos deben ser explicados desde un punto de vista cultural. Por eso, en este apartado propondremos un modelo cultural que consiga explicar la aparición y evolución del fenómeno populista. Por qué entendiendo las causas conseguiremos comprender las esencias y fundamentos del populismo. Y consideramos que muchas de estas causas son de orden cultural y que son lo suficientemente importantes como para dirigir nuestra atención hacia ellas.

Al realizar un análisis cultural debemos entender las significaciones de las cosas. Los componentes que estructuran nuestra vida social y política se encuentran impregnados por diferentes significaciones culturales. Nuestra manera de entender nuestro entorno, nuestro mundo, el espacio vital en el cual habitamos está influido e imbuido por los diferentes procesos culturales que han existido con anterioridad a nuestra propia existencia. Es decir, no solo creamos cultura sino que también la recibimos y la reproducimos. Por lo tanto, podemos decir que la cultura y sus componentes y significaciones son como el magma que sirve de base y se mueve lentamente en los procesos sociales y políticos que ocurren en nuestras sociedades modernas. Realizar un modelo explicativo basándonos en lo que podemos analizar de ese “magma” cultural nos ayudará a comprender mejor la realidad del fenómeno populista. Considero que no solo debemos centrarnos en qué es lo que hacen los populistas, sino por qué aparecen. Creo que esa es la gran cuestión. ¿Por qué, en nuestras democracias representativas, aparecen partidos que ponen en cuestión no solo su funcionamiento sino también el *consensus* social y político preexistente? ¿Por qué es tan difícil de pronosticar su aparición? Si vivimos en democracias representativas, ¿qué representara el populismo? ¿Es solo una enfermedad, una manera de aglutinar la frustración en tiempos de crisis? ¿O quizá, una manera ya existente, pero oscurecida, de entender la realidad social y política?

En esta segunda parte explicaremos (1) diferentes procesos y metodologías para explicar los fenómenos culturales desde un punto de vista sociológico. Nos ayudará a comprender la amplitud y dificultad de conocer los procesos culturales que existen detrás de la realidad social y política. (2) Nos centraremos en explicar el modelo del contragolpe cultural que usaremos como cimiento para realizar un modelo cultural mucho más amplio que pueda explicar el populismo y sus múltiples aristas. (3) Explicaremos cada una de las partes que forman nuestro modelo cultural, qué significan y por qué son necesarias para

nuestro análisis. Y (4) analizaremos nuestro modelo cultural y cómo funciona, qué procesos y conexiones existen entre cada una de sus partes y que movimientos se pueden producir al avanzar por dicho modelo.

Todo esto con el fin de presentar un modelo que nos ayude a comprender las características culturales que se encuentran detrás del fenómeno populista.

3.1. DIFERENTES METODOLOGÍAS PARA EXPLICAR LOS FENÓMENOS CULTURALES

Intentar analizar los fenómenos culturales existentes en los diferentes movimientos sociales y políticos no es una tarea sencilla. Esto se debe a que los fenómenos culturales casi nunca se dejan ver como tales, se esconden en medio de diferentes transformaciones y mutaciones que conforman lo que podemos observar a simple vista en los movimientos sociales y políticos.

Pero, no se trata solo de descubrir cuáles son los factores culturales que afectan al fenómeno populista, sino intentar observar las relaciones y transformaciones que esos factores producen en nuestros movimientos políticos. Debemos recordar que no decimos que otros factores (como los económicos) no sean importantes a la hora de explicar el auge del populismo como agente político en nuestras sociedades, sino que consideramos que nos quedaríamos cortos si solo nos fijásemos en eso. Más bien, observar el populismo desde un enfoque cultural puede ayudarnos a entender como los movimientos políticos y sociales, que muchas veces parecen espontáneos o no se encuentra una explicación clara para su aparición, se van materializando en base a factores culturales que quedan excluidos del *mainstream* social y político.

Por eso, antes de explicar nuestro modelo y la manera de analizar el populismo, deseamos dar un repaso a las metodologías más influyentes a la hora de intentar buscar esos factores que se esconden, que parecen sombras, que muchas veces ni siquiera se tienen en cuenta, que son los culturales.

En este apartado se analizarán las (1) interpretaciones minimalistas y maximalistas para entender los fenómenos culturales; (2) el modelo y la teoría del “contragolpe” cultural, que explica el auge del populismo desde una perspectiva basada en los artefactos culturales existentes en nuestras sociedades; y, (3) la teoría de la espiral del silencio, que explica y analiza como el consenso social provoca un desplazamiento hacia los bordes o las fronteras de aquellas opiniones no socialmente aceptadas.

3.1.1. Interpretación de los fenómenos culturales: minimalismo y maximalismo para entender los factores sociales, culturales y políticos

La interpretación minimalista sirve para crear casos, debido a que se centra en determinadas acciones sociales para estudiarlas normalmente desde un punto de vista determinado. Sirve para unificar diferentes fenómenos sociales u políticos mediante el estudio (tanto cualitativo como cuantitativo) de casos específicos, para así buscar una congruencia para explicar un fenómeno mucho más general. (Reed, 2012) Se trata de extraer, observar y analizar diferentes piezas de la realidad social para entender, primero como funciona esa pieza extraída y, segundo buscar más piezas para analizarlas desde el mismo enfoque para así poder crear un caso que explique la realidad social de manera más generalizada. Por ejemplo, una investigación con características minimalista es la realizada por Norbert Elías & John L. Scotson (2016) sobre los problemas comunitarios surgidos por la llegada de nuevos ciudadanos a una población inglesa.

Quizá el mayor problema de la interpretación minimalista “es precisamente su minimalismo” (Reed, 2012, pág. 29) La interpretación minimalista no nos ayuda a responder cuestiones que conlleven una respuesta sistémica o generalizada. No nos ayuda a entender cómo funcionan los procesos y transformaciones a un nivel más global. Por lo que se trataría de una mirada microscópica de nuestra realidad social, que pese a su interés no puede ser usada como la “norma” que explique en profundidad las transformaciones y los movimientos sociales y políticos.

La interpretación maximalista es una conjunción de términos teóricos apoyados en una o más interpretaciones minimalistas. (Reed, 2012) Es decir, se trata de una teorización que busca explicar de manera general la realidad social poniendo como ejemplo algunos casos explicados desde una metodología minimalista. Investigaciones con características maximalistas podrían ser aquellas explicadas en *El proceso de la civilización* de Norbert Elías (2016) o en *La distinción* de Pierre Bourdieu (2016).

El problema con este enfoque o metodología es que presupone teóricamente que las cosas funcionan de una manera y no de otra. Es decir, en vez de extraer los presupuestos teóricos de la realidad, busca en la realidad la constatación de que sus propias teorías funcionan. En vez de buscar en la realidad procesos y transformaciones que puedan ser teorizados y utilizados para aumentar el conocimiento y la información sobre ellos, busca en la realidad la refutación de sus propias ideas.

Observamos dos grandes maneras de analizar e interpretar la realidad social y política de una sociedad. El enfoque minimalista busca entender las partes para poder entender el todo; mientras que el enfoque maximalista busca realizar presupuestos teóricos apoyados por casos realizados con el enfoque minimalista para así comprender mejor el todo.

Pero existen otras metodologías, otras maneras de observar y analizar los fenómenos culturales que critican y utilizan parte de los dos enfoques explicados con anterioridad.

Por ejemplo, el enfoque positivista tiene en su centro la búsqueda de una interpretación minimalista que sea evidenciable y observable junto a un cierto campo de predicción

maximalista que sirva para inducir y ayudar a la generalización de las interpretaciones minimalistas. Es la búsqueda de evidencias científicas en determinados campos específicos y la utilización de predicciones y teorías generales para convertir esas evidencias en algo que pueda ser usado de manera global. (Reed, 2012) Un ejemplo del uso de un enfoque positivista es el famoso estudio de la cárcel realizado por Philip Zimbardo (2018) dónde se pretendía investigar si el entorno y los roles asignados pueden modificar el comportamiento de un individuo.

Pero Reed (2012) nos explica que existen cinco grandes críticas del positivismo que en su conjunto formarían lo que podríamos denominar el post-positivismo. Es decir, la superación del positivismo mediante el análisis de todos sus fallos. Las críticas vienen a referir lo siguiente:

- Muchas interpretaciones minimalistas no pueden ser evidenciables mediante un análisis e investigación cuantitativa, por lo que muchas veces no podemos obtener de la realidad evidencias que puedan ser medibles y que su información pueda ser trasladable a otro campo de la realidad social. Además, muchas veces al estudiar y analizar una determinada realidad social es muy complicado no interferir en la misma, por lo que la observación quedaría contaminada.
- Muchas interpretaciones maximalistas no pueden ser predictivas, o no deberían serlo. Por ejemplo, en una situación en la que estudiásemos una cultura diferente a la nuestra, predecir los fenómenos que nos podremos encontrar podría ser una manera de interferir en la investigación con nuestros propios prejuicios o ideas ya preconcebidas.
- Las interpretaciones maximalistas no necesariamente están conectadas o pueden conectarse con interpretaciones minimalistas. Pueden realizarse interpretaciones teóricas macro sociológicas que sean presupuestos “meta teóricos”. Es decir, se puede discutir teóricamente sobre otras teorías que expliquen la realidad social y política de manera global. Por lo tanto, no necesariamente una predicción o análisis teórico debe estar conectado o “hablar” sobre una realidad concreta.
- Otra crítica que se esgrime trata de explicar que muchas veces las interpretaciones minimalistas están formadas por interpretaciones maximalistas o pueden estar determinadas por ellas. La separación entre interpretaciones muchas veces no está clara y no se puede disociar con claridad una interpretación micro del conjunto global en el cual se inserta.
- Las teorías que un investigador escoge para realizar sus análisis maximalistas pueden derivar de fuerzas y estructuras sociales superiores que actúan sobre él. Es decir, el investigador se encuentra influido por las propias fuerzas que intenta analizar, por lo que sus análisis pueden verse sesgados o manipulados.

Estas cinco críticas post-positivistas “abren un espacio dónde la creación de nuevos conocimientos para entender y producir investigación social puede emerger, y preguntarse qué clase de conocimientos intelectuales son.” (Reed, 2012, pág. 32)

Las combinación de las dos últimas críticas nos acercan al relativismo, para el cual “si las teorías determinan hechos, y la elección teórica está determinada por la posición estructural y/o el interés político-económico, entonces no existe tal cosa como una búsqueda racional del verdadero conocimiento” (Reed, 2012, pág. 32) Toda teoría estudiada y/o creada a partir de una realidad concreta es relativa debido a que se encuentra imbuida por las características y los procesos estructurales y político-económicos. Por lo tanto, la búsqueda de una teoría que explique la realidad de una manera global, que intente buscar una estructura global que pueda servir de anclaje para futuras investigaciones, se convierte en un esfuerzo fútil e inútil ya que solo servirá para explicar esa realidad concreta que se ha investigado por lo que sus resultados no serán globales sino relativos.

Existe otro tipo de interpretación que se basa en las críticas expuestas con anterioridad. Se trata de la interpretación empirista. Enfatiza la manera por la cual las interpretaciones minimalistas necesitan ser construidas mediante categorías tipo o imágenes creadas por los investigadores para explicar una realidad social compleja, lo que dificulta la captación y entendimiento de dichas realidades. (Reed, 2012) La explicación de la realidad social necesita de agentes conceptuales preestablecidos, incluso si de esta realidad extraemos nuevas conceptualizaciones estas estarán relacionadas con conceptos ya existentes. Y si intentamos buscar un nuevo fenómeno social, cultural o político y utilizamos categorizaciones anteriores estas nuevas realidades pueden quedar desdibujadas por las significaciones que dichas categorías tenían anteriormente. Por lo que siempre se podrá explicar y teorizar sobre algo nuevo, teniendo en cuenta que no podremos explicarlo en su totalidad e incluso podremos errar en nuestras explicaciones si las categorías escogidas para teorizar sobre esa realidad no son las adecuadas.

La tercera crítica expuesta con anterioridad abre camino hacia un nuevo enfoque para comprender y analizar los fenómenos sociales, políticos y culturales. Se trata del enfoque realista. Este enfoque trata de llenar la importancia que puede tener la teoría a la hora de realizar interpretaciones macro o maximalistas de la realidad. El centro conceptual de este enfoque nos lleva a la necesidad de realizar y utilizar teorías de carácter ontológico. (Reed, 2012) Es decir, según este enfoque, cualquier investigación con base teórica debe ser ontológica. Debe estudiar las partes y las relaciones existentes que pudieran tener con el todo. Solo así podremos conocer la importancia de la globalidad y ver el interés y la utilidad de las teorías utilizadas.

Las dudas sobre el enfoque realista dieron lugar a lo que podríamos denominar postmodernismo. Donde se enfatiza que “si la teoría no tiene un referente estable y aceptamos, en alguno de sus grados, las críticas al positivismo, entonces quizá la respuesta correcta es que las interpretaciones maximalistas son imposibles” (Reed, 2012, pág. 35) Si la teoría utilizada para describir y analizar la globalidad de la realidad social y política no tiene una materialización lo suficientemente sólida como para explicar esa realidad en todos sus espacios, la descripción de la realidad en su globalidad no es posible. Por lo que, toda interpretación macro o maximalista de la realidad es una máscara, ya que dicha interpretación realmente solo explica una parte de esa realidad. Realmente se trata de una interpretación micro o minimalista global, con el hándicap de no poder explicar lo global. Algunos autores considerados postmodernistas son Michel Foucault (2012; 2014;

2015) Jean François Lyotard (2006), Jean Baudrillard (2009; 2016) o Gilles Lipovetsky (2014; 2017; 2017).

Reed (2012) explica que el postmodernismo tiene tres tesis de gran importancia epistemológica:

- Tesis uno: las interpretaciones macro o maximalistas se ejercen dentro del poder y la dominación social. El investigador no puede abstraerse del dominio social y político en el cual se encuentra insertado. No puede ser un dios que observe toda la realidad desde un espacio externo a la misma, por lo que sus tesis se verán imbuidas por las tesis e intereses del poder social y político del momento.
- Tesis dos: las interpretaciones macro o maximalistas se ven imbuidas por las preocupaciones políticas y el campo discursivo del investigador que intenta analizar la realidad. Por lo tanto, muchos análisis de la realidad toman una determinada forma dependiendo de las ideas preconcebidas que el investigador tenga del objeto y/o sujeto analizado.
- Tesis tres: Las interpretaciones micro o minimalistas dependen en un alto grado de las interpretaciones macro o maximalistas. Y las interpretaciones macro o maximalista tienen las características descritas en las tesis uno y dos. Es decir, cualquier interpretación micro o minimalista, cualquier interpretación que desee analizar y explicar una pieza concreta de la realidad social y política no debe buscar la globalidad porque dicha globalidad es inexistente.

El postmodernismo se aleja de la globalidad y huye de las metanarrativas. No busca la explicación de un todo verdadero, sino que entiende que la búsqueda de una *verdad absoluta*, que explique el conjunto entero de nuestra realidad, es algo imposible. Por eso, observamos que “el rasgo definitorio de la condición posmoderna, es, por contraste, la pérdida de credibilidad de esas metanarrativas” (Anderson, 2016, pág. 31) Por lo tanto, según este enfoque la realidad solo se explica mediante el estudio de pequeñas porciones de la misma, cuyos resultados y métodos no pueden ser transferibles y cuya *verdad* solo será parcial, nunca absoluta.

Además de tener clara la interpretación del modelo y del análisis realizado para entender los fenómenos culturales subyacentes en la realidad social y política. Debemos entender cómo se formará el modelo para dar la mejor solución al problema planteado. Todo ello con la finalidad de que pueda ser aplicable en otras realidades, es decir, que pueda ser generalizable y explicar de manera correcta el máximo posible de “realidades”.

Los datos, que entenderemos por datos el objeto social que, como investigadores, construimos para posicionarlo en el objetivo de nuestra investigación (Mohr & Rawlings, 2012) Es decir, todo aquello que nos sirva para conseguir el fin de nuestra investigación, sea cualitativo o cuantitativo, puede ser considerado como un dato que puede ser analizado para mejorar nuestra investigación. La recolección de datos, por lo tanto, ayuda a la creación de un modelo que explique la realidad social y política. Esta recolección de datos es en sí misma “una tecnología social institucionalizada, organizada a través de

proyectos profesionales, formada por el encaje de actividades bien definidas, representativa, con funciones diferenciadas, ordenada en series, elaborada, y extensible” (Mohr & Rawlings, 2012, pág. 71) Estos datos recolectados para el análisis y la realización de un modelo de investigación están firmemente estructurados y su elaboración pasa por procesos formales y reglamentados que presuponen la validez de dichos datos. Esto significa que la recolección de datos está restringida a una manera de ver la realidad social y política. Y cualquier recolección que no esté sujeta a unas normas dictadas por los profesionales e institucionalizadas se le presupone una menor validez o es objeto de duda. Consideramos que esta manera de entender la recolección de datos es muy restrictiva y puede dejar de explicar realidades que no necesariamente puedan ser “institucionalizadas” o recolectadas mediante procesos estructurados.

Según Mohr y Rawlings (2012) la recolección de datos sirve para llevar un conteo de las cosas existentes en la realidad, sirve para distinguir las características más definitorias de esas cosas existentes en la realidad y para realizar un mapa de conexiones entre esas cosas existentes en la realidad. Por lo que, la recolección de datos organiza la información, basada en diferentes maneras de medirla y la guarda para poder ser recuperada con posterioridad. Es decir, la recolección de datos depende de cómo se recogen esos datos y de los repertorios de prácticas de medición para conseguir esos datos. Los datos pueden ayudar a la creación de un modelo formal que pueda explicar la realidad. Pero no deben ser restrictivos a la hora de validar esos datos, debido a que pueden existir explicaciones que no necesariamente puedan ser explicadas mediante distintas prácticas de medición. Es decir, no toda la realidad es medible y no toda la realidad puede ser explicada en un modelo que muchas veces simplifica los fenómenos políticos y sociales ocurridos en la misma.

Mohr y Rawlings (2012) proponen cuatro maneras o enfoques para, mediante un modelo formal, poder analizar los fenómenos culturales ocurridos en la realidad. Estos enfoques o funciones están jerarquizados de menos a más intervención intelectual a la hora de interpretar el modelo formal y todos sus datos:

- Función de representación: el análisis de los datos forma una especie de función que abrevia la realidad y que intenta convertir una vasta complejidad en unas variables específicas que puedan ser medibles. Se produce una doble distorsión a la hora de crear nuestro modelo, debido a que el proceso de recolección de datos y de análisis de los mismos nos llevan desde la complejidad hacia la simplicidad de las formas, desde una mayor información hacia un menor entendimiento de la realidad. Es decir, los modelos tienen una función de representación de la realidad que busca simplificar su complejidad mediante el uso de variables explicativas que nos ayuden a comprender de manera clara y sencilla los diferentes prismas existentes en dicha realidad. El proceso de pasar de lo complejo a lo sencillo deja por el camino mucha información que podría resultar interesante para el análisis, lo que provoca que el modelo final sea una simplificación no solo de la realidad sino también de la información que esta contiene.
- Función heurística: los modelos formales tienen la capacidad de reunir nuestros pensamientos y utilizarlos de base para crear un entendimiento de la realidad

social y política. Los modelos nos ayudan a teorizar sobre la realidad y establecer patrones de entendimiento de la misma. Nos ayudan a centrar nuestras teorías en un problema o incompreensión de la realidad para así intentar explicarla de la manera más eficaz posible. Ponen en relación la abstracción de nuestros propios pensamientos con la realidad, creando sistemas y procesos relacionales, narrativas, secuencias y sistemas de clasificación para entender dicha realidad.

- Función del poder: el análisis de datos y la creación a partir de ellos de modelos tienen la capacidad de dar cuerpo a las representaciones que tenemos de la realidad. Dan a nuestros pensamientos una materialidad dentro del espacio político y social. Esto provoca que nuestros pensamientos y teorías no sean solo una abstracción sino que, mediante su materialización, pueden modificar la realidad que nos rodea.
- Función de sociabilidad: la recolección de datos para la creación de un modelo formal está sujeta a la producción y organización social del conocimiento. Divide el conocimiento en campos especializados y permite a los investigadores que se especialicen en particularidades para explicar la realidad de forma general.

Esta clasificación nos ayuda a entender que para explicar la realidad hace falta cierta autocritica y comprender que nuestros pensamientos y marcos conceptuales pueden influir en la realización del modelo y los resultados que podemos obtener a través del mismo. Solo comprendiendo esto, conseguiremos ser justos y ser capaces de reconocer nuestras limitaciones a la hora de analizar la realidad. Por eso, una de las principales ideas que estructuran este trabajo es la no explicación total de un fenómeno social y política, sino realizar una aportación que se considera adecuada para explicar y aportar mejores herramientas para la investigación de los fenómenos políticos y sociales.

Nuestros marcos y concepciones ideológicas afectan al análisis de la realidad que observamos, por eso pensamos que la realización de modelos facilita que esos marcos no influyan en demasía en los resultados de nuestra investigación.

Mohr y Rawlings (2012) también nos explican cuatro tipos de modelos para los análisis culturales basados en las funciones que hemos explicado con anterioridad. Nos resulta interesante resaltar, aunque sea brevemente, estos modelos.

El primer modelo es el de Kroeber (2013). Refleja un estilo no hermenéutico de modelización debido a que no utiliza los datos para entender lo que piensa la gente, sino que para Kroeber la cultura es un objeto social en sí misma y que sus artefactos sociales son cuantificables y sus manifestaciones pueden ser analizadas y pueden ser modeladas.

El segundo modelo es el de Lévi-Strauss (2012). Su técnica se basa en romper el mito en simples sentencias y buscar semejanzas en las funciones semánticas que cada sentencia tiene. Esto ayuda a revelar un mapa que nos ayuda a simplificar el análisis del mito. El análisis de los procesos culturales se realizaría mediante la separación de las experiencias culturales para así llegar a un centro que facilitaría la explicación de las mismas. Se trataría de un modelo que desmenuzaría los artefactos culturales, los analizaría

semánticamente, buscarían las semejanzas entre ellos, y así llegaría al centro de dichos artefactos. Este centro sería la acumulación de todas las semejanzas encontradas que crearían un corpus que explicaría la generalidad de las experiencias culturales.

El tercer modelo es el de DiMaggio (1991). Se trata de estudiar y analizar los efectos que produce la cultura sobre nosotros, no el significado de los artefactos que producen dichos efectos. Por lo tanto, se trata de un modelo no hermenéutico de análisis de los procesos culturales.

El último modelo es el de White (2008). Se trata de comprender y estudiar la relación que existe entre los significados de los artefactos culturales y los agentes u objetos sociales. Esto nos dará una visión de cómo se forma la cultura en un momento determinado. Se basa en el estudio de esas relaciones que crean cultura y resignifican los artefactos culturales.

En este apartado hemos intentado explicar las dificultades que nos podemos encontrar a la hora de realizar un análisis y modelación de los artefactos culturales que se encuentran en nuestra realidad social y política. También hemos expuesto algunos ejemplos de modelos que intentan explicar la realidad cultural de diferentes maneras y por procesos conceptuales e intelectuales diferenciados entre ellos. Se trata de una pequeña introducción al análisis de la cultura y todas sus variantes. Al fin y al cabo, el modelo que nosotros presentamos en este trabajo se basará en la cultura como estructura principal para analizar la realidad del populismo en nuestra sociedad. Todo ello con el fin de ayudar a explicar de manera más eficiente los procesos sociales, culturales y políticos que ocurren en nuestras diferentes realidades.

3.1.2. El modelo y teoría del “contragolpe” cultural

La gran cuestión es cómo estudiar el populismo desde un punto de vista cultural que intente comprender las diferentes formas que este puede tener en los diferentes países y, mediante el análisis, descubrir cuál es el núcleo conceptual que asemeja a tan dispares y diferentes movimientos y partidos políticos. ¿Qué tiene en común el *Rassemblement National* (Agrupamiento Nacional) francés con el Partido Ley y Justicia (PiS) polaco? ¿O con el *Movimento 5 Stelle* italiano? ¿O con cualquier movimiento de apariencia similar que se da en toda Europa? ¿Qué subyace tras lo que parece ser una nueva ola de formaciones y movimientos políticos que impugnan lo establecido? ¿Por qué, muchas veces, no solo consiguen grandes resultados electorales sino que también consiguen cambiar el campo político de su propio país? ¿Qué es lo que ha o está fallando?

El modelo que nos ayudará a crear los mimbres y la base de nuestra propia propuesta está explicado por Pippa Norris y Ronald Inglehart en su libro *Cultural Backlash: Trump, Brexit and Authoritarian Populism* (2019) Donde se exponen algunas variables culturales que consideramos de gran interés para explicar el populismo desde una perspectiva cultural.

Estos autores entienden el populismo como “un estilo de retórica que refleja los principios de primer orden sobre quién debería mandar, clamando que el poder legítimo descansa sobre “el pueblo” y no en la élites.” (Norris & Inglehart, 2019, pág. 4) Es decir, el populismo es una manera de impugnar lo establecido y hacerlo visible mediante un discurso antielitista y a favor de un pueblo que aúna todas las virtudes de la nación. Pero el populismo “permanece callado sobre los principios de segundo orden, sobre que debería hacerse, que políticas deberían seguirse, que soluciones deberían tomarse.” (Norris & Inglehart, 2019, pág. 4) El populismo se queda en una superficialidad, resalta las fracturas y los cismas del sistema político pero no especifica las soluciones a los problemas. Quizá, esta estrategia sirva para conseguir una mayoría social de apoyos que no puedan verse divididos por las políticas que pudiera aplicar el partido para solucionar esos problemas. El discurso populista “tiene cualidades camaleónicas que le permiten adaptarse y ser flexible ante una variedad de sustantivos y principios ideológicos.” (Norris & Inglehart, 2019, pág. 4) Se puede adaptar y aplicar principios e ideologías que pudieran parecer contrapuestas. Su discurso puede contener una marcada ideología socialistas junto a políticas económicas liberales, puede contener medidas conservadoras junto a medidas ecologistas, etc...

Norris & Inglehart (2019) explican que el populismo busca la deslegitimación de la autoridad del *establishment*. Cuestiona la pluralidad política y la autoridad que tiene el poder para representar a la soberanía nacional. Este reclamo, esta denuncia no se refleja necesariamente en una mala praxis política sino que se busca deslegitimar los valores centrales o fundacionales de dicha élite. Por eso, los líderes populistas se ven a sí mismos y desean que los demás los vean como individuos alejados de las formas y el fondo de las élites políticas de su país. Además, como esa legitimidad reside en el pueblo, solo el pueblo es la verdadera fuerza democrática del país. Este pueblo se caracteriza por ser auténtico, genuino, homogéneo y es el que tiene una moral adecuada y correcta. Pero lo más importante es entender como los líderes populistas utilizan los principios de segundo orden para conseguir el poder. El uso de la autoridad como principal característica política es lo que puede poner en jaque a nuestras democracias liberales. El autoritarismo parece impregnar el discurso, y no solo eso, de los líderes de los movimientos populistas más exitosos.

Norris & Inglehart (2019) definen el autoritarismo como un conjunto de valores y principios de priorizan la seguridad por encima de todas las demás variables existentes en el campo social y político de un país. Estos valores autoritarios se basan en tres principios fundamentales: la importancia de la seguridad frente a la inestabilidad del desorden; el valor de la comodidad del grupo frente a la inseguridad del individuo ante un mundo global y falto de tradiciones; y, la necesidad de una obediencia fuerte y ciega ante líderes fuertes y autoritarios para así mantener el rumbo y la cohesión del grupo al que dicen representar.

Todos estos valores autoritarios parcelan el campo social y político en tribus o grupos homogéneos que no se comunican entre sí, que no tienen puntos de unión ni fronteras relacionales. Sus relaciones son antagónicas, de rechazo, de alteridad. El nosotros se crea mediante la negación del otro. Estas tribus son “grupos de identidad social, a veces

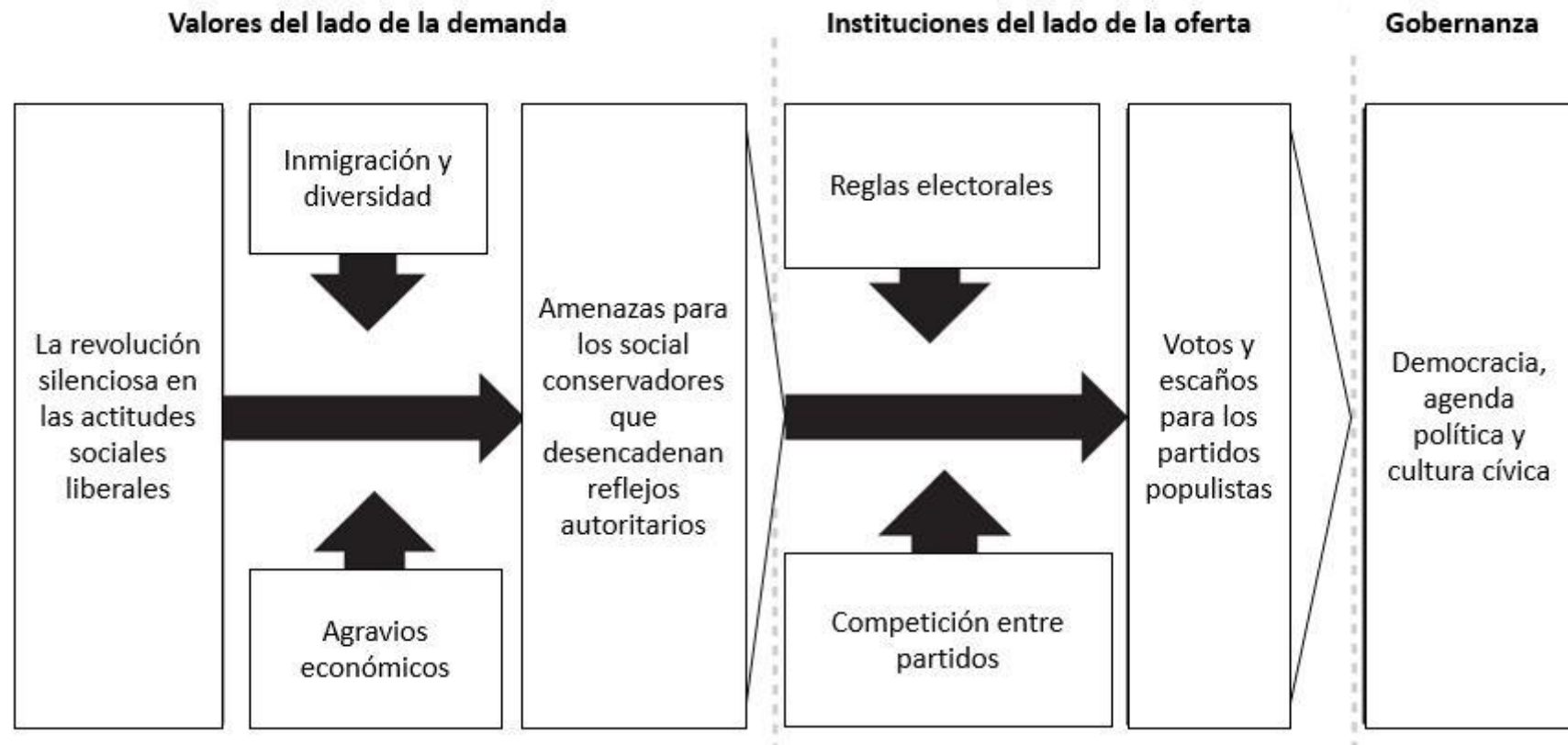
comunidades relacionadas económicamente, mediante la religión, la sangre, con una cultura y dialecto común, y comúnmente con un líder reconocible.” (Norris & Inglehart, 2019, pág. 7) Esta parcelación del campo político y social conlleva que los grupos o tribus se reconozcan a sí mismos pero no tengan idea de cómo son los demás. Se simplifican los significantes de los otros y con ello se simplifica la realidad política. Este desconocimiento y simplificación conlleva un aumento del rechazo y el miedo que provoca un ensimismamiento en el grupo. Un mirar hacia dentro para describir el afuera. Es algo parecido como volver a observar las sombras dentro de la cueva de Platón. En la esfera pública, es decir en nuestros sistemas de representación política liberal, este aumento o énfasis en los valores autoritarios puede provocar, pese a los *checks and balances* de las instituciones públicas, un deterioro del sistema político y de las libertades y valores surgidos del liberalismo político.

La visión sobre el populismo que nos ofrecen Norris & Inglehart (2019) no necesariamente tiene que ser una que nosotros aceptemos. Nuestra visión sobre lo que es el populismo será explicada en otro apartado. Sino más bien en bosquejar desde qué planteamientos teóricos parten los autores para realizar y explicar su modelo.

El campo teórico en el que se basa el modelo del “contragolpe” cultural para explicar el populismo es el que aparece en el siguiente esquema:

Los factores expuestos en el lado de la demanda incluyen “las fuerzas de la sociedad que forman los valores públicos, las actitudes, y las creencias, creando reservas de apoyo potencial en el electorado que los partidos políticos buscan atraer.” (Norris & Inglehart, 2019, pág. 32) Es decir, todos aquellos agentes sociales y políticos que forman y conforman el campo social y político de un país.

El modelo del contragolpe cultural



Fuente: (Norris & Inglehart, 2019, pág. 33)

Los factores expuestos en el lado de la oferta incluyen “ las llamadas que realizan los partidos políticos y sus líderes cuando buscan movilizar el apoyo y el contexto institucional, especialmente el sistema electoral que regula la competición entre los partidos, que convierte los votos populares en diputados.” (Norris & Inglehart, 2019, pág. 32) Los factores que demandan los ciudadanos deben ser ofertados por organizaciones que prometen su cumplimiento mediante un sistema reglado de elección y representación. Esto crea una especie de “mercado” en el cual las demandas de los ciudadanos son “compradas” por las organizaciones políticas a cambio de que estas últimas obtengan poder.

El último factor que es el gobierno trata de “las consecuencias cuando los líderes y los partidos políticos ganan los votos y son elegidos oficialmente.” (Norris & Inglehart, 2019, pág. 32) Se trata de observar si la oferta del “mercado” político cumple con lo prometido al llegar al poder. Si es capaz de suplir las demandas de los ciudadanos para así mantener la confianza en el sistema.

La premisa de Norris & Inglehart (2019) parte de la concepción de que la revolución silenciosa en los valores culturales empieza en la segunda mitad del siglo XX, con la aparición de los valores postmateriales en la escena social y política. En la etapa de post-guerra existían unos niveles de seguridad existencial altos que llevaron a las nuevas generaciones a cambiar sus preocupaciones y su activismo político y social hacia demandas postmateriales en busca de un aumento en los derechos civiles e individuales. Este cambio en los valores culturales se produjo en paralelo al cambio producido en la participación y la opinión que tenían los ciudadanos de la política y los movimientos sociales tradicionales. Esta evolución “ha transformado el balance de la opinión pública en las sociedades post-industriales.” (Norris & Inglehart, 2019, pág. 33) Las

creencias morales tradicionales, normas sociales, y comportamientos que eran convencionales y generales durante la segunda mitad del siglo XX, reflejando unas identidades sociales fijas basadas en la fe, la familia, y el estado nación, son ahora respaldadas por una cada vez más reducida parte de la población. (Norris & Inglehart, 2019, págs. 33-34)

Esto produjo enormes cambios en las actitudes políticas y valores de la población y en las demandas que esta consideraba prioritarias a la hora de votar a los partidos políticos o asociarse a algún movimiento de carácter político y/o social. La noción que hacen los autores de que significan los valores se refiere “a preferencias y fines duraderos y enraizados para los individuos, las organizaciones, y las sociedades.” (Norris & Inglehart, 2019, pág. 35) Pero no solo eso, sino que existen las actitudes y opiniones que

son menos enraizadas y duraderas que los valores, cambian con más facilidad a la luz de nuevas experiencias e informaciones, como las miradas favorables o desfavorables sobre el funcionamiento de un gobierno o sus políticas públicas, o las opiniones sobre el riesgo del cambio climático o el terrorismo. Pero, como la base de un iceberg, los valores son entendidos aquí como la orientación cimentada adquirida por experiencias formativas durante la niñez y adolescencia, a menudo

persistiendo durante el tiempo, apoyando las actitudes y opiniones. (Norris & Inglehart, 2019, pág. 35)

Los valores se convierten en piedra angular a la hora de analizar la cultura de una sociedad. Para entender los movimientos políticos ocurridos en un país determinado debemos comprender los procesos y aspectos culturales que han sucedido en dicho lugar.

Otras de las hipótesis que nos exponen Norris & Inglehart (2019) explica que los procesos de cambio de valores aumentaron debido a los procesos de secularización que ocurrieron en las sociedades occidentales, incluyendo el remplazo generacional, el aumento del acceso a una educación superior, la urbanización, el aumento de la igualdad de género o el aumento de la diversidad étnica en nuestras sociedades. Estos procesos han provocado la reducción de los segmentos de la población más conservadores en favor de otros segmentos que han apostado por los valores postmateriales y las actitudes liberales.

Las diferencias intergeneracionales crecen “debido a las experiencias históricas dadas por las cohortes de nacimiento que apoyan sus actitudes y valores. La composición de la sociedad es gradualmente transformada a través de un procedimiento de remplazo de la población a largo plazo” (Norris & Inglehart, 2019, pág. 36) Se trata de un proceso inevitable de recambio. Un proceso que siempre pone a prueba la fortaleza de las actitudes y los valores de una sociedad. Estos valores deben tener suficiente legitimidad como para convencer a los nuevos ciudadanos que también son sus valores y que, además, son correctos. Si esta legitimidad se pone en cuestión las nuevas generaciones pondrán en duda el mundo y las instituciones creadas por los mayores y tenderán a rechazarlo. Este rechazo puede ser constructivo (proponiendo alternativas de cambio) o destructivo (proponiendo alternativas de cambio que necesiten de la violencia para llevarse a cabo). También puede existir cierta pasividad de las nuevas generaciones frente al mundo que se han encontrado, pero si estas se ven desplazadas o no incluidas en el sistema existente tenderán a rechazarlo o a enfrentarse de alguna manera a él. Pero no solo el cambio generacional afecta al proceso de cambio de valores culturales, sino que, también dentro de una misma generación, se pueden producir cambios en las actitudes y los valores. También existen “fluctuaciones alrededor de eventos decisivos, como los efectos del ciclo de vida, que alteran las actitudes como individuos al entrar a trabajar, al sentar la cabeza y formar una familia, y eventualmente jubilarse.” (Norris & Inglehart, 2019, pág. 37) Todos estos cambios provocan cambios en las actitudes de los individuos haciéndoles ver la “vida de otra manera”, pero muy difícilmente cambiarán los valores de los mismos. Si no que podrán radicalizar o moderar sus actitudes y opiniones dependiendo de las experiencias vitales que hayan tenido.

La revolución en la educación “con un rápido aumento al acceso a la educación superior, tiene un profundo impacto en las culturas Occidentales, ayudando al cambio en las actitudes hacia una dirección más liberal socialmente.” (Norris & Inglehart, 2019, pág. 38) La educación ayuda a la formación de los valores de los individuos, junto con la familia es uno de los factores que más influyen a la hora de construir una visión determinada sobre el mundo en el que vivimos. La mejora del nivel de vida de los

ciudadanos occidentales también ha aparecido en el acceso a la educación, donde cada vez más individuos encuentran facilidades para acceder a la misma. Esto provoca una ruptura con generaciones anteriores que, o no tenían las infraestructuras necesarias para educarse o no tenían los medios económicos para acceder a la misma. Ampliar conocimientos no solo académicos si no también experienciales conlleva un cambio en los valores del individuo, en sus actitudes y opiniones que a veces contrastan con los valores de generaciones anteriores. Pero no solo esto, si no que muchas veces el cambio de localidad que muchos individuos realizan para poder estudiar puede provocar un cambio en la visión que estos tienen sobre el mundo.

La urbanización combinada con un aumento en la diversidad cultural ha provocado que en nuestras grandes ciudades se refuerce la división ya preexistente entre el centro y la periferia de las mismas. Además, la convivencia de los más jóvenes con la diversidad cultural y étnica provoca una ruptura cultural frente a los más mayores que han vivido en ciudades más homogéneas cultural y étnicamente. (Norris & Inglehart, 2019)

Todas estas variables, “el remplazo generacional, el aumento de los niveles de educación, el crecimiento de la diversidad étnica, la igualdad de género, y el crecimiento urbano han contribuido al cambio de valores.” (Norris & Inglehart, 2019, pág. 42) Pero no solo esto, sin que también la cultura puede verse “influenciada por los efectos periódicos, especialmente aquellos asociados con la inseguridad económica” (Norris & Inglehart, 2019, pág. 42) Las crisis económicas provocan cambios en las actitudes y opiniones de los ciudadanos y en la cultura de los mismos, lo que causa cambios en los sistemas políticos y afecta a la institucionalización de la sociedad. Estos efectos periódicos “pueden acelerar o retardar los procesos de cambio de valores generacional a largo plazo, con amenazas de inhibición del aumento de las actitudes socialmente liberales.” (Norris & Inglehart, 2019, pág. 42) Todas estas variables afectan al modelo del “contragolpe” cultural. Nos ayudan a entender algunas demandas de los votantes y de cómo estas pueden variar dependiendo de los cambios de valores que existen en la sociedad. Por el lado de la demanda

uno de los factores más importantes es la reacción autoritaria entre los conservadores que perciben como algunos de sus valores más estimados están siendo erosionados. Además, un punto de inflexión puede ocurrir en el balance entre aquellos que apoyan los valores liberales frente a los conservadores, produciendo un contragolpe contra el grupo que sea dominante en ese momento. (Norris & Inglehart, 2019, pág. 43)

Por el lado de la oferta del mercado “las llamadas del líder y la atención de los media puede activar las actitudes autoritarias latentes de los votantes conservadores.” (Norris & Inglehart, 2019, pág. 43)

Por lo tanto, el cisma cultural que se encuentra en nuestras sociedades trae consigo varias consecuencias a nuestros sistemas políticos:

- Si la representación de los valores que se encuentran en la sociedad está legitimada, las actitudes y opiniones serán mucho más moderadas y no tenderán hacia la radicalidad o el cambio de opción política. Ante una deslegitimación del sistema de representación y de sus instituciones los votantes buscarán nuevas opciones que puedan suplir sus demandas que se encuentren alejadas del consenso general y de los valores compartidos con anterioridad.
- Esta ruptura provoca una división entre diferentes visiones de lo que debe ser una sociedad. Esta división, a menudo, dificulta tender puentes de entendimiento y recrudece el enfrentamiento político y produce una reafirmación del conjunto de valores que tienen los votantes, ya sean autoritarios o liberales.
- Ante esta división el consenso general anterior pierde fuerza y se encuentra en permanente disputa.
- Esto tiene como consecuencia una guerra cultural en torno a los valores consensuados después de la segunda guerra mundial.

La aparición de los partidos de corte populista no es más que una consecuencia de las causas del debilitamiento del consenso general sobre los valores compartidos de una sociedad. Los partidos populistas de izquierdas “combinan el apoyo por las políticas sociales liberales con una crítica a los fallos de los partidos mayoritarios al no solucionar la avaricia corporativa, las desigualdades económicas, el capitalismo global, y las injusticias sociales.” (Norris & Inglehart, 2019, pág. 43) Es decir, el populismo de izquierdas representa la frustración con el sistema de los votantes con los valores más postmaterialistas de la sociedad. Sobre todo representan a todos los grupos que buscan una ampliación en derechos individuales y colectivos, y una mayor representación de sus propias identidades en el sistema político e institucional.

Los partidos populistas de derechas se aprovechan del “punto de inflexión que sugiere que las interacciones culturales se ven influenciadas por la proporción relativa de los grupos en una sociedad.” (Norris & Inglehart, 2019, pág. 44) Es decir, la reacción a los valores más liberales se produce porque los votantes más conservadores observan como su visión del mundo se ve descartada y atacada constantemente. Esto provoca un cisma y un contragolpe frente a los grupos más liberales y/o frente al consenso de valores generalizado existente en una sociedad. Las diferencias entre las experiencias vitales no compartidas, la educación, la urbanización, los procesos de cambio generacional, provocan una ruptura en los valores compartidos por nuestras sociedades occidentales.

La reacción conservadora puede manifestarse

como violenta, como una fuerza nativista dirigida hacia el otro, alimentada por el resentimiento contra la globalización, los migrantes, el cierre de factorías y plantas, la fluidez de los géneros, y la intrusión de diferentes idiomas. Los tradicionalistas a veces rechazan la “corrección política” sobre los beneficios del mercado global, el feminismo, la diversidad de estilos de vida, y el multiculturalismo favorecido por lo urbano, la elite cosmopolita liberal que domina los media, la vida intelectual, y la representación parlamentaria. (Norris & Inglehart, 2019, pág. 47)

Sus reactivos principales no son solo económicos si no también culturales. Estos factores culturales marcan las decisiones y opiniones políticas de los votantes conservadores. Su identidad se basa en la “fe, la familia, la etnicidad, y la nación” (Norris & Inglehart, 2019, pág. 47) Que son características que las élites políticas e intelectuales no comparten y no se encuentran dentro de los valores fundamentales del consenso general.

La división cultural entre el electorado altera el funcionamiento y el fin de los partidos políticos establecidos o mayoritarios. Según Norris & Inglehart (2019) los partidos mayoritarios tienen varias opciones para enfrentarse a los partidos populistas:

- Una opción es buscar la deslegitimación de los líderes populistas mediante la exposición de sus debilidades: falta de experiencia y de gestión política o exponer la incompatibilidad de su discurso con los valores liberales encontrados en el consenso general.
- Otra alternativa es sacar a los partidos populistas de los gobiernos y de las posibles coaliciones de gobierno. Aislarlos para que así no puedan entrar en el funcionamiento y los procesos institucionales. Se trata de que no puedan decidir nada y, mediante esta acción, enseñar a los votantes la inutilidad de votar a este tipo de partidos políticos.
- Los partidos tradicionales y mayoritarios también pueden adoptar las formas y el discurso de los partidos populistas. Esto puede provocar la caída en votos de dichos partidos, pero no elimina el estilo populista del campo político. Ya que los partidos tradicionales se verían obligados a utilizar las retóricas populista para conseguir votos y así mantener el poder.
- Aprovechar el poder de los medios de comunicación e internet para deslegitimar a los partidos populistas. Esta estrategia solo funcionará si los medios de comunicación tienen la suficiente legitimidad y autoridad como gestores de la información.

Todas estas alternativas alteran el modelo afectando tanto al sistema político y sus instituciones como a los partidos y movimientos políticos que participan en él. Los populistas “libertarios y autoritarios difieren en sus valores culturales más que en su estilo retórico.” (Norris & Inglehart, 2019, pág. 69) Se diferencian en el fondo, no en la forma. Los valores son “objetivos amplios que sirven para guiar actitudes y opiniones, comportamientos y juicios morales. Los valores reflejan amplios fines donde los intercambios pueden ser identificados y clasificados, cuando el rival escoge el conflicto.” (Norris & Inglehart, 2019, pág. 69) Es importante recalcar esto, ya que si existe una diferenciación entre los valores populistas de izquierdas y de derechas, también las soluciones propuestas serán diferentes y se basaran en opiniones y juicios morales alejados entre sí.

Norris & Inglehart (2019) nos exponen una tipología del concepto de los valores y de cómo estos afectan al individuo y a la organización de la sociedad:

- Los valores personales guían los fines y el comportamiento de los individuos. Se trataría de valores propios que ayudan al individuo a establecer metas y retos de vida. Son valores que sirven para edificar un estilo de vida concreto y ajustarse a él.
- Los valores sociales hacen el mismo servicio que los valores personales pero en este caso afectarían a la familia y a las diferentes relaciones que el individuo pudiera tener con la comunidad o comunidades de su entorno.
- Los valores organizativos reflejan los fines de las compañías y las unidades administrativas en una sociedad.
- Los valores políticos dan forma a los problemas políticos de una sociedad y la percepción que tienen los ciudadanos de la importancia de cada uno de esos problemas.

Los valores son primero adquiridos por el individuo durante la infancia mediante la escolarización y las experiencias familiares. A pesar de que estos valores pueden evolucionar y cambiar sí que mantienen una estructura sólida que suele durar incluso en la etapa adulta del individuo. (Norris & Inglehart, 2019) Uno de los pilares fundamentales para entender el populismo son los valores que se ponen en disputa entre los partidos tradicionales y los partidos populistas.

Norris & Inglehart (2019) conceptualizan la caracterización de los valores autoritarios en base a tres ejes fundamentales: la estricta búsqueda de un grupo en el cual adherirse y un alto grado de aceptación de las tradiciones y de las costumbres; la seguridad como eje principal del grupo frente a un afuera que agrede y frente a los riesgos de lo global; y, la lealtad como fundamento para seguir al grupo y a sus líderes.

Todos estos valores autoritarios contrastan con los valores más liberales o libertarios que buscan un mundo más multicultural, apuestan por valores postmaterialistas, la tendencia del individuo frente al grupo y el social-liberalismo. (Norris & Inglehart, 2019)

3.1.2.1. Del “contragolpe” a la revolución silenciosa

Norris & Inglehart (2019) tienen la hipótesis que los valores social-liberales se han expandido a través del remplazo intergeneracional de la población causando que los valores tradicionales se sientan amenazados y vean como el respeto por la visión del mundo que profesan se ve cada vez más erosionado.

Los cambios estructurales en las sociedades postindustriales han estado en el centro de “los cambios culturales, particularmente en el remplazo intergeneracional de la población, la rápida expansión del acceso a la educación superior, el aumento de la igualdad de género, el flujo migratorio creando sociedades más diversas, y los procesos de urbanización.” (Norris & Inglehart, 2019, pág. 88) Lo que ha provocado que “de forma gradual los cimientos de las identidades tradicionales que prevalecían en el siglo veinte

se vean erosionados.” (Norris & Inglehart, 2019, pág. 88) Se trata de una separación entre lo que existe y lo que vendrá.

Podemos decir que las personas “con valores social-conservadores han perdido su hegemonía cultural, activando sentimientos de rechazo hacia los grupos que promueven los cambios.” (Norris & Inglehart, 2019, pág. 91) Se han visto desplazados y desprovistos de voz en un mundo en constante cambio y evolución. Todo lo que creían fijo e inmutable se ha visto desplazado o incluso destruido por unas nuevas generaciones que entienden el mundo y el lugar donde viven de otra manera.

Esto ha provocado que los líderes populistas puedan explotar esos sentimientos aumentando el descrédito hacia las élites políticas u culturales, movilizand o la ansiedad y preocupaciones de la gente, identificando y dando forma a los enemigos y proponiendo soluciones simples a problemas complejos. (Norris & Inglehart, 2019)

Esta revolución silenciosa se basa sobre todo en los aspectos y caracterizaciones culturales. Podemos decir que se trata de una guerra entre varias visiones del mundo. Las transformaciones, sobre todo postmaterialistas, que se han producido en las últimas décadas han cohibido a una parte de la población que veía como sus valores se han visto erosionados y trastocados. Como su manera de ver el mundo muchas veces se ha visto ridiculizada. Este contragolpe, esta revolución pretende ser una respuesta a todas aquellas acciones que han socavado los valores más conservadores de la sociedad.

3.1.3. La espiral silenciosa: la sociología del silencio

Una revolución silenciosa necesita de “militantes” que puedan realizarla. Estos “militantes” no aparecen de la noche a la mañana en nuestras sociedades sino que llevan en ellas mucho tiempo, a veces cohibidos, a veces silenciados, pero nunca ausentes o derrotados.

Estas personas ven como en su sociedad un punto de vista domina la realidad mientras el suyo propio se ve enterrado. Este proceso por el cual una opinión se convierte en pública mientras que otras opiniones desaparecen del dominio público se denomina espiral del silencio. (Noelle-Neuman, 2018)

Parece ser que “el miedo al aislamiento es la fuerza que pone en marcha la espiral del silencio.” (Noelle-Neuman, 2018, pág. 23) Se trata de un proceso social, de una relación con la realidad que produce una actitud del individuo hacia el grupo que trata de adecuarse a los estándares grupales sin pretender romper la armonía y los consensos discursivos, para no alterar, ni alterarse, y no destacar su figura sobre las demás, lo que provocaría su aislamiento y negación. Por lo tanto este proceso es, además, relacional y

sólo cuando una espiral del silencio se ha desarrollado plenamente y una facción posee toda la visibilidad pública mientras que la otra se ha ocultado completamente en su concha, sólo cuando la tendencia a hablar o a permanecer en silencio se ha estabilizado, las personas participan o se callan

independientemente de que las otras personas sean o no amigos o enemigos explícitos. (Noelle-Neuman, 2018, pág. 51)

Cuando el proceso por el cual una opinión prevalece sobre las demás en el dominio público, cuando esta espiral del silencio se ve finalizada, es cuando el individuo que la comparte se ve con fuerza y capaz de expresar dicha opinión sea donde sea. Mientras que el individuo que no tiene la opinión dominante se ve cohibido y procura estar en silencio y compartir sus opiniones solo con los más allegados. Se observa como quien tiene la opinión dominante hace más “ruido” mientras quien tiene la opinión en apariencia minoritaria genera silencios.

La espiral del silencio “podría ser una de las formas de aparición de la opinión pública.” (Noelle-Neuman, 2018, pág. 85) Podría ser “un proceso por el que creciera una opinión pública nueva, joven, o por el que se propagara el significado transformado de una opinión antigua.” (Noelle-Neuman, 2018, pág. 85) Una manera de crear nuevos significados y por lo tanto de crear nuevas realidades. La espiral del silencio es una imposición de una realidad sobre otra realidad antigua. Se trata de una materialización de los cambios a través del discurso y el significado. La realidad se crea a partir de los que tienen voz y la usan. Los que por miedo al aislamiento se quedan callados solo pueden aceptarla o adaptarse lo mejor posible a ella. Pero, huelga decir, que “las personas que manifiestan opiniones públicas pueden [...] definir los actos humanos, pero sus opiniones no ejecutan esos actos.” (Lippmann, 2011, pág. 53) Es decir, la realidad que se crea mediante la opinión pública necesita de unas instituciones que la puedan materializar y reglamentar.

Según Noelle-Neumann (2018) existen tres ejes fundamentales relacionados con el estudio de la opinión pública y la espiral del silencio:

1. La capacidad humana de percibir el crecimiento o debilitamiento de la opinión pública.
2. Las reacciones ante esta percepción, que impulsan a hablar más o callarse.
3. El temor al aislamiento que hace que la mayor parte de la gente tienda a someterse a la opinión ajena.

La opinión pública se forma mediante el silencio de una parte de la población debido a que ha percibido que su opinión no se encuentra dentro de los consensos discursivos mayoritarios, por lo que ante los temas más polémicos decide callarse públicamente por temor al aislamiento social. Podemos decir que la opinión pública son “opiniones sobre temas controvertidos que *pueden* expresarse en público sin aislarse.” (Noelle-Neuman, 2018, pág. 88)

Según Noelle-Neumann (2018) la opinión pública

reside en las actitudes y los modos de comportamiento que reciben una fuerte adhesión en un lugar y una época determinados; que hay que demostrar para evitar el aislamiento social en cualquier medio de opiniones establecidas; y que, en un medio de opiniones cambiantes o en una nueva área de tensión emergente, se *pueden* expresar sin aislarse. (pág. 148)

La opinión pública no solo trata de ser la acción de hablar, tener voz, sino también una actitud, una manera y un modo de hacer las cosas. Regula el comportamiento social y, en determinadas ocasiones, nos explica lo que debemos hacer para no destacar demasiado de las actitudes y modos del grupo.

También se observa que todos “los fenómenos de opinión pública implican una amenaza de aislamiento social.” (Noelle-Neuman, 2018, pág. 148) El miedo a ser rechazado por el grupo pesa más que la opinión individual que uno tenga sobre un asunto que pueda ser debatible. La opinión pública se manifiesta cuando “los individuos carecen de libertad para hablar o actuar según sus propias inclinaciones y deben tener en cuenta las opiniones de su medio social para evitar quedarse aislados.” (Noelle-Neuman, 2018, pág. 148) Por lo tanto, ante el miedo de quedarse fuera del grupo el individuo entra en el proceso de la espiral del silencio y se adapta a las normas y conductas aceptadas y reglamentadas por la opinión pública.

Los valores más controvertidos o menos compartidos por el consenso social del momento se ven silenciados por miedo al rechazo. La espiral del silencio “es una reacción ante la aprobación y la desaprobación patente y visible en el marco de constelaciones cambiantes de valores.” (Noelle-Neuman, 2018, pág. 90)

Pero este proceso de aislamiento de las opiniones y valores desautorizados por el consenso social mayoritario se rompe con fuerza mediante el contragolpe cultural y su revolución silenciosa. El consenso social mayoritario deja de tener sentido, pierde su status hegemónico y deja espacio para que nuevas opiniones sobre la realidad puedan ser dichas, escuchadas y tenidas en cuenta. Por lo tanto, cuanto mayor es el grupo más miedo existe al aislamiento. Las masas

abstractas, latentes, y las masas concretas, efectivas, siguen leyes diferentes. En el primer caso se componen de personas con miedo al aislamiento; en el segundo, carecen de ese temor. La sensación de reciprocidad es tan penetrante en la masa concreta, que los individuos ya no necesitan asegurarse de cómo tienen que hablar o que actuar. En una unión tan densa son posibles incluso cambios dramáticos. (Noelle-Neuman, 2018, pág. 152)

Al romperse el consenso social mayoritario deja de existir un grupo mayoritario que pueda respaldar esa opinión pública que antes regulaba parte de los actos y modos sociales. Por lo que deja de existir esa masa abstracta con miedo al qué dirán y aparecen masas concretas más compactas que carecen de ese temor debido a que se ven respaldadas

en sus opiniones y también debido a que no existe una masa mayoritaria que tenga la suficiente fuerza para socavar dicha opinión. Esta ruptura del aislamiento polariza la realidad social y política, debido a que nos encontramos en una disputa entre masas concretas por imponer su “realidad” a los demás.

La espiral del silencio se rompe cuando desaparece el miedo al aislamiento y también cuando el consenso discursivo mayoritario pierde legitimidad. Cuando ninguna opinión es relevante. Cuando se vuelven a disputar los conceptos y los significados.

Es entonces cuando los valores que antes estaban silenciados buscan su materialización mediante la transformación de una realidad que les era ajena. Es aquí, cuando tenemos la capacidad de elegir entre varias opciones, cuando aparece la polarización que no es más que “la forma dual que se produce cuando tenemos que elegir entre varias opciones.” (Noelle-Neuman, 2018, pág. 142)

La capacidad reguladora e integradora de la opinión pública se basa en el sentido del tiempo y el momento. Cuando está se desintegra y la disputa aparece se necesita de un peligro mayor donde la integración se fortalezca mediante la exaltación de la opinión pública. (Noelle-Neuman, 2018) Es decir, se necesita de algo más prioritario y grave que las disputas que puedan existir entre las masas concretas. Este peligro unificaría a las masas en una masa más abstracta en torno a un único discurso y una única manera de ver la realidad y de comportarse. La necesidad de que exista un miedo y de que ese miedo afecte a un grupo de personas cada vez más grande es prioritaria para la aplicación y el funcionamiento de la espiral del silencio. Pero también, el concepto de la espiral del silencio “reserva la posibilidad de cambiar la sociedad a los que carecen de miedo al aislamiento o lo han superado.” (Noelle-Neuman, 2018, pág. 184) Esa capacidad reguladora e integradora se puede romper por aquellos individuos que no tiene miedo o lo han superado. Son estos individuos los que pueden provocar cambios en la opinión pública e interrumpir los procesos de la espiral del silencio. Son estos individuos los primeros que pueden disputar la legitimidad del consenso social mayoritario y poner en duda los valores y visiones imperantes hasta ese momento.

Por otro lado, también existe un núcleo duro que no le importa el aislamiento y que guarda con celo las opiniones no mayoritarias. Este núcleo duro está relacionado

con la vanguardia, ya que considera el aislamiento como un precio que debe pagar. A diferencia de los miembros de la vanguardia, un núcleo duro puede dar la espalda al público, puede encerrarse completamente cuando se encuentra en público con desconocidos, se puede encapsular como una secta y orientarse hacia el pasado o hacia el futuro más lejano. La otra posibilidad es que el núcleo duro crea ser simultáneamente una vanguardia. (Noelle-Neuman, 2018, pág. 225)

Observamos que en el proceso de la espiral del silencio existen diferentes grupos que toman posiciones a través del proceso de creación de un consenso y una opinión pública de carácter mayoritario.

Tenemos varios grupos que en un momento determinado se disputa la notoriedad y la masificación de su opinión y visión de la realidad. Estos grupos tratan de tener la voz en el debate público, de ser ellos los que cuenten y regulen la realidad, porque “lo que no se cuenta no existe; o, más modestamente, sus posibilidades de formar parte de la realidad percibida son mínimas.” (Noelle-Neuman, 2018, pág. 197)

En esta disputa un grupo se hace con la opinión pública desplazando a los demás grupos. En esta parte del proceso el miedo al aislamiento provoca que los otros grupos silencien las opiniones que puedan ser más controvertidas en pos de mantener su status relacional dentro de la sociedad. Pero, existen grupos e individuos que no temen al aislamiento que buscan volver a disputar la hegemonía y legitimidad del discurso y el consenso dominante. Estas vanguardias serán las que, dentro de la ventana de oportunidad, vuelvan a crear nuevas disputas y produzcan cambios en el proceso de creación de la opinión pública.

No solo eso, sino que dentro de los grupos minoritarios pueden crearse núcleos duros a los que no les importe de ninguna manera lo que piense el público general sobre sus actitudes y modos de ver y entender la realidad. Estos núcleos serían como pequeños bastiones que guardan con celo todas aquellas opiniones que no encuentran cabida en el debate general y en el consenso social mayoritario.

En definitiva, nos encontramos con un proceso dónde participan diferentes grupos y cada uno de ellos ejerce un papel notorio. La espiral del silencio es un proceso que forma las opiniones públicas de un tiempo y un momento determinado. Estas opiniones públicas son “actitudes o comportamiento que se deben expresar en público para no aislarse. En ámbitos de controversia o de cambio, las opiniones públicas son las actitudes que pueden expresarse sin correr el peligro de aislarse.” (Noelle-Neuman, 2018, pág. 234)

El silencio está dirigido para aquellas actitudes o comportamientos que se salen de la norma dictada por las opiniones públicas. La espiral del silencio provoca que grupos de personas acallen sus opiniones sobre temas polémicos ante el público general por temor e incluso vergüenza. Este silencio deja sin representación a individuos que observan como sus valores se ven denostados. Individuos ven como la sociedad se está alejando de ellos y no entienden porque. Ven como su visión del mundo cada vez tiene menos que ver con la realidad dominante. Sienten que se han convertido en una minoría.

Otra característica de la opinión pública nos explica que está es

el acuerdo por parte de los miembros de una comunidad activa sobre algún tema con carga afectiva o valorativa que deben respetar tanto a los individuos como a los gobiernos, transigiendo al menos en su comportamiento público, bajo la amenaza de quedar excluidos o de perder la reputación ante la sociedad. (Noelle-Neuman, 2018, págs. 234-235)

Observamos constantemente esa alusión al acuerdo y al consenso como forma de reglar las actitudes y los comportamientos dentro de una sociedad. Como forma de crear

procedimientos por los cuales un individuo debe regirse si no quiere ser excluido o tratado de manera diferentes a los demás.

Se aprecia la unión entre la espiral del silencio y la revolución silenciosa. Cómo ambas forman parte del contragolpe cultural.

Ciertos valores se han impuesto y se han establecido como el consenso general por el cual la sociedad debe regirse. Mientras que otros tipos de valores se han visto relegados e incluso ridiculizados. Cuando el consenso se ha roto la legitimidad de los valores más generalizados se ha visto erosionada. La pérdida de hegemonía conlleva la pérdida de la generalidad, por lo tanto la propuesta y el conjunto de valores dejan de ser mayoritarios y se repliegan.

Esto provoca la aparición de la disputa por la legitimidad y hegemonía de unos nuevos valores, que puede ser una alteración o modificación de los antiguos o cambios basados en una modificación sustancial del régimen articulado con anterioridad.

Los vanguardistas, que no tenían ningún tipo de temor ante el aislamiento, y el núcleo duro, que no les importaba el aislamiento, se encuentran con la posibilidad de actuar y de buscar que sus valores se conviertan en mayoría. Para así poder explicar la realidad y crear nuevas realidades a partir de su propia visión del mundo.

Estas disputas se realizan mediante usos distintos a los ya establecidos. El populismo y sus líderes aprovechan estas rupturas para conseguir notoriedad y poder. Son lo que podríamos denominar hijos del anti-consenso en búsqueda de contraste de la totalización de su visión del mundo.

Cuando este proceso finaliza y una de las voces se erige como ganadora, las demás voces se repliegan y asumen su papel minoritario y subalterno (este proceso no tiene que ser necesariamente consciente) y ante las opiniones más polémicas o disputables, por miedo al aislamiento, deciden callarse.

Aunque siempre existirán vanguardia y núcleos duros esperando el momento y la ventana de oportunidad para empezar la disputa de nuevo.

Todo este proceso, que en apariencia parece circular, es lineal y sigue una progresión lógica, en la cual nunca se vuelve atrás del todo sino que siempre se avanza aunque sea muy poco. Nunca los valores minoritarios conseguirán la totalidad de su visión, sino que tendrán que adecuar algunos parámetros de la visión en disputa para así poder legitimarse y conseguir ser hegemónicos.

Mediante el análisis de este, y de los otros modelos expuestos en los apartados anteriores, podemos construir, explicar y aplicar nuestro modelo cultural para comprender el fenómeno político y social del populismo.

3.2. ELEMENTOS DEL MODELO A.F.P.: DEL MITO A LAS INSTITUCIONES

En este apartado se explicará nuestro modelo cultural para entender el populismo. Se explicará cada una de las partes que forman el modelo. Desde la utilización del mito como forma de entender lo política hasta la institucionalización del movimiento o partido populista. Todo esto con el fin de explicar el proceso por el cual pasa el populismo en nuestras democracias liberales para entender mejor como se relaciona con las mismas.

Los apartados que formarán este capítulo serán los siguientes: (1) El mito fundacional de nuestras democracias: se explicará como el mito democrático puede ayudar a unificar y aupar a los movimientos populistas y como para el populismo este mito es una parte esencial para explicar su propia conceptualización. (2) Contrato, consenso y hegemonía: en este apartado explicaremos cómo los consensos y contratos que nos hemos dado pasan de ser hegemónicos a no serlo. Cómo este proceso de legitimación y deslegitimación es importante para entender el populismo y sus funcionalidades dentro de las democracias liberales. (3) Disputa, ruptura y revolución: este apartado está relacionado con el anterior ya que explica los posibles procesos de conflicto que pueden aparecer cuando los consensos mayoritarios pierden su hegemonía dejando espacio a otras voces y opciones políticas. (4) Lo que estaba oculto, aparece: aquí se analizará como los procesos de revolución silenciosa y espiral del silencio explican algunas características del populismo. (5) De movimiento a partido político: en este apartado se explica como el movimiento populista es canalizado en uno o varios partidos políticos con el fin de disputar el poder mediante los canales y procedimientos ya formalizados en una democracia liberal. (6) Demandas insatisfechas, enemigos y la búsqueda de un nuevo consenso social: se explicará cómo el populismo aprovecha el cúmulo de demandas insatisfechas y la creación de enemigos para conseguir mayor relevancia. Y cómo después de la aparición de un partido populista se necesita de un nuevo consenso social para volver a estabilizar la democracia. (7) Elecciones: cómo afecta el populismo a unas elecciones democráticas liberales y qué pasa cuando el populismo llega a las instituciones. ¿Deja un partido populista alguna vez de ser populista? ¿Son las instituciones un freno para el populismo?

En este apartado se exponen y analizan todas las variables que forman nuestro modelo para entender qué es y cómo actúa el populismo en una democracia liberal. Todas estas caracterizaciones se realizan con el objetivo de poder crear una narrativa que explique los procesos que desde la aparición de un movimiento populista hasta su institucionalización. Mediante estos elementos se puede explicar y hacer un seguimiento de los fenómenos populistas. Y separar todo aquello que pretende imitar el populismo para conseguir réditos electorales.

Por lo tanto, mediante este apartado comprenderemos cómo llega el populismo, cómo atraviesa nuestro corpus social y político, y cómo se afianza en nuestras sociedades.

3.2.1. El mito fundacional de nuestras democracias

Sí debemos empezar por algún lugar que sea por el principio. Antes de la palabra fue el mito de la palabra. Antes de que todo tuviera forma existió la idealización de la forma. El mito tiene una importancia capital para comprender los mimbres de la conceptualización del populismo. De hecho podemos afirmar que sin el mito no podríamos explicar ningún fenómeno político. El mito ordena y modifica, explica y ejemplifica lo que el ser humano debe hacer y creer. Esto se debe a la creencia de que “el hombre no puede sostenerse en el universo sin creer en algún orden de la herencia general del mito.” (Campbell, 2018, pág. 26) Como seres humanos no podríamos entender ni concebir un futuro sin tener un mito al cual sostenernos para idear un camino que pueda trascendernos y liberarnos del yugo del presente.

El mito es una losa maleable que funda nuestra estructura sobre las cosas. Que da el primer paso para comprender la forma y el fondo de las cosas. Nos proporciona una estructuración básica sobre cómo debe funcionar nuestra realidad y sobre cómo debería ser nuestra realidad en un futuro lejano. El mito no aproxima, no nos ofrece la inmediatez, más bien posterga, pronostica mediante acertijos lo que debería *ser* pero que nunca *será*. Porque si algún día *es* dejará de ser mito para convertirse en acto y forma.

Lo que fundamenta el mito es la progresión de una idea, de una visión sobre el futuro que se materializa en el ahora. Las cosas *serán* porque *son*. Y *son* porque están mitificadas. El mito se unifica en las mitologías. Convirtiéndose en una narrativa, en un discurso que explica lo inexplicable. La mitología “no se inventa racionalmente; la mitología no puede entenderse racionalmente.” (Campbell, 2018, pág. 76) Está mitología huye de la razón porque no la necesita para ser comprendida. Deja espacio a la interpretación, no limita el entendimiento de sí misma.

Por eso, cuando un mito se toma de forma literal se pervierte; y cuando su narrativa no está lo suficientemente estructurada la capacidad de explicar la verdad disminuye. El mito es un ente con una estructura volátil pero anclada con firmeza, se mueve pero dentro de un universo limitado. No se le puede atrapar pero tampoco puede escapar de su propia jaula.

Por lo tanto, su corporalidad debe ser operativa, debe contener “un corpus de señales estímulo sostenidas culturalmente y que fomentan el desarrollo y la activación de un tipo específico, o constelación de tipos, de la vida humana.” (Campbell, 2018, pág. 83) Debe permitirnos vivir y entender lo vivido. Debe ayudarnos a comprender el espacio y el momento en el cual nos insertamos como seres que buscan constantemente aprender y ejercer lo aprendido. En definitiva, un mito debe significar *algo*. Una mitología debe contarnos *algo* sobre el mundo que habitamos. Podemos incluso añadir que la mitología “es una interpretación de formas a través de las cuales se puede conocer la Forma de formas que no tiene forma.” (Campbell, 2018, pág. 93) Es decir, la mitología es un conjunto de *hechos* o *actos* que explican un *todo* de *verdades* que no tiene una *verdad universal*. La mitología nos enseña una realidad que no se impone como única, sino que aparenta serlo. Que se encuentra hecha por universalidades pero que no es universal.

Porque “ningún sistema mitológico que funcione puede explicarse mediante las imágenes universales que lo componen.” (Campbell, 2018, pág. 140) Como sistema solo puede ser explicado en su conjunto, separados sus elementos no encuentran ningún sentido que pueda ser totalizante. Que pueda crear un todo que nos ayude a explicar una realidad en la cual nos encontramos.

La composición del mito nos explica mediante metáforas lo que pensamos que hemos sido, somos y deseamos ser. Esta metáfora del mito

nunca puede ser una representación directa del secreto total de la especie humana sino sólo la función de una actitud, el reflejo de una postura, una disposición vital, una manera de jugar el juego. Y allí donde se abandonan las reglas o formas de tal juego, se disuelve la mitología, y con está, la vida. (Campbell, 2018, pág. 192)

La función del mito es la de facilitarnos a nosotros, como seres humanos, aceptar las mentiras existentes en nuestras relaciones sociales. El cómo debemos actuar está sujeto a una realidad que quizá no nos favorezca individualmente pero que aun así aceptamos porque nos creemos la *mentira* superior que unifica dicha realidad. Sin este tipo de mascaradas, de actuaciones, de juegos interpretativos, nuestras relaciones sociales no existirían, se desintegrarían, desaparecerían por su propia incapacidad de organizar el mundo. La mentira también es parte fundamental del mito y por ende de la creación de nuestra propia realidad.

La mitología puede funcionar como un camino que conduce a una transformación del individuo, que lo puede liberar del peso que ejerce sobre él el territorio y la historia, conduciéndolo hacia algún tipo de experiencia inefable. Pero también las imágenes del mito unen al individuo con su sistema de sentimientos, actividades y creencias históricas y lo condiciona para ser un miembro activo de un organismo sociológico particular. (Campbell, 2018)

La mitología permite “organizar el elemento vivo de una cultura mediante la construcción de una voluntad colectiva, esto es, dar una forma concreta a los afectos a través de una imagen: una imagen-viviente con capacidad para movilizarnos u organizar la acción colectiva.” (Cadahia, 2019, pág. 118) La mitología nos permite actuar. Actuar mediante la relación con nosotros mismos, una relación que no contradice a la racionalidad pero que no es racional sino afectuosa. Lo sensible en el mito adquiere importancia capital. Porque lo sensible es lo que moviliza al pueblo. Es lo que llena de sentido al populismo. Huelga decir, que no entendemos lo sensible como contraposición a lo racional, o como algo negativo, sino como una manera de entender el mundo y las relaciones que se dan en él. Lo afectivo y sus relaciones existen en cada proceso social y político que estudiemos y no podemos dejar escapar su estudio y análisis.

El mito nos ata y nos libera al mismo tiempo. Nos ata a un sistema determinado y nos obliga a comportarnos y actuar mediante unos cauces que el mismo legitima y establece. Pero nos libera de las fatigas y desconciertos que podamos tener como individuos a la

hora de cumplir con nuestras obligaciones mediante la promesa y la mentira de que estamos insertos en un orden superior que no entendemos.

Pero, ¿qué tiene que ver el mito con el populismo? ¿Qué tiene que ver el mito con la democracia? Es fundamental entender que toda democracia se sustenta sobre una o varias mentiras que debemos creernos para que el sistema sea sostenible social y políticamente.

El mito fundador de nuestras democracias es el conjunto de metáforas e imágenes que estructuran una narrativa política, social y económica de un tiempo y momento establecidos como cambios repentinos del sistema en el cual existimos. Este mito tiene una narrativa dónde existen héroes y villanos, dónde la epicidad es parte fundamental y dónde se eleva un sistema que por sí solo no sería funcional. Sin las mentiras que lo envuelven el sistema dejaría de funcionar y perdería toda legitimidad y hegemonía.

Este mito fundador se caracteriza por envolver lo verdadero con lo épico. Por estructurar con imágenes y metáforas lo engorroso, lo oscuro, lo que no debe ser visto. Todo ello con el fin de comunicar y relacionar al pueblo con el sistema. Hacer partícipe a la masa de un universo superior el cual siempre influirá en nuestro futuro.

Para que el mito sea aceptado como tal no solo debe estar hecho de mentiras. Sino que también debe erigirse mediante ciertas verdades, que seleccionadas crean un campo dónde el sufrimiento y el éxtasis de un pueblo son merecedores de la gloria de su final. Es merecedor de lo que se ha creado, de lo que se ha materializado mediante la narración de una realidad edulcorada dónde los héroes han derrotado a duras penas a los villanos que ponían en peligro el futuro de toda una nación.

Este mito fundador necesita de agentes legitimadores, de sacerdotes que sabiendo la mentira que se esconde tras tantas pequeñas verdades aceptan comunicar y difundir el mito para así consolidar la creación de un nuevo orden que regule y estructure de nuevo las vidas del pueblo.

Los agentes legitimadores son aquellas personas u organizaciones que se oponían o buscaban un cambio en el sistema anterior. Tienen legitimidad debido a que lo viejo ya no la tiene. Son la vanguardia y el núcleo duro que no han tenido miedo la hora de no seguir una norma o conducta general. Por eso representan lo nuevo frente a lo viejo, y esa novedad necesita de una historia, un mito para funcionar. Estos agentes hacen de puente entre lo nuevo y lo viejo, entre lo que destruye y lo que construye el mito que buscan comunicar y legitimar.

Este mito, mediante su narrativa, busca dar valor y reglas al nuevo sistema. Busca reglamentar las conductas del pueblo, ajustarlas a unas estructuras predeterminadas y enseñar el funcionamiento de los nuevos procesos y formalidades. Una vez conseguido todo esto, el mito queda como recuerdo, como memoria a la que acudir siempre que algún acontecimiento enturbie el presente.

Pero, a pesar de que el mito se puede visitar no se puede explicar dos veces, no se puede contar dos veces de la misma manera y los cambios son inevitables. El mito cae cuando sus mentiras no se sostienen y sus verdades, sus propias verdades van en contra suya.

Para sostenerse en el tiempo, el mito se refuerza mediante sus héroes y villanos, y también mediante sus propios símbolos. Símbolos que han de ser compartidos por una mayoría. Símbolos que no hace falta que sean entendidos en su totalidad, solo es necesario que contengan una suficiente explicación del sistema de valores y sentimientos del individuo al cual ese símbolo dice representar.

Aquí entran en juego los significantes vacíos y el movimiento pendular de la simbología para ser útil en diferentes tiempos y momentos. El símbolo tiene que estar relleno de significantes ambiguos y maleables. Para así poder representar diferentes visiones sobre un mismo significante. Tomemos como ejemplo la palabra libertad. La libertad es un significante pendular debido a que puede tener diferentes significados según el individuo que la utilice. La libertad es un símbolo lo suficientemente vacío, que caben múltiples interpretaciones de lo que puede significar. Esta ambigüedad, este vaciamiento intencionado es lo que convierte a un símbolo en un símbolo representante. En una imagen metafórica que es capaz de engullir diferentes visiones de una misma realidad. Esta carga simbólica puede ser abierta o cerrada. Una carga simbólica abierta es aquella que es capaz de aglutinar diferentes realidades sobre un mismo significante. Utilizando el ejemplo anterior, el símbolo de la libertad tendría una carga simbólica abierta debido a que es capaz de incluir múltiples concepciones de la misma.

Mientras que una carga simbólica cerrada es aquella que estrecha el significante del símbolo para hacerlo menos aglutinador pero más efectivo. Por ejemplo, una bandera de un partido político determinado es un símbolo con una carga cerrada. Sus significantes tienen un campo cerrado de actuación. Pudiendo significar muchas cosas, no puede significarlo todo. Este tipo de simbología sirve para estructurar y ampliar el sistema de afectos y construir una creencia en los valores que expresa ese símbolo.

Este sistema de símbolos es relacional. Es decir, necesita de un canal comunicativo semi-bidireccional para funcionar como elemento integrador. Necesita de un canal comunicativo porque de manera simple podemos entender que el símbolo transmite un mensaje, un mensaje con unas características especiales, pero al fin y al cabo un mensaje. Este mensaje se transmite semi-bidireccionalmente porque no necesita de una respuesta plena del receptor, pero sí que requiere de unos estímulos afectivos por parte de este.

Todo esto con el fin de integrar la capacidad de imaginar el futuro de una masa-pueblo. Todo esto con el fin de ser un camino que dirige las esperanzas e ilusiones hacia un futuro imaginado e idealizado. Esta integración funciona como una jaula, que encierra las alternativas existentes. Cuando esa jaula se rompe es cuando el símbolo desaparece o se pone en disputa. Esta característica simbólica convierte al mito en un ente totalizador. Una narración que busca explicarlo todo. Y mediante esta explicación del mundo, integrarlo todo.

Las diferentes formas del mito acompañan los procesos políticos y los impregnan de historia, de epicidad. Y aquí es donde el mito toma contacto con el populismo. La historia y la epicidad, el pasado y el futuro, todo ello mitificado son partes importantes de cualquier fenómeno político. Pero el populismo es especialista en modificar y transformar mitos ya existentes, y en crear tantos otros.

El populismo basa uno de sus ejes en la utilización del mito fundador de nuestra democracia. Pero, ¿qué es el mito *fundador*? ¿Qué es lo que lo caracteriza como uno de los ejes del populismo?

El mito fundador es aquella narración que explica y simboliza la creación de un régimen político determinado. Este mito estructura el sistema de afectos primario por el cual el pueblo se unifica a su régimen. Este mito es una creación que se basa en una explicación hecha por las élites de lo que siente, o debería sentir, la masa-pueblo sobre su régimen social o político. ¿Esto quiere decir que la masa-pueblo sea un agente externo, inmóvil, dirigido? Ni mucho menos. La masa-pueblo interpreta el sistema de afectos y su simbología de una manera que puede o no coincidir con la interpretación que le dan las elites. Esta masa-pueblo también tiene la capacidad de crear y modificar sus propios mitos y tener un sistema de afectos y valores que pueden estar al margen de aquellos promulgados por las elites del régimen en cuestión. El pueblo se puede encontrar al margen del mito que funda y estructura el régimen, pero nunca en contra. Si el pueblo no comulgase con alguna de las formas que el mito fundador tiene, el régimen que lo fundamenta tendría que ser modificado o destruido. Sin la aceptación del pueblo el mito fundador no podrá integrar y convertirse en un todo imperfecto.

Este mito fundador es referencial, pero no como pasado sino como un deber ser. Un futuro que tiene como condición nunca ser alcanzado. Un futuro que se toma como referencia observando el pasado mitificado que ha fundado el régimen. Como ya hemos explicado con anterioridad, el mito siempre progresa.

Los canales representativos del mito fundador se crean mediante la disputa y la ruptura con lo anterior. Lo anterior es misterioso, oscuro, es una alteridad que desconocemos. Esta anterioridad que no comprendemos es explicada por el mito que funda el universo en el cual existimos. El mito fundador explica el mundo en el cual vivimos, mientras oscurece el mundo que anteriormente existió. Ese mundo anterior es simplificado, dicotomizado, y usualmente, negativizado. El mito fundador nos narra nuestra salvación de la oscuridad. El mito vive con nosotros, en nuestro presente. No se aleja de lo que pretende explicar. No es un eco del pasado ni un holograma llegado del futuro, se trata más bien de un mensaje que recibimos cada mañana y que nos inserta e integra en el mundo.

El populismo se relaciona con el mito fundador de dos formas: asumiendo su plena significación o destruyendo sus características fundamentales.

Si las estructuras y los sistemas pierden legitimidad, el mito que las funda se ve erosionado. Los símbolos que antes representaban un sistemas de valores, afectos y creencias que progresaba con constancia y virtud se ven cuestionados debido a que ya no se progresa, ni se tiene constancia y la virtud ya no es representativa del sistema. Cuando esto ocurre el populismo reniega del mito fundador descubriendo y haciendo hincapié en sus mentiras y escondiendo las verdades que podía representar. Pero no solo eso, sino que también señala a los culpables del deterioro del sistema de valores, creencias y afectos. Estos culpables suelen ser las elites que antes defendían y representaban el mensaje que buscaba transmitir el mito y sus símbolos.

Pero esta destrucción necesita de un proceso de sustitución. El mito fundador que se busca erosionar debe ser reemplazado por otro mito y este mito, a su vez, debe tener sus propios representantes. El populismo, en este caso, utiliza como representante de su propio mito al pueblo. E inserta en este mito las características y los afectos que las élites populistas creen que tiene el pueblo al que dicen representar. Este mito fundador ya no actúa como la narración de un futuro que ilusiones sino que funciona como agente movilizador del presente. El mito fundador creado por el populismo al no ser capaz de presentar un futuro camina junto a nosotros en el presente. No se trata de una creación sólida sino que es una continuidad que solo puede explicar lo que ocurre no lo que debería ocurrir.

Cuando la representación que hace la élite del mito fundador pierde legitimidad, el populismo busca ser el nuevo representante del mito. En este caso, la legitimidad no es perdida por el mito sino por los que lo representan. Las personas aún creen y aceptan las características de su mito fundador, pero piensan y creen que las élites que antes lo representaban ya no concuerdan con el sistema de afectos y valores que representan el mito. Aquí lo que se observa es un desplazamiento dentro del propio sistema. Un desplazamiento entre élites. El populismo no busca destruir el sistema o cambiarlo radicalmente sino regenerarlo. Insuflarle de nuevo vida. Apela al mito fundador y se autoproclama su fiel representante. No crea el mito a partir de la masa-pueblo sino que mediante el mito fundador apela a una masa-pueblo que se siente identificada con el mismo.

En definitiva, el mito fundador es la ventana de oportunidades para que el populismo pueda ser lo que es. Ya sea por el desprestigio propio por el de los que dicen representarlo, el mito se convierte en la primera piedra necesaria para empezar a crear el edificio populista. Sin una narrativa épica, sin un lugar al que dirigirse, el populismo dejaría de tener la relevancia que hoy tiene. Sin la creación o apropiación de un mito el populismo jamás podría crear un consenso que pudiera firmar un contrato social para conseguir a hegemonía.

3.2.2. Consenso, contrato social y hegemonía

El consenso es un proceso por el cual los agentes legitimadores del sistema se ponen de acuerdo en un sistema de valores y de afectos, en un sistema económico y social y en un régimen político determinado. Se trata de la aceptación de una visión de futuro. De un proyecto vital general.

Este consenso requiere de una apertura amplia para que puedan moverse diferentes concepciones de la realidad existentes dentro de un mismo sistema. No puede tener una simbología cerrada porque excluiría a una parte de los agentes. Su simbología más representativa es abierta e inclusiva. El consenso busca hegemonizar una visión sobre el camino que seguir y el futuro al cual deseamos llegar.

Pero este consenso simplemente pone de acuerdo a los agentes legitimadores sobre la visión general a seguir. No especifica cómo se debe llegar, cual es el mejor camino para

conseguirla. Por eso, para estabilizar y darle forma al sistema se crea un contrato que podríamos denominar social porque afecta a toda una sociedad, en el cual se especifican los procesos y estructuras que delimitarán y construirán el camino que debemos seguir. Se crea una jaula social “representada por la civilización, la estratificación y el Estado.” (Mann, 1991, pág. 109) Este contrato social ha de ser aceptado por todos los agentes legitimadores para que pueda ser hegemónico.

Podemos entender la hegemonía como “una forma de dominación que implica la integración de los dominados.” (Linares & Errejón, 2019, pág. 121) Es decir, este contrato social, que es legitimado mediante las élites que representan a las partes diferenciadas de la masa-pueblo, se basa en la inclusión mediante la representación de los afectados por dicho contrato. Es hegemónico porque su dominación es aceptada por los dominados. La hegemonía “es la capacidad de un grupo de generalizar una visión del mundo particular haciéndola general, en el extremo la única razonable, e integrar en ella al resto de la sociedad en una posición subordinada.” (Linares & Errejón, 2019, pág. 123) Su manera de estructurar, estratificar, racionalizar los procedimientos e instituciones se toma como verdadera y se acepta como la única posible. Así, mientras dure su legitimidad y hegemonía, el contrato social lo será todo.

Se trata que los que “no ocupan las posiciones principales en un sistema de poder, quienes obedecen más que mandan, encuentren buenas razones para obedecer a los que dirigen e incluso participen de ese rumbo.” (Linares & Errejón, 2019, pág. 123) Es decir, esta legitimidad que tienen los de arriba para representar a los de abajo es relacional. Necesita que los que mandan incluyan, al menos en parte, algunas de las propuestas e intereses de los mandados. Si esto no ocurre, esta relación de subordinación se rompe y pierde su legitimidad. No se trataría de una “imposición de arriba a abajo, porque siempre implica una cierta negociación y redistribución permanente de recursos, reconocimientos y recompensas, de tal manera que cuanto más incluya a los subalternos, más estable será el orden político.” (Linares & Errejón, 2019, pág. 123) Es decir, para darle estabilidad a un régimen político determinado se necesita de un contrato social que establezca la redistribución de la riqueza, las recompensas que pueden conseguirse por seguir las reglas del orden establecido y los reconocimientos por mejorar dentro de ese mismo orden.

Mediante este proceso de relación entre los que mandan y sus subordinados, se establece un grupo hegemónico que

articula en torno a sí una alianza de sectores sociales que no es tan solo una coalición o una suma de intereses, sino un nuevo conjunto, una comunidad nueva. Esta comparte un discurso que ha monopolizado lo universal naturalizando así un tipo de orden como el único posible. Y que ha instituido normas, procedimientos y sistemas de castigos y recompensas que hacen más <<barata>> la obediencia que la autonomía o la rebelión. (Linares & Errejón, 2019, pág. 124)

El consenso conlleva una alianza que se explicita en un contrato social que establece las normas y los procedimientos para que el nuevo régimen y orden político sea hegemónico y legítimo. Para ello debe seducir de manera suficiente a los diferentes sectores como

para que estos acepten las formas y procedimientos que se establecen como ciertos y únicos para conseguir el fin último que es la realización del mito fundador.

Todo este proceso debe tener la capacidad de cristalizar en instituciones que puedan representar la voluntad particular que se ha convertido en general. Se debe transformar en un Estado que pueda representar y regular el sistema de afectos y valores que se expresan en dicha voluntad general (Linera & Errejón, 2019) Observamos como el planteamiento de un consenso que tiene como base un mito o una mitología fundadora, que se establece y materializa mediante un contrato social realizado por los agentes legitimadores que representan a diferentes sectores sociales en búsqueda de una única visión del mundo, en busca de la legitimidad y hegemonía de una forma de hacer y ver la realidad. Todo este proceso se cristaliza en unas instituciones y usos cotidianos que regulan los procedimientos, los sistemas de premios y castigos y que se expresan de manera general en un Estado que representa la voluntad particular que se ha convertido en general. En un Estado que es hegemónico. Donde su hegemonía se “expresa, apoya y reproduce en diseños institucionales y económicos que premian unos comportamientos y penalizan otros.” (Linera & Errejón, 2019, pág. 124)

El populismo se relaciona con este proceso de diferentes formas: desea convertirse en un agente legitimador del consenso; desea romper el consenso para crear uno nuevo; acepta el consenso pero busca crear un nuevo contrato social.

Estas formas son aquellas no rupturistas. Aquellas que no desean derribar las instituciones que representan la voluntad general de la sociedad. Sí son formas que buscan un cambio más o menos sustancial del régimen u orden político.

El deseo del populismo por convertirse en un agente legitimador del consenso puede deberse a dos situaciones: existen agentes sociales que han perdido su legitimidad, el contrato social se ha roto pero sigue vigente el consenso sin representación; o, simplemente existe el consenso y unos agentes legitimados que aún no se han puesto de acuerdo sobre el contrato social. En la primera situación el populismo busca una sustitución en la legitimidad de la representación. Busca sustituir a uno o todos los agentes legitimadores para formar parte del nuevo contrato social. O incluso “obligar” a los demás agentes a seguir sus propias normas para crear el contrato social. La segunda situación nos presenta una sociedad con unas instituciones y un Estado débil. Sin un contrato social que pueda legitimar un orden o régimen político. Con agentes sociales en disputa permanente sobre qué rumbo deben tomar los diferentes sectores de la sociedad para conseguir cumplir el consenso establecido. En esta situación el populismo no sustituye sino que rellena un espacio que está vacío. Mediante este proceso se inserta en la disputa ya establecida representando al sector que antes no estaba representado o estaba mal representado.

Cuando el populismo desea romper el consenso establecido es porque este ha perdido toda su hegemonía. Más bien, son los agentes sociales que dicen representar ese consenso los que han perdido la hegemonía narrativa y discursiva sobre la realidad que rodea a la sociedad. Por lo tanto, el populismo busca atacar y romper ese consenso mediante el uso

del pueblo como agente legitimador que devuelva el sentido narrativo y discursivo a su propia realidad social y política.

Cuando el populismo busca crear un nuevo contrato social no lo hace en base a un acuerdo con los agentes sociales sino que su acuerdo es con el pueblo como un todo. Su legitimidad viene de un solo ente social. La hegemonía no proviene de una múltiple representación sino de una representación totalizadora. Se busca la uniformidad frente a lo multiforme.

El consenso que crea el populismo es un consenso que basa su sistema de valores y afectos en un sector específico de la sociedad, que es el pueblo. Descarta a otros tipos de agentes sociales que no sean parte del mismo para la creación de este consenso. El movimiento o líder populista se erige como agente legitimador de este consenso. Es decir, como representante de los afectos y valores del pueblo. Y realiza un contrato social con el pueblo, es decir consigo mismo, en base a una representación idealizada del mismo.

Esto le permite crear un todo hegemónico que descarta a los otros. A los que no están dentro de ese pueblo que lo representa todo.

En órdenes o regímenes políticos con instituciones débiles el populismo, mediante este proceso, se consigue cristalizar, regularizar y sistematizar mediante la creación de sus propias instituciones políticas y sociales. Es decir, el populismo al conseguir la hegemonía y legitimidad se *sistematiza*.

En órdenes o regímenes políticos con instituciones fuertes o arraigadas el populismo consigue cambiar con más facilidad los procedimientos, regularizaciones y cotidianidades que las estructuras institucionales del Estado. En esta situación el populismo se *institucionaliza*.

El consenso y el contrato social son procesos que pueden existir en la sociedad antes de que el populismo adquiera importancia política y social. El populismo puede ser más un movimiento que aprovecha la ruptura de la hegemonía en estos procesos para conseguir poder que un movimiento que necesariamente busque la destrucción del consenso o del contrato social.

En definitiva, la relación entre populismo, consenso, contrato social y hegemonía es compleja. Designa un proceso por el cual nuestros sistemas políticos cristalizan sus instituciones y procedimientos fundamentales. Para analizar el populismo es importante tener en cuenta la genealogía de este tipo de procesos debido a que el populismo afecta a dichos procesos sin tener en cuenta en la fase en la que se encuentren (en una etapa precoz o más avanzada).

El populismo puede aceptar el consenso pero no el contrato social, puede aceptar el consenso y desear organizar el contrato social porque no existía con anterioridad, o puede no aceptar el consenso buscando la creación de un nuevo régimen político.

Lo que debemos tener ahora en cuenta en esta nueva relación es el conflicto existente entre los diferentes elementos. Entre consenso y populismo o entre populismo y contrato

social. Porque entendiendo el conflicto y las consecuencias del mismo conseguiremos entender el ser más íntimo del populismo.

3.2.3. Disputa, ruptura y revolución

La disputa aparece cuando la dominación de las élites se pone en cuestión. Las élites pueden perder legitimidad debido a una erosión en el sistema moral. Es decir, los ciudadanos ven cómo las élites son corruptas moralmente y sienten un agravio, por lo tanto esas élites dejan de ser representativas de su sistema de valores. O debido a que no saben cómo incluir en el sistema algunas demandas insatisfechas de la ciudadanía.

El populismo, en los dos casos planteados, aparece como salvador y guía. Ante la erosión moral de las élites actúa como representante del sistema de valores del pueblo. Creando un antagonismo entre el pueblo y las élites que sirve para hegemonizar una manera de entender y de estructurar un orden o régimen político determinado. Antes la falta de apertura o integración de demandas exigidas por diferentes sectores sociales, el populismo actúa como altavoz y representante de las mismas. En este caso se trata de un proceso de integración de los excluidos en el sistema. Aquellas demandas e intereses que no tenían sitio en el discurso y la narrativa política, pero sí tenían un gran peso social, mediante este proceso se integran en el sistema y por lo tanto, pueden quedar resueltas.

La disputa aparece cuando desaparece la hegemonía. Cuando el contrato social y el consenso que se ha dado entre los agentes legitimadores pierden su razón de ser y deja espacio a otros discursos, otras formas de ver y de entender la realidad. No es una característica específica de los movimientos populistas sino un proceso que pueden aprovechar otros movimientos políticos que no sean populistas. Pero sí que tiene cierta importancia para entender como un movimiento político puede irrumpir en la escena política y social de un país.

La disputa tiene un cierto reclamo de continuidad. No busca romper, sí agitar el régimen político. Busca que en el tablero político y social se cambien las casillas y las posiciones de los diferentes actores. Busca modificar el régimen, no romperlo.

La ruptura requiere de una deslegitimación del orden vigente y una alternativa real que sea capaz de disputar la hegemonía a dicho orden. La ruptura requiere de alternativa, sin alternativa la ruptura no es posible. El vacío político y social no existe. Solo cuando tenemos una alternativa viable es posible la ruptura.

El populismo busca romper el orden político cuando puede erigirse como alternativa viable a lo ya existente. Es decir, cuando tiene un consenso y ofrece un contrato social lo suficientemente atractivo para la masa-pueblo que estas pueden aceptarlo como hegemónico. La ruptura aparece cuando dos parcialidades disputan y luchan por conseguir su generalidad. Cuando un todo se rompe en diferentes particularidades todas ellas viables pero que aún no han conseguido ser hegemónicas.

La ruptura no es una disputa sobre quién encabezará un régimen político determinado sino que se trata de visiones sobre ordenes políticos determinados que se enfrentan para determinar cuál será la hegemónica. No se trata de una continuidad en la línea sino de un salto que nos traslada hacia otro punto y otra línea diferente.

La disputa y la ruptura no buscan trastocar el mito fundador, más bien “juegan” con las estructuras y cristalizaciones que este ha creado. Buscan ser partícipes de ellas o cambiarlas pero nunca buscan eliminar el mito que las sostiene.

Existe otra forma de transformación política y social que sí busca romper el mito fundador de un sistema determinado para así insertar el suyo propio. Se trata de la revolución como método de transformación política. En este proceso es el mito fundador del sistema el que se encuentra en cuestión por parte de la masa-pueblo. No solo eso, sino que existe una alternativa con un propio mito que es capaz de ofrecerse como alteridad posible y realista. Nos encontramos en una lucha dónde la existencia del mito fundador se ve cuestionada por la existencia de otro mito que busca convertirse en fundador de su propio sistema.

El agrietamiento de las bases legitimadoras del sistema no necesariamente es producido por el populismo. También puede producirse por acciones externas que realmente no tengan nada que ver con el movimiento populista. Se puede tratar de un proceso a largo plazo que en un momento determinado estalla y donde el populismo germina y da frutos para conseguir acceder al poder.

Estas formas de romper, de trastocar la legitimidad y hegemonía del sistema y de sus agentes sociales, pueden ocurrir debido a que existe una masa crítica de personas que sistemáticamente son excluidas o no se tiene en cuenta su visión del mundo. Puede ocurrir que el régimen político creado priorice una manera de hacer en detrimento de otras y que en un momento dado, debido a su anquilosamiento, sea incapaz de incorporar, o de moderar, las diferencias que puedan existir en algunos sectores de la población.

Pero no solo produce “sombras” en materia económica y social. Sino que también el régimen político prioriza un sistema cultural por encima de otros. Y podemos imaginar lo cultural como

una práctica que hace racionales unos comportamientos y no otros, que permite imaginar unos e impensables otros, que educa la vida cotidiana y la encauza, que distribuye prestigios y desprestigios; en suma, que produce hábitos, costumbres e interviene eficazmente sobre el terreno variado y resbaladizo de las creencias populares, de lo inmediato y lo evidente, hasta sedimentar un determinado sentido compartido, resistente al cambio, integrador de las diferencias dentro de un terreno compartido de normas y experiencias. (Linera & Errejón, 2019, pág. 124)

Los procedimientos y procesos culturales son procesos materiales. Cristalizan en aspectos y acciones que forman y deforman nuestra realidad. Que nos regulan y dirigen y también pueden darnos libertad. Por eso el sistema de afectos y valores que representa la hegemonía cultural del régimen político es capaz de integrar unos usos y costumbres determinados, pero no es capaz de integrarlo todo. Existen otras maneras de cotidianidad

que permanecen ocultas, que siguen sus propios procesos en base a sus propias creencias. Que se encuentran en las sombras que producen nuestras propias luces.

3.2.4. Lo que se encontraba oculto, aparece

En este apartado es dónde las teorías del contragolpe cultural (Norris & Inglehart, 2019) y la espiral del silencio (Noelle-Neuman, 2018) hacen su aparición.

Toda hegemonía se reviste de una luz cegadora que nos impide ver otras realidades que no sean la suya. Las sombras y los rincones oscuros son lugares que son difíciles de visitar debido a que no tienen formas aparentes ni reglas aparentes que nosotros entendamos.

Estos subsistemas, que han perdido la batalla por el todo, se encuentran sumidos en la espiral del silencio esperando dar su contragolpe. Cuando la hegemonía pierde su relevancia, cuando se resquebrajan sus ejes fundamentales, es cuando estas sombras, antes ocultas, aparecen. Y ofrecen una visión del mundo que conocíamos, diferente, incluso antagonista.

Pero, ¿cómo se oculta lo que se encuentra oculto? ¿De qué manera aparece? ¿Por qué lo hace? Y, ¿por qué en un momento determinado y no en otro distinto?

Se podría explicar, en parte, con el miedo que pueden tener aquellos que piensan diferente al aislamiento social estudiado por Noelle-Neuman (2018) en su libro *La espiral del silencio. Opinión pública: nuestra piel social*. Pero, ¿por qué necesitan ocultarse los que tiene una opinión distinta a la opinión mayoritaria? ¿No son nuestras democracias liberales la expresión máxima de la pluralidad de opiniones y argumentos? ¿Qué es lo que tienen de negativo esas opiniones para el funcionamiento del sistema y régimen político?

Cualquier régimen político necesita de un consenso social para tener cierta legitimidad y hegemonía y así poder materializar su visión de futuro en estructuras y procedimientos que sean validados por la ciudadanía a la que dicho régimen representa. Este consenso incluso se da en los regímenes dictatoriales y autoritarios, aunque sea durante un corto periodo de tiempo.

En una democracia también existen este tipo de consensos. El consenso, cómo hemos explicado en apartados anteriores, conlleva una serie de sistemas de valores, de afectos, económicos y sociales. Y unos agentes legitimadores que dan sentido y hegemonizan dicho sistema mediante los cauces de liderazgo y representación.

En un sistema de orden plural dónde se aceptan y se visibilizan, mediante los *media*, diferentes opiniones sobre un mismo tema siempre y cuando estas opiniones no rompan o intenten deslegitimar el consenso que regenta dicho sistema. Las opiniones rupturistas o revolucionarias quedan, casi siempre, descartadas del debate político y social que se da de manera general.

Este proceso revela una pluralidad de argumentos y opiniones dentro de un marco narrativo y discursivo establecido, dejando fuera todas aquellas argumentaciones que se consideran perjudiciales para el correcto funcionamiento del sistema en cuestión. Este proceso no tiene un carácter necesariamente negativo, sino que protege y estabiliza el sistema, dejando valores y afectos nocivos fuera del mismo. Por ejemplo, en un sistema en el que el consenso tuviese como valor el respeto y apoyo a la diversidad sexual, las opiniones y argumentos que tuviesen como misión cuestionar o derribar dicho valor se encontrarían silenciadas o perseguidas públicamente. Se verían apartadas del debate general.

No se trata de una censura consciente, más bien se trata de una medida de protección que necesita cualquier sistema y orden político para sobrevivir. En un sistema mucho más autoritario que una democracia liberal, esta censura podría ser activa y deliberada. Esto ocurre, en parte, porque la persona que manda en las estructuras e instituciones se confunde con ellas. Por lo que se mezcla lo que censuraría dicha persona con lo que el sistema necesita censurar para sobrevivir. Incluso muchas veces, en los regímenes dictatoriales y autoritarios personalistas, la persona o líder se convierte en una institución o estructura propia de dicho régimen.

En un sistema más plural sí que es aceptable un mínimo de censura, sobre todo de aquellas opiniones más desfavorables al mismo. El problema radica cuando el consenso se pliega sobre sí mismo. Cuando deja fuera opiniones o argumentos críticos que antes podrían estar dentro. Cuando en vez de integrar, incluir, de ejercer un poder blando para convencer a los demás de su legitimidad y hegemonía, se siente atacada por lo que excluye cada vez más opiniones y cierra el consenso, deja de ser permeable y se convierte en algo sólido y amurallado, casi infranqueable.

Cuando el consenso se torna impenetrable, cuando no acepta opiniones y argumentos críticos con el mismo pero asimilables dentro del juego que el sistema ofrece, es cuando dicho consenso se encuentra con una otredad lo suficientemente fuerte como para disputar la hegemonía.

Estas opiniones antes ocultas, no solo por el miedo al aislamiento social, sino también por un cierto utilitarismo. Las personas no solo dejan de expresar lo que piensan por miedo al aislacionismo sino también porque temen perder las recompensas que el sistema les pudiera ofrecer. Cuando el sistema deja de ser atractivo y sus recompensas dejan de tener importancia, ocultar esa opinión no mayoritaria dejaría de tener sentido debido a que la persona no tendría nada que perder al exponer sus argumentos, antes invalidados.

Por lo tanto, un deterioro del sistema y del consenso que lo mantiene unido, de la narrativa y el discurso que le da forma, conlleva la aparición de las opiniones y argumentos antes ocultos, ya sea por miedo al aislamiento o por temor a perder los beneficios y recompensas que daba seguir las lógicas y procedimientos del sistema.

Es entonces cuando un movimiento político aprovecha y busca representar a todas aquellas personas que se encuentran fuera del sistema, de valores y afectos, consensuado. Estos movimientos políticos pueden ser aquellos que ya existían pero se encontraban

desplazados, deslegitimados o ignorados por la opinión pública y publicada general. O un nuevo movimiento que altere el tablero político mediante la creación de un nuevo agente social: el pueblo.

El populismo aprovecha y/o crea e instiga la quiebra existente entre los que se encuentran representados por el consenso y todos aquellos que no se sienten representados por el mismo. Maneja muy bien los procedimientos de representación democrática existentes y conoce muy bien los fallos que pueden existir en ellos.

La ventaja que adquiere el populismo frente a otros movimientos políticos es su capacidad para crear un consenso nuevo capaz de aglutinar a muchas más personas. Es capaz de aglutinar discursos ya existentes, pero desplazados, en la sociedad con discursos que tratan de representar y solucionar problemáticas actuales.

Esto nos hace ver que el populismo no está relacionado de manera necesaria con una crisis. Sino que está íntimamente relacionado con el consenso social y la hegemonía. Si este consenso social se rompe es cuando el populismo hace su aparición. Si existe una crisis dónde la hegemonía del consenso social no se ha visto trastocada el populismo, y otros movimientos políticos, encontrará dificultades para proponer alternativas debido a que el propio régimen político, al no estar desautorizado, es capaz de proponer sus soluciones al problema.

El populismo busca satisfacer las demandas que el sistema por sí solo no es capaz de asumir. Además crea un nuevo agente político que antes no existía como tal: el pueblo. Que se caracteriza por tener unas cualidades y características antagónicas a otros grupos o sectores sociales.

Cuando los que dominan dejan de tener la legitimidad y hegemonía para hacerlo los que son dominados buscan nuevos referentes y nuevas maneras de entender la realidad. Esta quiebra produce que lo oculto aparezca. Es decir, que todas aquellas opiniones que se encontraban silenciadas por miedo al aislamiento social o por miedo a no poder participar de los beneficios que ofrece el sistema, ahora aparecen para intentar ser una alternativa a lo ya existente. La realidad política y social desestabilizada se convierte en algo común, corriente, cotidiano y que tienes sus propios agentes legitimadores que buscan dar su estabilidad al sistema.

3.2.5. Demandas insatisfechas, enemigos y movimientos políticos

Las demandas insatisfechas siguen el proceso que explica Ernesto Laclau en *La Razón populista* (2016) Dónde un grupo de demandas insatisfechas son capaces de unificarse en un movimiento mayor que mediante la simplificación del discurso y la ambigüedad en sus símbolos y narrativas aglutina diferentes visiones y problemáticas políticas y sociales.

Estas demandas insatisfechas podrían disiparse si el sistema y el gobierno de turno tuviese la capacidad de incluir, al menos una parte de ellas, en los procedimientos institucionales. Pero un cúmulo de demandas contra un gobierno, que a priori, no tienen nada que ver

entre ellas al ser excluidas de los procedimientos habituales y de la política general del sistema consiguen unificarse mediante la creación de unas demandas simplificadas y menos precisas pero que son capaces de aglutinar mayor descontento y población contra el gobierno.

Se crea una crisis, se abre una oportunidad. En ese momento, en ese pequeño instante es cuando un movimiento político puede aprovechar y conseguir mayor relevancia. El tiempo y el espacio adquieren su importancia en esta parte del modelo. Dependiendo del tiempo y el espacio en el cual se inserta dicha crisis, dicha oportunidad, el movimiento tendrá características populistas o será un movimiento ya existente en el cuerpo social y político.

Para que exista un movimiento populista debe existir, en un mismo espacio y tiempo, el descrédito a unas élites que ya no representan a los diferentes sectores sociales damnificados por una crisis y la deslegitimación de unas alternativas que no pueden aprovechar dicha oportunidad porque, aunque no sean vistas como parte del problema, no son vistas como parte de la solución.

El populismo al crear un nuevo agente social y político legitimador es capaz de aparentar ser algo novedoso y representativo del agente social. El proceso de creación y asimilación del pueblo como agente legitimador es crucial para entender cómo el populismo se diferencia de otros movimientos políticos que también apelan al pueblo como máximo representante de la voluntad general.

El proceso se basa en categorías como espacio y tiempo. La creación del pueblo tiene un carácter histórico, una mirada al pasado y sus símbolos, discursos y narrativas. Pero no se busca una vuelta a un pasado mitificado sino la llegada de un presente representativo de dicho pasado. Se busca una transición, una linealidad histórico-social y política desde un pasado mitificado hasta un presente corrompido. El discurso populista explica cómo en el pasado todo funcionaba mejor y nuestro presente debería ser heredero de dicho pasado, pero en algún momento hubo una traición donde unas élites corruptas, alejadas del pueblo crearon mediante artimañas un sistema que solo aprovechan ellos.

El populismo busca una continuidad ficticia de un pasado ideal con un presente a construir. El futuro que propone es inmediato todo el tiempo. Exige una inmediatez constante. Nunca se acerca la tierra prometida. Siempre nos encontramos a un paso de ella. El proyecto vital que nos propone no requiere de mucho esfuerzo imaginativo para su materialización. No existe un paraíso en un futuro distante y alejado de nosotros. No propone una idea de futuro, sino una materialización de nuestro presente.

Por lo tanto, el populismo mitifica un pasado y crea un pudo haber sido pero no fue con nuestro presente. Creando enemigos que rompieron la linealidad natural de la historia para su propio beneficio. Estos enemigos no solo son antagónicos a la idea de pueblo sino que también se encuentran alejados espacialmente del mismo. No se junta con el pueblo en los espacios que el pueblo normal y corriente utiliza. No respiran el mismo aire ni comen la misma comida.

El populismo convierte a un grupo de la población en un grupo extra-poblacional, extra-social, alejado del pueblo y de sus costumbres. Mediante este proceso, consigue ahondar en la deslegitimación ya existente entre los representantes sociales del sistema en crisis.

La caracterización del pueblo, la identificación de sus cualidades se basan en el sistema de afectos y valores que aprecia la sociedad en ese momento. La brújula que indica quién es bueno y quién es malo depende del tiempo en el que nos encontramos. El pueblo representa el bien y las elites representan el mal.

Mediante toda esta articulación simbólica y narrativa el populismo consigue convertirse en un movimiento social y político. Muchas veces poco estructurado pero sí con líderes carismáticos y de referencia.

El movimiento político populista aparece en lo que podríamos denominar la etapa de irrupción y disputa política. Dónde la ambigüedad en los discursos se traduce en una ambigüedad en las formas, procedimientos y estructuras del propio movimiento. Esta maleabilidad sirve y da ventaja frente a unas instituciones sólidas y anquilosadas que ante cambios repentinos no tiene la velocidad necesaria para afrontarlos. Por ejemplo, un movimiento populista tiene más facilidad para integrarse en nuevas formas de comunicación social que una institución ya solidificada.

El movimiento político populista, al no tener unas estructuras sólidas, es capaz de representar y aglutinar al pueblo en sí mismo. Es capaz de convertirse en movimiento-pueblo. En una masa-pueblo descontenta con el gobierno o el sistema que mediante imágenes, símbolos y mensajes eficaces y simplificados consiguen ser un único ser social y político homogéneo. Esto crea en el individuo un sentimiento de identidad muy arraigado y que sentía perdido. Por eso, el sistema de afectos en el populismo es tan importante. No se trata de un proceso irracional, sino de una racionalidad que se basa en los sentimientos.

El nuevo movimiento-pueblo distinto de los partidos y agrupaciones formadas por las elites busca la confrontación política y social. Busca la homogeneización de los agentes y sectores sociales y políticos. Busca simplificar el campo político mediante la simplificación de sus enemigos.

Como los enemigos son otros, forman parte de una alteridad distinta a nosotros, no puede ser adversarios. Se dicotomizan los argumentos, opiniones y soluciones políticas. Se intenta crear una nueva verdad que derrote a todas las mentiras.

Si el nuevo movimiento populista busca integrarse en el consenso social existente simplemente aceptará las reglas del juego del sistema político en cuestión, participará de las mismas y utilizará las mismas herramientas que los otros agentes para conseguir el poder. En este proceso importará más el estilo y el discurso que otros procedimientos políticos. Si desea cambiar el sistema pero sin romperlo, el movimiento buscará cambiar las reglas del juego del sistema por considerarla ilegítimas. Se deben pactar otras reglas del juego en las que el movimiento pueda encontrarse representado o pueda sentirse beneficiado por dichos cambios. Si se desea romper definitivamente con lo establecido el movimiento buscará crear su propio sistema con sus propias reglas del juego y sus propias

instituciones que las hagan funcionar. Estas proyecciones pueden considerarse como extremas, un movimiento populista tiene la suficiente maleabilidad para navegar entre los grises existentes entre una proyección y otra. El tiempo y el espacio político en el que nos encontremos serán significativos a la hora de que el movimiento se decida por un camino u otro.

En democracias liberales donde el proceso para elegir a las elites que nos gobiernan se basa en votaciones y elecciones para la representación del pueblo. Si dichos procesos electorales no se encuentran deslegitimados, ya sea por mal funcionamiento, ya sea porque algunos de los que participan en dicho proceso han perdido su legitimidad, el movimiento populista tenderá a participar en los procesos electorales para demostrar músculo y conseguir poder. Estos procesos provocarán cambios en las estructuras del movimiento y en sus fines últimos como autoproclamados representantes únicos del pueblo

3.2.6. Metamorfosis electoral: de movimiento a partido político

En nuestras democracias liberales existen procesos electorales que, de manera casi primordial, sirven para que el poder pueda repartirse. Para que el poder no pueda ser acaparrado por un solo partido político, para que pueda existir alternancia, para que otros actores también puedan utilizar las herramientas y procedimientos que conlleva sostener el bastón de mando de una sociedad.

La participación en estos procesos sociales provoca diferentes mutaciones necesarias en los movimientos políticos. Cuando aceptas las herramientas del régimen político y decides participar en su juego necesitas jugar de la manera que lo hacen los otros agentes sociales.

Sí, antes, decíamos que un movimiento político era una entidad semiestructurada, capacitada para aguantar los cambios debido a su maleabilidad, con un liderazgo fuerte o incluso con múltiples liderazgos, ahora este movimiento político debe convertirse en una maquinaria capaz de competir en la carrera electoral.

Los procesos electorales transforman a la mayoría de los movimientos políticos, también aquellos de corte populista, en partidos políticos. Estos partidos políticos tenderán a ser distintos o a tener ciertas características diferenciales para no parecerse a lo que podríamos denominar partidos políticos tradicionales.

Pasar de movimiento a partido político significa: tener una militancia estructurada y jerarquizada; tener estructuras fijas de poder y decisión y procedimientos claros de elecciones los cargos que deben mandar en dichas estructuras; tener una estructura de liderazgo y un procedimiento fijo de elección del líder; tener procedimientos de control del poder del aparato del partido. En definitiva, un partido político es más parecido a un batallón que a un movimiento político o de masas.

Esta mutación o transformación también produce cambios en el ánimo política de la organización. No solo se observa una transformación del cuerpo sino que también se transforma el alma. El movimiento político se caracteriza por la capacidad de sorprender de disputar, por ser capaz de crear una especie de guerrilla política y social que busca debilitar y desgastar al adversario mediante pequeñas victorias y acciones poco ortodoxas. Esto produce una visión sobre la realidad y la manera de transformarla mucho más disruptiva, mucho más radical, mucho más afectiva.

Cuando el movimiento se convierte en partido político porque ha decidido participar en los procesos electorales y, por lo tanto, aceptar las reglas del juego del sistema, debe convertirse en una maquinaria capaz de ganar una guerra. Una maquinaria mucho más sólida, menos maleable, menos resiliente a los cambios pero más dura ante los mismos. Las transformaciones pretendidas de la realidad se aplazan, el corto plazo, lo disruptivo, pasa a ser largo plazo, ya no se busca la ruptura sino la reforma.

El movimiento, antes generador de novedad y de cambio político y social, se convierte en parte del sistema que deseaba cambiar.

Pero existen diferencias. El partido político buscará diferenciarse de los partidos políticos tradicionales, ya sea por su estructura interna o por las formas en la que representa ante la opinión general sus ideas y medidas políticas. También la aparición del populismo cambia el sistema político, produce transformaciones tanto en el ciudadano como en los otros agentes sociales. Por lo que, si el populismo resulta en un movimiento y partido político relevante, el sistema no vuelve a ser el mismo.

El populismo es capaz de arrastrar el campo político hacia sí. Se comporta muchas veces como un imán político. A menudo, sus discursos son tan efectivos que lo único que pueden hacer los partidos tradicionales es copiar las formas y el estilo del populismo. No solo es un imán sino también un aspirador. El populismo aspira y lamina las diferencias existentes en la sociedad mediante la creación del pueblo como único agente político válido. Esto parte en dos el campo político. En un todos contra nosotros. Tribaliza el campo político. Busca destruir el pluralismo existente para que el todo político este formado solo por una parte y no por múltiples partes diferenciadas entre sí.

El populismo en los procesos electorales utiliza al pueblo como el único agente social válido para la democracia. En ocasiones, apela a la ruptura de la representatividad tradicional, por una representatividad, en apariencia, mucho más directa. Esto pervierte los mecanismos existentes en el procedimiento electoral. Porque el populismo intenta deslegitimar las reglas del juego, mientras se encuentra jugando con esas mismas reglas del juego.

Pero, esta mutación del movimiento en partido político también puede conllevar ciertas desventajas. El partido populista puede dejar de considerarse atractivo y novedoso para una parte importante de sus apoyos, debido a que al convertirse en una organización estructurada como las demás puede confundirse o parecerse demasiado a las mismas y perder atractivo político y social. También puede verse como una traición al pueblo. El populismo al erigirse como el único capaz de representar los designios del pueblo también

corre el riesgo de fallar al único agente legitimador que tiene. Si se encuentra rechazado por el pueblo, el populismo pierde toda su esencia porque ya no existe un agente materializador que lo sostenga y lo apoye.

En definitiva, la transformación en partido político debido a los procesos electorales conlleva la ventaja de poder participar como una maquinaria en los procesos, pero también la desventaja de traición y dejar de ser atractivo a la población que dice representar.

Pero queda un último paso. Analizar qué es lo que ocurre cuando el partido político que ha participado en los procesos electorales llega a las instituciones que estructuran el régimen político y social del país. ¿Cambiarán las instituciones? ¿Serán un freno para las aspiraciones del partido político populista? ¿Se institucionalizará el populismo? ¿Dejará el partido político de ser populista?

3.2.7. De la metamorfosis electoral a las instituciones: oposición, institucionalización y gobierno

¿Qué ocurre cuando, después de un proceso electoral, un partido político populista llega a las instituciones? ¿Qué elementos políticos y sociales cambian y cuáles no? ¿Cómo afecta el partido a las instituciones y cómo están afectando al partido?

Es interesante observar la aparición de un movimiento político y descubrir qué es lo que ha provocado dicha manifestación. Pero, creo que resulta también interesante entender cómo el populismo se comporta dentro del sistema en el cual se encuentra y como da la cara ante las contradicciones que inevitablemente conlleva el hecho de hacer política.

Después de un proceso electoral, sí el partido político populista ha conseguido los suficientes votos, se entra en las instituciones. Estas pueden ser locales, comunitarias, nacionales, o, en nuestro caso, también europeas.

Los partidos tradicionales, que llevan mucho tiempo ejerciendo el poder, conocen de sobra estas instituciones. Podríamos decir que muchas de ellas las han creado ellos. El sistema se parece a ellos en multitud de aspectos. Para un partido nuevo entrar en estas instituciones sin tener la experiencia necesaria puede provocar grandes problemas y hacer que sus propuestas políticas acaben en saco roto por su ineficiencia a la hora de comprender los procedimientos que exigen las instituciones para realizar cualquier acción y del “alma” de dichas instituciones.

Existen múltiples variantes cuando el partido político llega a las instituciones y tiene que empezar a jugar al juego político. Tiene que empezar a entender cómo funciona el parlamentarismo.

Desde encontrarse en la oposición, dar apoyo puntual al gobierno de turno, participar en el gobierno pero desde fuera, hasta la coalición o tener y estar en el gobierno.

Sí el partido político se encuentra en la oposición puede tener ciertas ventajas para su discurso y actos políticos: puede aparentar ser un outsider (a pesar de que se encuentra en las mismas instituciones que antes criticaba) y alegar que las elites se han unido para no perder sus privilegios y seguir manteniendo el poder. Esto ocurre cuando los partidos políticos tradicionales deciden alejar al partido populista de las instituciones y de los mandos de poder. Con esta acción se legitima la posición diferenciadora del populismo y da ventaja a que el partido populista pueda posicionarse como alternativa. Además, desde este tipo de oposición el partido populista puede desgastar al gobierno sin casi ningún tipo de deterioro por su parte. Esta manera de apartar al partido populista de las posiciones de poder es, en mi opinión, una mala estrategia sobre todo si el gobierno se encuentra en medio de una crisis y tiene que hacer frente a importantes desafíos para el futuro del país. Apartar al partido populista en estos casos es no hacerle copartícipe de las decisiones que se tomen para solucionar los problemas, por lo que si estas soluciones no son satisfactorias (y nunca son satisfactorias para todo el mundo) el partido conseguirá rédito político en base a ellas.

Existe otro tipo de oposición que bascula entre ser un outsider e institucionalizarse. El partido político populista puede encontrarse fuera del gobierno y de los mandos políticos pero apoyar y/o proponer políticas para cambiar la realidad social, política e institucional. Mediante este tipo de estrategia el partido populista adquiere una cualidad que puede darle ventaja para futuros procesos electorales: la utilidad. Mediante este tipo de actuaciones la ciudadanía ve al partido como una oposición responsable. Como una organización que no solo ha llegado para explicar y decirnos que es lo malo sino también para proponer soluciones a los problemas. Esta estrategia también proporciona una desventaja que puede ser crucial a la hora de enfrentarse a otros procesos electorales: convertir al partido populista en un insider. Si mediante estos apoyos puntuales el partido político populista consigue puestos de poder institucional puede provocar que la ciudadanía lo vea como un insider, como uno más que llega a la política para conseguir poder y relevancia y que ha traicionado al pueblo al que decía representar.

Por otro lado, tenemos las estrategias de institucionalización. Se trata de que el partido político populista se encuentre inmerso en un gobierno de coalición o que haya ganado los procesos electorales y que se convierta en gobierno.

Si el partido político populista se encuentra inmerso en un gobierno de coalición eso significará que una de sus intenciones era su propia institucionalización. Esta estrategia no tiene que ser necesariamente mala, al contrario, puede reportar grandes ventajas para el partido. El partido propone y decide sobre la vida de las personas, es capaz de formar acuerdos y accede al poder, por lo que, es capaz de adquirir experiencia para los siguientes procesos electorales. Pero una gran desventaja es que no se encuentra solo, que depende de uno o varios partidos y la relación que pueda existir entre ellos puede torcer las cosas para el partido populista. Si el partido populista es un partido menor en el gobierno de coalición para futuros procesos electorales puede verse desdibujado por este. Si en cambio es la organización más grande de la coalición puede verse desgastada por los partidos más pequeños. Aunque, y parece claro, esta estrategia en una apuesta por cambiar el sistema desde dentro o simplemente entender que ser parte del sistema es lo mejor para

representar al pueblo. Aquí el sistema es flexible y evita su posible crisis mediante la inclusión en el mismo de todas las personas que se encontraban huérfanas de representación social y política.

Si el partido populista ha conseguido ganar las elecciones y gobierna en las instituciones se pueden dar diferentes realidades: el partido político se ve envuelto en una institucionalidad que funciona por sí misma, por lo que ante los procedimientos más sencillos puede encontrar dificultades. En esta realidad, la institución podría con el partido político, lo que conllevaría una disolución de los elementos más radicales del mismo; el partido político puede aceptar las instituciones, entender los procedimientos y adecuarse a ellos. Esta realidad es la más ventajosa para el partido ya que este entiende cómo funcionan los procesos institucionales, tiene la experiencia suficiente para hacer política y actuar políticamente. Aquí, se observa una simbiosis institución-partido. Una asimilación por parte de las instituciones del partido y una asimilación del partido de las instituciones; si no existen instituciones o estas son débiles, el partido populista buscará crearlas a su imagen y semejanza. Tendremos instituciones que podríamos denominar populistas, todas ellas tendrán un carácter popular y su único agente legitimador será el partido populista y el pueblo que es representado por dicho partido. Esta realidad se da en los sistemas que aún no tienen unas instituciones fuertes o están en medio de su creación. Al no existir una estructura que pueda frenar al populismo, este, al llegar al poder, buscará sus propias estructuras de materialización del poder. En este tipo de realidades deberíamos preguntarnos si las instituciones creadas son populistas y si la democracia existente o el régimen político existente sería un régimen populista como tal.

El estudio de todos estos elementos nos permite estructurar el modelo y entender los procesos que lo hacen funcionar. Tenemos los elementos fundamentales para entender qué es el populismo y si un movimiento u organización política es populista. Estos elementos nos permiten analizar la trayectoria vital de un movimiento u organización desde su nacimiento hasta su llegada a las instituciones. También nos permite comprender los mitos y las estructuras más importantes de un sistema para investigar si el nuevo movimiento u organización sujeta al análisis es capaz de cambiar o revolucionar el sistema en el cual se encuentra. El análisis del modelo y su funcionamiento se explicará en el siguiente apartado.

3.3. EL MODELO A.F.P.

En el apartado anterior hemos explicado los diferentes elementos y conceptos que debemos tener en cuenta para entender mejor el modelo cultural que proponemos para analizar el populismo. En este apartado se explicarán las relaciones existentes entre los conceptos y las partes del modelo general. Se analizará la (1) mitología y creencia en el sistema; (2) el agotamiento y la renovación de los mitos existentes en el sistema; (3) aparición del movimiento u organización populista y el efecto que provoca en el sistema; (4) estudio del populismo en una democracia liberal; y (5) la explicación del modelo de Análisis del Fenómeno Populista (A.F.P.). Esto servirá para apreciar la cohesión que

existe entre las partes del modelo, y la narrativa que se plantea entre las mismas y el conjunto general.

3.3.1. La mitología y creencia en el sistema

La creación de un mito que sustente el capital simbólico de una estructura funcional y procedimental es parte indispensable para que dicha estructura sea creíble. Podríamos afirmar que toda estructura que solidifique los capitales políticos, sociales y culturales necesita de un mito fundador para ser realmente funcionales. La fe y la creencia no solo legitiman sino que dan verosimilitud y significado a un ente particular. No se trata solo de una estructura política y social que funciones, sino que también debe tener un sentido más allá del funcional en la realidad en la que nos encontramos

Por eso, nuestro modelo empieza con el análisis del mito fundador de las estructuras políticas y sociales de una realidad concreta. Para poder entender el mito debemos realizar el análisis de las narrativas que los diferentes agentes políticos y sociales adscritos y defensores de ese mito hacen del mismo. Debemos investigar qué es lo que las elites de un régimen determinado nos cuentan sobre la creación de dicho régimen. Con seguridad escucharemos palabras referidas a la libertad, a un nuevo comienzo, a seguridad, prosperidad o progreso. Podríamos incluso afirmar, generalizando, que ningún régimen existente se explica a si mismo con mitos que conlleven connotaciones y significaciones de orden negativo o peyorativo.

El mito no se queda como una inmaterialidad sino que se adhiere a una estructura física. Al mito se le adhiere un cuerpo que lo represente en la realidad. La historia del mito se cuenta y también se aprecia mediante los sentidos. La narrativa mitológica debe tener una representación física y material en nuestra realidad para ser más creíble.

Esto confiere al mito fundador una simbología. Es decir, un grupo de símbolos que referencian o recuerdan al imaginario colectivo el o los significados del mito. Entiendo por símbolo la representación física y material de una narrativa o historia determinada que busca movilizar los recursos de capital cultural, simbólico, económico y militar de una sociedad determinada.

Los símbolos surgen para cohesionar en torno a si mismos a una sociedad. Buscan su existencia plena mediante la representación de los valores y sueño de un pueblo. Por lo tanto, los símbolos buscan que la materialización de unos valores determinados, explicados por un mito fundador de un sistema determinado, sean capaces de ofrecer enlaces de representatividad a un colectivo humano determinado.

Una vez entendidos los símbolos que rigen la narrativa fundacional de un país determinado. Debemos analizar a los agentes legitimadores o narradores del mito. Estos narradores convierten al mito fundador en el motor y piedra angular del sistema político y social de un país. Son capaces de naturalizar el mito, de convertirlo en la única realidad posible y palpable. Son capaces de borrar otras alternativas o de llevarlas al ostracismo y

la irrelevancia. Estos narradores crean un imaginario colectivo que mueve al conjunto de la población hacia una dirección determinada. Solo existe una realidad y unas posibilidades de decisión limitadas para el individuo. La imposibilidad de imaginar nuevos escenarios sociales y políticos realistas se debe a la creación de un imaginario colectivo naturalizado y visto como el único posible.

Los agentes que legitiman el mito y sus materializaciones se encargan de que no existan competidores que puedan rebatir o poner en duda la narrativa “oficial” del sistema político y social.

Estos agentes además se convertirán en una elite intelectual, política y social. Son la vanguardia del sistema. Un sistema del cual obtienen beneficios no únicamente económicos sino también sociales. Existe una relación de simbiosis entre el sistema y los agentes que lo legitiman. Esta relación siempre se encuentra en tensión. La simbiosis entre estructura y agente es una relación en la que la estructura necesita una representación material y abstracta que se realiza mediante la simbología y el agente, mientras el agente que representa la estructura necesita de la misma los beneficios y estatus que recibe por ser un representante legítimo del sistema. De esta reflexión podemos sacar una conclusión que a mi parecer es crucial: ninguna estructura política le pertenece al pueblo, al conjunto de la ciudadanía. En los sistemas democráticos representativos esta falacia se enmascara mediante el uso del proceso representativo: el ciudadano elige mediante el voto a su representante que a su vez representa al sistema y depende de él. Si el ciudadano desea cambiar el sistema mediante los propios mecanismos que ofrece el sistema se encontrará con la barrera de que ningún agente social y político dependiente de dicho sistema deseará cambiarlo realmente.

Existe un proceso de legitimación por el cual el ciudadano cree en el agente porque lo representa y como el agente es padre/hijo del sistema por ende el sistema también tiene legitimidad. Pero el agente que representa y se representa en el sistema no cree en el ciudadano que dice representar. El funcionamiento democrático liberal se basa en unos procesos y mecanismos de representación no imperfectos (ya que la imperfección denotaría un error en algo que en sí es verdadero) sino falaces, basados en mentiras y manipulaciones.

En definitiva, debemos entender el mito fundacional de un régimen y a sus fieles defensores para empezar a estudiar las causas y los efectos del populismo. Podemos avanzar que el populismo busca poner en cuestión estos tres apartados del sistema: el mito que lo fundó, los agentes que lo defienden y el funcionamiento y procedimientos del mismo.

3.3.2. Cuando el mito se agota o necesita renovarse

La aparición de nuevos agentes que busquen tener relevancia en el plano político y social depende de las demandas insatisfechas ya explicadas por Laclau (2016) y de la espiral silenciosa explicada por Noelle-Neuman (2018). Estas dos visiones o conceptualizaciones

nos ayudarán a explicar culturalmente la aparición de nuevos movimientos políticos y sociales.

Las instituciones de un sistema no basan su entera existencia a controlar, ordenar y clasificar a los ciudadanos a los cuales pretenden servir. Considero que sus funciones son mucho más sutiles. Y que el Estado en nuestras democracias liberales es capaz de dirigir nuestra vida sin que lo notemos. El sistema es capaz de amoldar nuestras vidas a sus preceptos.

La aparición espontánea de una manifestación (utilizo la manifestación pública como ejemplo debido a que es una de las máximas expresiones del descontento social y político y sirve para verificar la salud de un sistema político particular) o una irrupción pública de un movimiento social con demandas políticas explica simplemente la explosión de problemas no atendidos por el sistema o de opiniones excluidas por el consenso general. Estos problemas larvados al no encontrar solución, estallan y hacen publicidad de sus quejas y exigen a los agentes legitimadores soluciones a los mismos.

Un movimiento social espontáneo sin estructura ni organización solo acentuará la presión y conseguirá alzar la voz durante un breve lapso de tiempo. Después desaparecerá y todo volverá a la normalidad. Esto es debido a que los ciudadanos no pueden estar constantemente manifestando sus quejas públicamente debido a que tienen otros problemas referidos a la vida diaria que atender. Pero este tipo de movimientos, a pesar de que no son un peligro inminente para el sistema sí que son un aviso de la existencia de problemas sin solventar que deberían ser solucionados por las instituciones y por sus representantes.

Cuando las manifestaciones públicas son constantes y recurrentes la aparición de nuevos agentes sociales que lideren dichas manifestaciones es mucho más probable. Estas manifestaciones publicitan problemas y, en ocasiones, evidencian a aquellos que nunca han sido tomados en cuenta o representados por el sistema y sus instituciones. Aparecen en la plaza pública los que antes no tenían voz o los que nadie esperaba que la tuviesen.

Estas manifestaciones pueden ser estructuradas, pero difícilmente serán dirigidas por un partido político u organización política que tenga algún tipo de regencia dentro de las instituciones del sistema. Más bien tendrán un carácter civil y contestatario, evidenciando problemas sistémicos, y no solo los fallos recurrentes que todo sistema necesitan tener para controlar a los ciudadanos y evidenciar su utilidad como sistema.

Ante una manifestación espontánea, aunque tenga un carácter violento y/o disruptivo, el sistema solo tiene que saber aguantar. Solo necesita tiempo. Si nos encontramos ante una manifestación estructurada, que se alarga en el tiempo, el sistema podrá reprimir, reprimir y ofrecer soluciones, dividir al movimiento solucionando solo las demandas de una parte o capitular y aceptar su incapacidad para resolver los problemas planteados.

Si el sistema y sus agentes solo reprimen corren el riesgo de dignificar y martirizar al movimiento político. Lo que no solo les daría una razón funcional para su existencia (algo no funciona bien nos encontramos aquí para señalar el fallo que debes solucionar) sino también una razón moral (nosotros nos manifestamos pacíficamente sin utilizar la

violencia y el sistema nos oprime y golpea, por ende, nosotros somos los buenos y ellos los malos). La represión por sí sola denota debilidad.

Si el sistema reprime dicha manifestación y después soluciona algunas de las demandas. Se vería como un padre estricto que corrige la actitud de sus hijos pero que es capaz de solucionar sus problemas. Es decir, el sistema reprime la manifestación porque desordena la vida de los demás (lo que por sí solo sería moralmente reprochable) y acompaña dicha represión de soluciones a las demandas insatisfechas hasta ese momento. Esto podría reforzar la adhesión de los ciudadanos que no se han manifestado al sistema y de aquellos ciudadanos que han visto sus problemas resueltos.

Otro caso se basaría en el famoso divide y vencerás. El sistema y sus agentes buscarán solucionar algunos de los problemas, dejando sin argumentos para protestar a una parte del movimiento. Esto podría provocar su disolución o menguar sus expectativas y sus fuerzas.

Por último, si el movimiento social es lo suficientemente fuerte y se encuentra apoyado de alguna u otra manera por el resto de la población el sistema podría claudicar y dar paso a una renovación del mismo y de sus agentes legitimadores.

No considero que un movimiento social y político estructurado pero sin organización pueda derribar un sistema para sustituirlo por otro. Lo máximo que puede conseguir son beneficios a corto y/o largo plazo e inclusión en los aparatos e instituciones del sistema. Podríamos decir que existe una modificación pero siempre dentro de los parámetros establecidos por el propio sistema.

Si el movimiento social es estructurado y además organizado, es decir, adquiere una jerarquía que determina las funciones que deben ejercer cada uno de sus miembros tendrá unos objetivos claros. Un movimiento social estructurado pero no organizado carece de propuestas efectivas y realistas y de objetivos para poder llegar a conseguirlas. La jerarquía organizativa hace funcional al movimiento y lo convierte en un ente político, en un agente que no se encuentra dentro del sistema.

En el populismo el principal agente social y político es el pueblo. Y no tengo claro si el pueblo se define a sí mismo, lo define el líder del movimiento populista o es una combinación entre ambas opciones. Pero aquí aparece el pueblo como agente. El ente político que se encontraba excluido por el sistema, el ente por el cual se hacía todo pero si contar con él ahora quiere que se escuchen sus demandas y opiniones. Aquí se observa que en los sistemas donde el pueblo no es un agente legitimador o un ente político con capacidad de decisión política es más probable que nuevos movimientos políticos sean populistas, que utilicen al pueblo como su principal sujeto político y social.

La aparición de un líder y de una cúpula organizativa convierte al movimiento social en una herramienta capacitada para cambiar partes del sistema o incluso el sistema entero. El cambio más significativo es la consecución de objetivos. Y esto se relaciona con la aparición del mito fundador y con sus agentes legitimadores. El movimiento social y político de carácter populista, al encontrarse excluido, utilizará como arma la deslegitimación del mito fundador del sistema político, la deslegitimación de las elites

que pertenece al sistema (agentes legitimadores) o la deslegitimación de las estructuras y de las instituciones del sistema. O, también, la deslegitimación de todo a la vez.

Por lo tanto, para entender si un nuevo movimiento político es o no populista debemos observar, no si apela al pueblo, sino la relación que tiene el movimiento con el pueblo. Si el pueblo es una herramienta retórica por la cual se construye un discurso político basado en el pasado y en una actitud mesiánica hacia el líder del movimiento. Si el pueblo es tratado como un símbolo no se trataría de un movimiento populista. Si el pueblo es tratado como un agente capaz de modificar el sistema, de organizarse y de luchar políticamente, entonces si podremos hablar de un movimiento populista. En el populismo no se trata solo de apelar al pueblo sino de convertir al pueblo en un agente social y político de primer orden. Mediante el populismo se pasa del todo para el pueblo pero sin el pueblo al todo para el pueblo junto al pueblo.

Observamos que nuestro modelo nos ayuda a analizar minuciosamente el comportamiento tanto del sistema, de sus elites y de los movimientos sociales y políticos externos al sistema. Mediante el estudio de dichas relaciones somos capaces de identificar la estructura del sistema, sus mentiras y verdades, quién y por qué existen organizaciones o personas que lo defienden, y que caracterizas tienen los movimientos que buscan una modificación, inclusión o ruptura con dicho sistema. De esta manera podremos comprender si un nuevo movimiento social y político es populista o no.

3.3.3. Orden, cambio y revolución: de movimiento social y político a partido revolucionario

La aparición del movimiento político populista provoca en el sistema un estrés nada comparable con la aparición de otros movimientos políticos tradicionales. Un movimiento populista trata de no regirse por las reglas estipuladas por el sistema (al menos al principio). Esto se observa claramente en los discursos y acciones de ruptura de los consensos y la hegemonía que el movimiento populista pone en práctica para desarticular las defensas del sistema.

Un partido o movimiento tradicional que buscará cambiar el sistema utilizando los medios que el sistema ofrece para dichos cambios simplemente estaría siguiendo la hoja de ruta que el sistema ofrece para poder modificarse. No supondría ningún estrés.

Una vez ha aparecido el movimiento populista debemos tener en cuenta estos factores: cómo actúa el sistema; que hacen las elites políticas, intelectuales, culturales al respecto; cuáles son los objetivos del movimiento populista; y que herramientas está utilizando para conseguirlos.

El sistema puede desarticular al movimiento populista deslegitimando sus preceptos. El sistema puede aparecer como orden frente al movimiento populista que aparecería como un agente del caos. Esta estrategia de estabilización denota unas estructuras sistemas como maleables y poco flexibles ante situaciones de estrés institucional. La necesidad de

articular un discurso de orden frente a un requerimiento de cambio, implica una falta de previsión del sistema ante los mismos.

Los agentes legitimadores pueden actuar de las siguientes maneras: enfrentándose al movimiento populista y a sus líderes; copiando las formas del discurso y la estética del movimiento populista; o convertirse en unos oportunistas que se pasan al bando ganador para conseguir beneficios a futuro.

Los agentes legitimadores (líderes políticos, medios de comunicación, etc.) al principio no suelen tomarse en serio al movimiento populista y a sus líderes. Después suelen mostrar cierta simpatía hacía el mismo, quizá porque exista un beneficio detrás al hacerlo. Pero como cualquier élite si está ve peligrar su puesto no dudara en atacar a quien desea quitárselo. Las elites políticas suelen utilizar la experiencia en las instituciones, de las que ellos mismos se aprovechan, para atacar a las elites populistas. Se observa una dicotomía profesionalidad frente amateurismo. Esta experiencia (sobre todo referente a los asuntos económicos) debe estar respaldada de alguna manera por otro elemento importante a la hora de luchar contra el populismo: el miedo. El miedo es utilizado por los medios de comunicación para mantener al conjunto de la población en posiciones sociales y políticas aceptables por el sistema. Cuando un movimiento populista irrumpe en la escena y plantea cambios en las elites culturas y comunicativas estas atacan con virulencia.

Debido a la digitalización y al uso masivo de internet en los países desarrollados con democracias liberales, el control por parte de los medios de comunicación de lo que es correcto social, moral y políticamente, se torna cada vez más difícil (sobre todo para las poblaciones más jóvenes).

Esto provoca que aparezcan nuevas elites que apoyen dicho movimiento populista para así conseguir los beneficios económicos y sociales que podrían reportar en un futuro. Estas elites pueden ser nuevos individuos que apoyan desde el principio el movimiento populista o elites desplazadas en el antiguo sistema que buscan la atención y los beneficios que les podría traer apoyar e incitar al apoyo del nuevo movimiento político.

Si las elites políticas observan que el movimiento populista funciona y consigue cada vez más apoyos buscarán copiar sus formas. Se comportarán como lo hacen ellos sin comprender que el populismo no es una estética determinada o una performance que se pueda copiar. Entender esto es determinante. Si el populismo fuese algo estético o performativo dejaría de tener sentido en cuanto todo el mundo tuviese las mismas formas. Lo estético y performativo en político se encuentra reglado, en su gran parte, por los medios de comunicación y por las agencias de marketing que son las que encarnan lo estético en un consenso donde los mensajes políticos puedan ser fácilmente asimilables y transmisibles. Por eso, todos los partidos políticos utilizan las mismas herramientas y de las mismas formas para comunicar su mensaje a los medios de comunicación y que estos lo transmitan a la población.

El movimiento populista al encontrarse fuera del sistema podríamos decir que no entiende de modales. No entiende las claves consensuadas entre medios de comunicación y elites políticas a la hora de transmitir la información. Lo que ocurre es que sus diferencias

estéticas o performativas son diferentes a los ojos de las elites políticas y los medios de comunicación tradicionales que no están acostumbrados a las mismas. Pero para el pueblo al que dice representar el movimiento populista son formas predecibles y reconocibles.

Después nos encontramos con aquellas elites que no están denostadas por el sistema pero representan posiciones radicales que, siempre se encuentran marginalizadas, sirven al sistema democrático liberal para aparentar cierta pluralidad ideológica. Estas elites pueden pasar a los movimientos populistas con el fin de conseguir que sus ideas sean tenidas en cuenta y también para conseguir el beneficio económico y social que conlleva tener una posición de poder.

Debemos entender los objetivos del movimiento populista para entender que cambios podría provocar en el sistema. El movimiento populista puede querer formar parte del consenso político sustentado por el mito fundador, lo que lo convertiría en un agente legitimador más. Puede buscar sustituir a las elites tradicionales por sus propias elites. Estas elites populistas se acercarán a los objetivos ideológicos del movimiento. O bien presionar lo suficiente como para romper el sistema y así crear espacios constituyentes para constituir junto a su agente el pueblo un nuevo sistema que represente los intereses del mismo. También sus objetivos pueden variar a lo largo de su vida social y política. El movimiento populista está mucho más vivo debido a que se encuentra en las primeras fases de su crecimiento.

Si el movimiento desea formar parte del sistema lo más sencillo es convertirse en una herramienta que puede penetrar en dicho sistema. Si el sistema es una democracia liberal donde el acceso al poder pasa por los partidos políticos, el movimiento populista deberá convertirse en un partido político. Obviamente, esto determina unas contradicciones no solo organizativas y de gestión sino también estéticas y performativas. Al partido populista le resulta cada vez más difícil diferenciarse en las formas de los partidos tradicionales. Aunque el planteamiento de un discurso más radical y con propuestas simples e imaginativas puede ayudar a diferenciarse.

Si el partido populista consigue llegar a las instituciones verá como el sistema es capaz de amoldarlo a sus exigencias. Las pretensiones de cambios radicales se verán frustradas por unos mecanismos moderadamente conservadores. Las entrañas burocráticas del sistema no permitirán cambios bruscos en su funcionamiento. Por lo tanto, un partido populista en las instituciones encontrará serias dificultades para mantener su radicalidad o sus objetivos ideológicos. Si no accede a ningún tipo de poder tendrá más facilidades para mantener su discurso y sus objetivos como oposición.

Ante un sistema fuerte con unas instituciones fuertes el partido populista podrá promover cambios pero no romper con el tablero del juego político. Para que el partido o movimiento populista sea revolucionario se necesita un sistema débil, con unas instituciones no funcionales y unos agentes legitimadores que sean o se vean como dueños del sistema, no como representantes necesarios del sistema. Esto favorece la irrupción de un movimiento que incluya a los excluidos y que derribe el sistema para crear su propia mitología fundadora, sus propias elites y su propio sistema e instituciones.

3.3.4. El populismo dentro del sistema democrático liberal

La última fase del modelo trata de explicar que ocurre con el partido populista una vez ha entrado en el juego democrático liberal.

Que el partido o movimiento populista acepte las reglas del juego democrático liberal significa que comprende su debilidad para cambiar las instituciones. Solo un movimiento revolucionario sería capaz de romper las reglas del juego para crear otras con las que se sintiese más cómodo.

El partido o movimiento populista entiende que para conseguir sus objetivos, ante unas instituciones asentadas y consolidadas, debe aceptar el funcionamiento y los procesos de elección de representantes para las distintas instituciones del sistema. Es decir, se tiene que convertir en una élite más del sistema. Es un rito de iniciación para que las demás elites acepten a dicho partido como un jugador más, que pese a sus diferentes formas y mensajes sabe adaptarse al campo de juego.

La aceptación de las reglas del juego del sistema, que el partido populista deseaba derribar o cambiar, es sinónimo de una rendición de sus máximas políticas y sociales. Ningún partido populista en un régimen institucional fuerte pone en duda las herramientas de elección de los representantes políticos. Es decir, no se critica el voto como método de elección válido, se puede criticar la manera en la que se hace, lo que se elige con ese voto, etc. Por eso, si consideramos que una democracia tiene como herramienta fundamental para considerarse como tal el voto, podríamos afirmar que el populismo ante un sistema democrático fuerte aceptará las herramientas y procesos democráticos. No ira en contra de la democracia como sistema y estructuración política e institucional. Entrar en los mimbres del sistema conlleva la aceptación de contradicciones que, en ocasiones, pueden destruir a la formación política.

La utilización del pueblo como agente válido para la legitimación del sistema puede provocar dos grandes consecuencias: la inclusión en el sistema de partes del pueblo que se encontraban excluidas; o, la traición del partido populista a los preceptos que le han llevado a conseguir el poder.

La inclusión del partido populista en el sistema demuestra lo flexible que es el sistema para aceptar los cambios. Puede parecer una contradicción, ya que la aparición de partidos populistas suele darse en sistemas donde los partidos políticos tradicionales siguen reglas ideológicas que deben regirse de manera cuasi dictatorial. Los sistema democráticos liberales dónde la crítica dentro de un partido se observa como una traición son los más aptos para encontrarse con multitud de ciudadanos sin representación ideológica en sus sociedades. Lo que provoca que, junto a los descontentos por una razón coyuntural, sean los seguidores perfectos para un nuevo movimiento político.

La cuota de poder que consiga el partido populista es importante para entender qué cambios puede realizar dentro del sistema. Si el partido populista se encuentra en la oposición, con un número considerable de diputados, puede seguir comportándose de la misma manera. Esto obligaría al sistema a cerrarse en sí mismo, las elites se agruparían

en torno a los valores desprendidos del consenso y del mito fundador. Esta táctica beneficiaría al partido populista ya que se vería como una alternativa real de cambio para todo el pueblo al que dice representar. Podría ocurrir una reafirmación del voto de los convencidos y una aproximación al voto de los indecisos. Si, por otro lado, decide pactar ya sea un gobierno, ya sea diferentes medidas con alguno de los partidos tradicionales, puede diluirse su diferencia, puede dejar de ser una alteridad para convertirse en uno más. Pactar, para un partido populista, significa reconocer que existe otro pueblo además del que ellos dicen representar. Lo que diluye su piedra política angular. Si existe más pueblo del que yo he concebido como tal, y además lo válido pactando con él, o soy un traidor al verdadero pueblo o el verdadero pueblo no existe. Esta contradicción puede destruir el movimiento populista y convertirlo en un partido tradicionalista más. Si el partido populista consigue poca representación parlamentaria puede verse diluido por la irrelevancia. Los votantes desean que sus opciones políticas sean útiles y que sirvan para cambiar el sistema a favor de sus intereses, si el partido populista aparece como una herramienta inoperante y disfuncional para la representación política, el votante dejará de interesarse por él.

La otra alternativa es que el partido populista gobierne. Esto provocará graves tensiones en el sistema debido al cambio entre las elites y a la reestructuración institucional que el partido populista debe hacer en las instituciones burocratizadas para poder realizar sus planteamientos y objetivos ideológicos.

A la hora de gobernar el populismo transforma las instituciones a su manera. Desea asemejar las instituciones a sí mismo para que sean útiles al nuevo agente legitimador que ellos representan. Aunque estas transformaciones sean falaces. Se basan en preceptos y procesos democráticos para cambiar el sistema, no porque el populismo así lo desee, sino porque no toda la población ve a las instituciones ya existentes como deslegitimadas.

Pero, no solo se pueden realizar cambios poco democráticos, también el partido populista podrá ampliar los mecanismos democráticos al incluir a otros que se encontraban excluidos. Todo depende del pueblo que dicen representar. Qué tipo de agente es el pueblo que siempre entonan en sus discursos. Huelga decir, que la ampliación de derechos y la inclusión de nuevos colectivos al sistema suele provocar grandes tensiones institucionales. Y el partido populista suele utilizar dicha inclusión como mito fundador para mantenerse en el poder. Esto también ocurre cuando un partido populista desea restringir derechos y utiliza el miedo hacia otros para ello. Lo que ocurre en este caso, es que el partido populista desea amoldar las instituciones y el sistema solo a su noción de pueblo. Todos los demás ya sean elites y/o enemigos se encuentran fuera del sistema y por lo tanto no deberían tener los mismos derechos que el pueblo verdadero.

En definitiva, lo que debemos observar para analizar qué posibilidades tiene el populismo para cambiar el sistema en el que se encuentra es lo siguiente: cuota de poder que ha conseguido; su relación dentro del sistema con los otros partidos u organizaciones políticas; su relación con los procesos funcionariales y burocráticos que hacen funcionar el sistema; su manera de entender al agente legitimador que dicen representar: el pueblo.

3.3.5. Entonces, ¿cómo saber si un partido o movimiento político es populista?

Antes de responder a nuestra cuestión central, deberíamos explicar qué entendemos por populismo. Para mí, el populismo es la acción política que unifica demandas insatisfechas de los sujetos excluidos y/o agraviados por diferentes problemas sociales que, ante la inoperancia de las instituciones y los agentes legitimadores tradicionales, buscan nuevas vías de acceso hacia lo institucional. La organización de dicha acción política en forma de movimiento o partido conlleva la representación y aceptación del pueblo como agente social y político. El populismo utiliza al pueblo como agente social y político, la identificación del pueblo y de su alteridad no son exclusivas del populismo, al igual que una estética o performatividad exclusiva y diferenciadora. Lo que diferencia al populismo de otras vías y visiones, es el uso del pueblo. *El populismo es el pueblo haciendo política, los demás movimientos que apelan al pueblo se ven como representantes de ese pueblo pero nunca son ese pueblo.* Puedes hablar como el pueblo, vestir como el pueblo, comprar como el pueblo, pero si no eres pueblo no podrás ser populista. El populismo es *ser* y no es *parecer*.

El populismo como acción política puede destruir nuestras democracias siempre y cuando estás no permitan al pueblo ser pueblo. Lo que debería hacernos cuestionar esto es si realmente son democracias aquellos sistemas que dicen hacer todo para el pueblo pero sin la complicidad y el apoyo del mismo.

La elección ideológica del populismo se basa sobre todo en los elementos culturales más que en los económicos. En un sistema capitalista globalizado e interdependiente las políticas económicas suelen encontrarse restringidas a un campo de acción limitado. Mientras que la batalla cultural ofrece nuevas maneras de atraer a los votantes hacia nuevos partidos. Por lo tanto, la posición ideológica del populismo dependerá del mito fundador de su sistema político, de la debilidad de los agentes legitimadores y de cómo se encuentre en ese momento la batalla cultural. Si el debate se centra en la inmigración, y el consenso de los partidos tradicionales es no estar en contra de una manera tajante, el partido populista verá esto como una oportunidad y su agente legitimador tendrá como característica no solo la diferencia con las elites corruptas moralmente sino también con otros sectores de la sociedad que se ven como una amenaza para el grupo principal. Si en cambio la guerra cultural se basa en dar nuevos derechos a colectivos antes oprimidos y los partidos tradicionales no se muestran de acuerdo, el partido populista utilizará esas demandas y su pueblo tenderá a ser más inclusivo y a tener de enemigos a las elites que no permiten avanzar en esos derechos. En definitiva, si el populismo es pueblo. El populismo de derechas es un pueblo de derechas, y el populismo de izquierdas es un pueblo de izquierdas. Si nos encontramos ante un pueblo racista y conservador, el movimiento populista como es pueblo tendrá la misma tendencia ideológica que su agente social y político. Ídem para el populismo de izquierdas. Saber la tendencia ideológica de un pueblo para reconocer el espacio ideológico que tienen otros movimientos y/o partidos políticos al entrar en la batalla política requiere de un conocimiento histórico, económico, social y político de una nación en concreto.

Una vez explicado que entendemos por populismo podemos sacar las diferentes fases de nuestro modelo que sirven para analizar si un partido político es populista o no.

1ª fase: identificar el momento de aparición del movimiento o partido político populista

Esta parte requiere de cierto análisis. Debemos entender el contexto en el cual ha aparecido el movimiento o partido populista. ¿Cuál ha sido la ventana de oportunidad que han aprovechado para surgir? ¿Por qué ahora? ¿Qué resorte o resortes del sistema se han visto deslegitimados? ¿Por qué se han visto deslegitimados (corrupción, despotismo, ineficiencia, etc.)?

Esto nos permitirá entender la situación más cercana y los elementos de interés para conocer mejor la situación política del momento y el espacio de oportunidad.

2ª fase: identificar lo que ya no es legítimo

Debemos observar qué es lo que ataca el discurso populista. Si ataca al sistema entero está poniendo en duda los mitos y símbolos del sistema, a sus agentes legitimadores y a las instituciones que transforman lo simbólico en material. También puede atacar a parte de la población que es diferente a la idea que ellos tienen de sí mismo, pero esta parte del pueblo no sería un agente del sistema más bien suelen ser grupos que se encuentran incluso más excluidos que los excluidos que puedan considerarse los populistas. Esto nos ayudará a identificar cuál o cuáles son los enemigos del pueblo populista. Y nos ayudará a determinar el camino ideológico que el movimiento empieza a tener o ya tiene.

3ª fase: qué es el movimiento o partido y a quién representa

Analizar las actitudes y discursos de los líderes del partido o movimiento populista es una manera de entender a quién va dirigido su mensaje y contra quién lanza sus réplicas. Observar cómo se organiza el partido nos puede ayudar a entender sus pretensiones. Si su organización se parece a la de los partidos tradicionales sus pretensiones serán convertirse en un partido tradicional.

También nos ayudará a comprender a quién representa dicho partido y cómo entiende el liderazgo y la función de representación. Si los líderes dialogan mucho con las bases, si tienen mecanismo de diálogo directo interno y externo, estaremos ante una manera abierta y democrática de entender la política. Si los líderes populistas se separan de sus bases a las cuales solo saben mandar y no escuchar, estaremos ante un movimiento populista autoritario.

4ª fase: ser o no ser pueblo

Esta fase es la que define si el movimiento es populista o no. Es la fase crucial del análisis.

Las fases anteriores nos permiten tener información sobre el contexto, el partido, sus líderes y su manera de organizar el movimiento o partido populista. Saber si el partido es populista significa entender que su agente social y político es el pueblo. Que sin el pueblo perdería toda su esencia. Dejaría de existir.

Los partidos populistas tienen al pueblo como alma mater, son el pueblo actuando política y socialmente. Es la acción popular convertida en herramienta política. Mientras que muchos partidos pueden hablar en nombre del pueblo, pero no ser pueblo, no tener esa esencia que los transforma en populistas.

5ª fase: qué hace el partido dentro del sistema político

Esta última fase sirve para analizar qué consecuencias puede tener un partido populista en un sistema político determinado. Para ello debemos tener en cuenta los cambios provocados por el populismo en la sociedad. Pueden existir cambios culturales que permanezcan y otros que desaparezcan, puede haber cambios institucionales, cambios en las elites que regentan el sistema. Pero rara vez el populismo produce cambios revolucionarios, es decir, cambios de sistema.

Esta fase se amplía con lo que ya habíamos analizado en la 1ª fase. El estudio y conocimiento del sistema y de las instituciones nos ayudará a comprender la importancia de los cambios que el populismo produzca en el sistema y si el sistema es lo suficientemente fuerte como para aguantar el modelo que ya tenía o el populismo, frente a la debilidad de las instituciones, es capaz de amoldar al sistema a sus propias vías ideológicas.

3.3.6. Conclusiones

El modelo que ofrezco para entender si un movimiento o partido político es populista o no también sirve para entender el funcionamiento de otras organizaciones sociales y políticas. Es un modelo que se basa en el análisis del contexto social y político, el análisis del movimiento o partido populista, de sus contrincantes, del sistema político y social en el cual se inserta y de los ciudadanos que dice representar el populismo.

Se trata de comprender y entender. El modelo se divide por fases por una mera cuestión de ordinalidad. Este modelo avanza desde lo general a lo particular para después observar como lo particular afecta a lo general. Se trata de entender cómo es el espacio y el momento en el cual ha surgido el posible partido populista. Una vez descubierto dicho partido se trata de analizar cómo actúa y acciona y reacciona en ese entorno y cómo actúan los demás ante su aparición. Y por último, si dicha aparición ha causado algún cambio significativo o no en alguno de los campos de estudio e investigación (económico, político, cultural, etc.)

Se trata de crear una narrativa, una historia del movimiento o partido que nos explique un trozo del campo político y social. Y consiga darnos algunas claves sobre qué es lo que pudiera ocurrir en el futuro.

No es un modelo predictivo. Considero que sería falaz diseñar un modelo cuyo fin sea predecir cuándo va a aparecer un movimiento populista. A pesar de que la evidencia nos confirma que en algunos casos debido a las consecuencias de una grave crisis han aparecido movimientos populistas, esto es meramente circunstancial. Lo mismo

podríamos decir de otros movimientos políticos que también aparecen cuando ocurre una crisis y no son populistas. Por lo tanto, podemos decir que las crisis no son realmente un elemento fundamental para la aparición del populismo, sino que son un elemento fundamental para cualquier cambio social y político.

Es un modelo deliberativo, es decir, permite el debate y la discusión en cada uno de sus apartados. Considero que es muy importante que a la hora de analizar movimientos sociales y políticos utilicemos modelos que permitan el debate y el uso creativo de nuestras capacidades intelectuales. Creo firmemente que la creación de un modelo basado en minimizar y codificar lo máximo posible la realidad lo único que consigue es dejarse información valiosa por el camino.

Además es un modelo colaborativo. Permite la colaboración entre investigadores y facilita el traspaso de información y documentación.

Por último, este modelo permite comunicar lo investigado. Ya que posibilita la creación de una narrativa sobre el movimiento o el partido investigado. Lo que hace más atractivo la comunicación de los resultados.

En definitiva, el modelo permite conocer un movimiento social en movimiento, permite tomar imágenes fijas que superpuestas nos trasladan una dinámica. Dan a nuestro estudio un dinamismo que se parece mucho más a la realidad que el análisis de un corte de la misma.

Este dinamismo nos permite rellenar las sombras que pudiéramos encontrar en el camino de nuestra investigación. Además nos permite retomar, corregir, rellenar los huecos que nos hayamos podido dejar. Permite corregir errores y aportar nuevos puntos de vista.

Este modelo dinámico permite discutir y ampliar los conocimientos sobre nuestra propia investigación y el sujeto o sujetos a investigar. Además su robustez radica en la posibilidad de observar los fallos con más claridad, lo que invalidaría el resto del análisis posterior, pero no necesariamente el análisis de fases anteriores. Por ejemplo, si descubrimos un error en la 3ª fase la 4ª y 5ª fase también serán erróneas, pero no necesariamente la 2ª y 1ª fase. Puede que dicho error solo se encuentre en la 3ª fase.

Por lo tanto, hemos creado un modelo de análisis dinámico, robusto, colaborativo, deliberativo, no predictivo y de fácil comunicabilidad. El modelo A.F.P. servirá para analizar, en el siguiente apartado, el caso del partido político Podemos, desde sus inicios hasta su institucionalización y descubrir si esa organización es populista o tiene un carácter político y social diferentes al populismo.

4. ESTUDIO DEL PARTIDO POLÍTICO UNIDAS PODEMOS: APLICACIÓN DEL MODELO A.F.P.

En los apartados anteriores hemos descrito las diferentes teorías existentes sobre el fenómeno social y político del populismo (véase apartado 2). Desde la explicación de lo que es el populismo hasta el estudio y análisis de cómo se relaciona el fenómeno populista con los sistemas democráticos modernos. En el apartado 3 se ha analizado las diferentes formas de acercarse al estudio de caso de un fenómeno social y político. Se ha explicado nuestra propia aproximación: se trata de una aproximación cultural hacia el fenómeno social y político populista. Y se ha expuesto nuestro modelo A.F.P. para entender el fenómeno y las organizaciones populistas. En este apartado número 4 aplicaremos el modelo A.F.P. a un caso específico: la aparición y el nacimiento de un nuevo fenómeno social y político.

La aparición del 15M visibilizó una ola de indignación que sorprendió al sistema político tradicional en España. La falta de transparencia y la poca explicación de las medidas tomadas a tenor de la crisis llevó al sistema de representación política en España a un impasse del cual no parecía poder salir. El lema coreado era: *¡No nos representan!* Esta afirmación que se encontraba en los carteles de las plazas, en cada manifestación, reflejaba un malestar mucho más allá de los problemas materiales provocados por las dificultades de la crisis económica. Se puso en cuestión un sistema democrático que dejaba fuera de sus instituciones a muchas sensibilidades políticas. Un sistema político que parecía caducar a pasos agigantados.

Podríamos decir que las manifestaciones del movimiento 15M fueron solo un clamor, solo un pequeño momento de desahogo que la población necesitaba para hacer frente a las tensiones que provocaba la crisis día a día. Considero que nos quedaríamos cortos. Nos quedaríamos cortos si pensáramos que solo fue una explosión, que todo el movimiento no venía de lejos, que fue tan solo una pequeña rebelión ante un sistema democrático anquilosado. Quizá, que el *Partido Popular* ganara las elecciones generales con mayoría absoluta ese mismo año (Noviembre, 2011) pueda llevar al lector a preguntarse si ese movimiento fue realmente importante o tuvo una relevancia realmente significativa. Lo que debemos hacer es mirar más allá. El 15M no propuso una alternativa política al sistema político bipartidista. Tan solo expuso de manera clara las fallas que existían en el sistema. Ante la falta de alternativas políticas la alternancia seguía vigente en el sistema político español.

El 15M demostró que parte de la ciudadanía percibía que el sistema político español estaba falseado, trucado, su funcionamiento era oscurantista y, sobre todo, que las políticas que promovía no se realizaban para mejorar la vida de los ciudadanos. No representaban con claridad los intereses de los mismos. Pero, a pesar de que todo cambió a partir de ese momento, no hubo una alternativa política que pudiera hacerse cargo de todo ese descontento político y social.

El mundo de muchas personas seguía resquebrajándose mientras las noticias económicas protagonizaban las portadas de todos los periódicos y las cabeceras de los telediarios. La política seguía haciendo lo mismo. Los problemas aumentaban, las fallas políticas se hacían cada vez más evidentes y la crisis económica junto con la crisis política provocaba que la democracia liberal española se viera amenazada por el descreimiento y la deslegitimación a ojos de sus propios ciudadanos. El 15M trajo consigo la visualización de graves problemas democráticos en nuestro país. Es evidente que desde ese momento todo cambió, tanto política como socialmente. La cultura política de nuestro país se estaba transformando y el 15M fue una de las mechas que encendieron la pólvora.

En este bloque, en primer lugar, (1) realizaremos una genealogía del partido político *Unidas Podemos*. Desde su creación en el año 2014 hasta la construcción del gobierno de España salido de las Elecciones Generales de 2019; (2) observaremos si este movimiento tiene algún tipo de relación con el 15M y porque fases ha pasado en los años de vida que tiene como partido político; (3) Analizaremos sus ventajas y desventajas, sus votantes, su planteamiento organizacional, su manera de comunicar y de hacer política. En definitiva, veremos cómo se ven a sí mismos y como los ven los demás. Esto nos ayudará a entender mejor las características de este movimiento político y las consecuencias que ha tenido y tiene para el sistema democrático español.

En el segundo apartado de este bloque analizaremos las características políticas de *Unidas Podemos* aplicando nuestro modelo A.F.P. para entender si este movimiento político es populista. Además, mediante el uso del modelo, crearemos una narrativa que ilustre la vida de una organización social y política. Podremos crear una historia de vida organizacional de un fenómeno social y político concreto.

4.1. GENEALOGÍA DE UNIDAS PODEMOS

El 16 de Enero de 2014 en el Teatro del Barrio (Madrid) se presentó a la prensa, y mediante está al público en general, la iniciativa política *Podemos*. Esta presentación puede encontrarse en la plataforma de videos llamada *YouTube*. La escenografía nos presenta un atril con un micrófono, unas sillas detrás, donde los fundadores y fundadoras estaban sentados y un panel blanco con el logo de la iniciativa política repetido varias veces. Pablo Iglesias aparece ante la prensa allí reunida para explicar las causas de la creación de esta iniciativa política. La crisis económica, la pérdida de derechos y la falta de una alternativa real a las políticas realizadas por los partidos tradicionales son las supuestas causas de la aparición de *Podemos*. En esta rueda de prensa de presentación se habla de la candidatura para las Elecciones al Parlamento Europeo que tendrían lugar ese mismo año. Pero, ¿qué es *Podemos*? ¿Cómo se planteó esta iniciativa política en sus inicios? En esta rueda de prensa *Podemos* se ofrece como una herramienta política aglutinadora que no busca ser un partido tradicional de izquierdas, sino una alternativa política que aúne a los diferentes colectivos y partidos políticos que han luchado contra los recortes y las políticas realizadas para paliar los efectos de la crisis económica iniciada

en el 2008. *Podemos* se plantea como una herramienta abierta y plural capaz de reunir a todos los colectivos que desean una alternativa real para el país.

No solo se presenta Pablo Iglesias como candidato, sino también Juan Carlos Monedero como una voz importante para el proyecto, Ana Castaño como participante de la Marea Blanca (movimiento social y política que busca la defensa del sistema público sanitario español), Teresa Rodríguez como responsable de participación ciudadana, Miguel Urbán como responsable de organización e Íñigo Errejón como responsable de comunicación y estrategia política de *Podemos*. Este parece ser el plantel organizativo inicial de *Podemos*.

Las causas generales de la aparición de *Podemos* como iniciativa política parecen ser “una crisis económica muy profunda y prolongada que afecta a grandes capas de la población.” (Fernández-Albertos, 2015, pág. 13) Las políticas económicas realizadas en los años de crisis más duros excluyeron a muchas personas del Estado del Bienestar y contribuyeron a reducir los derechos de los trabajadores en pos de revertir los efectos destructivos del aumento notable y cuantioso de las cifras del paro. Por otro lado, otra causa general vendría “del convencimiento, también entre una gran parte de la ciudadanía, de que los mecanismos tradicionales de representación política son incapaces de canalizar las cada vez mayores demandas que esta ciudadanía traslada al sistema en una situación de crisis.” (Fernández-Albertos, 2015, pág. 13) Es decir, se produce una desafección debido a la ineficacia de los procesos políticos y de representación de albergar nuevas demandas de la población que aparecen debido a cambios en el contexto social, económico y político del país. Así se articulan, desde fuera, un conjunto de demandas que necesitan de una organización política para entrar en el sistema y conseguir llevarlas a cabo. Esta falta de representación aparece porque “los partidos no están cumpliendo el contrato implícito que tenemos con ellos” (Subirats & Vallespín, 2015, pág. 20) Los partidos políticos no representan los intereses de sus votantes, por lo que sus demandas insatisfechas necesitan articularse de otra manera.

Podemos, en términos generales, aparece para intentar paliar políticamente estos dos problemas: los estragos en una parte importante de la población derivados de la crisis económica y los fallos percibidos por la ciudadanía en la democracia española en los procesos de representación política.

En este apartado analizaremos el antes y el ahora de *Podemos*. Desde saber si el (1) 15M fue el movimiento y/o la manifestación que anticipó el nacimiento de *Podemos*; pasando por un análisis (2) del discurso y la comunicación que utilizaba *Podemos* para llegar a la gente; hasta el análisis de (3) los votantes de *Podemos* desde su irrupción en las Elecciones Europeas de 2014 hasta la formación del gobierno después de las Elecciones Generales de 2019.

4.1.1. El 15M: ¿Germen de Podemos?

El 15M fue un movimiento político y social que puso sobre la mesa una serie de interrogantes sobre la democracia española y el sistema de representación. La mayoría de

los interrogantes confluían en la proclama general: ¡No nos representan! Dando a entender que el sistema bipartidista que había funcionado con anterioridad, en tiempos de crisis no reflejaba las demandas e intereses de una importante parte de la ciudadanía. El 15M supuso un cambio sustancial en la concepción de lo político en España. Puso de relieve problemas sustanciales y estructurales a los cuales los partidos tradicionales no supieron responder u ofrecer una solución a los mismos. La pregunta que podríamos hacernos es si el 15M facilitó la aparición de un nuevo partido político a nivel nacional que rompiese la barrera bipartidista de la democracia española. El 15M no creo a *Podemos*, pero *Podemos* sí que se ve como un hijo político de ese movimiento. Algunos de los integrantes de *Podemos* explican que el partido “nunca se ha apropiado del título de ser la representación del 15M, ni mucho menos, sino acaso una herramienta entre otras muchas, un instrumento de canalizar toda esa indignación un poco amorfa en reformación política.” (Guedán, 2016, pág. 27) *Podemos* aparece como una nueva herramienta que recoge algunas demandas expuestas en el movimiento 15M. Es decir, en su creación busca representar lo que ya no se encuentra representado en el sistema político español. *Podemos* se ve “como la fuerza política que tradujo con más entereza el 15M a nivel electoral.” (Iglesias & Juliana, 2018, pág. 259) Una fuerza que no surgió necesariamente del 15M, pero sí que supo aprovechar la ola de indignación para así conseguir mayor fuerza política y trastocar el tablero político del bipartidismo.

El 15M fue “un estado de ánimo que impugnaba todos los grandes consensos que vertebraban el sentido común nacido en la Transición.” (Guedán, 2016, pág. 22) Es decir, el 15M abrió una ventana de oportunidad que *Podemos* supo aprovechar. Surgió un nuevo espacio político, que en un sistema democrático semicerrado y anquilosado, no encontraba representación para sus demandas. No solo eso, sino que la raíz de *Podemos* se “nutrió de que también el resto de raíces que estaban intentándolo habían fracasado, se habían secado y habían permitido que todo el agua y toda la savia fuera hacia la nuestra.” (Guedán, 2016, págs. 25-26) Ante los fracasos de otros partidos que también intentaban monopolizar las demandas y actitudes del 15M *Podemos* salió victorioso y congregar en su seno toda la indignación con el sistema político y social español. El triunfo, quizá como todo en política, no solo dependió de ellos mismos sino también del fracaso de otros que no supieron aprovechar esa ventana de oportunidad que surgió en ese momento.

El 15M “ni estaba en disposición de simplificar sus demandas en unas pocas líneas de trabajo ‘operativas’, ni podía reconocer los principios básicos de la democracia representativa.” (Calvo & Alvarez, 2015, pág. 117) Se trataba de un movimiento que buscaba la discusión política en profundidad y la llegada a consensos que fuesen lo más amplios posibles. No trataba de programar sus debates políticos y no deseaba participar en una democracia que consideraban caduca y llena de fallos en los procesos de representación de los intereses de los ciudadanos. El 15M “despliega una estrategia que combina el alejamiento del núcleo de la *polis* con una evidente moderación en las formas y repertorios de protesta.” (Calvo & Alvarez, 2015, pág. 117) Este movimiento no buscaba la radicalización frente a las instituciones contra las que se manifestaba, sino un alejamiento de las prácticas políticas de los organismos tradicionales unida al diálogo sosegado y serio sobre las cuestiones más importantes a nivel social y político de ese momento. El consenso forma “parte de la discusión permanente del 15M, como si fuera

la clave de su constitución política, de su potencial impacto y de sus límites.” (Marzolf & Ganuza, 2016, pág. 93) El 15M no buscaba el enfrentamiento frente a un *algo* que ejerciera de *enemigo*, sino un consenso que ampliase los horizontes y las fronteras políticas. Nunca “escondió su incapacidad para representarse, más bien convirtió está en un fin y ese sería uno de los argumentos claves para la defensa del consenso en las asambleas.” (Marzolf & Ganuza, 2016, pág. 93) El objetivo no era encontrar los elementos necesarios para representarlos a todos, sino encontrar los elementos necesarios para que todos pudiesen participar y ser escuchados. El logro de este movimiento fue construir “1) una movilización de ciudadanos ordinarios, más allá de los militantes y actores de los movimientos sociales y 2) sustentar el mismo en un apoyo popular transversal.” (Marzolf & Ganuza, 2016, pág. 95) En definitiva, ampliar la participación política y convertir el espacio público en un espacio de comunicación y consenso político. Contribuyó “a generar una nueva lógica de protesta, mientras empoderaba a muchas personas para luchar contra iniciativas percibidas como injustas.” (Marzolf & Ganuza, 2016, pág. 95) Traspasó las fronteras políticas tradicionales y amplió la percepción y concepción de lo que significa la política. Marzolf & Ganuza (2016) explican que en el 15M

existía la convicción de que para cambiar las cosas era necesario primero pasar por la sociedad civil, cambiarla. La política institucional no era un fin en sí misma, sino que sería la consecuencia de una sociedad distinta. Se quería cambiar la política sin hacer de políticos y el consenso era el método de este cambio. (págs. 97-98)

El movimiento trata de huir del tradicionalismo político y de los procesos políticos institucionalizados para abrir espacios alternativos de expansión participativa y política. Unos espacios donde el consenso es primordial y donde todos tienen la voz para decir lo que piensan. Un espacio que no representa pero sí incluye. Un espacio para cambiar los mimbres del tejido social y político del país.

Pero, ¿por qué el 15M no creó su propio partido político? ¿Por qué no se instituyó en organización política? ¿Por qué no buscó la participación en campo político para hacer valer sus demandas? El 15M tuvo tres características que lo diferenciaban: “no tener liderazgos, no tener estructuras y no tener programa.” (Guedán, 2016, pág. 26) Estas características a la larga fueron las que dificultaron su materialización en un ente y agente político. Sin liderazgos, sin un programa que “dé sensación de que tiene capacidad de gobernar y sin una estructura que evite lo que siempre hemos dicho de los movimientos sociales, que les ocurre como las olas en el mar, que solamente existen cuando hay viento.” (Guedán, 2016, pág. 27) El 15M presentaba las características de un movimiento social que no buscaba influir en la política institucional sino cambiar las placas tectónicas de los procesos sociales y políticos. Es complicado entender cuáles son las consecuencias de un movimiento como este. Pero lo que podemos tener claro, ya que la realidad lo confirma, es que después de dicho movimiento y de la aparición de *Podemos*, que supo aprovechar las circunstancias políticas del momento, nada ha sido igual en el panorama político español. El 15M puso en crisis al sistema y sus instituciones que “no son capaces

de responder a las demandas de una buena parte de sectores insatisfechos de la sociedad española, no porque entonces no sirvieran, sino porque hoy tienen poca capacidad de incorporar el descontento y dar alguna solución institucional.” (Errejón & Mouffe, 2016, págs. 28-29) Pero no se institucionalizó, sino que se proyectó en diferentes partidos o herramientas políticas, como el propio *Podemos* o como el *Partido X*, etc...

Pero, debemos recordar que la

existencia de un descontento generalizado es condición necesaria, pero no suficiente, para la articulación de una alternativa política, y esta articulación se ve dificultada cuando no existe un cierto grado de convergencia en las preferencias y objetivos de aquellos que son críticos con el actual estado de cosas. (Fernández-Albertos, 2015, pág. 33)

Por lo tanto, el 15M y *Podemos* pueden estar relacionados pero no necesariamente pueden tener las mismas raíces o la misma visión cosmogónica sobre los procesos políticos, sociales y de representación. El movimiento 15M tenía la característica de ser plural e incluso ofrecer una transversalidad que no ofrecían otros movimientos ni partidos políticos. Lo que, como hemos explicado con anterioridad, dificultó su materialización en una organización política estructurada. La desafección política expuesta en el 15M con los partidos tradicionales no parecía deberse “a una progresiva despolitización de la ciudadanía (de hecho el interés por la política *aumenta* en estos años), sino más bien a que las demandas de los electores no encuentran acomodo en la oferta política existente.” (Fernández-Albertos, 2015, pág. 35) Estas demandas diversas eran las que provocaban la transversalidad y pluralidad del movimiento. Lo que hicieron los diferentes entes políticos que surgieron o que aprovecharon el 15M fue escoger las demandas más representativas del descontento general e incorporarlas a sus programas políticos. También se modificaron la estética política y la organización de los diferentes organismos políticos institucionalizados o en búsqueda de institucionalización. No solo se trataba de fijarse en las demandas insatisfechas, sino en cómo hablaban, cómo se organizaban, cómo se movían los actores principales y las voces más destacadas del 15M.

Podemos sería la institucionalización de parte del movimiento 15M (Calvo & Alvarez, 2015) Pero “sería incorrecto ver a Podemos como el resultado de un proceso ordenado y consensuado de evolución o adaptación al cambio por parte de un movimiento social que actúa de manera uniforme.” (Calvo & Alvarez, 2015, pág. 116) Es decir, el surgimiento de *Podemos* no fue un planteamiento estructurado y organizado del movimiento social 15M. La creación de *Podemos* se basa en el “reconocimiento de determinados participantes en el movimiento 15-M de la necesidad de superar las limitaciones del discurso de la movilización ‘autónoma’, para así ganar impacto político y garantizar la vigencia del ciclo movilizador.” (Calvo & Alvarez, 2015, pág. 116) *Podemos* surgió del convencimiento de parte de los participantes del movimiento 15M de que dicho movimiento tenía sus limitaciones y no influía de manera certera en la política institucionalizada. Los gritos y las proclamas no tenían una realidad y realización política concreta. Los cambios que pedía el movimiento no se llevaban a la realidad política.

Podemos ha sabido articular algunas de las características más fundamentales del 15M. Destacan

la aceptación, al menos discursiva, del valor de participación masiva como motor de la propia constitución de la organización como partido político; en segundo lugar, el recurso a una emocionalidad proactiva y positiva, que prefiguraba la capacidad de cualquiera para ser parte de lo político; en tercer lugar, la horizontalidad organizativa; en cuarto lugar, el uso creativo de las nuevas tecnologías de comunicación y, finalmente, un estilo de comunicación accesible y poco ampuloso. (Calvo & Alvarez, 2015, págs. 118-119)

Un discurso alejado del discurso de los partidos tradicionales e institucionalizados, más cercano, más simplificado; poner el valor de la participación ciudadana como pilar fundamental para la organización y el debate político; frente a una pretendida racionalidad política el surgimiento de una emocionalidad que ejerza de motor para el cambio político; una organización de elementos iguales y repartidos y una comunicación que aprovecha las nuevas tecnologías y redes sociales para llegar a más gente y escapar de los medios tradicionales de comunicación. Estos son los elementos que *Podemos* ha sabido reflejar en su ADN político y social.

El 15M y *Podemos* “son manifestaciones, con más similitudes que diferencias, de un mismo ciclo de protesta contenciosa.” (Calvo & Alvarez, 2015, pág. 120) Es decir, son hijos de una quiebra en el sistema político español, que se dio en un momento concreto y determinado, y rompió las fronteras políticas existentes hasta ese momento. *Podemos* “puede ser considerado como la respuesta de una determinada generación política dentro del activismo 15mayista a los dilemas propios del acceso al sistema político.” (Calvo & Alvarez, 2015, págs. 120-121) *Podemos* es una organización que nace con ciertas características del 15M y que surge en el seno del debate que ocurrió entre los que deseaban seguir siendo un movimiento social y los que pensaban que debían entrar en las instituciones para poder cambiar las cosas. En definitiva, *Podemos* y otras organizaciones políticas, surgieron del 15M ante la imposibilidad de llegar a consensos claros sobre *¿Qué hacemos ahora?*

4.1.2. Discurso, comunicación y política: cómo Podemos llegó a la gente

Antes de analizar la organización de *Podemos* y el espacio político que ocupa en el territorio Español y su funcionamiento en las campañas electorales en las que participaron, me gustaría hablar sobre cómo *Podemos* ha conseguido transmitir su mensaje y como este se ha articulado a lo largo del ciclo vital de la formación política. Creo, que de esta manera, conseguiremos una visión mucho más amplia sobre este partido y entenderemos mucho mejor cuáles son sus genes y que clase de formación política es.

El nombre de *Podemos*

no podía ser un nombre que definiera algo por una identidad previamente fijada. Estaba claro que tenía que ser un verbo y que indicara movimiento, potencia. Tenía que recoger la idea central de que las cosas no van a ser siempre así y que no hay por qué resignarse. (Guedán, 2016, pág. 91)

El nombre de la formación política trataba de enviar la información de que el partido no tenía un pasado, no se adscribía a ninguna ideología y que buscaba el movimiento, la dinamización de los procesos políticos y participativos. El nombre *Podemos* transmite aglutinación y participación. Transmite transversalidad y comunidad donde pueden entrar todo el mundo. El color morado de la formación política se eligió porque “era prácticamente el único color libre dentro del abanico de partidos políticos.” (Guedán, 2016, pág. 91) Además esta marca electoral “debía asociarse a un único color, porque así se ha impuesto en el espacio político propagandístico en España en los últimos 10 años.” (Guedán, 2016, pág. 91) La elección del nombre y del color de la formación buscaba aglutinar la indignación y diferenciarse de los otros partidos políticos y tradiciones políticas anteriores. Todo esto con el fin de separarse de las políticas y de las maneras comunicativas y discursivas de los partidos que habían sido participes o se encontraban dentro del sistema político que había provocado la indignación y la frustración en una parte importante de la ciudadanía. *Podemos* quería diferenciarse para responder al *¡No nos representan!* con un *¡Nosotros sí os representamos porque somos diferentes!*

Pero no solo eso sino que “para otras muchas cosas del diseño, nos inspiramos en la campaña de Obama del 2008.” (Guedán, 2016, pág. 93) *Podemos* hizo una estrategia de benchmarking (proceso por el cual se toma como referencia un producto, servicio o idea que haya sido exitoso comparándolo con lo que tú ofreces e implementando las mejoras necesarias asimilando las mejores características del producto, servicio o idea exitosa en la que te hayas fijado) político observando y analizando la campaña de Obama en Estados Unidos y copiando aquellas cosas que pudiesen valer para el campo político español. El *We can* estadounidense y el *¡Podemos!* español tienen unas similitudes que son bastante claras. El objetivo del diseño de la imagen de marca de *Podemos* “era ser capaces de transmitir [...] los verdaderos cambios que estábamos produciendo en el discurso político y en la forma de utilizar las redes sociales.” (Guedán, 2016, pág. 93) En definitiva, una imagen que expresase novedad, una cierta ambigüedad ideológica para conseguir la transversalidad y una nueva forma de comunicarse con la gente. Estos elementos fueron cruciales a la hora de elegir como debía presentarse la ‘marca’ *Podemos* a la ciudadanía. Esta imagen debía estar en consonancia con el discurso que debían transmitir y ser lo suficientemente atractiva estéticamente para atraer a los ciudadanos y poder ‘vestir’ a los simpatizantes y militantes con ella. Considero que la explicación de su creación es un elemento fundamental si deseamos entender cómo y qué es lo que comunica la formación política.

4.1.2.1. Opinión pública, simbología, ficción y narrativa: la importancia de la comunicación en política

Es evidente que la aparición de *Podemos* trajo consigo una nueva forma de comunicación política. Una nueva manera de entender los procesos comunicativos. Por eso, en su discurso y forma de actuar confluyen en una simbiosis cuasiperfecta la simbología, la ficción y la narrativa. Que sirven para que la opinión pública se cree una imagen de la *cosa*, un sentido del *objeto* en la realidad. Esta imagen es capaz de transformar la realidad, es capaz de materializarse en diferentes formas sociales y políticas. *Podemos* supo crear su propia imagen aunque, como veremos más adelante, también tuvo que lidiar con aquellos que intentaron y consiguieron modificar la imagen que a priori ellos querían transmitir. La batalla por el acto comunicativo fue y sigue siendo atroz. Porque, al parecer, una imagen vale más que mil palabras.

La imagen funciona como un afuera. Es una manera que tiene el individuo de simplificar algo que no entiende o que no está a su alcance. En las sociedades

que no están completamente volcadas hacia sí mismas y son lo suficientemente grandes como para que no todos sus miembros puedan saberlo todo sobre cuanto en ellas acontece, los individuos se forjan ideas acerca de sucesos que se desarrollan fuera de su alcance y que por ello resultan difíciles de asir. (Lippman, 2003, pág. 31)

Necesitamos que nuestra realidad se simplifique mediante imágenes e ideas. Necesitamos tener una imagen del mundo en el que habitamos lo suficientemente simple e inespecífica como para comprenderlo en su amplitud.

Una imagen

es una visión que ha sido recreada o reproducida. Es una apariencia, o un conjunto de apariencias, que ha sido separada del lugar y el tiempo en que apareció por primera vez y que se ha preservado durante unos momentos o unos siglos. Toda imagen incorpora un modo de ver. (Berger J. , 2018, págs. 9-10)

La imagen es atemporal y aespacial. Para que funcione debe ser eficaz fuera de su propio contexto. Debe poder hacernos comprender la realidad fuera de su espacio y de su tiempo. La imagen debe ser capaz de absorber significados que los individuos tengan de la realidad en un momento y espacio determinado. Debe ser mutable y maleable. Si una imagen no tiene la capacidad de sobrevivir a su tiempo y a su espacio no progresará en la historia y no podrá explicar los tiempos y espacios pasados, presentes y futuros.

Las imágenes que tenemos sobre los acontecimientos y *cosas* existentes en nuestro mundo moldean nuestro sistema de valores y afectos, son capaces de moldear hasta nuestros sentimientos. No solo eso, sino que las imágenes son capaces de reflejar sentimientos de experiencias que no hemos podido vivir directamente. Por eso “no podemos comprender

plenamente los actos de los demás hasta que nos enteramos de qué es lo que ellos creen saber.” (Lippman, 2003, pág. 32) No podremos sentir sobre las experiencias ajenas hasta que quién vive dichas experiencias nos dé una imagen de cómo se sintió y sintió las mismas. Las imágenes son una proyección, una sombra sobre una certeza o una realidad. La imagen no *es* sino que *parece* ser.

Un conjunto de imágenes crea un pseudoentorno que refleja la realidad en la que vivimos. Este pseudoentorno estimula el comportamiento de los individuos. Sin embargo, “puesto que *se trata* de comportamiento, sus consecuencias, si nos referimos a actos, no operarán en el pseudoentorno que los haya estimulado, sino en el entorno real en el que transcurre la acción.” (Lippman, 2003, págs. 32-33) Las imágenes que el individuo tiene de la realidad más alejada, menos experiencial, crean una pseudorealidad que refleja las ideas que el individuo tiene sobre *lo real*. Lo más característico es como las alteraciones en el individuo provocadas por la pseudorealidad se convierten en actos y acciones realizadas en la realidad. Lo ficticio es capaz de transformar la realidad. Estas ficciones que afecta al individuo no son mentiras, “sino representaciones del entorno que en mayor o menor grado son obra de los individuos.” (Lippman, 2003, pág. 33) Son obra del *acto comunicativo* entre dos o más individuos. Son obra de lo que nos contamos entre nosotros. Esto sucede debido a que

el entorno real resulta en conjunto excesivamente grande, complejo y fugaz para que podamos conocerlo de forma directa. No estamos capacitados para manejar tanta sutileza y variedad, ni para considerar un número tan elevado de permutaciones y combinaciones. En consecuencia, por mucho que debamos actuar en él, nos vemos en la necesidad de reconstruirlo en modelos más asequibles para poder manejarlo. (Lippman, 2003, pág. 33)

La realidad compleja y, a menudo, insondable obliga que los individuos necesiten de ficciones, de imágenes que puedan simplificar y explicar los fenómenos que ocurre en ella. La ficción “se toma por verdadera, porque urge hacerlo.” (Lippman, 2003, pág. 36) Es condición necesaria para manejar la realidad y el mundo que nos rodea.

El proceso de imaginación es relacional, multidireccional. Las narrativas, símbolos y discursos nos enseñan el mundo, nos dicen lo que sabemos y lo que creemos sobre la realidad que nos rodea. Esto es importante porque “lo que sabemos o lo que creemos afecta a como vemos las cosas.” (Berger J. , 2018, pág. 8) Y como vemos las cosas afecta a la realidad en su propia mismidad. Este proceso imaginativo es *aexperiencial*. No necesita de una experiencia plena de las cosas para poder crearse una imagen de ellas, pero sí que necesita de una experiencia relacional con las cosas para entender la imagen que el individuo hace de ellas. Nunca “miramos solo una cosa; siempre miramos la relación entre las cosas y nosotros mismos.” (Berger J. , 2018, pág. 7) No es necesario conocer plenamente pero sí “tocar” cognoscitivamente las cosas para poder decirnos de ellas un significado o significados en nuestra imaginación. Porque la experiencia “sabe que su soberanía es una ficción.” (Lippman, 2011, pág. 31) Por eso narramos y simbolizamos las realidades que nos ocurren. Nos relacionamos y aprendemos para imaginar lo que nos rodea. Ficcionalizamos lo que se distancia de nosotros, lo que se

encuentra alejado pero nos interesa para comprender el espacio y el tiempo en el cual vivimos. El conjunto de imágenes y símbolos nos ayudan a ficcionar las experiencias, a darle un sentido a nuestro sistema de afectos y valores. Nos permiten crear una narrativa sobre nosotros, sobre el mundo en el que vivimos y sobre nuestro lugar dentro del mismo.

Es evidente que como individuos sociales nos contamos experiencias y transmitimos nuestras ideas a otros. Nuestras opiniones “son la reconstrucción de lo que otros han narrado y nosotros nos hemos imaginado.” (Lippman, 2003, pág. 81) Lo que narramos es una construcción que realizamos de las ficciones que nos hemos creído articuladas por nuestra imaginación estructurada por nuestro sistema de valores y afectos. Y, por lo tanto, nuestros testimonios “son el producto de la acción conjunta del que sabe y lo sabido, y en ellos el papel del observador es siempre selectivo y, por norma general, creativo.” (Lippman, 2003, pág. 81) Narramos lo que sabemos en términos de lo que se sabe para hacer llegar, y que se entienda, nuestro mensaje. La historia que contamos siempre es transformada de receptor en receptor, incluso aunque se encuentre escrita siempre el receptor selecciona y crea lo que significa para él ese texto.

Para comunicar algo políticamente necesitamos que se pueda imaginar. Necesitamos que el individuo que recibe el mensaje en forma de imagen pueda asimilarlo de la manera más sencilla posible. De esta manera el mensaje es más efectivo y penetra correctamente en las estructuras valorativas y afectivas del individuo.

También debemos entender como son las ficciones que el individuo crea y recibe del mundo. Como asimila la realidad a experiencial que le rodea. Si no entendemos que estructura tienen las ficciones que se transmiten en el entorno a experiencial del individuo no podremos crear símbolos que puedan ser utilizados por él. Ni hacer que esos símbolos sean comprendidos y sentidos. Esto dificultará crear una narrativa holística. Una narrativa capaz de explicar lo que uno debe imaginar, crear ficciones que dinamicen la historia y poder concentrar los sentimientos y valores en una simbología asumible y entendible por el individuo.

El acto comunicativo no trata solo de hablar, de explicar una *cosa*. Trata de crear un marco cultural por el cual la narración funcione. Un marco cultural que funciona porque nosotros “frente a la gran confusión bulliciosa y radiante del mundo exterior, seleccionamos lo que nuestra cultura ya ha definido por nosotros” (Lippman, 2003, pág. 82) Por eso lo que uno imagina, lo que uno es capaz de idear es primordial para entender la comunicación política. El uso del lenguaje debe estar estructurado en base a lo que el individuo al que va dirigido es capaz de imaginar. Por eso “redefinir el marco significa cambiar el modo en que el público ve el mundo.” (Lakoff, 2017, pág. 11) Cambiar el imaginario colectivo, es decir, el conjunto de las imágenes que un número determinado de individuos tienen sobre el mundo que les rodea, significa desplazar las ficciones, símbolos y narrativa hacia otro marco dejando, por el camino, los mensajes y las narrativas de los demás disfuncionales.

El marco consiste “en crear un lenguaje que encaje con tu cosmovisión. No se trata únicamente de lenguaje. Las ideas son primordiales, y el lenguaje las transmite, las evoca.” (Lakoff, 2017, pág. 17) El conocimiento de los marcos es condición necesaria

para que nuestro mensaje consiga ser eficaz y eficiente. Entender el sistema de valores y afectos de un individuo o de un colectivo facilita la comunicación. Y como la comunicación “es un campo de batalla político” (Guedán, 2016, pág. 119), conocer cuál es el marco cultural por el que se mueven los individuos da múltiples ventajas en ese campo de batalla.

Entender los marcos culturales por los cuales se mueve *Podemos* para comunicar sus mensajes y transmitir sus narrativas es fundamental para conocer las diferencias existentes entre este partido y los partidos tradicionales. Existe una separación cultural, unos marcos diferentes entre los votantes de *Podemos* (al principio) y los votantes de los otros partidos.

Podemos comprendió que en nuestra realidad existía un marco cultural huérfano de opción política y había aparecido, debido a la crisis, otro marco mucho más politizado que había conseguido desplazar el marco cultural tradicional y poner sus propios mensajes en el campo de batalla política. Lo interesante es analizar quién se sintió seducido por el lenguaje y la propuesta estética de *Podemos*. Y analizar cómo *Podemos* se adecuó a los marcos culturales de sus votantes y que cambios introdujo para conseguir entrar en los marcos culturales de nuevos votantes.

4.1.3. ¿Quién votó a *Podemos*?

Para entender las transformaciones y acciones de un partido político debemos comprender cómo son sus votantes y si estos han cambiado a lo largo del tiempo. Antes de la aparición de *Podemos* como partido político y debido a las consecuencias de la crisis económica de 2008 en España podemos afirmar que existían diferentes grupos descontentos con las políticas económicas propuestas por los diferentes gobiernos para paliar los efectos de la crisis económica. Por una parte

había grupos particularmente sensibles a los recortes de gasto de impuestos por los planes de consolidación fiscal. Por otra, había un grupo creciente de población cada vez más hostil al proyecto europeo y a la moneda única. Pero estos grupos eran de una naturaleza diferente. Mientras que los críticos con la austeridad eran grupos socialmente más acomodados y eran también los que más defendían la pertenencia de España al euro, los hostiles al orden monetario europeo eran políticamente más apáticos, económicamente más vulnerables, y no se mostraban particularmente afectados por los recortes. (Fernández-Albertos, 2015, pág. 9)

Antes de la aparición de *Podemos* ya se fraguaban en el panorama político español cambios importantes en la apreciación y la acción de los ciudadanos frente a la política. La aparición de grupos con visiones alternativas y contrapuestas entre sí, provocó la ruptura de los consensos entre las elites y los ciudadanos primero, y después entre las propias elites. *Podemos* ya apareció (quizá su aparición pueda deberse a esto) en un campo político desgastado, en proceso de transformación social y política. La aparición

de las acampadas del movimiento social del 15M, más popularmente conocido como el movimiento de los *Indignados*, materializó y aceleró dichos procesos de transformación. El partido político *Podemos* nació en medio de una mutación social y política, donde los elementos que antes estructuraban la vida política española se habían resquebrajado y todos aquellos resortes que, dentro del sistema, posibilitaban los cambios se habían oxidado. Podemos supo aprovechar esta “ola de indignación” que recorrió casi todas las plazas y parques españoles. Ante la ruptura del anterior consenso, en el 15M se disputaban los núcleos fundacionales de una nueva propuesta de consenso político y social. *Podemos* apareció junto al *¡No nos representan!* para representar a todos aquellos que cuestionaban las bases fundamentales que la democracia española había creado y reproducido durante los últimos 40 años de su historia.

Además, a *Podemos* “le podría haber beneficiado su corta existencia y su condición de partido *outsider*” (Fernández-Albertos, 2015, pág. 10) No pertenecer a las elites contra las que se estaba formando una ola de indignación activa y pasiva benefició al partido para ofrecerse como una alternativa viable e innovadora sin las deficiencias existentes, ya sea de manera real o percibida (por los ciudadanos), en los demás partidos políticos.

Podemos parecía

que atraía a votantes interesados por la política, pero muy desencantados con los partidos tradicionales. Segundo, lograba representar a algunos sectores de la población (los jóvenes eran el mejor ejemplo de ello) que habían sido castigados por la crisis económica, pero cuyas preferencias no estaban siendo canalizadas por los mecanismos de representación tradicionales. Por último, Podemos lograba apoyos sorprendentemente uniformes en todo el país. (Fernández-Albertos, 2015, pág. 11)

A priori, *Podemos* atraía a votantes ya politizados y activistas de diferentes movimientos y acciones sociales. Es decir, resultaba atractivo para las personas más activas políticamente de nuestra sociedad. Para aquellas personas que la política y sus mecanismos tenían una cierta importancia en sus vidas. También conseguía ser atractivo para capas de la población española que no encontraban sus intereses reflejados en la política tradicional, como los ciudadanos más jóvenes (Politikon, 2017) Este apoyo más juvenil se ve reflejado sobre todo en la manera que comunicar que tiene el partido. Dónde el uso de las redes sociales y las modas estéticas surgidas en ellas, resulta primordial para que el partido haga llegar su mensaje a la población. El apoyo uniforme en todo el territorio español refleja que estas dos características existían en toda nuestra geografía y que más que ser un problema territorial, *Podemos* parecía resolver un problema generacional.

Por lo tanto, parecía que *Podemos* representaba o quería representar a aquellos que se encontraban indignados y eran activos políticamente, a los que no encontraban canales de representación válidos para poder ver realizados sus intereses y resueltas sus demandas y a aquellos más afectados por las políticas realizadas por los partidos tradicionales para hacer frente a las consecuencias de la crisis económica de 2008.

Observamos que “la existencia de un descontento generalizado es condición necesaria, pero no suficiente, para la articulación de una alternativa política” (Fernández-Albertos, 2015, pág. 33) Es decir, por si solo el descontento político no deriva necesariamente en una alternativa política viable y competitiva. Este descontento puede ser explosivo, surgiendo y desapareciendo de manera espontánea. O puede mantenerse constante en el tiempo y no fructificar en organizaciones políticas capaces de representar dicho descontento. El descontento es una ventana de oportunidad para facilitar y/o acelerar los cambios políticos en una sociedad, pero no necesariamente tienen que darse esos cambios ante una situación de descontento generalizado.

Por el lado de la representatividad, parece ser

que la mayor desafección hacia los partidos políticos no parecía deberse por tanto a una progresiva despolitización de la ciudadanía (de hecho el interés por la política *aumenta* en estos años), sino más bien a que las demandas de los electores no encuentran acomodo en la oferta política existente. (Fernández-Albertos, 2015, pág. 35)

En los momentos más cruciales de la crisis económica, debido a sus consecuencias, los ciudadanos exigían soluciones por parte de las instituciones y políticos que decían representarlos. Al encontrar fallas en los mecanismos de representación, parte de los ciudadanos ven aumentado su interés por los problemas políticos y sociales y buscan activamente la manera de representar sus intereses dentro del sistema político.

4.1.3.1. 25M: La sorprendente irrupción de Podemos

El 25 Mayo de 2014 *Podemos* obtuvo 1,25 millones de votos en las Elecciones al Parlamento Europeo. Un total del 7,98% del voto escrutado que se transformaron en 5 escaños en la sede parlamentaria europea. No parece un resultado a tener en cuenta, pero debemos poner en contexto este resultado. *Podemos* apareció como fuerza política solo unos cuantos meses atrás y debido a sus características diferenciales supo aunar simpatías y votos en un lapso reducido de tiempo. Ni siquiera los medios de comunicación, tanto escritos como digitales, supieron prever la irrupción de un nuevo partido político en la escena parlamentaria europea. Como ejemplo, podemos observar cómo periódicos de tirada nacional como *El País* publicaban en su faceta digital lo siguiente: Podemos se convierte en la sorpresa y logra cinco escaños en Estrasburgo; o *El Mundo* que en su portada del día siguiente a las elecciones europeas del 2014 dedica una foto a Pablo Iglesias (líder de *Podemos*) con un texto que acompaña la foto que expresa lo siguiente: Sorprendente irrupción de Podemos que con 5 escaños se sitúa como cuarta fuerza tras Izquierda Unida (6).

Ni siquiera los medios de comunicación se esperaban que un partido político creado hace tan poco tiempo entrase en unas elecciones con tanta fuerza. Pero, ¿quién votó a *Podemos*? ¿Qué características tenían y tienen los votantes de este nuevo partido político?

Para responder estas preguntas nos basaremos en los resultados y en las diferentes encuestas postelectorales que nos proporcionan los diferentes institutos sociológicos (tanto públicos como privados) y tomaremos como elementos fundamentales de nuestra radiografía: la edad, el género, estatus socioeconómico y educación. Variables simples pero fundamentales, que nos ayudarán a comprender de manera simple quién votó y vota a *Podemos* en la actualidad.

En las Elecciones al Parlamento Europeo del 25 de Mayo de 2014 la mayoría de votantes no eran los “más económicamente vulnerables, sino los políticamente más implicados, los *activistas*” (Fernández-Albertos, 2015, pág. 50) Es decir, quienes habían votado a *Podemos* eran los más activos políticamente. Eran aquellos *insiders* sociales: personas que dedican parte de su tiempo a organizaciones, movimientos o causas que obligan a una movilización (en el espacio) y un posicionamiento (identidad) dentro de una sociedad donde la institucionalidad política representa la única realidad imaginaria y simbólica para el funcionamiento y el cambio de los procesos democráticos.

Debido a esto podemos decir que “Podemos nació como un partido de activistas-y los activistas no suelen ser los más desfavorecidos-, pero cuando creció, lo hizo atrayendo a votantes en situaciones económicas más vulnerables.” (Fernández-Albertos, 2015, pág. 93) Que *Podemos* sea un partido de activistas refleja una manera de entender la política más dinámica y participativa, sobre todo al inicio de su nacimiento donde los debates ideológicos y organizativos se sucedieron y tuvieron amplia cobertura mediática, donde los debates internos se convertían, debido a la inexperiencia de los propios militantes, en debates públicos que se discutían en las tertulias televisivas y en las redes sociales.

Este partido hecho por activistas fue capaz de “penetrar con éxito entre los jóvenes, en los entornos urbanos, y fue desproporcionadamente apoyado por electores políticamente motivados y con niveles de información política alta.” (Fernández-Albertos, 2015, pág. 61) Al ser un partido de activistas, con un conocimiento alto de las cuestiones sociales y políticas, sus principales votantes estaban en los entornos urbanos, eran jóvenes y tenían altos conocimientos políticos. Compartían unas formas y maneras de hacer/ver política. (Iglesias & Juliana, 2018) También, estos jóvenes, se vieron afectados por la crisis de múltiples formas (Politikon, 2017) Es decir, al principio los votantes de *Podemos* se parecían mucho a los creadores y organizadores de *Podemos*.

A nivel municipal el porcentaje de votos “está relacionado con la incidencia de la crisis, pero esta relación es mayor cuanto más de izquierdas es el electorado del municipio.” (Fernández-Albertos, 2015, pág. 77) Aquí se refleja la tendencia que *Podemos* deseaba erradicar desde su aparición: que se le considerase un partido de izquierdas más. (Errejón & Mouffe, 2016) Observamos que *Podemos* tiene más afinidad con un electorado de izquierdas, joven y golpeado por la crisis. Por lo tanto, se observa una simpatía del electorado de izquierdas hacia *Podemos*. A pesar de que *Podemos* quería representar a todos aquellos que más afectaba la crisis, “solo cuando el partido ganó popularidad gracias a la atención mediática generada por el éxito electoral pudo acceder a ellos.” (Fernández-Albertos, 2015, pág. 99) Es decir, los medios de comunicación y el uso de las redes sociales beneficiaron a *Podemos* con más visibilidad y, por ende, más conocimiento

de los electores sobre el nuevo partido político que había irrumpido en el campo político español.

Todas estas transformaciones provocaron que *Podemos* dejara

de ser un partido de jóvenes urbanos y políticamente implicados para ser un partido que acogía a muchos de los perdedores económicos de la crisis. En relación con su momento fundacional, Podemos es hoy un poco menos un *movimiento de renovación política* y un poco más un *partido de clase*. (Fernández-Albertos, 2015, pág. 102)

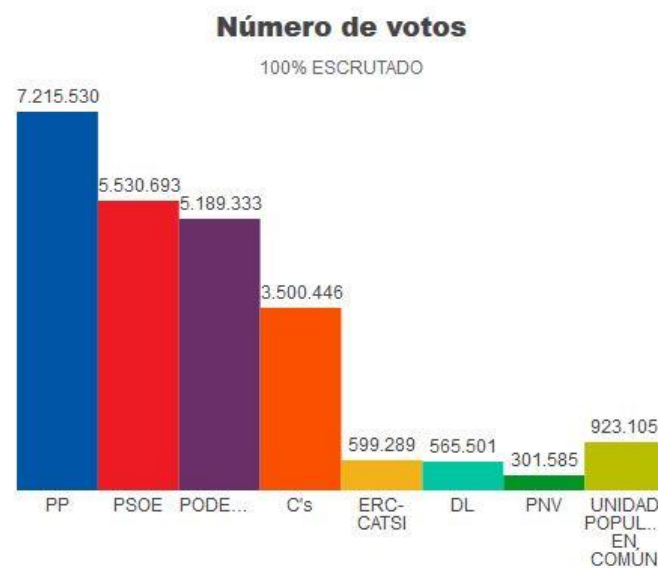
Entrar en la batalla política provoca cambios organizativos en *Podemos* y un reajuste de sus objetivos políticos y sociales. La transversalidad es “un arma retórica que usan todos los partidos políticos con aspiración a convertirse en mayoritarios.” (Fernández-Albertos, 2015, pág. 105) *Podemos* deseaba conseguir un electorado más transversal, menos ideologizado y más comprometido con unos valores básicos que pudieran hacer pueblo, que pudieran hacer nación. (Errejón & Mouffe, 2016) Pero ya desde el principio, ya desde su nacimiento, los votantes más situados a la izquierda en el espectro ideológico tuvieron una simpatía y afinidad hacia este movimiento y partido político.

4.1.3.2. 2015: las primeras Elecciones Generales

Las Elecciones Generales del 20 de Diciembre de 2015 fueron muy relevantes, no solo para *Podemos* como partido político, sino también para el sistema político español. “España tumba el bipartidismo y deja en el aire el gobierno” es el titular de la portada de *El Mundo*, un periódico de tirada nacional español o “Gobierno en el aire”, titular en portada del periódico *La Vanguardia*.

Podemos consiguió en sus primeras Elecciones Generales un total de 5 millones 189 mil 333 votos que se tradujeron en 69 escaños en el Congreso. Esta espectacular irrupción en la política española, que ya vaticinaron las anteriores elecciones europeas, convirtió a *Podemos* en el tercer partido político en España a nivel nacional.

Resultado Elecciones Generales en votos y escaños del 20 de Diciembre de 2015



Fuente: El País

Estas elecciones fueron el punto de inflexión que se dio en el sistema político español. La aparición, con tanta fuerza, de un nuevo partido político rompía las barreras del bipartidismo que había gobernado la política española años atrás. La aparición de los líderes de *Podemos* en los medios de comunicación y su uso diferenciador de las redes sociales produjeron un gran conocimiento de marca del partido político por parte de los votantes. Por el gran número de votos que recibieron, podemos afirmar que la base inicial de votantes que había tenido el partido en las Elecciones Europeas de 2014 se había ampliado sobremanera en estas Elecciones generales.

Según el *Centro de Investigaciones Sociológicas* (CIS) el votante de *Podemos* se encuentra escorado a la izquierda, es joven, urbano, interclasista y formado. El apoyo a *Podemos* procede, sobre todo, de votantes de *Izquierda Unida* (IU), del *Partido Socialista Obrero Español* (PSOE), de *Unión Progreso y Democracia* (UPyD). En concreto, el 40% de los votantes que dijeron haber votado a IU-ICV en 2011 y el 26,1% de los que votaron al PSOE asegura haberse pasado a *Podemos*. (Carpio, 2015) Es decir, *Podemos* consiguió cierta transversalidad, pero seguía siendo más atractivo para aquellos votantes que se consideraban a ellos mismos como votantes de izquierda. Esto se debía a que los votantes ubicaban a *Podemos* a la izquierda de la izquierda del espectro ideológico. En la escala del 1 al 10 del posicionamiento ideológico, donde 1 equivale a extrema izquierda y 10 a extrema derecha, los votantes situaban de media a *Podemos* en el 2.28. (Carpio, 2015) En los inicios de *Podemos*, el partido era visto como un partido muy escorado a la izquierda, un partido cuasi radical, cuyos simpatizantes provenían, la mayoría, de una tradición que podríamos denominar izquierdista.

El votante de *Podemos* proviene de las clases más pudientes, pero también de clases obreras. Es mayoritariamente joven, menor de 34 años. Es de izquierdas o se considera de izquierdas. Y es urbano. Esta radiografía representa a los primeros votantes de *Podemos*.

Podemos consiguió en sus primeras elecciones esa transversalidad que pretendía alejar al partido de todo lo ideológico para así conseguir ser mayoría en el país. Pero su transversalidad no fue ideológica. Los votantes situaban al partido en los extremos de las izquierdas del espectro ideológico, por lo tanto, consideraban que *Podemos* era un partido político de izquierdas. Su transversalidad provenía del aspecto económico. Consiguió ser un partido interclasista. Un partido que cosechaba votos de las clases altas progresistas y también de las clases obreras tradicionalmente asociadas a las izquierdas. Pero, no consiguió romper la brecha generacional: los jóvenes eran su caladero de votos más importante, mientras que los más mayores seguían votando en grandes cantidades a los partidos tradicionales. Esto se puede analizar desde una perspectiva económica y social: los jóvenes antes una crisis y la falta de oportunidades eran los menos reacios a votar a un partido que exigía cambios drásticos en el sistema, mientras que los más mayores eran más conservadores a la hora de valorar las opciones por las cuales iban a votar debido a que no deseaban cambios radicales en un sistema que les beneficia. (Politikon, 2017)

Podemos afirmar que el partido en sus inicios era un partido que buscaba la transversalidad (en ciertos aspectos, como el de la clase social, la conseguía), que era visto como un partido radical de extrema izquierda, un partido urbano y preocupado por

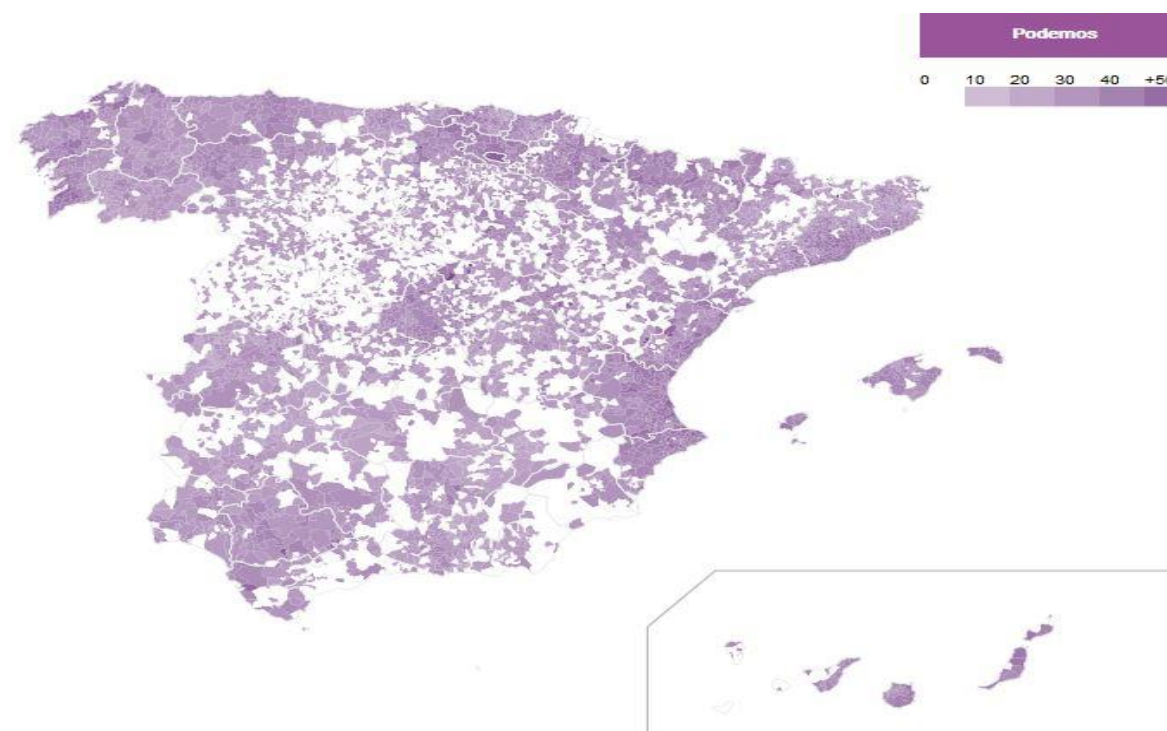
los problemas sociales y políticos de nuestras ciudades olvidándose de los problemas del entorno rural y un partido de los jóvenes, que conseguía transmitir muy bien su mensaje a través de los canales que la mayoría de jóvenes utilizan para comunicarse habitualmente.

Como podemos observar en el mapa expuesto con anterioridad, *Podemos* obtuvo un porcentaje significativo de voto en los centros urbanos más grandes de España. Mientras que su porcentaje de voto en las zonas rurales es insignificante, tal como se observa en las zonas que aparecen en blanco en el mapa. Esto se explica debido a que su mensaje iba dirigido a los problemas que solían darse en los entornos más urbanos y a que no tenía una implantación territorial destacable. Al ser un movimiento de activistas y académicos, su principal red de apoyo se encontraba dónde más fuerza tenían los movimientos sociales y más universidades existían.

Esta falta de implantación territorial es uno de los escollos más grandes que el partido tiene, ya que esto impide su crecimiento y la creación de un votante fiel que, por costumbre, vote a *Podemos* o tenga a *Podemos* como su partido de referencia o de cabecera a la hora de pensar su voto.

En definitiva, tras este somero análisis, observamos cómo las Elecciones Generales de 2015 afianzaron a *Podemos* como fuerza política en España, como nuevo agente político que venía a disputar el poder en nombre del pueblo “maltratado” por las consecuencias sociales, psicológicas y económicas de la crisis de 2008. Esta irrupción rompió el bipartidismo que tantos años había gobernado este país. Esta ruptura provocó una crisis en el sistema parlamentario español debido a que cada participante del poder tuvo que reajustar sus posiciones y objetivos políticos para adecuarlos a la nueva situación. La dificultad para hacer un gobierno estable y que pudiera aprobar unos presupuestos llevó al sistema al límite. Un sistema que se abría a nuevos escenarios y posibilidades políticas y sociales.

Mapa porcentaje de voto a Podemos en las Elecciones Generales del 20 de Diciembre de 2015



Fuente: El País

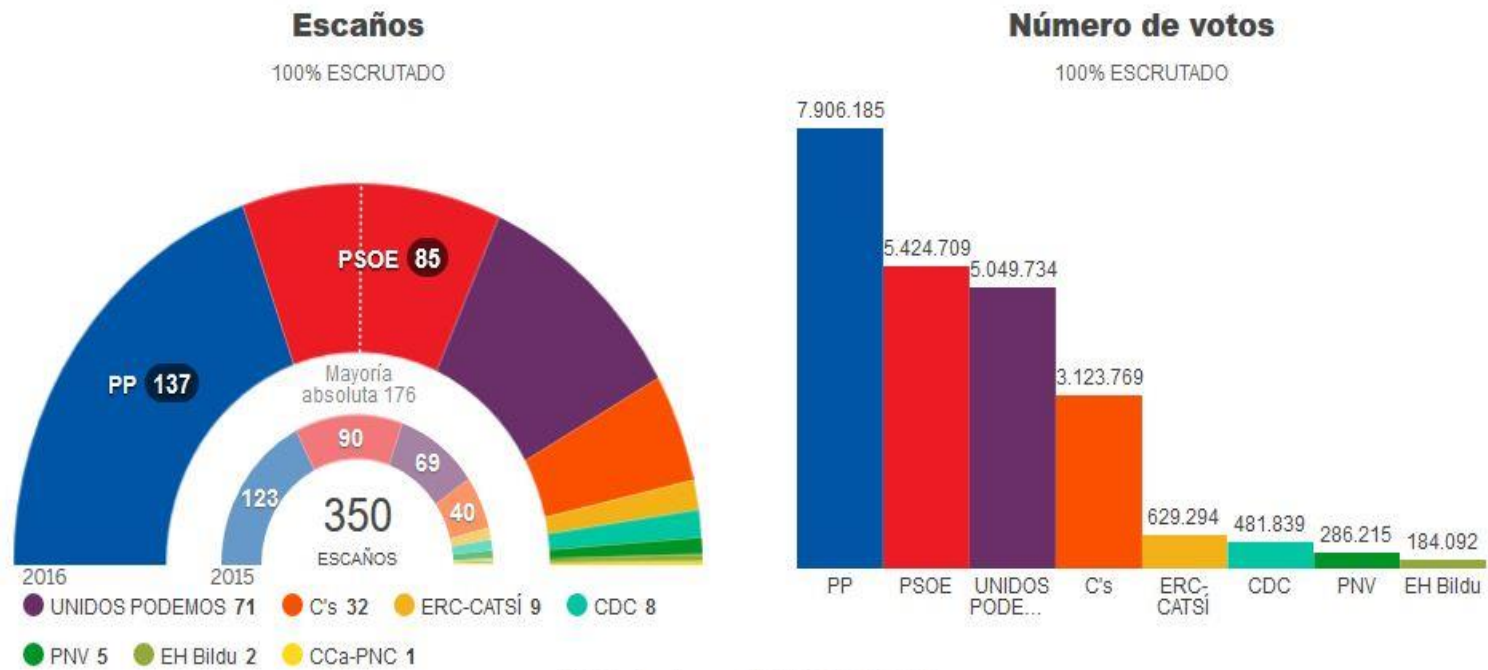
4.1.3.3. Elecciones Generales del 26 de Junio de 2016: cuando el cielo se tomó por asalto

Las Elecciones Generales del 26 de Junio de 2016 fueron el mejor resultado en escaños, con un total de 71 y 5 millones 49 mil 734 votos, que obtuvo *Podemos* en toda su corta historia. Estas elecciones se propiciaron por la incapacidad de los partidos políticos para ponerse de acuerdo entre ellos para formar un gobierno que diese una estabilidad al sistema político español.

Podemos acudió a estas nuevas elecciones como *Unidas Podemos*: una confluencia entre *Izquierda Unida* (IU), *Podemos* y otras agrupaciones. Esta confluencia tuvo un debate metodológico, ideológico y organizativo muy serio en la formación. Una parte del partido creía que dicha confluencia les iba a perjudicar, mientras que otros pensaban que mediante esta unión conseguirían dar el *sorpasso* definitivo al PSOE. Pero, a pesar de obtener más escaños que en las Elecciones Generales pasadas, *Podemos* obtuvo muchos menos votos, demostrando que las tesis de los que no estaban de acuerdo con dicha confluencia podrían cumplirse: la unión con IU dificultaba las ansias de transversalidad del partido, que los situaba definitivamente como un partido de clase, un partido de izquierdas renovado pero con un discurso de la izquierda obrera tradicional.

El perfil del votante seguía siendo básicamente el mismo que en las Elecciones Generales de 2015. La celeridad con que se celebraron estas Elecciones Generales, la cercanía en el tiempo con las anteriores, mantuvo el perfil de los votantes de casi todos los partidos políticos más importantes sin ningún cambio significativo. Aunque, al parecer, sí que hubo un cambio en el perfil del votante de *Unidas Podemos*, esta nueva confluencia política de diferentes partidos clásicos de la izquierda y de movimientos políticos activistas. Los votantes más centrados ideológicamente dejaron de votar a *Unidas Podemos* por ser una confluencia claramente de partidos y movimientos de izquierdas. En estas elecciones, y tras un movimiento estratégico, *Unidas Podemos* había perdido su camino hacia la transversalidad, hacia el populismo.

Resultado Elecciones Generales del 26 de Junio de 2016



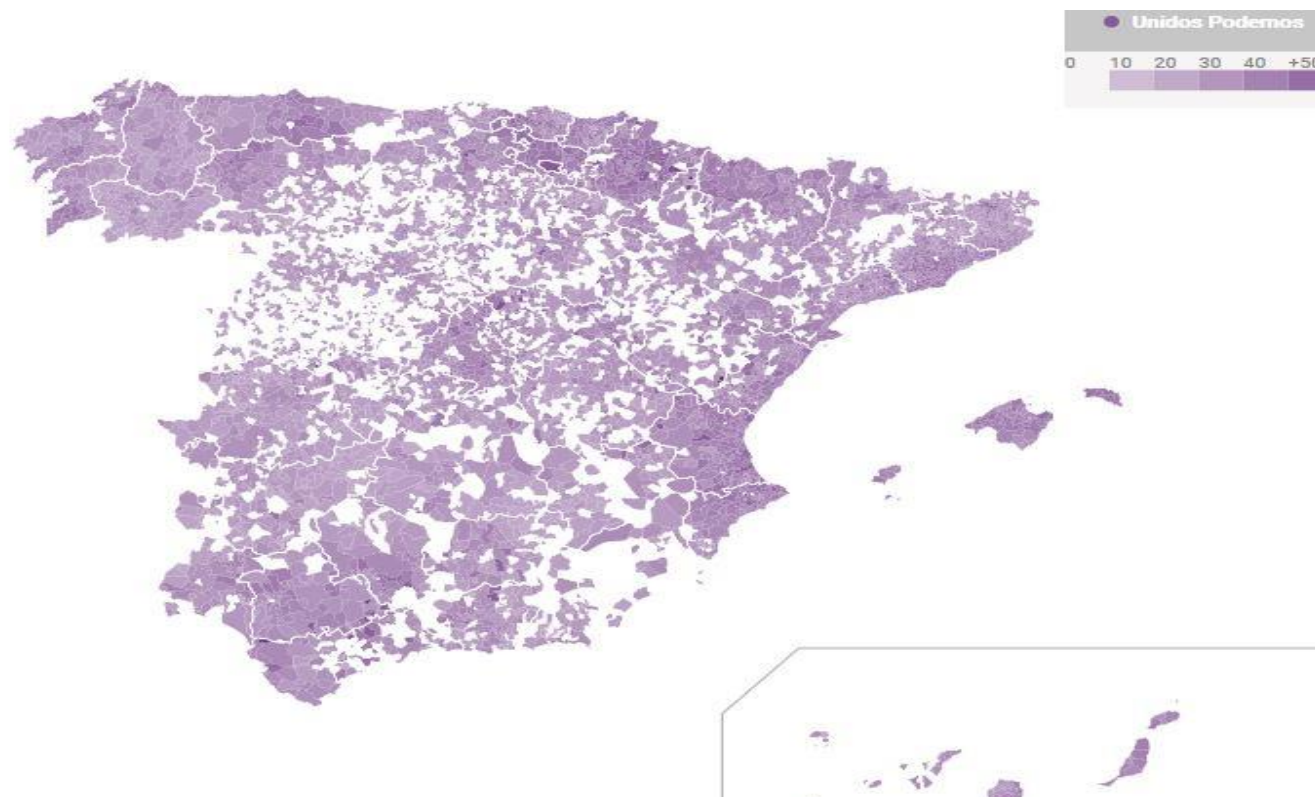
Fuente: El País

Pese a esto, el sistema electoral español “premió” a *Unidas Podemos* con más escaños que en las elecciones anteriores, un total de 71 escaños frente a 69 que consiguió en 2015. Podríamos afirmar que esta es la primera vez que *Unidas Podemos* entra en las instituciones de forma real y no solo simbólica. Ya que en las Elecciones Generales de 2015 *Podemos* supo utilizar muy bien su capital simbólico (Bourdieu, 2014) para representar la entrada del pueblo al Parlamento español. Antes de estas elecciones el partido se autodenominaba como una máquina de guerra electoral. Todas sus discusiones organizativas e ideológicas se dejaron a un lado para enfocarse como organización política en la competición electoral. Es decir, *Unidas Podemos* no deseaba romper el sistema desde fuera sino modificarlo desde dentro. No tenemos una búsqueda de rupturas sino de cambios.

En cuanto a la implantación territorial del voto a *Unidas Podemos* tampoco hubo grandes cambios. Seguía siendo un partido que obtenía sus votos de las urbes más grandes del territorio español.

Estas dos Elecciones Generales formaron un ciclo electoral en el cual *Unidas Podemos* no se comportaba como un partido político tradicional debido a que no tuvo el tiempo necesario para crear una organización y una manera de funcionar más clásica.

Mapa del voto a Unidas Podemos en las Elecciones Generales del 26 de Junio de 2016



Fuente: El País

En este ciclo electoral de 2015-2016 el propio Pablo Iglesias, líder y secretario general de *Podemos*, nos dice que ellos cometieron dos errores, “el primero, que probablemente guarda una estrecha relación con la formación académica e intelectual, es la soberbia de pensar que la historia prevalece sobre la política.” (Iglesias & Juliana, 2018, pág. 266) Es decir, *Podemos* y *Unidas Podemos* durante este ciclo electoral y debido a su formación intelectual se preocuparon más por los cambios que se perfilaban como históricos en nuestro país que en hacer y jugar el partido político que se estaba disputando en ese momento. Y “el segundo error, y aquí entra todo lo demás, es la falta de experiencia a la hora de calcular la batalla por el relato.” (Iglesias & Juliana, 2018, pág. 266) *Unidas Podemos*, sobretudo en estas segundas Elecciones Generales, deseaba dar el sorpasso al PSOE. Es decir, quería sobrepasar en escaños y/o votos al PSOE debido a que consideraban que el partido político que sustentaba lo que ellos llamaban régimen del 78 era este. Su falta de experiencia hizo, según palabras del propio Pablo Iglesias, que la narrativa, la intrahistoria y la historia política del partido y sus actuaciones no tuviesen los efectos deseados en la población a nivel cultural y simbólico. (Iglesias & Juliana, 2018)

Pablo Iglesias considera que esta pérdida del relato se dio sobretudo en la “generación que sigue dominando el sentido del voto en España-la de los mayores de cuarenta y cinco años-“ (Iglesias & Juliana, 2018, pág. 274) Nos explica que es una generación “que no considera que la geografía izquierda-derecha sea determinante, incluso para su propia historia moral.” (Iglesias & Juliana, 2018, pág. 274) Es decir, que la generación de los mayores de cuarenta y cinco años en España tienen unos valores morales que nada tienen que ver con la geografía y el espectro político. Que “es una generación plenamente consciente de las dificultades, muy hacendosa, sacrificada y temerosa.” (Iglesias & Juliana, 2018, pág. 274) Una generación que debido al paso del tiempo y a grandes cambios en la sociedad y la política española, ha conocido grandes dificultades y ha vivido momentos de cambios sistémicos importantes. Por último “se trata de una generación muy agradecida con los valiosos cambios que se produjeron en España porque pasó su infancia y su juventud bajo una dictadura.” (Iglesias & Juliana, 2018, pág. 274) Todos los cambios vividos, para la gran mayoría de esta generación, han ido a mejor. El paso de una dictadura a una democracia ha supuesto para esta generación un cambio en sus libertades y una mejora en sus derechos sociales e individuales. Esto provoca que esta generación sea más reacia a cambios bruscos en el sistema que les ha traído tantos beneficios y mejoras materiales.

Esto nos demuestra que *Unidas Podemos* como partido político se da cuenta y analiza las dificultades que tiene para llegar a las personas más mayores, entiende que la generación más joven incluso “sin ser de izquierdas, tiene poco vínculos culturales con la de los mayores, aunque tenga menos conciencia política.” (Iglesias & Juliana, 2018, pág. 275) Es decir, *Unidas Podemos* culturalmente se entiende más desde una perspectiva juvenil debido a que comparten campo cultural y discursivo. Mientras que las personas más mayores tienen sus valores y su moralidad en otro campo cultural y discursivo. Entienden la política y lo que deberían ser los políticos de manera diferente a alguien más joven y que ha crecido en una cultura política distinta. Los que hayan vivido el paso de una dictadura hacia una democracia suelen conformarse más mientras que aquellas personas

que solo han vivido en democracia suelen ser más exigentes en cuanto a libertades y derechos sociales, individuales y colectivos.

En definitiva, este ciclo electoral frenético no dejó que el movimiento político decidiese de manera sosegada que futuro deseaba tener. La necesidad de competir electoralmente con los otros partidos político obligo a *Podemos* a buscar confluencias con otros partidos o movimientos políticos para así ganar cohesión e implantación territorial. Tampoco pudo resolver debates ideológicos y organizativos que se postergaron para que el partido se dedicase exclusivamente a la competición electoral.

Este ciclo electoral impidió que *Podemos* supiese realmente que quería ser y como debería ser para conseguirlo. Después de este ciclo electoral vertiginoso comenzaría la estabilización de la organización como partido político, lo que conllevaría rupturas, discusiones y debates, muchas veces mal resueltos y/o mal planteados.

La llegada a las instituciones de *Unidas Podemos* transformo simbólicamente a estas, pero no transformo de manera clara al partido político. Los resultados electorales ponían a *Unidas Podemos* en una posición favorable, una posición donde no tenía que tomar la iniciativa sino presionar para que otros la tomarán. Se encontraban en una posición de espera esperanzadora, una espera donde si los otros no se movían ganaban y si los otros hacían algún movimiento ellos podía responder. Por otro lado, los medios de comunicación ya empezaban a cuestionar a *Unidas Podemos* de manera considerable, sean informaciones fundadas o no, el tratamiento informativo hacia el partido ya no era de “luna de miel”, sino de un partido que podía resquebrajar los mecanismos y procesos que tenían y siguen teniendo las elites informativas en este país. El miedo de las elites informativas a perder su posición las puso sobre aviso para tener cuidado con un partido que al parecer iba a cambiarlo todo.

Las siguientes Elecciones Generales iban a demostrar que la posibilidad de cambios que podía ofrecer *Unidas Podemos* a la sociedad española había perdido fuelle. La transformación y la estabilización del movimiento-máquina de guerra electoral a partido político institucionalizado y tradicional provoco un agotamiento de la demanda electoral de este partido.

4.1.3.4. Elecciones Generales del 28 de Abril de 2019: estabilización y agotamiento de un partido político

Estas Elecciones Generales ocurrieron tras un desgaste político del *Partido Popular* (PP) quien se encontraba al frente del gobierno y de una moción de censura que resulto exitosa y que provoca la caída del PP del gobierno de España y la puesta en marcha de un gobierno de transitoriedad para convocar unas nuevas elecciones.

En estas elecciones *Unidas Podemos* obtuvo 42 escaños y un total de 3 millones 732 mil 929 votos. Una bajada considerable, tanto en votos como en escaños, respecto a las Elecciones Generales anteriores.

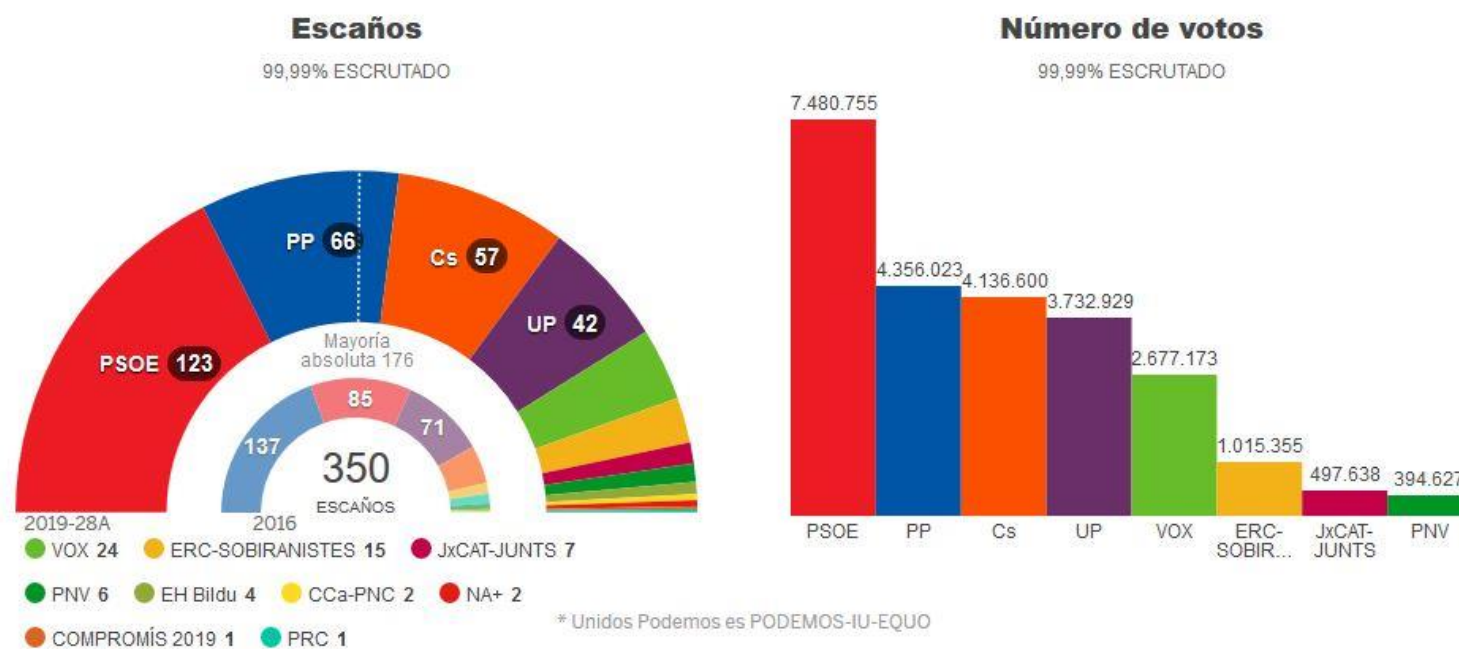
Estos peores resultados se deben a causas multifactoriales. Uno de ellos, quizá, sea el hartazgo de los votantes en general, la pérdida del relato frente a su rival el PSOE que supo aunar el voto útil hacia su propia organización. También se debe a un agotamiento del partido político *Unidas Podemos*, que debido a su institucionalización y a su transformación en una organización de corte más tradicionalista, perdió capacidad de ilusionar de nuevo a sus votantes. También debido a que *Unidas Podemos* al ser una organización joven no tenía mucha fidelidad de voto. Su votante no tenía una tradición y una relación costumbrista con esta organización. Por lo que, perder votantes tras hacer cambios bruscos en su manera de actuar, de narrar el relato, era algo poco sorprendente.

La distribución del voto de *Unidas Podemos* a nivel nacional, pese a haber bajado, mantiene algunas de las características que tenía en elecciones anteriores. Sigue siendo un voto eminentemente urbano, sigue siendo un voto joven y masculino. Tras esta estabilización e institucionalización del partido se observa también una estabilización en las características y el número de sus votantes. Estas elecciones sirvieron para posicionar al partido dentro del campo político español. Una vez situado en la mente de los votantes en una posición política determinada resulta mucho más fácil que decante odios o amores de los mismos. Es decir, es mucho más fácil elegir cuando sabes lo que estas eligiendo y es mucho más fácil estar en contra de algo que conoces o piensas que conoces.

Después de pasar ya un tiempo en las instituciones, *Unidas Podemos* tras un pésimo resultado tenía que saber cómo jugar sus cartas y que papel deseaba tener ante el nuevo gobierno que se avecinaba. *Unidas Podemos* decidió apostar todas sus cartas en un gobierno de coalición con el PSOE. Un gobierno de coalición que les daría poder, un poder relativo, pero poder al fin y al cabo. Una coalición que servía para demostrar su utilidad y su fuerza a pesar de haber obtenido un mal resultado. Esto no fue una tarea fácil, de hecho la relación entre los dos partidos se intensificó y se rompió tras un tira y afloja constante y un uso de las herramientas sistémicas para hacer daño al otro, para intentar debilitarlo.

Ante la debilidad del partido, con estos malos resultados el PSOE intentaba subyugar y esclavizar a *Unidas Podemos* para demostrarle cuál era su verdadero sitio. Es decir, las elites tradicionales del sistema intentaban alejar y demostrar a las nuevas elites entrantes que su sitio era la de un agente subalterno no la de un actor principal.

Resultado Elecciones Generales del 28 de Abril de 2019



Fuente: El País

La distribución del voto de *Unidas Podemos* a nivel nacional, pese a haber bajado, mantiene algunas de las características que tenía en elecciones anteriores. Sigue siendo un voto eminentemente urbano, sigue siendo un voto joven y masculino. Tras esta estabilización e institucionalización del partido se observa también una estabilización en las características y el número de sus votantes. Estas elecciones sirvieron para posicionar al partido dentro del campo político español. Una vez situado en la mente de los votantes en una posición política determinada resulta mucho más fácil que decante odios o amores de los mismos. Es decir, es mucho más fácil elegir cuando sabes lo que estas eligiendo y es mucho más fácil estar en contra de algo que conoces o piensas que conoces.

Después de pasar ya un tiempo en las instituciones, *Unidas Podemos* tras un pésimo resultado tenía que saber cómo jugar sus cartas y que papel deseaba tener ante el nuevo gobierno que se avecinaba. *Unidas Podemos* decidió apostar todas sus cartas en un gobierno de coalición con el PSOE. Un gobierno de coalición que les daría poder, un poder relativo, pero poder al fin y al cabo. Una coalición que servía para demostrar su utilidad y su fuerza a pesar de haber obtenido un mal resultado. Esto no fue una tarea fácil, de hecho la relación entre los dos partidos se intensificó y se rompió tras un tira y afloja constante y un uso de las herramientas sistémicas para hacer daño al otro, para intentar debilitarlo.

Ante la debilidad del partido, con estos malos resultados, el PSOE intentaba subyugar a *Unidas Podemos* para demostrarle cuál era su verdadero sitio. Es decir, las elites tradicionales del sistema intentaban alejar y demostrar a las nuevas elites entrantes que su sitio era la de un agente subalterno no la de un actor principal.

En esta etapa de *Unidas Podemos*, que podríamos denominar de resistencia, se activaron los resortes que tiene el sistema para deshacerse de un jugador no deseado. Sin ellos saberlo, o sabiéndolo pero dándoles igual, se estaba rompiendo la mística de lo institucional y el secretismo de las instituciones. Además, apareció otro actor en escena que influya en cada movimiento de los partidos políticos para formar gobierno: los medios de comunicación. Estas elecciones demuestran cómo son las elites y cómo juegan sus cartas para conservar su poder o aumentarlo.

La tensión entre las elites actuales y una nueva elite que intentaba llegar al poder llegó a su límite y se demostró la dificultad de un nuevo actor de entrar en los resortes del poder. Sobre todo de entrar en los resortes del poder sin el beneplácito de los que ya se encuentran en él. Si no eres querido por las elites jamás formarás parte de ellas ni podrás compartir sus beneficios. El sistema no da de comer a extraños.

Mapa del voto a Unidas Podemos para las Elecciones Generales del 28 de Abril de 2019



Fuente: Eldiario.es

No se llegó a un acuerdo para formar un gobierno. Se convocaron de nuevo unas Elecciones Generales. Los ciudadanos serían de nuevo llamados a las urnas para elegir a las elites que les deben gobernar. La democracia es más débil que las elites que la sustentan. Se demostró que nuestra democracia solo es una herramienta para elegir que elites son las que tienen más poder y cuales se quedan sin él. El sistema enseñó que lo que desean los ciudadanos no tiene importancia. El sistema debe prevalecer pese a todo, pese a todos.

4.1.3.5. Elecciones Generales del 10 de Noviembre de 2019: reajuste y asimilación

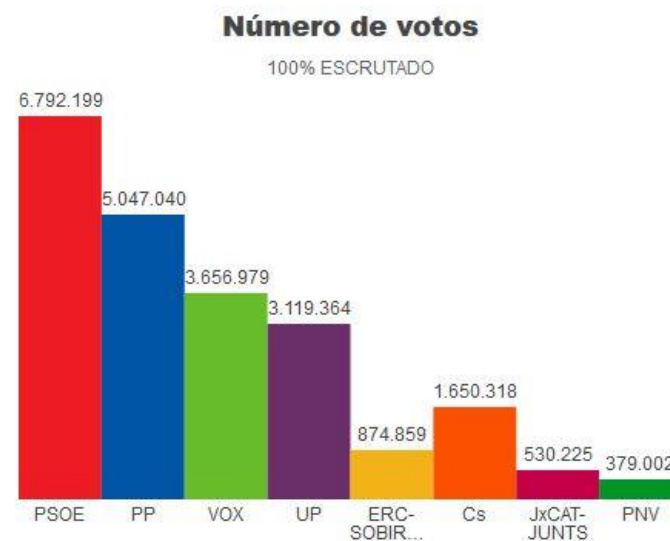
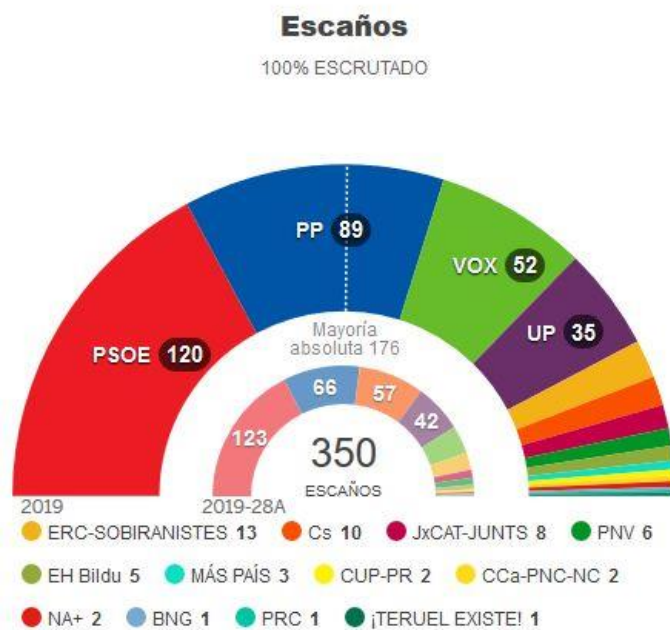
Antes de analizar los resultados de *Unidas Podemos* para estas Elecciones Generales, debemos explicar una ruptura que se dio entre las elites del partido y que provocó una escisión de una parte, que formaron otro partido político denominado *Más País*.

Esta ruptura podría ser debido a problemas organizativos o ideológicos. Creo que los problemas ideológicos existían, sobre todo en las diferencias de estrategias que debía seguir este partido a la hora de entrar en las instituciones y relacionarse con los otros partidos políticos. Pero creo que no se trata solo de eso. También se trata de los beneficios que consiguen las elites al estar al frente de un partido político. Parte de estas elites se encontraban desplazadas por haber perdido, mediante el voto de los militantes, la imposición de un rumbo concreto a la organización.

Esta escisión del partido *Unidas Podemos* no fue una escisión de sus elites menos conocidas, sino que fue la de uno de sus fundadores más carismáticos y más importantes: Iñigo Errejón. Una de las cosas que pudimos aprender de esta ruptura es que el partido pudo resistir a una escisión tan importante y no se desintegro en diferentes partes, que es lo que podía haber pasado con una organización política joven como esta.

Volviendo a las elecciones, *Unidas Podemos* consiguió 35 escaños y un total de 3 millones 119 mil 979 votos. Una bajada sustancial en comparación con las elecciones anteriores: un descenso de 7 escaños y 612 mil 950 votos.

Resultado Elecciones Generales del 10 de Noviembre de 2019



Fuente: El País

Observamos un Parlamento más fragmentado, con muchos más partidos políticos de menor tamaño. Esto refleja la capacidad de los ciudadanos de organizarse y de elegir partidos políticos minoritarios que puedan representar sus intereses frente a los partidos mayoritarios donde los intereses que dicen representar se desdibujan.

El mal resultado de *Unidas Podemos* podría deberse, en parte, a su escisión en otro grupo político llamado *Más País*. También a su estabilización como partido político tradicional del sistema político español. Estas elecciones son la aceptación definitiva de *Unidas Podemos* como un partido más del sistema. También, a su estabilización como partido nacional de extrema izquierda, lo que conlleva que sus votantes sean aquellos que más se identifican con esta etiqueta.

El posicionamiento definitivo del partido en el campo político español podría haber creado una costumbre de voto en algunos votantes. Es decir, una mayor fidelidad por parte de aquellos que se sienten identificados con el partido.

La distribución del voto a *Unidas Podemos* sigue teniendo las mismas características, con menos presencia en el sur de España y en algunas partes del norte de España. El voto sigue concentrándose en las grandes urbes del país y sigue siendo ínfimo en las zonas más rurales del mismo. Lo que causa que, definitivamente, el partido *Unidas Podemos* sea un partido urbano que defiende los intereses de los ciudadanos que tienen sus problemas e intereses en las grandes ciudades.

Mapa electoral de Unidas Podemos para las Elecciones Generales del 10 de Noviembre de 2019

Buscar Municipio ▼

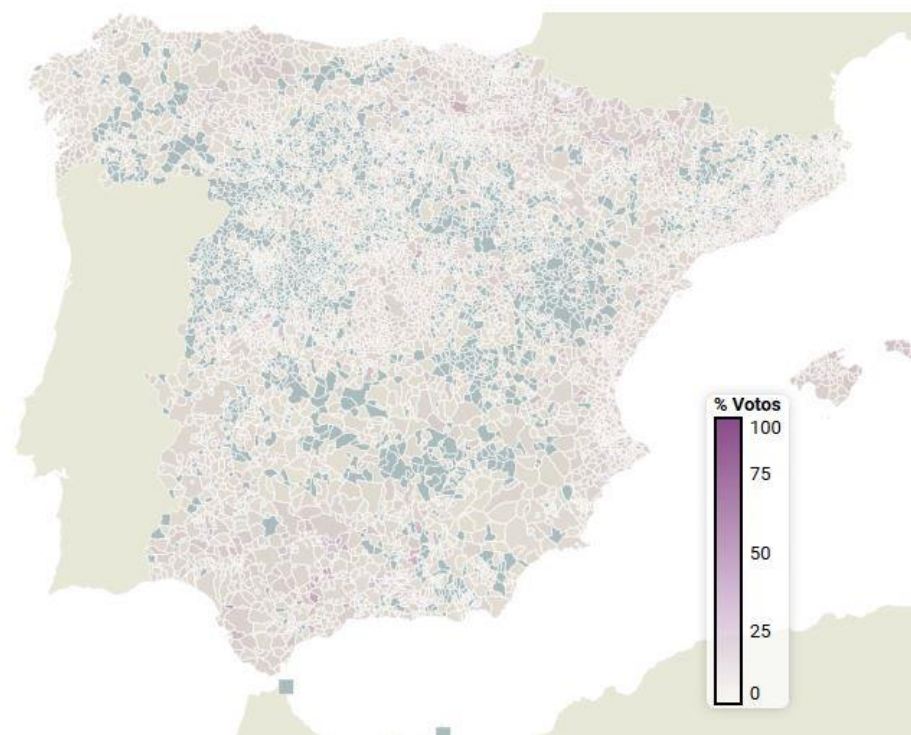
Elige partidos o sumas de partid... ▼

✕ UNIDAS PODEMOS

+

-

[0]



Fuente: RTVE

El votante de *Unidas Podemos* es “hombre (en un 57% de los casos), con una edad de entre 35 y 54 años (una edad media de 43 años), mayoritariamente trabajador (un 46%).” (Otero, 2019) Observamos una ligera masculinización del electorado de *Unidas Podemos*, pese a que este partido político ha puesto en el feminismo una de sus bazas políticas y estratégicas. Este votante masculino es joven y trabajador, es decir trabaja por un salario. Aunque “también es el partido con el porcentaje más alto de votantes de entre 18 y 35 años.” (Otero, 2019) Es decir, de todos los partidos a los que votan los jóvenes, a *Unidas Podemos* es al que más se le vota en esta franja de edad. Además “también tiene éxito entre los parados (23%) y estudiantes (16%).” (Otero, 2019) Por lo tanto, el partido penetra muy bien en diferentes campos activos de la población, es votado entre trabajadores, parados y estudiantes. Esto demuestra una cierta lógica del ciudadano que vota a *Unidas Podemos* debido a que existe una relación coordinada entre estas tres categorías. Existe un cruce de intereses entre los trabajadores, los parados y los estudiantes. Debido a que todos pueden pasar por alguna de esas tres situaciones a lo largo de su vida. Por ejemplo, alguien que se encuentra estudiando desea conseguir un buen trabajo y si por alguna razón se queda en paro desea tener las mejores condiciones posibles. En diferencia a otras generaciones que quizá no tengan estas preocupaciones, por ejemplo los que ya se encuentran jubilados.

En cuanto a nivel de estudios “son mayoritarios los votantes con estudios superiores, Formación Profesional (FP) y 2ª etapa de Secundaria.” (Otero, 2019) Los votantes de *Unidas Podemos* siguen manteniendo algunas de las características de los que votaban al partido en sus inicios: siguen siendo personas con un alto nivel de educación.

Si miramos por clase social “el votante medio de *Unidas Podemos* oscila entre las clases obreras y las clases medias.” (Otero, 2019) Aunque existen múltiples dificultades para categorizar qué es una clase social y qué es una clase social media u obrera, los votantes de *Unidas Podemos* se categorizan por pertenecer a las clases medias y trabajadoras en su mayoría.

Ya hemos explicado antes que los votantes de *Unidas Podemos* pertenecían al entorno urbano, estos votantes “residen en su mayoría en ciudades muy grandes (más de 1.000.000 de habitantes) y grandes urbes (de 400.000 a 1.000.000, seguidas de las de 100.000 a 400.000).” (Otero, 2019)

En estas Elecciones Generales se estabilizaron y ajustaron los resortes del sistema para aceptar un nuevo agente y unas nuevas elites. El sistema y sus agentes tradicionales necesitaban tiempo para ajustar las herramientas para diluir o detener las intenciones de las elites que deseaban entrar. Una vez conseguido esto, no existía ningún problema para dejar que consiguieran algo del poder beneficioso que ofrece el sistema a quien se porta bien. La debilidad del partido *Unidas Podemos*, pese a resistir todo tipo de presiones, quedaba patente en su bajada constante de votos desde su transformación en un partido político tradicional. Por eso el partido y sus elites necesitaban entrar en los resortes del sistema para su propia supervivencia, debido a que en la realidad social y política del país estaban empezando a tener poca o nula relevancia. Huelga decir, que la mayoría del poder conseguido es un poder simbólico sin la posibilidad de realizar transformaciones de gran calado en el panorama político español. A pesar de la gran importancia que tiene el capital

simbólico en la vida cotidiana y en el funcionamiento del sistema, un partido político necesita ofrecer cierta mejora en el capital material de las personas para que estas lo perciban como algo útil y necesario para mejorar sus vidas y sus proyectos vitales.

Tras arduas negociaciones sobre el reparto del poder entre PSOE y *Unidas Podemos*, se pactó el primer gobierno de coalición de la democracia que vino después de la dictadura del general Franco.

4.2. ¿ES UNIDAS PODEMOS UNA ORGANIZACIÓN POPULISTA?

Tras analizar de manera somera el nacimiento y crecimiento de un nuevo partido político en España, en este apartado nos dedicaremos a aplicar a este caso nuestro modelo para entender si es un partido populista o no. El modelo A.F.P. consta de 5 fases. La 1ª fase se encarga de identificar el momento y el espacio político y social en el cual ha aparecido el fenómeno social y político que deseamos investigar. Con la 2ª fase pretendemos identificar cuáles son las grietas existentes en el sistema y que sirven para que el nuevo fenómeno político y social pueda conseguir legitimidad. La 3ª fase analiza qué es el movimiento y a quién representa y desea representar. La 4ª fase sirve para comprender si ese nuevo fenómeno social y político es populista. Y, por último, con la 5ª fase podemos analizar qué cambios provoca el nuevo fenómeno en el sistema en el cual se encuentra inserto. Este modelo es una herramienta para comprender un caso, un hecho, un proceso de nacimiento y aparición de un fenómeno político y social que se dice populista.

Con esto pretendemos testar el uso de nuestro modelo y mostrar la necesidad y pertinencia del mismo. Se trata de realizar una narrativa una intrahistoria de *Unidas Podemos* en la historia de un país, para entender las causas de su aparición, qué es el sujeto aparecido, que transformaciones ha sufrido y cuales ha provocado. Considero que ante un fenómeno social de esta envergadura los datos no llegarían a explicar realmente las relaciones y los discursos que han provocado esta nueva situación. Creo que es hora de empezar a contar las “cosas”, a bucear en la profundidad de lo que nos enseña la vida para entenderla mejor. Considero que la sociedad y los seres humanos que vivimos en ellas somos cuantificables, pero nuestras relaciones, sentimientos, miedos y acciones, no lo son. Una de las maneras de conocer mejor una causa social es entender cuáles han sido los procesos que la han llevado a cabo, qué tipo de relaciones se han dado y qué clase de oportunidad han aprovechado los sujetos para que ocurriese dicha causa y no otra.

Mediante el estudio de este caso, además de demostrar la utilidad de nuestro modelo, también se pretende contar una historia sobre *Unidas Podemos*. Una historia que pretende entender las relaciones y discursos que no salen en los números, una historia que se cuenta mediante la mirada, la observación plena del espacio social y el análisis de los actos cotidianos, de lo que se dice, de lo que nos contamos sobre nosotros mismos.

4.2.1. 1º Fase: antes de que la ventana de oportunidad se abriera

La crisis económica de 2008 trajo consigo los recortes por parte del gobierno del PSOE y después por parte del gobierno conservador del PP. El país necesitaba ajustar su cifras macro para ser creíble a los ojos de los inversores, de las agencias de calificación y de sus socios europeos. Una de las crisis más graves hasta entonces conocidas provocó muchos despidos y cierres de empresas. España llegó a tener una tasa de desempleo, basada en la *Encuesta de Población Activa* (EPA), del 26,9 %. España tenía demasiada gente sin trabajo, sin ninguna esperanza, con miedos y frustraciones que quizá antes nunca habían sentido. El mayor miedo de todos era el de perderlo todo, la desesperanza de no tener un futuro.

El miedo a un desahucio, a que te despidiesen del trabajo, a los *Expedientes de Regulación de Empleo* (ERE), que muchas veces se convertían en despidos permanentes, a que cerrase tu empresa. Todo esto tenía en vilo a una parte de la población española. La dificultad de volver a tener una segunda oportunidad, en un país que parecía desmoronarse poco a poco, era patente. Esta crisis económica trajo consigo el miedo al futuro y la sumisión del presente.

Además, debido a que el país necesitaba realizar ajustes económicos, los poderes públicos y políticos recortaron en servicios básicos para la ciudadanía (educación, sanidad, infraestructuras, ayudas sociales) para entrar en los objetivos del déficit que nos exigían nuestros prestamistas (Unión Europea, grupos de inversiones extranjeros). Estos recortes debilitaron la relación entre las instituciones y los ciudadanos. Ante la falta de medios económicos y humanos las instituciones que debían aliviar el fuerte golpe económico y social a los ciudadanos más pobres eran incapaces de hacerlo. Las instituciones dedicadas a cuidar el tejido social se estaban desmoronando.

Los ciudadanos sabían cuáles eran sus quejas pero no ante quien quejarse, hasta que se dieron cuenta de que ni siquiera con cambios en las elites políticas iba a cambiar las cosas para ellos. Se dieron cuenta de que gobernase quien gobernase las políticas económicas y sociales iban a ser las mismas. Su soberanía se encontraba secuestrada y mutilada. Para más inri, observamos como las elites políticas se ponían de acuerdo con nocturnidad y alevosía para cambiar la constitución¹ obligando al país a pagar antes sus deudas que solucionar los problemas de sus ciudadanos. Se observaba una traición tras otra traición y una incapacidad de los políticos y sus instituciones para solucionar los problemas. Para muchos ciudadanos se rompió la ilusión existente entre el Estado y ellos mismos.

Esa ilusión se basa en la relación que el ciudadano hace en su mente sobre él mismo y las instituciones que piensa que le representan. Las instituciones se ven como un paraguas que debería protegernos ante las crisis, ya sean económicas, bélicas, naturales, etc. Gran

¹ El cambio realizado fue la modificación del artículo 135 de la Constitución Española. En dicha modificación se incluye la estabilidad presupuestaria como eje central de las Administraciones públicas y dónde podemos leer lo siguiente: “Los créditos para satisfacer los intereses y el capital de la deuda pública de las Administraciones se entenderán siempre incluidos en el estado de gastos de sus presupuestos y su pago gozará de prioridad absoluta.”

parte de su legitimidad se basa en eso: ser ente de protección; ser nuestros guardianes. Cuando en una democracia liberal (en una dictadura o régimen autoritario la relación del ciudadano con las instituciones se fundamenta en otros motivos) el ciudadano medio(el ciudadano medio es aquel que necesita a las instituciones de manera puntual, que incluso a veces le molestan y que a pesar de todo cree en la ilusión y en su legitimidad porque piensa que son necesarias y eficaces y que puede solventar algunos problemas, sobre todo aquellos que tengan que ver con su propia seguridad) observa que muchas veces las instituciones no actúan o directamente actúan en su contra esa relación llena de ilusión y fe se rompe.

Ya podemos observar cierta caracterización de la situación social de ese momento: tenemos una depauperización del capital material (entendiendo capital material no solo como los bienes materiales que un individuo puede comprar, sino también como los proyectos y bienes futuros que cree que debería de tener por su status o por su capital humano y social) de los ciudadanos; tenemos una depauperización y deslegitimación del funcionamiento de algunas instituciones, sobre todo aquellas que tienen que ver con la acción social de un gobierno; tenemos unas elites políticas que aplican las mismas política y donde a ojos de los ciudadanos no se plantea ninguna diferencia entre ellas; y, tenemos unas elites externas, en este caso europeas, que nos exigen cumplir condiciones para recibir los préstamos necesarios. Estas condiciones externas afectan a la política económica y social de nuestro país, podríamos afirmar que atentan contra la soberanía popular.

En medio de esta gran crisis observamos que también existen grandes grietas derivadas de esta, o que ya existían, y ahora se han hecho más grandes. Estas grietas tuvieron sus respuestas por parte de la ciudadanía. Tomemos nota: por parte de la ciudadanía no por parte de las instituciones.

La depauperización de la población provocó, entre muchas otras cosas, que aumentará el número de desahucios hipotecarios y desahucios por impagos del alquiler. Aquí se hizo nota el poder financiero dentro de nuestro sistema político, donde no se consiguió arreglar o paliar el problema que llegó a ser sangrante. Esto tuvo una respuesta ciudadana organizada: La *Plataforma de Afectados por la Hipoteca* (PAH). Esta plataforma estaba organizada por ciudadanos que habían sufrido un desahucio o estaban en proceso de sufrirlo o por ciudadanos que deseaban ayudar a las personas que sufrían esta desgracia. Ante la falta de ayuda institucional apareció la ayuda organizada de los ciudadanos. Parece que a más institucionalización menos organización ciudadana y viceversa. Puede parecer algo lógico, pero en una democracia no debería existir el trasvase del poder de la ciudadanía hacia las instituciones sino que debería tratarse de un simple préstamo de ese poder. El problema aparece cuando las instituciones secuestran el poder y la ciudadanía se encuentra sin herramientas con las que defenderse de actos tiránicos o de políticas para las que ellos nunca votaron.

La PAH hubiese fracasado de manera estrepitosa si no hubiese obtenido resultados, tanto simbólicos como materiales. A pesar de las dificultades, esta plataforma conseguía para desahucios. Y en las imágenes que aparecían por la televisión siempre se observaba una masa de personas con camiseta verde definiendo a personas, que simplemente querían un

hogar, frente a los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado (recordemos que el Estado tiene el monopolio de la fuerza (Weber, 2012) y, en este caso, esta fuerza se utiliza para quitarle la casa a alguien). Estas imágenes reforzaban en el plano mental la necesidad de cambios estructurales en nuestro sistema.

También la aparición del 15M tuvo algo que ver con esta característica. El 15M apareció en casi todas las plazas de las grandes ciudades españolas. Podríamos decir que era un movimiento netamente ciudadano, pero tenía ciertas características especiales. Una de ellas era su preocupación por no tener líderes lo que demostraba cierta creencia en la horizontalidad y su organización en asambleas para discutir los temas a tratar demostraban su creencia en una democracia asamblearia parecida a la que existía en la Grecia clásica. No podemos afirmar que todos los que asistían a las plazas del movimiento 15M fueran activistas. Pero sí que el movimiento estaba organizado y mantenido por gente profesionalizada de los diferentes movimientos sociales y de activismo.

Este movimiento apareció como una respuesta ciudadana organizada para exigir democracia de verdad para nuestro país. Respondía sobre todo a la grieta que existía en las diferencias percibidas y reales de las elites políticas. No se apreciaba ninguna. O mejor dicho, ninguna que realmente fuera relevante. El grito de *¡No nos representan!* no considero que fuera un grito enteramente ideológico sino más bien un grito hacia la mayor inclusión de las diferentes ideas existente en nuestra sociedad. El 15M fue un movimiento importante para el sistema político y social español debido a que hizo una cosa de gran importancia para ese momento: nos puso a hablar de política con nosotros mismos y también con los demás. No perseguía un objetivo material y finito, sino que en las plazas se discutían sobre la “utopía” política (considero utopía política a toda aquella expresión política, por lo tanto social e ideológica, que carece de estrategia y táctica para llevarse a cabo). Sobre la política en sí misma, sobre nosotros como seres humanos insertos en un sistema que nos detesta al cual nosotros también detestamos pero que debido a las circunstancias y a las ganas de sobrevivir que tenemos ambos nos toleramos las vergüenzas mutuamente.

Pero, al no tener un objetivo político el movimiento se diluyó, se esfumó, quedo en nada. Hablar sobre política y sobre nosotros mismos está bien, es excelente, pero para un rato. Una organización ciudadana si desea conseguir que se cumpla sus metas debe tener tácticas y estrategias políticas. El 15M carecía de ambas.

Ante la inicial ilusión y esperanza y la decadente caída del movimiento parecía que ya nada podía cambiar las cosas. Es cierto, existían organizaciones ciudadanas para todo tipo de problemas causado o agravados por la crisis (lo que nos lleva a pensar que las instituciones y sus elites no estaban solucionando ninguno de ellos): ya sea por temas sanitarios, laborales (*Juventud sin futuro* por ejemplo), hipotecarios, fiscales o contra la corrupción política y empresarial. Pero, ninguna de estas organizaciones tenía pretensiones o posibilidades de cambiar el sistema o la política del país. Si desde fuera de las instituciones la presión no es lo suficientemente fuerte y constante en el tiempo, la única manera de cambiar las cosas es entrar en las instituciones con suficiente fuerza para poder hacerlo.

Este movimiento fue un grito hacia unas elites que no hacían caso. Se le denominó el movimiento de los *Indignados*, sobre todo por los medios de comunicación. No creo que la indignación fuese una de sus características principales, más bien se trataba de un movimiento que discutía sobre los problemas que tenía nuestro país, pero no tenía claras las soluciones para dichos problemas. Si hubiese sido la indignación una de sus características principales, lo más seguro es que hubiese tenido un carácter violento o que la expresión popular del voto hubiese cambiado hacia partidos menos institucionalizados, alejándose de aquellos que siempre habían compartido el poder.

La disolución del 15M no supuso la disolución de la protesta y de la organización ciudadana en nuestro país. De hecho existían las *Mareas* (blanca, verde, etc.) que sí que tenían un objetivo político claro. Luchar contra la depauperización de las instituciones en las que trabajaban. Podríamos decir que estas *Mareas* eran la protesta de la burocracia y del funcionariado que se encarga de la parte de acción social del Estado: véase Sanidad, Educación, etc.

También parte de los activistas del movimiento 15M formaron sus propios partidos políticos cogiendo algunas de las propuestas y soluciones que se habían debatido en las plazas con anterioridad (por ejemplo el *Partido X*, el *Partido Pirata*, etc.) Aunque, huelga decir, sin mucho éxito.

Por lo tanto, después de la disolución aparecieron multitud de organizaciones políticas que buscaban fructificar las propuestas y llevarlas a cabo mediante su entrada en las instituciones pero no tuvieron mucho éxito. Además la victoria del PP, en las Elecciones Generales del 2011, con mayoría absoluta parecía demostrar que en realidad nada había cambiado. No podíamos estar más equivocados.

El 15M fue un campo de aprendizaje y de reflexión para que años después, 2014, naciera el movimiento político *Podemos*. Una organización creada por académicos, profesores de universidad y activistas. Una organización creada por aquellos que estuvieron, estudiaron y organizaron el 15M.

Podemos es una expresión del 15M, no porque represente dicho movimiento, sino porque es la estrategia y la táctica necesaria para convertir en acción política las propuestas y soluciones a los problemas de los *Indignados* y de los demás movimientos ciudadanos organizados.

4.2.2. 2º Fase: el mito de la Transición, las puertas giratorias y las elites económicas

Podemos deseaba cambiar las cosas e identificaba enemigos que no deseaban que hubiera cambios sustanciales en nuestro país. Uno de los enemigos que deseaba derribar *Podemos* era el mito de la Transición: el mito fundador de nuestra democracia.

Criticar y/o atacar este mito ponía en duda todo el sistema creado después de la dictadura y a las elites que lo sustentaban. Esta crítica sigue dos direcciones: la primera es la de una

“crítica amarga dirigida a la izquierda que señala que la Transición fue un proceso exitoso.” (Iglesias & Juliana, 2018, pág. 126); Y, la segunda dirección es que les “parecía importante hacer un análisis crítico de la Transición, un análisis que se opusiera al relato edulcorado” (Iglesias & Juliana, 2018, pág. 127) Un relato edulcorado que se encontraba apoyado por todas las elites económicas, políticas, mediáticas que participaron y se aprovecharon de la Transición española. *Podemos* también buscaba criticar a esas elites que decían defender al pueblo que participaron en dicha mentira engañando al pueblo que decía defender. España ya no solo tenía una crisis económica, social e institucional sino que ahora también política. El mito fundador de nuestra democracia se tambaleaba. El sueño de una Transición perfecta podría convertirse en una pesadilla para las elites tradicionales del sistema.

Consideramos la Transición como mito fundador de nuestra democracia debido a que es un símbolo cohesionador, imbuido de una mística apoyada por un relato edulcorado de una realidad que no fue tal. Toda voz crítica con dicha transición quedaba sepultada bajo el poder que el sistema tenía para producir y reproducir el relato “oficial” de nuestra transición. Ante la deslegitimación de los agentes legitimadores de dicho relato y de las instituciones que se sustentan en el mismo, nuevos agentes puede criticar los engaños y mentiras contados de dicha transición. Esto pone en entredicho el funcionamiento de todo un sistema.

Aunque *Podemos* sí que ve con buenos ojos la funcionalidad de la Transición española. Entiende que “la Transición convierte a España [...] en un Estado demoliberal con un sistema político homologable con los de los países de Europa Occidental.” (Iglesias & Juliana, 2018, pág. 126) Esto no das una pista: *Podemos* no deseaba revolucionar el sistema, estaba de acuerdo con el hecho de que España fuese una democracia liberal. Solo deseaban realizar cambios más o menos profundos que igualasen derechos y oportunidades entre la población y ciudadanía española.

Una vez has criticado el mito fundador de una democracia debes criticar a las elites que lo sustentan. *Podemos* siguió el plan: atacar a las elites políticas corruptas, alejadas del pueblo y a las elites económicas y financieras que robaban al pueblo que evadían dinero mientras la gente se moría de hambre o perdía sus casas.

Contra las elites políticas *Podemos* criticaba su poco entendimiento del pueblo, su corrupción y su connivencia con las grandes empresas del país (puertas giratorias). Mediante esta crítica erosionaba la legitimidad de dichas elites y se alejaba de ellas para, mediante este proceso, acercarse más al pueblo o a la noción del pueblo que ellos tenían. También se observaba un proceso de cambio espacial: mientras las elites políticas tradicionales permanecían encerradas en sus instituciones, *Podemos* realizaba actos y mítines en las plazas simbolizando con ello apertura, cercanía y transparencia política. La oscuridad y la corrupción se encontraban en los despachos de las instituciones que regentaban las elites políticas del país. Por lo tanto, también existe una diferencia y una división entre cómo se realiza la política tradicional y cómo se hace la nueva política. Que *Podemos* utilizase las plazas y las calles como su propio escenario se debe a la falta de organización y estructura organizativa, a la falta de implantación territorial. Esta escenificación también demostraba fuerza y musculo político.

Podemos entendió y supo analizar muy bien las conexiones existentes entre las elites de los diferentes campos del sistema. Por eso, una de sus críticas a las elites políticas era su connivencia con las elites económicas. Esto provocaba grandes casos de corrupción donde se derrochaba el dinero público en fines privados y los casos de puertas giratorias, que no siendo ilegales sí que atentaban contra sistema de valores y la moral del pueblo y de los ciudadanos españoles.

Las puertas giratorias son el proceso de extracción de cargos públicos relevantes por parte de grandes empresas y organizaciones con poder. La crítica a este proceso se debe a que muchas de estas empresas tienen una relación económica con el Estado y se teme que mediante la extracción de cargos públicos consigan información privilegiada y saltarse procedimientos para conseguir más beneficios económicos a costa del Estado. Se trata de un proceso que es legal, pero que atenta contra la división entre lo público y lo privado, entre lo democrático y lo no democrático, entre el pueblo que no puede conseguir este tipo de beneficios y las elites que se aprovechan de su posición para mejorar sus condiciones materiales a costa de todos los demás.

También las elites económicas se veían criticadas por su alejamiento de la realidad social del país y su falta de solidaridad con la patria y el pueblo español. Se criticaba la falta de generosidad e incluso algunos atisbos de ilegalidad en la evasión de impuestos en paraísos fiscales. Dando a entender que los más ricos cuando las cosas van bien aprovechan y sacan todo el beneficio que pueden y cuando las cosas van mal huyen o piden ayuda al Estado (elites políticas).

Observamos que *Podemos* no buscaba hacer una crítica ideológica, sino que la crítica iba dirigida a todas las elites, independientemente de su ideología. *Podemos* entendía que la crisis no era ideológica, y que posicionarse ideológicamente le impediría crecer. La crisis afectaba a personas que votaban a las fuerzas de izquierdas y a las personas que afectaban a las fuerzas de derechas. Pero no afectaba igual a los que más tenían frente a los que menos tenían. La línea divisoria de *Podemos* empezó siendo económica. Los de arriba, los ricos, luchaban contra los de abajo, la mayoría, los pobres, aquellos que no tienen privilegios.

Mediante este proceso se buscaba la transversalidad. La transversalidad sirve para representar al pueblo como agente social y político. Amplía las posibilidades del movimiento político para llegar al poder. Cambia el eje discursivo y transforma el campo cultural y político de un sistema. *Podemos* deseaba huir del eje izquierda-derecha que había regido la política tradicional. Quería crear un nuevo marco cultural que se basase en la división arriba-abajo. Mediante este proceso pretendía construir su propio campo conceptual y político para así poder tener ventaja a la hora de competir políticamente con los demás partidos. Ya que en un nuevo campo político creado por ellos, tendrían las herramientas perfectas para ganar. Mientras que si seguían las reglas del campo político tradicional, debían regirse por las reglas impuestas por los actores políticos tradicionales. Esto, a un nivel más simple, se puede observar en cómo *Podemos* pedía que las negociaciones y pactos políticos pudieran verse en directo por los ciudadanos. Esta simple petición, en mi opinión absurda, servía para provocar cambios en el campo político y cultural del sistema y de los ciudadanos del país. Mediante esto relacionaba la corrupción

con la falta de transparencia y las reuniones que realizaban los políticos para llegar a pactos y acuerdos.

La transversalidad sirve para conseguir la hegemonía. (Linares & Errejón, 2019) Para crear un campo político diferente y controlarlo en su mayoría. Facilita el cambio de cultura política de un país. La búsqueda de la transversalidad acercó a *Podemos* a la noción de pueblo como agente social y político. Un pueblo representado por los de abajo, frente a unas elites representadas por los de arriba. Un pueblo donde la ideología se encontraba silenciada, donde lo cultural debía ser enterrado para hablar solamente de lo económico, de lo material. Al principio a *Podemos* le importaba más la separación mediante lo material que mediante lo cultural. En el futuro lo cultural será mucho más importante (memoria histórica; feminismo; ecologismo; etc.). Esta predisposición por lo material se debe a que *Podemos* se veía con posibilidades de cambiar las condiciones materiales de la gente. Se veía con posibilidades de conseguir poder para provocar cambios estructurales, para provocar cambios en las elites económicas del país. Conforme paso el tiempo y el poder de *Podemos* se vio menguado las batallas culturales resultaban más asequibles y menos objetivables. Con el tiempo lo simbólico gana a lo material. *Podemos* paso de ser una organización política preocupada por las condiciones materiales a ser una organización política donde lo cultural tomo cada vez más importancia.

La división arriba-abajo no era enteramente material, existía un componente cultural. Los de arriba tenían un modo de vida diferente al del resto, una visión del mundo diferente al resto. Mientras que los de abajo tenían unos lazos culturales basados en la solidaridad y el apoyo mutuo ante circunstancias adversas. El pueblo es diferente culturalmente de las elites. En este caso esta diferencia cultural se basa en la comunidad, los barrios, el vecindario. En el pueblo que crece en los barrios más humildes de nuestras urbes. En la tienda, el bar, la frutería de la esquina de una calle cualquiera de un barrio cualquiera de España. De la gente corriente. La división cultural se basaba en esta dicotomía: lo corriente versus lo excepcional. Lo corriente entendido como normalidad, como ser todo, como lo común. La excepcionalidad entendida como exterioridad, como alteridad, como lugar lejano, como lo raro.

Lo legítimo, en definitiva, es el pueblo, pero el pueblo representando por el eje abajo. Esta legitimidad se organiza en torno a un campo simbólico más que a un campo material. Importa más lo cultural que lo económico. También la legitimidad se basa en el juicio moral de las acciones políticas, sociales y económicas. Pueden existir acciones que sean legales pero que son inmorales, que dañan la pureza de la patria y del pueblo que la representa. Un pueblo que se define mediante, además de por rasgos culturales y económicos, las instituciones sociales que fueron recortadas con anterioridad, mediante los servicios públicos como la sanidad y la educación. La patria definida por *Podemos* es una patria asistencial, social y abierta. Una patria con un Estado que cuida, regula y controla. Un Estado moralizante, basado en la idea de la pureza moral del pueblo.

La deslegitimación del sistema y de los agentes que lo sustenta parte de la quiebra entre las estructuras e instituciones del Estado (y los políticos y cargos que sustentan dichas instituciones) y los problemas de los ciudadanos. Esta ruptura es más material que

simbólica, aunque la imagen y el campo discursivo sean elementos fundamentales para diferenciar culturalmente a los de arriba de los de abajo.

4.2.3. 3º Fase: como ser o parecer y hablar como el pueblo

Una de las preocupaciones de *Podemos* era la imagen. Diferenciarse del resto de los partidos políticos mediante lo cultural y lo simbólico. Romper el consenso estético existente desde la Transición.

Podemos deseaba tener una imagen que le permitiera ser reconocible, que en poco tiempo una imagen simple pudiera identificarse con ellos. Esto era necesario para hacer frente a las diferentes citas electorales que tuvieron en un lapso corto de tiempo. Para conseguir que su discurso llegase al mayor número de personas, necesitaba ir a los lugares de transmisión y producción de relatos, por ende, de realidades: los medios de comunicación. Necesitaban entrar dentro de uno de los pilares que tiene el sistema para controlar las ideas de una población. Para ello, no solo debían ser diferentes, sino también generar audiencia, es decir, generar ingresos para la cadena que decidiese entrevistarlos o poner a los diferentes miembros del partido como tertulianos.

En los medios de comunicación tradicionales el discurso de *Podemos* debía ser rompedor y radical. Un estilo chulesco y desafiante. Sabían que se enfrentaban a la boca del sistema. A los productores y reproductores del relato del sistema, a las elites simbólicas. Al corazón del relato del sistema. Su diferenciación no solo se basaba en el estilo y la retórica, sino también en lo que decían. *Podemos* rompió los campos discursivos tradicionales insertando ideas que todo el mundo tenía pero que no salían en los medios de comunicación tradicionales. Amplió la base ideológica del discurso y del relato que se contaba en los medios de comunicación. Inserto temas y puso el foco en problemas que antes no aparecían en las televisiones. Su discurso también era arrogante y de cierta superioridad con aquellos que representaban en las tertulias a los otros partidos políticos. *Podemos* actuaba como un outsider que actuaba para otro outsider: el pueblo que había sido desplazado de los centros de decisión del sistema, del discurso y de las preocupaciones de los agentes políticos del sistema.

Podríamos decir que el lenguaje utilizado en los discursos de *Podemos* se basa en un lenguaje común, un lenguaje reconocible en la cultura de los de abajo. Un lenguaje que basaba sus metáforas en elementos culturales como canciones, películas o series de televisión reconocidas por la mayoría de la población. Este lenguaje se alejaba de la profesionalización de los símbolos y signos del lenguaje político tradicional. Donde el tono y el estilo moderado primaban sobre otras maneras de escenificar los discursos políticos. Donde existía una continuidad en los mecanismos de transmisión del discurso. Un consenso sobre cómo hablar y como reproducir el relato.

Otra gran herramienta de comunicación utilizada por *Podemos* de manera eficaz fueron las redes sociales. Supieron entender muy bien las reglas y mecanismo del lenguaje en internet: corto, sencillo y nunca neutral. El uso de las redes sociales como transmisoras

de sus discursos les permitía enviar directamente el mensaje que ellos querían sin que pasar el filtro de los editores de los programas de las cadenas de televisión tradicionales. Estas habilidades vienen de proyectos como *La Tuerka* o *Fort Apache*, programas que se podían visualizar por el portal de videos *Youtube*.

Este tipo de programas imitaban las tertulias de debate que salían por los medios tradicionales. Esto hacía más reconocible el formato y facilitaba que el espectador se quedase viendo el programa. Y a nivel discursivo permitía hablar sobre temas que no aparecían en televisión e invitar a personas expertas que jamás aparecerían en un medio tradicional debido a que tenían un discurso que se alejaba del consenso existente en el sistema.

Por lo tanto, las herramientas por las que transcurría el discurso de *Podemos* eran mayoritariamente dos: las tertulias de los medios tradicionales y las redes sociales encontradas en internet. Huelga decir, que más tarde abrieron otro canal de comunicación e información en la aplicación para teléfonos móviles llamada *Telegram*. *Podemos* apareció con un discurso rompedor y subversivo. Un estilo *punk* que rompía con el estilo encorsetado de los partidos tradicionales. *Podemos* introdujo la forma de hablar del pueblo en el sistema político español. Una manera más natural de decir las cosas, más emocional, menos profesionalizada.

La apertura en el campo discursivo se produjo con la introducción de problemas e ideas nunca antes debatidas en un medio de comunicación tradicional. La dura crítica al régimen del 78 (régimen salido del mito de la Transición), al oscurantismo político y a las elites económicas ponía de relieve problemas con los que la gente se identificaba y además lo hacía en un lenguaje que no parecía aburrido. El campo de signos y significantes se amplió dejando entrar en el debate político otras ideas políticas que antes se encontraban excluidas o arrinconadas.

El discurso de *Podemos* ayudó al renacimiento del debate político en España, sacándolo de su encorsetamiento y de su falta de naturalidad. El carisma del líder se imponía al aparato del partido. La importancia de tener un líder carismático, que supiese encandilar a los ciudadanos y hablar su propio idioma se imponía a la tradición de hombre de partido, de político profesional que existía con anterioridad.

Tras la aparición de *Podemos* volvió a importar la imagen, el mensaje, la manera de transmitirlo y quién lo transmitía. El proceso de comunicación entre política y ciudadanía se renovaba, se actualizaba y se le introducía la performance y la actuación como elemento diferenciador para expresar de manera mucho más plástica el mensaje y las ideas que se desean transmitir.

La organización y estructura de *Podemos* se basaba en los denominados *Círculos*. De hecho la imagen de marca de *Podemos* se basa en la idea geométrica del círculo. Estos *Círculos* se basaban en un método asambleario de toma de decisión y de debate y comunicación. El planteamiento venía de las experiencias sacadas del 15M y de movimiento de los Indignados, donde la asamblea era la manera elegida para debatir y el círculo era como un elemento geométrico de igualdad entre los asistentes a dicha

asamblea. El partido político no podía tener una organización como la de los partidos tradicionales. Debía tener una organización que les diferenciase de los demás, y el recuerdo más cercano de organización ciudadana y plural fueron las manifestaciones de los *Indignados*. Pero mientras los círculos de las plazas no tenían líderes, los *Círculos de Podemos* sí. Por lo tanto se trataba de asambleas con un centro, un centro del cual emanaba el discurso y planteaba las problemática a tratar. Las asambleas de *Podemos* estaban menos dirigidas que las organizaciones de otros partidos pero seguían siendo estructuras dirigidas y concebidas por los líderes del partido. Esta manera de organizarse suplía las carencias económicas y territoriales de *Podemos*. Al ser un partido que se financiaba mediante donaciones particulares sin recibir dinero de los bancos la dificultad de conseguir lugares de reunión, tener sedes, alquilar salas, etc. era mayúscula. Era mucho más fácil organizar asambleas y *Círculos* (a los cuales podían asistir no solo los militantes sino las personas que estuvieran interesadas) en edificios y asociaciones de carácter público e incluso al aire libre.

Pero, en mi opinión, las grandes decisiones se tomaron en los congresos generales de *Vistalegre I* y *II*. Fueron los grandes momentos de estrés de *Podemos* en cuanto a su organización. La realización de estos congresos y lo decidido en ellos disponía el rumbo del partido a años vista. Este tipo de congresos son realmente una batalla entre las elites enfrentadas del partido. Se exponen las diferencias ideológicas, organizativas y de liderazgo y se debaten para después votar cuál de estas diferencias merece ser la que prevalece sobre las demás. Estos dos congresos ajustaron el modelo organizativo de *Podemos* a una competición electoral más sosegada y normal que la *blitzkrieg* electoral que había ocurrido anteriormente.

Cuando la confluencia se hizo realidad y el partido paso a denominarse *Unidas Podemos* la estructura de los otros partidos de la confluencia ayudo a *Podemos* a estabilizar y facilito la creación de su propia organización política. Paso a paso, *Podemos* ya dentro de *Unidas Podemos* iba pareciéndose a un partido tradicional, con características novedosas, pero con un funcionamiento más mecánico, más artificioso y menos orgánico que con anterioridad.

En definitiva, *Podemos* busco una organización que lo diferenciase de los demás partidos políticos. Los *Círculos* fueron la respuesta y la praxis tras el aprendizaje de los movimientos ciudadanos y las asambleas de las plazas del *15M* y los *Indignados*. Esto evocaba y buscaba que su organización se pareciera lo máximo posible a una democracia asamblearia participativa. Pero con el tiempo y con la alianza con otros partidos *Podemos* tuvo que adaptarse a la normalidad institucional y la relación con otros partidos, además esta alianza facilito la implantación territorial del partido (que era uno de sus puntos débiles más flagrantes). El sistema reguló poco a poco a *Podemos*, lo insertó dentro de las instituciones obligando al partido a parecerse cada vez más a los partidos tradicionales para ser eficaz en la contienda política. *Podemos* vino a cambiar el sistema y el sistema les cambió a ellos.

4.2.4. 4º Fase: rozando la utopía populista

La visión del pueblo que tiene *Podemos* tiene que ver con la transversalidad como concepto central de su discurso. La búsqueda de la hegemonía cultural para limar los bordes de eso que denominamos pueblo. Para que sea un sujeto-masa que se identifica por su manera de vivir y sus costumbres más que por su ideología o clase social. El pueblo de *Podemos* es un pueblo corriente, un pueblo que vive en los barrios de las grandes ciudades, humilde y que necesita del Estado social y asistencial para mejorar su vida material.

Ya hemos analizado brevemente lo que es la transversalidad, en esta fase relacionaremos dicho concepto con el pueblo y observaremos la metamorfosis de ambos en un nuevo sujeto político más cercano al populismo que ningún otro.

La transversalidad nunca puede ser ideológica, por ende el pueblo de *Podemos* no es ideológico, no sigue unos preceptos e ideas estructuradas para formar su visión del mundo. Sino que el pueblo está ya imbuido de realidad. Es la acción del pueblo y no la ideología la que hace realidad. El pueblo es el garante del sentido común, es quién debe crear el sentido común.

Al no ser la ideología lo más determinante para representar al pueblo, este se representa mediante sus usos y costumbres, mediante lo simbólico y estético, mediante el uso que hace del capital material. En *Podemos* los de abajo representan una amplia mayoría de personas con diferentes capital económico, diferentes trabajos y niveles educativos, pero siempre culturalmente ligados a las costumbres de los barrios humildes y de los servicios públicos. El pueblo de *Podemos* es el baluarte del Estado social populista. El Estado que protege al pueblo porque es el pueblo mismo. El Estado que en vez de implantar el sentido común de las elites, implanta el sentido común del pueblo.

No debemos confundir transversalidad con centralidad ideológica. La centralidad ideológica se utiliza para tener la capacidad de bascular entre uno u otro espectro ideológico según convenga al partido en cuestión o al redito electoral que pueda darle. En cambio, la transversalidad es un cambio del campo político y del marco discursivo y mental. Ser transversal es buscar otros elementos que no sean los ideológicos para unificar a una gran masa de personas en un nuevo agente político y social. La transversalidad sirve para cambiar el campo de juego político y social. Busca otros referentes de unión, ya sean culturales o materiales, o ambos a la vez. Lo transversal entiende que existen otros tipos de relaciones que se dan en la sociedad que no tienen nada que ver con las ideologías que compiten electoralmente en el sistema. Existen otros tipos de acuerdos y consensos que se dan entre las personas donde tiene más importancia la cultural y lo material que la ideología.

En mi opinión, *el populismo es la transformación del pueblo en agente legítimo para la acción política y social. El pueblo como sujeto no ideológico, transversal, basado en el uso y las costumbres del espacio, en un tiempo presente ahistórico, diferenciado culturalmente y materialmente de las elites, pero unificado cultural y materialmente*

entre sí. El populismo es la unión de todos estos factores en un sujeto político que se denomina pueblo para que así pueda competir dentro de los resortes políticos del sistema. No mira el pasado, ni el futuro. Es un movimiento político pegado al presente, desea provocar cambios a corto plazo, su horizonte de acción es corto pero intenso. Por eso, el populismo no tiene una ideología marcada sino que basa su sentido común en el sentido común del pueblo. No se nutre de otras ideologías para ser más eficaz o para que le voten más los ciudadanos, sino que se nutre del sentido común del pueblo, de las ideas que el pueblo tiene de su propia nación y del rumbo que debe tomar.

El populismo busca solucionar los problemas del pueblo ya que es el pueblo reencarnado en agente político y social. No es un discurso simple, no es un discurso radical. Es el discurso del pueblo que habla sobre sí mismo.

El populismo busca cambiar los marcos discursivos y mentales existentes por el suyo propio. Busca resignificar símbolos para hacerlos suyos. Busca que lo institucional sirva al pueblo y a los verdaderos problemas del pueblo.

El líder populista representa al sujeto político que debe entrar como representante del pueblo a las instituciones. Es la espada y el escudo que debe utilizarse para la batalla contra los demás líderes políticos. Las características del líder dependerán de las características que tengan los otros líderes rivales. El carisma, por ejemplo, no es exclusivo de los líderes populistas. Pero, como curiosidad, sí que es una característica de los líderes populares. El líder populista representa a un pueblo que no tenía voz ni voto en las instituciones, sus diferencias con los demás líderes se deben a la lejanía de estos del habla y estilo del pueblo. Las elites políticas son vistas como meros representantes de las instituciones que se han olvidado de representar al pueblo.

El líder populista es otra expresión más del pueblo. Considero que primero aparece el pueblo y después su líder. Primero aparece el agente y después el sujeto político que debe representarlo.

La característica principal del populismo es la transversalidad. El deseo de llegar al mayor público posible. Esta transversalidad no puede ser ideológica debido a que partiría el agente político pueblo en trozos que podrían enfrentarse entre sí. La transversalidad es cultural. El populismo usa como herramientas en su discurso elementos simbólicos y culturales que sean referentes para una mayoría de la población y los lanza contra las elites contra las que desea enfrentarse. Estos elementos o se ven negados o corrompidos por dichas elites. Es decir, lo que representa simbólicamente al pueblo se ha visto traicionado y corrompido por las elites que se encuentran alejadas de la realidad y del sentido común de la gente corriente. Esta transversalidad no significa ambigüedad en las propuestas y soluciones políticas. Significa fijarse en los problemas comunes a una mayoría de la población y plantear soluciones que satisfagan a una mayoría en detrimento de una minoría que se encuentra fuera de la concepción del agente social y político pueblo.

El populismo abraza las demandas que se encuentran en el borde del sistema o fuera del mismo. Abraza los problemas que no pueden o no quieren solucionar las instituciones del

sistema. No propone soluciones simples a problemas complejos, es que no tiene en cuenta (porque no le interesa) los mecanismos y procesos burocráticos del sistema. Las soluciones parecen simples debido a que no requieren de la validación y revalidación de los aparatos burocráticos del sistema para llevarse a cabo. El populismo representa un ataque a las elites burocráticas, que ante ciertos problemas aceleran los procesos y ante otros no hacen nada o incluso los ralentizan. Esta elite burocrática se relaciona con la elite política y económica del sistema. Fomentando la información privilegiada entre estos agentes. Se trataría de una elite en el poder (Mills, 2013) que sustenta el poder mediante las relaciones profesionales y privadas entre sus miembros.

El populismo es efímero. El tiempo del populismo es el presente. Necesita de la inmediatez, del ahora para funcionar. Visitar el pasado sería un problema debido a que sus significantes podrían separar al pueblo y proponer una visión de futuro podría no convencer a muchos otros. Sus palabras son del presente, todo ocurre aquí y ahora. Los problemas del pueblo son ahora y deben ser solucionados ahora. El futuro estará formado por una acumulación de *ahoras*, por una acumulación de hechos diarios. El pueblo tendrá su futuro en la costumbre de hacerse pueblo constantemente.

Podemos, al principio, entendió perfectamente la transversalidad y su uso. Huyó de los clichés existentes con anterioridad y creó un discurso nuevo. Supo aglutinar a una mayoría que buscaba el cambio y la solución del presente en el presente. Podríamos decir que *Podemos* rozó el populismo con la yema de sus dedos.

En mi opinión, *Podemos* tuvo un espacio populista. Un espacio donde cumplía todas las características del populismo. El uso de la transversalidad; alejamiento de lo ideológico como eje central de su discurso; apuesta por la cultura, las costumbres y el sentido común del pueblo; el uso de lo inmediato y la mirada cortoplacista para cada una de sus acciones políticas.

Pero, el populismo es el pueblo en constante movimiento, no se para a debatir consigo mismo qué es o qué rumbo debería seguir. Solo avanza. Cuando *Podemos* decidió debatir sobre su futuro y el futuro que proponían para la ciudadanía, cuando trabajaron para construir un ideario perdieron la transversalidad (por lo tenían que escoger símbolos del pasado para comunicarse con el pueblo, el uso y las costumbres ya no eran unas herramientas de entendimiento válidas para comunicarse con el pueblo, lo que dividió al pueblo transversal y lo convirtió en algo ideológico, algo que solo es una parte y no un todo).

Podemos al alejarse de la transversalidad perdió el camino del populismo. Con una estructuración ideológica basada en elementos, símbolos y signos culturales reconocidos y reafirmados por una parte de la población pero detestados por otra, dividieron a su mayoría para convertirla en una minoría ideológica. Ya no importaba el uso y las costumbres que podían relacionar a sus votantes entre sí, sino las ideas y maneras de pensar que tenían cada uno de ellos.

En definitiva, *Podemos* tuvo un espacio populista que fue efímero debido a que el partido decidió hablar consigo mismo y preguntarse sobre el futuro y las ideas que debía defender

en el espacio político español. La transversalidad convirtió al partido en populista. La noción del pueblo como los de abajo amplió las mayorías que podía tener un partido tradicional de derechas o de izquierdas en el campo político español.

Podemos entró en las instituciones siendo populista pero debido a las diversas contiendas electorales no pudo estabilizar esa posición ni fructificarla de manera que pudiera cambiar el sistema o solucionar algunos problemas de manera clara. Cuando ya como *Unidas Podemos*, el partido entro en las instituciones ya se parecía más a un partido tradicional y menos a un partido populista. Había perdido el populismo que lo hacía único.

Es decir, las instituciones no obligaron al partido a deshacerse del populismo sino que el propio partido decidió hacerlo por sí mismo. Esta decisión fue mucho más profunda que un cambio organizativo o ideológico: la estrategia y la táctica habían cambiado. *Podemos* dejó de querer cambiar el sistema, subvertir todos los campos mentales, destruir a las elites que se encontraban en el poder. Decidió entrar en el sistema que antes quería derribar, quizá pensando que así conseguiría los cambios que le había prometido al pueblo. Pero acercarse a las instituciones en un sistema con carencias significa dejar de entender al pueblo, alejarse del pueblo que dices representar. Porque las instituciones salidas de la Transición no fueron hechas por el pueblo sino por las elites gobernantes de ese momento. Por lo tanto, las instituciones actuales, herederas de las anteriores, representan a las elites en el poder, no al pueblo al que dicen servir.

El populismo llegó a entrar, por unos breves instantes, en las instituciones españolas. Pero, debido a la desestabilización política y a la incapacidad de las elites de ponerse de acuerdo, este populismo no tuvo tiempo de realizar ningún cambio en el sistema que tuviera que ver con los problemas del pueblo al que decía representar.

4.2.5. 5º Fase: el gran poder de las instituciones

Ya en la literatura tenemos ejemplos de cómo las instituciones y su funcionamiento interno pueden ser arrolladoras (véase *El Proceso* o *La Metamorfosis* de Kafka) Pero, este poder institucional es mucho más fuerte y estable en sistemas donde las instituciones y estructuras del Estado son capaces de crear un sentido común por si solas. Son capaces de proporcionar realidades y dificultan la imaginación o la idealización de una alternativa donde ellas estén ausentes. Donde las instituciones son capaces de crear verdad, su derrumbamiento resulta mucho más difícil.

Esto, obviamente, afecta a la institucionalización de un partido populista. Afecta, también, a las posibilidades que el partido populista tiene para cambiar el sentido del sistema hacia otro lugar, distinto y distante.

Que las instituciones puedan crear verdad significa que nuestra realidad está condicionada por las mismas. Nuestros marcos mentales no pueden producir un ideario basado en un mundo sin instituciones sin caer en utopías libertarias y/o anarquistas que nunca van a funcionar. Esta dificultad sobre los procesos de institucionalización produce dos

vertientes del populismo, ambas con un final diferente: el populismo instituyente y el populismo no instituyente.

El populismo instituyente se caracteriza por aparecer en un espacio y un tiempo donde las instituciones del sistema se encuentran debilitadas o incluso están ausentes. El sistema no consigue abarcar todo el territorio político y social que desea o por cuestiones ideológicas de sus elites deja a grandes poblaciones fuera del poder y del servicio de las instituciones. (Errejón & Mouffe, 2016) Este tipo de institucionalización es depredadora y extractora de los recursos, tanto materiales como simbólicos, de la tierra que dice representar. No son instituciones que deseen ser el reflejo de las inquietudes y modos de vida de sus ciudadanos, son instituciones que reflejan la utilización por parte de las elites de los mecanismos y procesos burocráticos para enriquecerse. Estas instituciones ofrecen grandes beneficios a la participación a muy pocas personas. Lo que deja fuera a una mayoría de la población que puede verlas como poco eficaces o incluso como enemigas de sus intereses. (Laclau, 2016) En este contexto el populismo, si aparece, a la hora de llegar a las instituciones, ya sea por la fuerza ya sea por los métodos que ofrece el sistema, deberá ampliar el poder del Estado y creará instituciones que se asemejen al pueblo como agente político y social. (Laclau & Mouffe, 2018) En este caso, el populismo más que destruir o cambiar el sistema debe crearlo. El populismo, además de ser un movimiento transversal, también será un movimiento instituyente. Este proceso acerca al pueblo a la materialización de sus aspiraciones, usos, costumbres y capital cultural. Dicha materialización producirá un sistema y unas instituciones cuyos procesos irán dirigidos a solucionar los problemas que tiene el pueblo en un momento determinado. El problema aparece cuando tenemos en cuenta otra característica del populismo: lo efímero. Estas instituciones son la materialización de los problemas del presente y no la materialización de un sistema de procesos y estructuras funcionales que sirva para solucionar también los problemas del futuro. Lo que causa que cuando los problemas del presente se han solucionado dichas instituciones quedan obsoletas y ante nuevos problemas se vuelven ineficaces a la hora de dar una solución a los mismos. Las instituciones que al principio, al ser la materialización del presente populista, beneficiaban a una mayoría, ahora solo son capaces de resolver los problemas más parecidos a los ya resueltos y ante nuevas realidades son incapaces de imponer su propio sentido común. Lo que provoca una división en el pueblo. Que parte de ese pueblo busque la reforma y el cambio en las instituciones populistas, transformando el Estado populista en un Estado que también les beneficie a ellos (este Estado puede ser el tradicional liberal; democrático liberal, etc.)

El Estado populista también crea sus propias elites que se parecen al pueblo en un espacio y tiempo determinado, pero conforme el pueblo cambia las elites cambian con más dificultad. Por lo que, ese reflejo que antes existía del pueblo en las instituciones se va difuminando. Las instituciones populistas son efímeras y necesitan ser reformadas en cuanto el pueblo al que representan cambia. Estas instituciones son la materialización de una emergencia social y política, son el salvavidas que el pueblo crea en medio de una crisis. Las instituciones más estables son aquellas que tienen un proyecto de futuro. Es decir, que tienen una ideología detrás de su construcción.

En definitiva, el populismo instituyente es aquel que se enfrenta a un sistema débil, ausente o con poca implantación territorial (ya sea material o simbólica). Un sistema que deja a muchas personas fuera de su verdad y de su realidad. El populismo instituyente es capaz de crear un sentido común, una verdad, una realidad que puede rivalizar con la realidad y verdad creadas por las instituciones del sistema. Es capaz de convertirse en hegemónico rellenando los huecos que el sistema y su Estado dejan vacíos y sin representación. Por lo tanto, el populismo instituyente es capaz de enfrentarse a una realidad producida y reproducida por unas instituciones debilitadas, produciendo y reproduciendo su propia realidad.

El populismo instituyente no necesita insertarse en el sistema para producir cambios. Ante un sistema débil el populismo tiene la capacidad de competir contra el sistema planteando una alternativa viable de cambio. El populismo instituyente produce el sistema del pueblo que se encontraba fuera del sistema de las elites anteriores. Este sistema basado, no en la ideología, sino en un agente social y político concreto tiene la desventaja de ser efímero. Dura lo que aguante dicho agente como actor social y político. La diferencia con las elites de un sistema fuerte, es que estas elites se basan en un consenso material, simbólico e ideológico que refuerza el sistema y posibilita que este dure durante más tiempo.

Por lo tanto, ante Estados débiles o debilitados el populismo, además de la transversalidad, adquiere la capacidad de construir instituciones que representen al agente social y político que es el pueblo. Ante unas instituciones bien formadas y construidas el populismo encuentra otras dificultades y ventajas, y busca y tiene un final diferente.

El populismo no instituyente se encuentra con un sistema ya estabilizado y con una ideología concreta sobre el funcionamiento de sus instituciones y mecanismos burocráticos. Es cierto que muchas veces el populismo aprovecha las ventanas de oportunidad que ofrecen las crisis institucionales e incluso sistémicas, pero una crisis es una grieta no significa el fin del mismo. El populismo es incapaz de provocar revoluciones debido a que no tiene una idea sobre el futuro al cual llegar. Solo es capaz de provocar cambios en el presente. El populismo no instituyente tiene facilidades para provocar cambios simbólicos en el sistema pero dificultades para provocar cambios estructurales en el mismo.

Cuando el populismo no es capaz de instituir su propia realidad frente a la del sistema debe adaptarse a los procesos que el sistema tiene. En un sistema bien implementado el populismo sirve para incluir a partes de la población que se encontraban excluidas en los procesos y mecanismos institucionales. Sirve para renovar a las elites políticas y ayuda al sistema a renovarse para poder seguir existiendo más tiempo. Todo esto si el populismo no instituyente llega a conseguir el suficiente poder para producir cambios, si queda en un segundo plano, el paso del tiempo deja de ofrecer la Fortuna y Virtud (tal como las entendía Maquiavelo en su famosa disertación llamada *El Príncipe*) al movimiento populista, provocando que el movimiento agonice mientras se ve incapaz de ser la herramienta que convierta al pueblo en un agente social y político útil para producir cambios.

El mayor enemigo del populismo es el tiempo y a la vez también es su mejor amigo. El paso del tiempo es quién ofrece la oportunidad para que el populismo aparezca y el paso del tiempo es quién también lo hace desaparecer. El populismo al carecer de ideología no puede dialogarse a lo largo del tiempo. Queda como una mancha en la historia, como una excepción en vez de una regla. Como algo extraordinario.

El populismo no instituyente al pasar por las instituciones del sistema se verá presionado a comportarse y a seguir las reglas que siguen los agentes tradicionales de dicho sistema. Los sistemas burocráticos del sistema sirven como filtro de moderación para las políticas y acciones más radicales. La ideología del sistema se basa en la conservación y el cumplimiento escrupuloso de los procesos y mecanismos que se encuentran en su interior. Cuando el pueblo entra en unas instituciones que no son suyas, que tienen una realidad y una lógica propia, siente la extrañeza de no pertenecer a ese espacio. De que ese espacio no les pertenece y no desea que estén allí. El pueblo como agente político y social debe ser institucionalizado. El populismo no instituyente no es capaz de construir instituciones propias pero si es capaz de institucionalizar al pueblo que representa. Esto provoca que el movimiento o partido populista sufrirá una metamorfosis: su propia institucionalización. Se convertirá en lo que tanto criticaba: una parte más del sistema. Por lo tanto, una de las consecuencias en el sistema del populismo no instituyente es la renovación del sistema al presente. Las instituciones y los sistemas más estables suelen pensar en el futuro viviendo en el pasado. Debido a su solidez les cuesta mucho adecuarse al presente. Siempre van por detrás del ahora. El populismo no instituyente acelera el sistema hacia el presente. Lo obliga a actualizarse. Más que la destrucción del sistema lo que provoca es su supervivencia.

En definitiva el populismo instituyente no tiene un sistema estable contra el que luchar por lo tanto puede instituir sus propias instituciones debido a que las anteriores no existían o eran débiles. El populismo no instituyente se encuentra insertado en un sistema estable lo que causa que no pueda crear el suyo propio, por lo tanto lo que causa es su renovación. La inclusión de un grupo de la población que no estaba incluido en el sistema o que se sentía alejado del mismo. (Errejón & Mouffe, 2016) Estas son dos de las grandes consecuencias que el populismo puede provocar en un sistema. Los demás cambios modifican la apariencia del sistema pero no su estructura ni la ideología de su funcionamiento.

Pero, ¿cuál fue la relación de *Podemos* con las instituciones? ¿Qué tipo de populismo lo caracterizaba? *Podemos* se encontraba en un sistema que, pese a las grietas, era estable e ideológico. *Podemos* fue un movimiento político populista no instituyente. Un movimiento que sabía que no podía crear su propio sistema. De hecho una parte de sus líderes provenían de ideologías instituyentes, que buscaban crear sus propias instituciones, y entendían perfectamente que el sistema español necesitaba una renovación con la ampliación de derechos y procesos de representación de una parte de la población que se encontraba excluida de las instituciones y su funcionamiento.

Es difícil analizar qué cambios produjo el populismo de *Podemos* en el sistema y sus instituciones debido a que en el espacio de tiempo que fue populista las instituciones no permitieron una estabilización del movimiento dentro de ellas. El sistema no permitió que

el pueblo entrará en las instituciones sin antes institucionalizarse, sin plegarse a los mecanismos y procesos del sistema. *Podemos* como movimiento populista no pudo ejercer como partido político debido a las diferentes competiciones electorales y a la falta de un acuerdo de los partidos políticos para formar gobierno. En su etapa populista *Podemos* no pudo gobernar ni hacer oposición desde las instituciones representativas del sistema.

Cuando llegó a las instituciones de manera estable en el tiempo, su momento populista ya había pasado. El partido entro en las instituciones de manera seria como una confluencia entre diferentes partidos y movimientos sociales dejando la transversalidad que lo caracterizaba a un lado. Dejando el populismo a un lado para convertirse en un partido más del sistema político español.

Podemos ha producido cierta renovación simbólica del sistema. Ha introducido en el sistema una manera de hacer política menos encorsetada, una política con una performatividad pseudonatural. Una política espectacular para una sociedad basada en el espectáculo (Debord, 1995). Ha traído la estética de las instituciones ancladas en el pasado al presente.

Una vez dentro del gobierno, ya como partido tradicional, *Unidas Podemos*, aplica el papel que se le ha asignado. Ser un partido de izquierdas a la izquierda del PSOE (el partido central del sistema y del régimen español). Ahora, como partido, ya no trata de ser transversal, de atraer a cualquier tipo de ciudadanos en base a un discurso no ideológico. Más bien busca reforzar la ideología de sus votantes y se encuentran en permanente pugna con el PSOE, a pesar de que se encuentran en el mismo gobierno de coalición. Pero, huelga decir, que pese a estar dentro del sistema no tiene la suficiente fuerza para provocar cambios estructurales. *Unidas Podemos* ha pasado de necesitar al pueblo a necesitar de las instituciones para sobrevivir. Se ha convertido en un partido más de un sistema renovado por ellos para incluir a los excluidos y a las elites de los diferentes campos periféricos del sistema.

4.2.6. Síntesis: una historia de un movimiento populista español

Nuestro modelo dividido en fases nos permite conocer mucho mejor lo que envuelve a un partido político y nos permite preguntarnos y analizar si es populista o no. El modelo permite identificar la relación que tiene un partido político cualquiera con el pueblo y si este partido político busca la transversalidad como forma de abrazar el populismo. Además el análisis mediante nuestro modelo nos permite crear una narrativa en torno a un hecho social, lo que hace que nuestra comprensión sobre ese hecho sea parcial pero multidimensional. Enriquece nuestra visión sobre el hecho.

Los líderes de *Podemos* supieron aprovechar una ventana de oportunidad que se abría en el sistema política y social español. Supieron convertir un momento de incertidumbre en un momento populista.

Podemos apareció con un discurso diferente y transversal, con una idea de convertirse en el movimiento político del pueblo. El pueblo en el que *Podemos* creía era culturalmente uniforme. Los usos y costumbres eran pilares importantes para entender las relaciones existentes entre los individuos que se encontraban dentro de ese agente político y social que es el pueblo. Lo colectivo primaba sobre lo individual. Los usos de los espacios públicos también eran una referencia para entender el pueblo de *Podemos*. Las instituciones públicas, sobre todo aquellas de orden social, eran una de las patas que *Podemos* vio que se rompió con las políticas hechas por los partidos tradicionales. Existían un tipo de instituciones que no ayudaban, no cumplían con su cometido e incluso perjudicaban a una gran parte de la población. Aquella parte que se encontraba localizada en los barrios más humildes de nuestras urbes.

No utilizaron la ideología como componente principal de su discurso, de hecho hicieron hincapié en denostarla, en decir que la derecha y la izquierda ideológica eran cosa del pasado. Lo importante para *Podemos* eran las relaciones culturales y los problemas materiales que podía tener el pueblo. Esta transversalidad sirve para romper fronteras sociológicas, es decir, sirve para que la renta no sea un obstáculo para captar votos, o que la ideología no importe a la hora de captar votos. La transversalidad les convirtió en populistas. Las elites contra las que se enfrentaba *Podemos* no eran unas elites diferenciadas ideológicamente. El enfrentamiento contra ellas no era ideológico, era cultural y material. La ideología, en apariencia, no importaba desde que mucha gente salió a las plazas el 15M gritando *¡No nos representan!* y *PP=PSOE*. Es decir, el problema se encontraba en las elites tradicionales del sistema no en su ideología.

El problema también era funcional. Las instituciones no funcionaban para una gran parte de la población, muchas veces debido a la falta de recursos, debido a los recortes que las elites aplicaban a dichas instituciones. Esto contrastaba con los casos de corrupción que iban apareciendo, dando la apariencia de que las elites del sistema eran unas elites extractoras que buscaban su beneficio propio sin que le importase lo colectivo.

Podemos cambió el eje mental del sistema al hablar de los de arriba versus los de abajo. Puso su diana en las diferencias económicas y culturales entre el pueblo (los de abajo) y las elites corruptas (los de arriba). Su batalla cultural no estaba anclada a una cierta ideología, sino a un cierto modo de vida, una cierta visión sobre el mundo, una cierta economía personal.

Esto le permitió llegar a mucha gente que se sentía identificada. Esta gente podría estar educada o no, ser clase media o clase baja, pero tenían en común los lazos culturales con el barrio. Tenían en común los mismos signos y símbolos, las mismas historias de vida, y esto alejaba las diferencias que podrían existir entre sus intereses para que se unieran por un bien común.

La colectividad del pueblo fue otra característica del populismo de *Podemos*. El individuo no podría encontrarse desamparado frente a las inclemencias de las crisis y de las políticas practicadas por las elites. Se debía volver a crear comunidad. Volver a tejer las relaciones entre los vecinos de un mismo barrio. Volver a darle importancia a lo común. Y por parte de las instituciones, éstas deberían apoyar a los ciudadanos frente a los grandes poder

económicos, deberían defenderlos de las inclemencias económicas y mejorar su situación material.

La organización de *Podemos* basada en los *Círculos* era una referencia al movimiento 15M y a los movimientos asamblearios y de democracia directa. Esto no significaba que la toma de decisiones no estuviese centralizada o que aquellas partes que deseaban decidir por sí mismas no tuviesen serias dificultades para hacerlo. Las urbes fueron el territorio predilecto de *Podemos*, siendo el entorno rural una de sus debilidades. Esto se debe a que en el entorno rural las relaciones son diferentes y las instituciones y quienes se encuentran en ellas están mucho más cerca de los ciudadanos. Se parecen mucho más a los ciudadanos que dicen representar. Por lo que las grietas que aparecieron con la crisis en las ciudades no eran las mismas grietas que podrían existir en el entorno rural. El entorno rural necesitaba servicios básicos y enfrentar la despoblación, no volver a entrelazar las relaciones comunitarias o luchar contra unas elites corruptas material y moralmente.

Podemos fue un movimiento populista no instituyente. Imbuido en un sistema con unos procesos bien establecidos y una ideología clara sobre el funcionamiento de los mismos. Entendieron, desde el principio, que no tenían la posibilidad de crear sus propias instituciones estructurales, sino que, en un sistema bien implantado, solo existe la posibilidad de cambiar las estructuras del mismo siempre y cuando se tenga el suficiente poder para hacerlo. De hecho, muchas de sus propuestas iban en la dirección de mejorar el funcionamiento de aquellas instituciones que representaban el bien colectivo del pueblo.

La patria para *Podemos* era la representación del Estado colectivo y asistencial del pueblo. La patria era la potestad del pueblo de tener unas instituciones que les protegieran y otorgaran servicios que solucionasen sus problemas eficazmente. Para *Podemos* la patria era un colectivo que no se aglutinaba mediante elementos tradicionalistas o histórico sino por elementos funcionales, usos y costumbres de los ciudadanos de las grandes urbes españolas. Por ejemplo, la patria era la posibilidad de que un ciudadano no fuese desahuciado sin alternativa habitacional, que los ciudadanos dispusiesen de servicios públicos de calidad (véase Sanidad, Educación, etc.). Es decir, la patria, según *Podemos*, se basaba en lo funcionales que fuesen las instituciones para el pueblo, para el colectivo, para la comunidad. (Linera & Errejón, 2019) *Podemos* deseaba contraponer esta visión de patria con la de nación que se encontraba mucho más cargada de significados históricos e ideológicos. Quería dar la batalla cultural por los símbolos nacionales despojando de su uso a las elites corruptas.

Pero el sueño populista fue más efímero de lo esperado. *Podemos* perdió su transversalidad al buscar la confluencia con partidos tradicionales y movimientos sociales que se estructuraban en base a una ideología clara. Esto hizo que el nuevo partido, denominado *Unidas Podemos*, entrase en el juego político como un partido más, como una organización del sistema que representa los intereses de un nicho electoral determinado.

Los cambios provocados por la irrupción de *Podemos* y, después, por *Unidas Podemos* en nuestro sistema son de carácter más simbólico que estructural. El único cambio

estructural que podemos achacarles es la ruptura del sistema bipartidista. La irrupción de *Podemos* con tanta fuerza en el parlamento posibilitó crear un marco mental donde votar a un tercer o incluso un cuarto partido no era perder el voto sino apoyar a una fuerza que o tendría opciones de gobernar el país o tendría fuerza suficiente para conseguir algunos cambios en el sistema. El resto de cambios fueron estéticos o simbólicos y afectaron más a las elites políticas y económicas que a las estructuras del sistema. Con el populismo de *Podemos* la manera de hacer política llegó a nuestro presente. *Podemos* obligó a los demás partidos y a sus líderes a innovar en su manera de comunicar y a cambiar su estética. El uso de internet y de las redes sociales se democratizó en el panorama político español debido a que los demás partidos observaban que mediante ese medio podías controlar el mensaje y podías crear una comunicación bidireccional con tus seguidores.

Sus ataques al mito fundador de nuestra democracia y a las elites políticas que lo sustentaban sirvieron para que estas buscasen una renovación, pero no ideológica o estructural, sino más bien fue un cambio generacional de los cuadros dirigentes de los partidos tradicionales. Las estructuras del sistema tuvieron la suficiente fortaleza para resistir el embiste de un nuevo sujeto político y social: el pueblo.

El partido, ya como *Unidas Podemos*, consiguió una cuota de poder en un gobierno de coalición con el PSOE. Esto tras ser el PSOE su principal enemigo. Y no debido a su ideología sino debido a que los dirigentes de *Podemos* consideran al PSOE el agente principal que sustenta el sistema del Régimen del 78. Por lo tanto, derribar al PSOE significa derribar el régimen que lo sustenta. Pero tal como resistió el sistema también supo resistir el PSOE. Y la formación de gobierno junto a este nuevo socio es la aceptación de una derrota por parte de *Unidas Podemos*. Esta coalición les coloca donde el sistema quería: siendo un partido de izquierdas a la izquierda del PSOE. Siendo un partido que se sitúa en las fronteras ideológicas del sistema. Esto no lo convierte en un outsider (como quizá podía ser visto con anterioridad) sino en un insider situado en la periferia del sistema.

En resumidas cuentas, *Podemos* aprovechó una grieta o crisis en el sistema que se convirtió en un momento populista donde el pueblo surgió como sujeto político transversal. Tras esa explosión social y política, *Podemos* mediante la transversalidad consiguió ser un movimiento o partido populista hasta que las instituciones del sistema y la confluencia con otros partidos y movimientos políticos provocaron la pérdida de dicha transversalidad. El partido al existir instituciones estables y fuertes no pudo crear las suyas propias. Es decir, no pudo crear las instituciones que representasen al pueblo. Pero sí que ayudó a que el sistema pudiera renovarse incluyendo a esa población que se sentía excluida dentro de los procesos del sistema.

Por último, huelga decir, que el momento populista no dura para siempre, sobre todo, en los países con sistemas y estructuras estables y fuertes. Una vez acaba el momento populista, la oportunidad de cambiar las reglas del juego, el sistema es capaz de readaptarse al nuevo presente, Al presente al que el populismo le ha traído.

Al final se trata de un ciclo donde el sistema se pone a prueba. Y donde puede haber cambios, rupturas y/o revoluciones. Dónde puede existir un momento populista (lo que

conlleve la aparición de los movimientos populistas) o existir un momento revolucionario o un momento de reformas. Conviene recordar, que la revolución ocurre en aquellos sistemas que no ofrecen posibilidad de futuro. Es decir, no son capaces de crear una realidad a futuro en la cual ellos sean capaces de existir. Por lo tanto, facilitar que otros agentes políticos y sociales sean capaces de crear sistemas con un futuro visible, cognoscible e imaginable que puedan competir con ellos. Para eso se necesita de una o varias ideologías, una o varias estructuras ideológicas que interpreten el pasado, presente y futuro de un pueblo. Las revoluciones cambian las ideologías de los sistemas. Las reformas de los sistemas se dan cuando las elites que viven y sustentan dichos sistemas son capaces de tener cierta flexibilidad y buscan, siempre de manera ordenada, la llegada al presente mediante el cambio en las estructuras y los procesos de los sistemas. Las reformas modifican la ideología de los sistemas para hacerlas efectivas y eficaces para el momento en el que se encuentran. La renovación se trata de un cambio simbólico y cultural de los sistemas provocada por la aparición de un momento populista aprovechado por un movimiento o partido populista. Esta renovación puede cambiar algunas estructuras del sistema pero nunca cambiará su ideología.

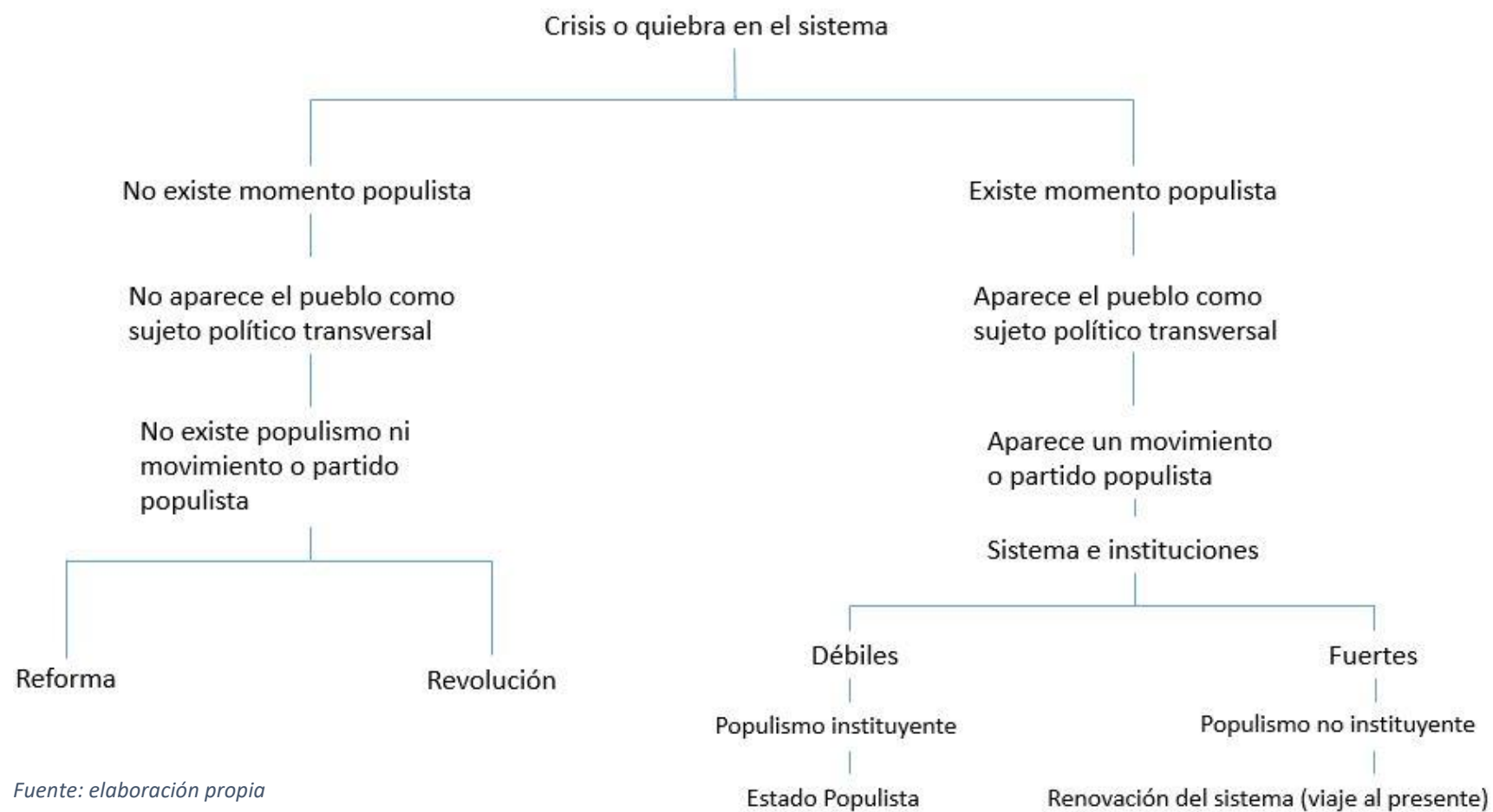
Por lo tanto, gracias a nuestro modelo hemos sido capaces de analizar y entender un nuevo movimiento político y social. Escrutar en sus características, entender que es el populismo y saber si el movimiento es o no populista o si lo ha sido alguna vez. El modelo nos ha permitido entender la relación del populismo con los sistemas y las instituciones de los mismos. Y las posibilidades reales de cambio en los sistemas en los cuales aparece el populismo. Por último, nos ha permitido crear una narrativa, una pequeña historia que da cuerpo y entidad propia a un fenómeno social de tanta importancia. Este modelo permite analizar y dar vida al fenómeno populista. Permite entender mejor lo que es y lo que quiso ser, lo que hizo y lo que quiso hacer, lo que fue y en lo que se ha convertido.

Nuestro modelo basado en lo cultural como ancla nos permite entender las relaciones que el populismo tiene con los usos y las costumbres de la gente. El populismo habla de un pueblo que no se unifica por la ideología sino por la costumbre, el modo de vida, los símbolos y signos culturales en común, etc.

Dentro de este proceso de creación del sujeto político “pueblo” es donde se concentran los procesos que hemos explicado con anterioridad: la espiral del silencio y el contragolpe cultural. El pueblo está formado por aquellos que se encuentran excluidos del sistema, por aquellos que ni siquiera tienen voz o la que tienen no es escuchada o incluso es silenciada.

Que el pueblo sea más abierto o cerrado depende de los usos y costumbres, de la vida que tengan en sus propios barrios. Depende de los signos y símbolos culturales que los identifican. Por ejemplo, si tenemos un pueblo que resulta ser racista, el movimiento o partido populista también lo será. No por la búsqueda de algún tipo de redito electoral, sino porque el populismo pertenece al pueblo, el partido populista es un rehén del pueblo no su guía. Mediante el populismo es el pueblo quien verdaderamente decide, aunque sea por un pequeño lapso de tiempo.

El modelo A.F.P. para entender el populismo



Fuente: elaboración propia

5. CONCLUSIONES

El populismo es un movimiento de acción política y social que convierte al pueblo en un agente político. Un agente político es una figura social y política, que mediante la cristalización de intereses y demandas políticas y sociales, se homogeneiza para poder representar y ser representable dentro de un sistema político determinado. El populismo es una acción política dirigida al presente. Una de sus diferencias con otros movimientos políticos es su categoría temporal: mientras otros movimientos políticos toman en cuenta el pasado para mirar al futuro (fascismo) o miran directamente hacia un futuro paradisiaco (comunismo), el populismo observa su presente. El populismo es incapaz de crear horizontes ideológicos a largo plazo. El populismo no se basa en la diferencia para hacerse notar sino que refleja la diferencia ya existente entre el pueblo y las elites del sistema. El pueblo populista no es el pueblo que representa a una nación: es el pueblo que actúa social y políticamente, el pueblo activo que busca ser representado en el sistema. Este pueblo tiene unas características específicas: se encuentra excluido o perjudicado por las instituciones y por las elites sociales y políticas; se contrapone a las elites y a los beneficiarios del sistema; se basa más en la acción política en el presente que en presentar un proyecto de futuro (no existe una vía mesiánica de redención ni una vía paradisiaca a la cual llegar mediante la transformación del presente); el pueblo como agente social y político, es un agente efímero, un agente que ha aparecido por la emergencia social y política de una parte importante de una población determinada; primero aparece el pueblo, después el líder que debe representarlo ante las elites del sistema; este pueblo puede buscar el cambio, la inclusión de sí mismo en el sistema y la reforma. Nunca buscará la revolución. El populismo no es un movimiento revolucionario. No existe una ideología intrínseca al populismo sino que este tendrá la ideología que tenga el pueblo que se ha constituido como agente político.

La función del líder o líderes del movimiento populista es representar al movimiento en y ante las instituciones del sistema y sus elites. El carisma del líder es una herramienta aglutinadora del movimiento populista. El líder también es el baluarte del discurso y la retórica populista. Las formas de este discurso serán las formas que tiene el pueblo para comunicarse consigo mismo y con los demás. La única característica clave del discurso populista es la transversalidad.

La transversalidad del discurso es la capacidad que tiene un discurso para ser eficaz de permear entre las diferencias de sus oyentes sorteando y enterrando las contradicciones y resaltando las similitudes entre ellos. La transversalidad en el discurso no es ambigüedad o simpleza. Considero que la transversalidad es eficaz cuando pone de relieve las similitudes culturales de los oyentes. Cuando se resaltan los aspectos y prácticas culturales que hacen que un grupo se reconozca a sí mismo. Por eso, considero, que el populismo basa su discurso y retórica en los aspectos y prácticas culturales del pueblo. El populismo hunde sus raíces en unas prácticas culturales que no se encuentran representadas en el sistema o se ven ridiculizadas por el mismo. La transversalidad sirve

como pegamento del pueblo y del movimiento populista. Además de ser una herramienta eficaz para la contienda política y homogeneización del pueblo como agente político.

El populismo se organiza dependiendo de sus fines e intereses. Pero, siempre al constituirse como movimiento de acción política tenderá a representar las características del pueblo y a incluir mecanismos de comunicación entre el pueblo representado y el pueblo representante, como las asambleas, los congresos participativos, etc. Al entrar en la competición política el populismo utilizará el tipo de organización que mejor le funcione para ser competitivo electoralmente. Aunque procurará explotar las diferencias y errores que cometen otras organizaciones políticas para utilizarlas en su beneficio. Es decir, si las elites políticas se organizan en torno a organizaciones políticas tradicionales, el movimiento populista buscará diferenciar su organización de las organizaciones de las elites. Lo que causará una imagen de distinción entre el movimiento populista y las elites que controlan el poder. La comunicación entre militantes, simpatizantes y las elites de la organización populista se realiza mediante el uso de los instrumentos y herramientas que utiliza la mayoría del pueblo para comunicarse entre sí. El lenguaje y la forma de dicha comunicación serán menos formal y más cercana que el lenguaje de institucionalidad aparente que representan los partidos de orden tradicional. Todos estos procesos con el fin de conseguir la distinción y la diferencia frente a los otros. Todos estos procesos con el fin de mostrar, traer a la luz, las características diferenciadoras del pueblo frente al sistema.

El populismo es intrínsecamente efímero. Debido a su mirada *hacia* y *del* presente sus funciones y sus metas se encuentran dentro del corto plazo político y social. Por lo que, es cierto, que existe un *momento* populista. Un *momento* en el cual la ventana de oportunidad es aprovechada por parte del pueblo para erigirse como agente político y social activo. La durabilidad de ese *momento* populista no es dependiente únicamente del movimiento populista, también de sus adversarios y del sistema que desea cambiar dicho movimiento. La aparición del populismo denota una grieta en el sistema y en sus procesos de representación. El populismo es la acción política de un *afuera* que desea convertirse en un *adentro*. El populismo podría ser la figura del marginado que se encuentra desplazado y desea por todos los medios ser integrado dentro del grupo. Ese proceso de integración cambia tanto al marginado (movimiento populista) como al grupo (sistema y elites sociales y políticas). Y puede realizarse mediante una adaptación del marginado al grupo (el fin del populismo mediante la asimilación) o mediante una adaptación del grupo a lo que representa el marginado (el fin del populismo mediante la imitación).

El fin del populismo mediante asimilación se basa en el proceso de transformación del movimiento populista en un movimiento político tradicional. Es decir, en la inclusión del marginado, mediante la ruptura de sus diferencias, dentro del grupo. El grupo es lo suficientemente maleable como para aceptar a un nuevo integrante, siempre y cuando este integrante se comporte y actúe de la misma manera que el resto de miembros del grupo. Este proceso provoca una renovación de los procesos de representación del sistema. La inclusión de nuevos miembros a dichos procesos renueva y amplía el campo político y social del sistema. La asimilación del movimiento populista provoca una renovación en

los procesos representativos y democráticos (si los hubiere) de un sistema político y social concreto.

El fin del populismo mediante imitación se basa en el proceso de performatividad y transformación del sistema y sus elites en un *doppelgänger* del movimiento populista. Es un proceso de neutralización de la transversalidad y la *diferencia* del movimiento populista. El sistema y sus elites asumen la fuerza del pueblo como agente político y social y para neutralizar la fuerza del movimiento adoptan el discurso, la retórica y las formas que hacen al populismo tan efectivo. Mediante este proceso, los agentes tradicionales del sistema se aseguran el control de los mecanismos de inclusión que existen en los procesos de representación. Se aseguran que los cambios que necesita el sistema no se realicen desde fuera sino desde dentro. Este proceso de imitación provoca un trasvase de personas del movimiento populista hacia los agentes tradicionales del sistema. Que, como consecuencia, deja al movimiento populista sin una funcionalidad diferenciadora. Se neutraliza el movimiento populista mediante la desaparición aparente de las diferencias existentes entre los agentes políticos y sociales. Este proceso de imitación busca destruir las fronteras existentes entre el *ellos* y el *nosotros*. El fin del populismo mediante el proceso de imitación se produce debido a la confusión que se crea al dejar de existir las fronteras diferenciales entre el movimiento y los agentes del sistema. Esto empequeñece al movimiento y lo convierte en inútil para producir cambios en el sistema. El movimiento populista deja de ser una herramienta clave para la inclusión de aquellos que se encuentran y/o sienten apartados de los aparatos y estructuras del sistema político y social.

La relación entre democracia y populismo es una relación de simbiosis parasitaria. El populismo sirve como acelerante de los cambios necesarios para volver a legitimar las instituciones más importantes del sistema. El populismo en relación al sistema puede ser un populismo instituyente o un populismo no instituyente.

El populismo instituyente es aquel movimiento que aparece dentro de un sistema con una institucionalidad cerrada y excluyente (instituciones que no representan a una población mayoritaria) o una institucionalidad débil (instituciones incapaces de ofrecer servicios y soluciones a una mayoría de la población) y con la adquisición del poder suficiente crea sus propias instituciones buscando la representación del pueblo como agente político y social dentro de las mismas.

El populismo no instituyente es aquel movimiento que aparece dentro de un sistema con una institucionalidad abierta e incluyente (instituciones que representan y benefician a una parte de la población con suficiente fuerza como para seguir siendo legítimas) y con la adquisición del poder suficiente busca la inclusión en dichas instituciones de las elites populistas y del pueblo (excluido de los beneficios y de la representación en las instituciones) como agente social y político.

Por lo tanto, el populismo no es un destructor de democracias liberales. Más bien se trata de un movimiento de renovación (o de creación si dicha democracia es débil o inexistente): el populismo representa al pueblo que se encuentra en los bordes del sistema, representa a aquellos que aún no están radicalizados pero se encuentran en posiciones de

radicalidad. Ayuda a incluir a las personas que, si no fuera por dicho movimiento, podrían encontrarse en posiciones más radicales e incluso en posiciones de acción política violenta. El populismo parece más un grito de auxilio que un movimiento que se replantee cambios específicos en las raíces estructurales de un sistema social y político determinado.

El modelo de Análisis del Fenómeno Populista consta de 5 fases que sirven para comprender la genealogía de un movimiento social y político y determinar si este es populista o tiene algunas características que lo convierten en populista por un tiempo determinado.

1ª Fase

Se trata de detectar el *momento* populista. Saber discernir la ventana de oportunidad en la que el pueblo se erige como agente político y social activo. Esta fase nos ayuda a comprender el contexto social y político en el cual se origina el movimiento político y social. También el análisis del *momento* populista ayuda a determinar las características sociales y políticas del pueblo: su ideología, cultura y elementos organizativos. La génesis del movimiento populista debe ser entendida y analizada para identificar con relativa facilidad las características que tendrá el movimiento populista. Por ejemplo, ante un momento populista que se base en la ampliación de derechos para el pueblo, este tendrá unas características más libertarias y dirigidas hacia un espectro político escorado hacia la izquierda política. En cambio, si ese momento populista se basa en el miedo al diferente, a la inmigración, en el miedo a la sumisión cultural, el populismo tendrá características basadas en el pueblo nación y/o en el pueblo etnonacionalista.

2ª Fase

En esta segunda fase se trata de analizar aquellas estructuras, partidos, elites, instituciones o sistemas que han dejado de ser legítimos y han causado la aparición del *momento* populista y del movimiento populista en sí mismo. Esta fase nos permite comprender los enemigos del recién aparecido pueblo. También podemos observar las grietas que la crisis o las diferentes crisis han provocado en el sistema. Estas grietas son factores de desestabilización y de deslegitimación que ponen en jaque al sistema y provocan (ante la falta de cambios) la necesidad de un movimiento que revitalice al sistema y le vuelva a dar cierta legitimidad mediante la inclusión de aquellos que han sido desplazados o que ya se encontraban en las fronteras del mismo. En esta fase conoceremos a aquellos que sustentan el sistema y el funcionamiento de las estructuras del mismo. Se analizan las características de las instituciones y las elites que las sustentan y se conocen los fallos que estas han cometido. En esta fase se investiga a algunos de los enemigos del movimiento populista. Mediante esta investigación podremos conocer la *alteridad* y las características de la *diferencia* que se encuentra en el núcleo del populismo. Podremos aprender lo que *es* el populismo mediante el conocimiento de lo que *es* el enemigo del populismo. Conociendo al *otro* podremos conocernos a *nosotros* mismos.

El análisis de los procesos de legitimación y deslegitimación evoca los elementos más importantes a la hora de comprender la masificación del momento populista. Los factores

de deslegitimación son aquellos que masifican una protesta o que dan la fuerza del número a un movimiento determinado. Entender que es lo que ha fallado es comprender contra lo que el movimiento lucha o dice luchar. No solo se trata de comprender que es el populismo, sino también que busca el populismo, cuáles son sus fines y que características del sistema ha venido a solucionar.

3ª Fase

Aquí comienza el estudio y análisis del movimiento o partido populista. Debemos conocer qué características tiene, como se organiza, que imagen evoca, qué clase de performatividad pone en práctica, qué clase de discurso y retórica utiliza. En esta fase se debe analizar al líder o líderes del movimiento/partido populista y la relación que tienen con las bases, las limitaciones que se han autoimpuesto a su propio poder, la facilidad o dificultad que tienen los militantes de llegar a los puestos de responsabilidad y poder y el discurso y la retórica que utilizan estos líderes.

Aquí aparece el análisis del discurso y de la transversalidad del mismo. Mediante este análisis descubrimos a qué tipo de pueblo está apelando el discurso populista. Qué tipo de relación tiene el pueblo con la estructura y organización que se supone debe representarles ante las elites e instituciones del sistema que se encuentran deslegitimadas.

Esta fase nos permite conocer la organización y cristalización del populismo dentro un sistema político y social concreto.

4ª Fase

Esta fase es la que determina realmente si el movimiento es realmente populista. El análisis del pueblo es crucial para entender el populismo. El pueblo, y su conversión en un actor político activo relevante, es el núcleo principal del populismo. Esta transformación debe ser analizada y comprender que si el pueblo no se ha erigido como actor político y social activo el populismo no puede existir.

El tratamiento del pueblo en el populismo es totalmente diferente al pueblo que dicen representar otros movimientos políticos. El populismo no es un movimiento que busque representar al pueblo, sino que es el pueblo convertido en un agente político y social activo. Que busca su propia representación dentro del sistema. No se trata de un movimiento que conciba o idealice al pueblo y mediante esa idealización se erija como el único representante del mismo. El movimiento populista es el pueblo en movimiento. No un movimiento que represente al pueblo.

5ª Fase

La última fase sirve para investigar qué es lo que hace el movimiento/partido populista dentro del sistema. Se trata de observar hasta donde llega el movimiento/partido populista y si el pueblo convertido en agente social y político activo es capaz de ser un agente determinante en la política y sociedad del sistema que se ha cuestionado. El análisis de las capacidades del populismo para producir cambios nos alejara de los alarmismos que ven en este tipo de movimientos el fin de las democracias o una especie de autoritarismo que ha venido a socavar las ideas liberales.

En esta fase descubrimos si el populismo es instituyente o no instituyente. Si tiene la capacidad de crear sus propias instituciones o simplemente son las instituciones del sistema las que provocan cambios en el movimiento/partido populista. También podremos conocer si el movimiento/partido ha dejado de ser populista. Si el sistema ha cambiado lo suficiente como para permitir al pueblo incluirse dentro del mismo, o si ha utilizado todas sus herramientas para controlar e impedir que otro agente externo incluya a nuevos miembros dentro del sistema. Se podrá analizar el poder real del movimiento/partido populista y las consecuencias claras que ha tenido su aparición para el sistema social y político.

Al aplicar el modelo A.F.P. al partido político *Unidas Podemos* hemos podido discernir las características principales de dicho partido y descubrir si es o fue populista en algún momento de su existencia. En este apartado conclusivo procederemos a explicar las conclusiones que hemos sacado sobre el partido Unidas Podemos mediante el análisis de las fases que propone el modelo A.F.P.

1ª Fase

El *momento* populista que propicio la grieta que hizo posible la apertura del espectro político en España fue el *15M*. Este movimiento fue el paso del pueblo *pasivo* hacia un pueblo y una ciudadanía más activa y preocupada por las cuestiones políticas y sociales. Aunque *Podemos* como organización política nació años después de la aparición del *15M*, este movimiento abrió la ventana de oportunidad para que el pueblo entrase a debatir políticamente y a discutir sobre las cuestiones políticas y sociales que más les preocupaban. Recordemos que *Podemos* es una de las organizaciones que bebió de ese espíritu con más éxito, pero que no fue la única que surgió del espíritu de ese movimiento, de todas esas movilizaciones que cambiaron el rumbo político de un país.

El *15M* fue un movimiento de emancipación política y de carácter asambleario y libertario. Buscaba ampliar la democracia, ampliar las fronteras de la misma y mejorar y aumentar los derechos de la ciudadanía. El pueblo surgido de sus entrañas era un pueblo que buscaba la libertad y el aumento de los derechos sociales, terminar con la corrupción y con el poder financiero que ataba y dirigía las políticas del Estado y de los partidos, que se supone, representaban a la ciudadanía. Era un pueblo desengañado que había visto como los procesos de representación del sistema se habían roto, ya no servían, debían ser renovados.

Otra característica interesante es la organización de dicho movimiento. La forma asamblearia de sus actos y la falta de un liderazgo aparente convertía las plazas de las principales ciudades en pequeñas ágoras del debate político y social. Esta huida del autoritarismo y de los hiperliderazgos se debía, en parte, a una ruptura con las formas de organización tradicionales y a un aumento de los deseos de participación de la ciudadanía.

2ª Fase

Debido a las consecuencias de la crisis económica del año 2008 y a las políticas llevadas a cabo por los distintos gobiernos para paliar dichas consecuencias, una de las partes deslegitimadas del sistema era la representación. Los procesos de representación se

encontraban en cuestión, por lo tanto, los que se erigían como representantes también. Los grandes partidos que sostenían el bipartidismo (*PP* y *PSOE*) veían cuestionadas sus formas y su utilidad, tanto por las políticas que llevaban a cabo como por los casos de corrupción que iban saliendo a la luz. Por lo que las elites políticas del sistema se veían cuestionadas.

También, debido a las políticas económicas y a la actuación de algunas entidades y organizaciones económicas (bancos, empresas que participaban de la corrupción, agencias de calificación...), las elites económicas veían cuestionada su labor como agentes económicos válidos para el sistema.

Estas dos elites principales y las instituciones que las representaban habían perdido su legitimidad y el pueblo activo políticamente veía la necesidad de cambiar y reformar dichas elites e instituciones.

Podemos se dio cuenta de todo esto y denominó al conjunto de elites e instituciones deslegitimadas como *casta*. La *casta* englobaba a aquellas elites y estructuras económicas y políticas que mediante las relaciones existentes entre las mismas buscaban conseguir beneficios privados en contraposición a realizar políticas que beneficiasen a una mayoría de la población. Estas relaciones se representaban muy bien mediante la imagen de las puertas giratorias. Las puertas giratorias representaban las relaciones del poder político con el poder económico, donde grandes representantes del poder político al terminar su etapa política pasaban a engrosar las filas de empresas privadas que tenían o habían tenido relación con el Estado. Lo que, obviamente, provocaba recelo y sospechas de corrupción y tráfico de influencias e intereses.

Lo que se encontraba deslegitimado o puesto en cuestión era esa *casta* que no pertenecía al pueblo y que representaba la distancia de la realidad política, cultural y social del país.

3ª Fase

Podemos como organización intentó imitar ese espíritu organizativo surgido en el *15M*. La implantación de los *Círculos* a lo largo de todo el territorio español, representaba la esencia asamblearia y la creencia en la participación ciudadana como recurso para ir avanzando y mejorando como organización. *Podemos* deseaba, en esta etapa, seguir siendo un movimiento y no convertirse en una organización política tradicional.

Obviamente se trataba de un movimiento político y por lo tanto tenía una estructura jerárquica en base a liderazgos y puestos de poder. Pero, esta organización se encontraba abierta, más orientada hacia la calle que hacia el debate político intra muros. Más cerca de las plazas que de los despachos y las oficinas. Además, para no parecerse a los partidos de la *casta*, dependientes económicamente de los bancos, el crowdfunding y los pequeños créditos personales fueron y son la principal vía de financiación del partido. Lo que refuerza nuestra teoría sobre la importancia de la *diferencia* en el populismo.

En una segunda fase, *Podemos* decidió convertirse en una maquinaria electoral, obviando el debate interno y centrándose en los aspectos inherentes a la batalla política y electoral. Lo que provocó que la organización se centrara en la comunicación y en el discurso como

herramientas esenciales para competir electoralmente. El discurso de Podemos se basó en la transversalidad cultural. En unir al pueblo y homogeneizarlo mediante el uso de los aspectos y características culturales, mediante los usos y costumbres cotidianos y mediante el uso de las instituciones que la mayoría de la población hacía. Esto facilitaba la unión de un pueblo transversal y se alejaba de la división ideológica y de clase.

Tras sucesivas contiendas electorales, la organización de Podemos fue pareciéndose cada vez más a la de los partidos tradicionales. Su verdadera estructuración ocurrió cuando el partido decidió unirse a diferentes organizaciones y convertirse en Unidas Podemos. Un partido político con una organización política tradicional con algunas características modernas.

Podemos pasó de relacionarse con el pueblo de una manera genuina y natural a convertirse en un partido político tradicional que basaba la mayoría de las interacciones con el pueblo en las estrictamente necesarias y siempre intermediadas por estamentos o instituciones del sistema. Las plazas como centro de unión y reunión han desaparecido.

4ª Fase

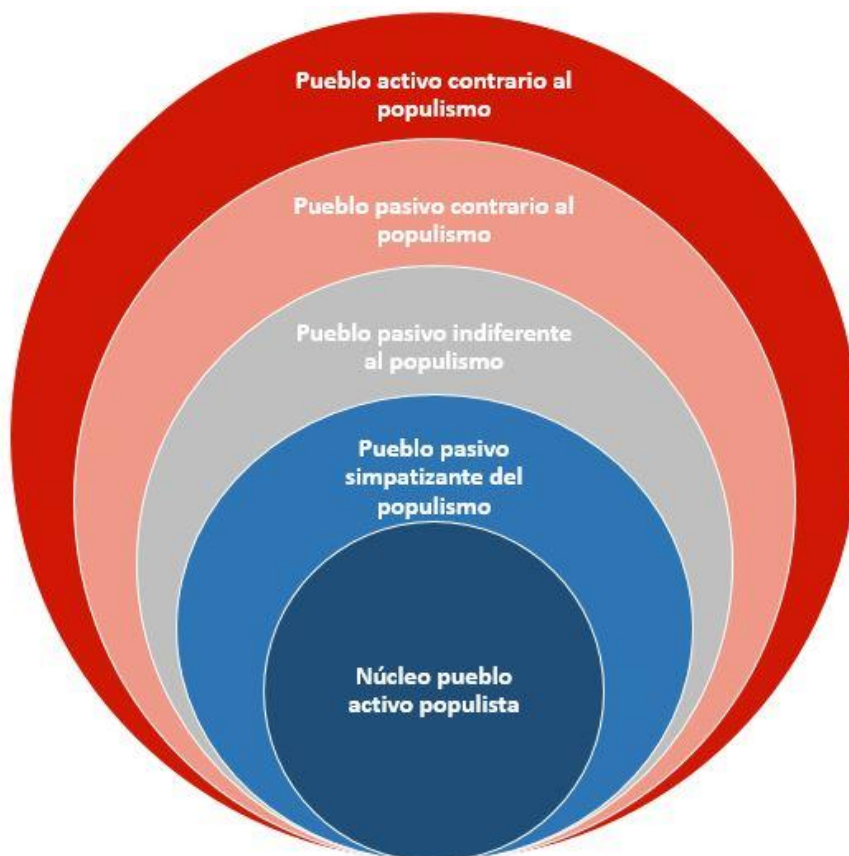
El pueblo al que apelaba *Podemos* mediante esa transversalidad simbólica era aquel pueblo que mantenía el espíritu del *15M* y que desde la aparición de ese movimiento y de otros, seguía luchando contra las políticas del Estado. Ese pueblo activo estaba formado por los activistas que ya llevaban tiempo organizados y por las personas afectadas por las políticas públicas más movilizadas y concienciadas políticamente. Este pueblo fue el pilar del populismo de *Podemos*. Un pueblo que supo aprovechar ese *momento* populista para instituirse como agente activo política y socialmente. Un pueblo que ya encontraba su propia voz y tenía su propia agenda política y visión de los problemas del presente que la política debía solucionar. Se trataba, sobre todo, de un pueblo huérfano políticamente, que no encontraba en los procesos de representación una legitimidad válida.

Mediante un discurso y una retórica transversal basado en las costumbres y los artefactos y símbolos culturales *Podemos* pudo adherirse además otra parte del pueblo *pasivo* que se encontraba cansada de los casos de corrupción y de la falta de tacto de los políticos del momento. Este pueblo que no participaba, como sí lo hacía el pueblo activo, en las reuniones, manifestaciones o movimientos sociales y políticos, sí que estaba de acuerdo con el mensaje y el discurso de los líderes de *Podemos* y se identificaba con los aspectos y características culturales que la organización promovía para unificar y homogeneizar a este agente político.

El pueblo al que apelaba *Podemos* era aquel pueblo populista que se activó como agente político y social mediante la defensa de los derechos sociales, las instituciones públicas, mediante las protestas y las manifestaciones... Y también de un pueblo pasivo que estaba de acuerdo con el mensaje, las formas y el discurso de la organización. Este pueblo pasivo no fue populista pero sí asumió el mensaje y las retóricas populistas. Son aquellas personas que huérfanas o desencantadas de la política encontraron en *Podemos* una organización nueva que podía cambiar las cosas.

Por lo tanto, *Podemos* como organización política fue populista durante un corto periodo de tiempo. Fue populista al comprender que mediante esa transversalidad cultural conseguía aunar a un pueblo que era genuinamente populista y a un pueblo pasivo que simpatizaba con esos preceptos. Llegó a ser digno representante de esa simbiosis. Lo que convirtió al partido en un representante del populismo en España. Al cambiar su discurso e ideologizar los problemas de la ciudadanía esa transversalidad basada en la cultura se rompió. El pueblo populista no era un pueblo especialmente ideologizado, sino un pueblo que buscaba el funcionamiento correcto de las instituciones, el cumplimiento de los derechos sociales y la justicia social y económica. Esto no quiere decir que las propuestas que hiciese el pueblo no fuesen ideológicas o que este careciese de ideología. Pero lo que lo unía no era la ideología, sino la realidad cultural y los hechos que sufrían las personas en su día a día.

Estructura del pueblo populista



Fuente: Elaboración propia

5ª Fase

¿Qué cambios pudo producir *Podemos* en el sistema político español? ¿Destruyó la democracia? ¿Amplió la misma? Podemos mientras fue populista solo pudo *disputar* y marcar algunas pautas de cambios. Uno de los cambios más significativos que provocó la

aparición de *Podemos* fue la ruptura del sistema bipartidista. La entrada de un tercer partido con la suficiente fuerza para disputar la presidencia del gobierno fue un hito para *Podemos* como organización social y política. Pero sus aspiraciones eran otras. Deseaban terminar con los mimbres y las costuras del régimen y sistema actual. Para ello entendían que debían conseguir más fuerza electoral (es decir, ser más fuertes no solo en la calle sino también en las instituciones del sistema) que el partido que sostenía dicho régimen: el Partido Socialista Obrero Español. A esta estrategia la denominaban el *sorpasso*.

Mientras *Podemos* tuvo la fuerza populista de su lado pudo erigirse como la organización del cambio en España. Pudo erigirse como un verdadero *game changer* del sistema político y social español. Por lo que, si hubiese conseguido una cuota suficiente de poder, España podría haberse visto envuelta en un proceso de institucionalización populista.

Pero, el tan ansiado *sorpasso* no ocurrió. Y *Podemos* se encontró con un sistema y unas instituciones lo suficientemente fuertes como para asumir los cambios que la organización había producido y, por otro lado, obligar a *Podemos* a cambiar para ser una herramienta política efectiva dentro del sistema que antes deseaban derribar. Por lo tanto, *Podemos* en su efímera etapa populista pasó del populismo instituyente al populismo no instituyente en un periodo corto de tiempo. Su ventana de oportunidad se cerró demasiado rápido. Y su apuesta por el populismo como movimiento y agente modificador de la democracia duró demasiado poco. Su entrada al sistema y sus problemas internos alejaron las ansias del partido de representar al pueblo populista y lo convirtieron en una organización política al uso, que solo piensa en el pueblo cuando se trata de captar votos y que desea hacer “*Todo por el pueblo, pero sin el pueblo*”.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, P. (2016). *Los orígenes de la posmodernidad*. Madrid: Akal.
- Arditi, B. (2017). *La política en los bordes del liberalismo: Diferencia, populismo, revolución, emancipación*. Barcelona: Gedisa.
- Aubet, M. J. (2000). *Ciudadanía y representatividad : Los sistema electorales en Europa*. Barcelona: Bellaterra.
- Barthes, R. (2012). *Mitologías*. Madrid: Siglo Veintiuno.
- Baudrillard, J. (2009). *La sociedad de consumo: sus mitos, sus estructuras*. España: Siglo XXI.
- Baudrillard, J. (2016). *Cultura y Simulacro*. Barcelona: Kairós.
- Bauman, Z. (2011). De peregrino a turista, o una breve historia de la identidad. En S. Hall, & P. d. Gay, *Cuestiones de identidad cultural* (págs. 40-68). Madrid: Amorrurtu.
- Berger, J. (2018). *Modos de ver*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Berger, S. (2017). Populism and the failures of representation. *French Politics, Culture and Society*, 21-31.
- Bimber, B. (1998). The Internet and Political Transformation: Populism, Community and Accelerated Pluralism. *Polity*, 133-160.
- Bourdieu, P. (2014). *Sobre el Estado: Cursos en el Collège de France (1989-1992)*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2016). *La distinción: Criterio y bases sociales del gusto*. Barcelona: Taurus.
- Cadahia, L. (2019). *El círculo mágico del Estado: Populismo, feminismo y antagonismo*. Madrid: Lengua de Trapo.
- Calvo, K., & Alvarez, I. (2015). Limitaciones y exclusiones en la institucionalización de la indignación: del 15-M a Podemos. *Revista Española de Sociología*, 115-122.
- Campbell, J. (2018). *Las Máscaras de Dios: Mitología primitiva Volumen I*. Girona: Atalanta.
- Campi, A. (2019). *Nación: Historia de una idea y de un mito político*. Madrid: Sequitur.
- Canovan, M. (2002). Taking politics to the people: Populism as the Ideology of Democracy. En Y. Mény, & Y. Surel, *Democracies and the Populist Challenge* (págs. 25-43). New York: Palgrave Macmillan.
- Debord, G. (1995). *La sociedad del espectáculo*. Santiago de Chile: Naufragio.

- Debord, G. (2018). *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*. Barcelona: Anagrama.
- DiMaggio, P. J. (1991). *The New Institutionalism in Organizational Analysis*. Chicago: University of Chicago Press.
- Eatwell, R., & Goodwin, M. (2018). *National Populism: The Revolt Against Liberal Democracy*. Gran Bretaña: Penguin Random House.
- Elías, N. (2016). *El proceso de la civilización: Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Elías, N., & Scotson, J. L. (2016). *Establecidos y marginados: Una investigación sociológica sobre problemas comunitarios*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Errejón, Í., & Mouffe, C. (2016). *Construir pueblo: Hegemonía y radicalización de la democracia*. Barcelona: Icaria.
- Fernández-Albertos, J. (2015). *Los votantes de Podemos: del partido de los indignados al partido de los excluidos*. Madrid: Catarata.
- Foucault, M. (2012). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Madrid: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2014). *Historia de la locura en La Época Clásica I*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2015). *Historia de la locura en La Época Clásica II*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Geertz, C. (2005). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Gellner, E. (2001). *Naciones y nacionalismo*. Madrid: Alianza.
- Goffman, E. (2015). *Estigma: La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Grossberg, L. (2011). Identidad y estudios culturales: ¿no hay nada más que eso? En S. Hall, & P. d. Gay, *Cuestiones de identidad cultural* (págs. 148-180). Madrid: Amorrortu.
- Guedán, M. (2016). *Podemos: Una historia colectiva*. Madrid: Akal.
- Gunther, R., & Diamond, L. (2003). Species of political parties: A new typology. *Party Politics*, 167-199.
- Hall, S. (2011). Introducción: ¿quién necesita <<identidad>>? En S. Hall, & P. d. Gay, *Cuestiones de identidad cultural* (págs. 13-39). Madrid: Amorrortu.
- Hall, S., & Melino, M. (2011). *La cultura y el poder: Conversaciones sobre los cultural studies*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Harvey, D. (2017). *La condición de la posmodernidad: Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Madrid: Amorrortu.

- Hobsbawn, E. (2012). *Trilogía de Hobsbawn: La era de la revolución (1789-1848); La era del capital (1848-1875); La era del imperio (1875-1914)*. Barcelona: Planeta.
- Hobsbawn, E. (2013). *Naciones y nacionalismos desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Howarth, D. (2000). *Discourse*. Philadelphia: Open University Press.
- Howarth, D., & Stavrakakis, Y. (2009). Introducing discourse theory and political analysis. En D. Howarth, A. J. Norval, & Y. Stavrakakis, *Discourse theory and political analysis: Identities, Hegemonies and Social Change* (págs. 1-23). Manchester: Manchester University Press.
- Iglesias, P., & Juliana, E. (2018). *Nudo España*. Barcelona: Arpa.
- Jagers, J., & Walgrave, S. (2007). Populism as political communication style: An empirical study of political parties' discourse in Belgium. *European Journal of Political Research*, 319-345.
- Jouvenel, B. d. (2016). *Sobre el poder: Historia natural de su crecimiento*. Madrid: Unión Editorial.
- Kafka, F. (2007). *El Proceso*. Madrid: Akal.
- Kafka, F. (2009). *La metamorfosis y otros relatos*. Madrid: Cátedra.
- Kitschelt, H. (2002). Popular Dissatisfaction with Democracy: Populism and Party Systems. En Y. Mény, & Y. Surel, *Democracies and the Populist Challenge* (págs. 179-196). New York: Palgrave MacMillan.
- Kroeber, A. L. (2013). *The Religion of the Indians of California*. Estados Unidos: HardPress .
- Laclau, E. (2005). Populism: What's in a Name? En F. Panizza, *Populism and the Mirror of Democracy* (págs. 33-49). Londres: Verso.
- Laclau, E. (2016). *La razón populista*. Madrid: Fondo de cultura económica.
- Laclau, E., & Mouffe, C. (2018). *Hegemonía y estrategia socialista: Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI.
- Lakoff, G. (2017). *No pienses en un elefante: Lenguaje y debate político*. Barcelona: Península.
- Lévi-Strauss, C. (2012). *Mito y significado*. Madrid: Alianza.
- Linares, Á. G., & Errejón, Í. (2019). *Qué horizonte: Hegemonía, Estado y revolución democrática*. Madrid: Lengua de Trapo.
- Lipovetsky, G. (2014). *El Lujo Eterno: De la era de lo sagrado al tiempo de las marcas*. Barcelona: Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2017). *El imperio de lo efímero: La moda y su destino en las sociedades modernas*. Barcelona: Anagrama.

- Lipovetsky, G. (2017). *La era del vacío*. Barcelona: Anagrama.
- Lippman, W. (2003). *La opinión pública*. Madrid: Langre.
- Lippman, W. (2011). *El público fantasma*. España: Genuève.
- Lyotard, J. F. (2006). *La condición posmoderna*. Madrid: Cátedra.
- Mair, P. (2002). Populist Democracy vs Party Democracy. En Y. Mény, & Y. Surel, *Democracies and the Populist Challenge* (págs. 81-97). New York: Palgrave MacMillan.
- Mann, M. (1991). *Las fuentes del poder social I*. Madrid: Alianza Universidad.
- Mann, M. (1993). *Las fuentes del poder social II*. Madrid: Alianza Universidad.
- Mann, M. (2009). *El lado oscuro de la democracia*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València.
- Maquiavelo, N. (2012). *El Príncipe; La Mandrágora*. Madrid: Cátedra.
- Marzolf, H., & Ganuza, E. (2016). ¿Enemigos o colegas? El 15M y la hipótesis Podemos. *Empiria: Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, 89-110.
- Mastropaolo, A. (2008). Politics against Democracy: Party Withdrawal and Populist Breakthrough. En D. Albertazzi, & D. McDonnell, *Twenty-First Century Populism: The Spectre of Western European Democracy* (págs. 30-48). New York: Palgrave MacMillan.
- Mazzoleni, G. (2014). Mediatization and Political Populism. En F. Esser, & J. Strönbäck, *Mediatization of politics: Understanding the Transformation of Western Democracies* (págs. 42-56). Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Michels, R. (2008). *Los partidos políticos I : Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de las democracia moderna*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Mills, C. W. (2013). *La élite del poder*. México D.F.: Fondo de cultura económica.
- Moffitt, B., & Tormey, S. (2014). Rethinking Populism: Politics, Mediatisation and Political Style. *Political Studies*, 381-397.
- Mohr, J. W., & Rawlings, C. (2012). Four ways to measure culture: social science, hermeneutics, and the cultural turn. En J. C. Alexander, R. N. Jacobs, & P. Smith, *The Oxford Handbook of Cultural Sociology* (págs. 71-113). Oxford: Oxford University Press.
- Mudde, C., & Kaltwasser, C. R. (2017). *Populism: A very short introduction*. New York: Oxford University Press.
- Müller, J.-W. (2016). *What is populism?* Pennsylvania: University of Pennsylvania Press.
- Noelle-Neuman, E. (2018). *La espiral del silencio. Opinión pública: nuestra piel social*. Barcelona: Paidós Comunicación.

- Norris, P., & Inglehart, R. (2019). *Cultural Backlash: Trump, Brexit and Authoritarian Populism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Papadopoulos, Y. (2002). Populism, the Democratic Question, and Contemporary Governance. En Y. Mény, & Y. Surel, *Democracies and the Populist Challenge* (págs. 45-61). New York: Palgrave MacMillan.
- Pasquino, G. (2008). Populism and Democracy. En D. Albertazzi, & D. McDonnell, *Twenty-First Century Populism: The Spectre of Western European Democracy* (págs. 15-29). New York: Palgrave MacMillan.
- Politikon. (2017). *El muro invisible: Las dificultades de ser joven en España*. Barcelona: Debate.
- Reed, I. A. (2012). Cultural Sociology as Research Programm: Post-Positivism, Meaning and Causality. En J. C. Alexander, R. N. Jacobs, & P. Smith, *The Oxford Handbook of Cultural Sociology* (págs. 27-45). Oxford: Oxford University Press.
- Robins, K. (2011). Identidades que se interpelan: Turquía/Europa. En S. Hall, & P. d. Gay, *Cuestiones de identidad cultural* (págs. 107-147). Madrid: Amorrortu.
- Simón, P. (2018). *El príncipe moderno*. Barcelona: Debate.
- Subirats, J., & Vallespín, F. (2015). *España/Reset: Herramientas para un cambio de sistema*. Barcelona: Ariel.
- Sudjic, D. (2010). *La Arquitectura del Poder*. Barcelona: Ariel.
- Taggart, P. (2002). Populism and the Pathology of Representative Politics. En Y. Mény, & Y. Surel, *Democracies and the Populist Challenge* (págs. 62-80). New York: Palgrave MacMillan.
- Tarchi, M. (2002). Populism Italian Style. En Y. Mény, & Y. Surel, *Democracies and the Populist Challenge* (págs. 120-138). Hampshire: Palgrave Macmillan.
- Vallespín, F., & Bascuñán, M. M. (2017). *Populismos*. Madrid: Alianza.
- Varela, R. (2005). *Cultura y poder: Una visión antropológica para el análisis de la cultura política*. Barcelona: Anthropos.
- Weber, M. (2012). *Sociología del poder*. Madrid: Alianza.
- White, H. C. (2008). *Identity and Control: How Social Formations Emerge*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Zimbardo, P. (2018). *El Efecto Lucifer: El porqué de la maldad*. Barcelona: Paidós.

WEBGRAFÍA

Carpio, J. Á. (4 de Febrero de 2015). Radio Televisión Española: *El votante de Podemos, según el CIS: escorado a la izquierda, interclasista, urbano y formado*. España. Recuperado de: <https://www.rtve.es/noticias/20150204/votante-podemos-segun-cis-escorado-izquierda-interclasista-urbano-formado/1093281.shtml>

Congreso de los diputados (11 de Julio de 2019) App.congreso.es. España. Recuperado de: <https://app.congreso.es/consti/constitucion/indice/titulos/articulos.jsp?ini=135&tipo=2>

Eldiario.es (28 de Abril de 2019). Recuperado de: https://www.eldiario.es/politica/votaron-elecciones-generales-resultados-calle_1_1162753.html

El Mundo (21 de Diciembre de 2015). lasportadas.es. España. Recuperado de: <https://www.lasportadas.es/d/20151221/108/El-Mundo>

El Mundo (4 de Junio de 2020). lasportadas.es. España. Recuperado de: <https://www.lasportadas.es/d/20140526/108/El-Mundo>

El País (26 de Mayo de 2014). Elpaís.com. España. Recuperado de: https://elpais.com/politica/2014/05/25/actualidad/1401009854_060215.html

El País (18 de Diciembre de 2015). Elpaís.com. España. Recuperado de: https://elpais.com/elpais/2015/12/18/media/1450461184_895079.html

El País (20 de Diciembre de 2015). Elpaís.com. España. Recuperado de: <https://resultados.elpais.com/elecciones/2015/generales/congreso/index.html>

El País (26 de Junio de 2016). Elpais.com. España. Recuperado de: <https://resultados.elpais.com/elecciones/2016/generales/congreso/index.html>

El País (26 de Junio de 2016). Elpais.com. España. Recuperado de: https://elpais.com/elpais/2016/06/23/media/1466691443_596738.html

El País (28 de Abril de 2019). Elpais.com. España. Recuperado de: <https://resultados.elpais.com/elecciones/2019-28A/generales/congreso/index.html>

El País (10 de Noviembre de 2019). Elpais.com. España. Recuperado de: <https://resultados.elpais.com/elecciones/2019/generales/congreso/index.html>

Fort Apache. (12 de Mayo de 2020). Youtube. España. Recuperado de: <https://www.youtube.com/c/Fortapachecmi/videos>

Instituto Nacional de Estadística (11 de Julio de 2019). ine.es. España. Recuperado de: https://www.ine.es/prensa/epa_tabla.htm

La Tuerka (12 de Mayo de 2020). Youtube. España. Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=Bi1wxoqxGo&list=PL_TQLyNxacHvbW1Mgj5AwcQzuAuvWXXDd&index=190

La Vanguardia (21 de Diciembre de 2015). lasportadas. España. Recuperado de: <https://www.lasportadas.es/d/20151221/106/La-Vanguardia>

Otero, S. (6 de Noviembre de 2019). Heraldo.es. Zaragoza, España. Recuperado de: <https://www.heraldo.es/noticias/sociedad/2019/04/26/elecciones-generales-perfil-votante-unidas-podemos-1311451.html>

Podemos. (17 de Enero de 2014). Youtube. *Presentación de PODEMOS. Intervención completa. 16-01-2014 Madrid.* Madrid, España. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=vNOsg6KF3Ts>

Radio Televisión Española. (2 de Febrero de 2015). rtve.es. España. Recuperado de: <https://www.rtve.es/noticias/20150204/votante-podemos-segun-cis-eskorado-izquierda-interclasista-urbano-formado/1093281.shtml>

Radio Televisión Española. (10 de Noviembre de 2019). rtve.es. España. Recuperado de: <https://www.rtve.es/noticias/elecciones/generales/mapa-resultados-elecciones-generales-2019/>

